**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

**TESIS DOCTORAL**

# Concepción filosófica y política de la sociedad argentina de principios del siglo XX: la irrupción de Ortega y Gasset. Análisis del impacto de su pensamiento filosófico

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Carlos Alberto Ballistrieri Echeto**

Director

**Francisco Javier Zamora Bonilla**

Madrid

**© Carlos Alberto Ballistrieri Echeto, 2022**

# UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

# FACULTAD DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS

**TESIS DOCTORAL**

# CONCEPCIÓN FILOSÓFICA Y POLÍTICA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.

# LA IRRUPCIÓN DE ORTEGA Y GASSET

## Análisis del impacto de su pensamiento filosófico

**Memoria para optar por el grado de Doctor**

**Presentada por**

**Carlos Alberto Ballistrieri Echeto**

**Director - Tutor**

**Dr. Francisco Javier Zamora Bonilla**

# UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
# FACULTAD DE SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y DE LA ADMINISTRACIÓN Y RELACIONES INTERNACIONALES**

**TESIS DOCTORAL**

# CONCEPCIÓN FILOSÓFICA Y POLÍTICA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.
# LA IRRUPCIÓN DE ORTEGA Y GASSET

## Análisis del impacto de su pensamiento filosófico

Director - Tutor: **Dr. Francisco Javier Zamora Bonilla**

Doctorando: **Carlos Alberto Ballistrieri Echeto**

**2022**

# AGRADECIMIENTOS

Agradezco al personal de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid por la asistencia recibida durante la realización de este trabajo y al cuerpo de profesores que impartieron las clases, cursos y seminarios del doctorado. Hago extensivo este agradecimiento al personal docente y administrativo de la Escuela de Doctorado de la mencionada universidad.

A la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, a la Biblioteca del Congreso de la Nación, a la biblioteca de la FOGA y a la Biblioteca Rivadavia de Tandil agradezco el importante aporte bibliográfico sobre la sociología, filosofía y políticas vigentes en Argentina durante el período de tiempo que abarcó esta investigación.

A la doctora Marta Campomar, vicepresidente de FOGA, mi agradecimiento por escuchar mi inquietud inicial y orientarme en los primeros pasos del proyecto. Su estímulo generoso y el apoyo recibido fueron decisivos para impulsar el emprendimiento. En gran parte este trabajo ha sido posible gracias a su constante y afectuoso aliento.

A la Lic. Inés Viñuales de Santiváñez, directora ejecutiva de la FOGA, agradezco la colaboración recibida. Gracias, también, a las secretarias de la FOGA que contribuyeron en la preparación y disponibilidad del material bibliográfico solicitado.

Agradezco al Dr. Roberto Aras, presidente de FOGA, su dedicación a leer y debatir el anteproyecto de tesis; sus agudas observaciones contribuyeron a corregirlo y perfeccionarlo.

Al Dr. Enrique Aguilar, director de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina, agradezco la bibliografía solicitada y los comentarios preliminares respecto de la idea a desarrollar.

Mi especial gratitud al Dr. Javier Zamora Bonilla, profesor titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, por aceptar dirigir la tesis y tutelar el largo y complejo proceso de investigación. Sus prontas y claras respuestas a las consultas realizadas resultó un importante sostén intelectual y emocional ante las dificultades

creadas por la pandemia; debo mucho a su aliento y guía permanente. Las observaciones y consejos recibidos han quedado patentizados en el alma de esta investigación.

Carlos Alberto Ballistrieri Echeto

Tandil, febrero de 2022

# DEDICATORIAS

*A la Biblioteca Juan José Bernal Torres de Benito Juárez,*

*A la Biblioteca de la UNICEN y a la Biblioteca Rivadavia de Tandil,*

*Cunas de mis primeras lecturas de Ortega y Gasset*

*A Chacho Marconato,* in memoriam*,*

*Entrañable amigo y conocedor profundo de la obra de Ortega*

# INDICE

Agradecimientos/4

Dedicatorias/6

Índice/7

Resumen/9

Introducción/11

Primera parte: La cultura filosófica vigente en Argentina entre 1880 y 1916/20

I – La influencia del positivismo en la mentalidad social de la época/21

1. El positivismo y la influencia de su visión biológica en las clases gobernantes de principios de siglo XX/21
2. Orientación positivista: pragmatismo y subordinación de la vida social al valor económico/40
3. Nuevas tendencias del pensamiento: el enfoque de Ortega y Gasset/48

II – Rasgos característicos del hombre masa argentino de principios del siglo XX/56

1. Determinismo histórico-geográfico de la psicología del hombre argentino/56
2. Principales rasgos del hombre-masa argentino de principios del siglo XX/71
3. Ignorancia, visión restringida y búsqueda rápida de riqueza económica/79

III – Exagerada preocupación económica: marginación filosófica y limitación para la conformación de un Estado moderno/91

1. Miedo primitivo, inseguridad y transitoriedad existencial como origen de la inmoralidad económica/91
2. Falta de visión integral, de valores y de pensamiento estratégico: un círculo vicioso de auge económico, crisis y vida provisional/99
3. El Estado: reflejo de la obsesión económica/115

IV – Método histórico, noción de mundo y sus leyes estructurales según Ortega y Gasset/123

1. Teoría de la estructura de la vida y del mundo como necesidad previa de la historia/123
2. El mundo: una articulación de circunstancia y perspectiva. El individuo como centro/133
3. Arquitectura y anatomía de la existencia humana: las creencias como cimiento/140

Segunda parte: Ortega y Gasset y sus mensajes a los argentinos. Influencias y reacciones/148

I – Concepción política de Ortega y Gasset. Su idea sobre el Estado y sus funciones/149

1. Política concebida como faena de gobernar: arte e idea clara de lo que el Estado debe hacer en una nación/149
2. El Estado: máquina amoldable de servicio a una nación, que logra sus fines a costa de la individualidad de los ciudadanos/178

II – Relación entre masa y poder manifiesta en la sociología política de Ortega y Gasset/188

1. Ortega y su anticipación del advenimiento del bárbaro moderno. Rebelión y desmoralización radical de la humanidad/188
2. Consecuencias del ejercicio del poder público por parte de las masas. El caso argentino: resultado de la Ley Sáenz Peña/204

III – Rasgos fisonómicos sobresalientes de los argentinos según Ortega y Gasset/211

1. Las *élites* y su concepción social. Rasgos sociales característicos de la época: la postura de Ortega y Gasset/211
2. Descripción de Ortega y Gasset de la estructura mental del hombre argentino. Los aspectos más destacados/232

IV – Reacciones de intelectuales a las expresiones de Ortega y Gasset sobre la fisonomía de los argentinos/246

1. La respuesta de Ingenieros y del sector positivista a las expresiones de Ortega/246
2. Reacciones de escritores, académicos y periodistas: un despliegue de prejuicios, insultos, verdades y elogios/262

Conclusiones/282

Apéndices/296

Bibliografía citada/305

Otra bibliografía consultada no citada/316

# RESUMEN

En el presente trabajo se analiza la concepción filosófica y política positivista reinante en la sociedad argentina durante las décadas finales del siglo XIX y los primeros años del siglo XX y se muestra cómo la filosofía de Ortega y Gasset impactó en esa sociedad produciendo un conflicto entre ambas concepciones filosóficas.

El trabajo gira alrededor de la filosofía de Ortega y Gasset y sus mensajes a los argentinos de la época. La investigación realizada es de carácter teórico y se abordó desde un enfoque hermenéutico. La estructura del trabajo se compone de dos partes principales. La primera de ellas muestra los aspectos más destacados de la cultura filosófica vigente en Argentina entre 1880 y la llegada de Ortega y Gasset al país en 1916. La segunda parte aborda la filosofía de Ortega y Gasset y expone sus mensajes a los argentinos, analizando su influencia y la consecuente reacción académica.

Finalmente, a modo de conclusión se exponen las reacciones generadas, con sus adhesiones y rechazos, enmarcadas en la compleja situación que provocó la recepción orteguiana en la Argentina, considerada desde 1916 hasta nuestros días.

# ABSTRACT

In the present work, the prevailing positivist philosophical and political conception in Argentine society during the final decades of the 19th century and the first years of the 20th century is analized, and it is shown how the philosophy of Ortega y Gasset had an impact on that society, producing a conflict between the two. philosophical conceptions.

The work revolves around the philosophy of Ortega y Gasset and his messages to the Argentines of the time. The research carried out is of a theoretical nature and was approached from a hermeneutical point of view. The structure of the work consistes of two main parts. The first of them shows the

most outstanding aspects of the philosophical culture in force in Argentina between 1880 and the arrival of Ortega y Gasset in the country in 1916. The second part deals with the philosophy of Ortega y Gasset and exposes his messages to the Argentines, analyzing his influence and consecuent academic reaction.

Finally, by way of conclusion, the reactions generated are exposed, with their adhesions and rejections and rejections, framed in the complex situation that caused the Ortegan reception in Argentina, considered from 1916 to the present day.

# INTRODUCCIÓN

La propuesta de investigación responde a un doble propósito: en primer lugar, analizar la concepción filosófica y política positivista reinante en la sociedad argentina durante las décadas finales del siglo XIX y los primeros años del siglo XX y, en segundo lugar, ver cómo la filosofía de Ortega y Gasset impactó en esa sociedad produciendo un conflicto entre ambas concepciones filosóficas. Este choque de ideas filosóficas que se extendió durante las décadas posteriores generó intensas reacciones de adhesión y fuertes rechazos; dio lugar a una literatura de introspección histórica que alcanzó la primera mitad de ese siglo.

Se parte de admitir la insuficiencia de considerar las controversias actuales y desde la convicción que las claves se hallan en tiempos más lejanos. En este sentido, la investigación enfoca el período comprendido entre 1880 y 1930, décadas de prosperidad económica durante las cuales el positivismo tuvo gran ascendencia en las decisiones de las clases gobernantes argentinas. El factor económico fue predominante en esos tiempos. Pero el positivismo con su visión reduccionista de la realidad no tuvo en cuenta la integralidad del hombre, sino que, entendió el progreso humano como una cuestión esencialmente económica.

La generación argentina de 1880 heredó su progresismo económico de la época aburguesada europea desarrollada entre 1840 y 1900, en que la filosofía fue dejada de lado y prevalecieron la física experimental, la biología, la precisión matemática y el pragmatismo económico. En consecuencia, el progreso decimonónico expresado en la importancia de los ferrocarriles y el crecimiento agroganadero aliados con el capital extranjero facilitó la fundación de pueblos, la construcción de puertos y la importación de maquinarias; simultáneamente se repartió la tierra y se desarrolló la colonización. Todo lo mencionado conformó un conjunto de factores que condujo a la popularización de la cultura. En otras palabras, la prosperidad económica fue insuficiente a la hora de hacer una República en serio, dado que los integrantes de la generación del 80, reduccionistas de obstinación mecánica y geométrica, se olvidaron del hombre.

A comienzos del siglo XX el incipiente positivismo nacional vinculó el problema sociológico a la fisiología médica y psicológica. Sus principales exponentes fueron los médicos José María Ramos Mejía y José Ingenieros, de educación biologista, fisiológica y moral rigurosa, fijaron normas cientificistas para explicar los hechos históricos y las transformaciones sociales de los argentinos. Por entonces, en 1916 llegó por primera vez al país el filósofo español José Ortega y Gasset, formado intelectualmente en diversas universidades alemanas, con puntos de vista bien estructurados que fueron divulgados mediante publicaciones en periódicos de la época –posteriormente convertidos en libros– y conferencias dadas en diversos medios, entre ellos la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. La exposición de su visión filosófica puso en crisis a la hasta entonces vigente filosofía positivista y del mismo modo a sus adherentes locales. Como consecuencia de ello se generaron intensas reacciones, tanto de adhesión como de rechazo.

El trabajo gira alrededor de la filosofía de Ortega y Gasset y sus mensajes a los argentinos de la época. Ortega en su primer viaje aportó ideas propias elaboradas durante su formación en la moderna escuela alemana, ajena al medio local. Eran ideas innovadoras respecto a aspectos filosóficos y psicológicos esenciales. Entre otros intelectuales de la época, Ortega coincidió en señalar que los protagonistas de la generación del 80 se desentendieron del espíritu, de la dimensión ética y moral y de lo social en general; todo ello necesario para el desarrollo de una cultura saludable que viniera a completar la reorganización nacional. Ortega se involucró a fondo con los argentinos desde *La Nación* y, entre otros textos relevantes, cabe destacar dos artículos que tuvieron gran repercusión en el ambiente intelectual argentino; ellos fueron: «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva». El filósofo español advirtió que la vida en Argentina tiene otra edad, distinta que en Europa, por lo que, hicieran lo que hiciesen y dijeran lo que dijesen sus habitantes, éstos conformaban una sociedad adolescente. Lo más grave de la psicología del argentino, según Ortega, era su narcisismo extremo que se regodeaba incluso de sus propios fracasos; este encierro en sí mismo no permitía un proyecto estable y efectivo de nación. Su íntima convicción fue que al argentino de 1916 le faltaba pensamiento estratégico.

Con el objetivo de alcanzar una respuesta equilibrada y justa del conflicto se ha planteado el siguiente interrogante: ¿cuál fue la influencia de Ortega y cómo fue la reacción generada en el ámbito académico argentino?

Considerando que la importancia del tema radica en la posibilidad de conocer el proceso histórico sucedido en la Argentina a principios del siglo XIX, su exploración permitirá comprender mejor las razones que han influido en la conformación evolutiva de la nación. En principio, el conocimiento de los factores sociales, filosóficos y políticos reinantes durante las primeras décadas de esa centuria, tanto así como sus interacciones recíprocas, facilitarán el acceso al entendimiento del complejo proceso en que consiste la construcción nacional. Pero, por otra parte, lo más importante es que brindarán los conceptos que permitan trabajar activamente sobre esos factores de la realidad nacional, a fin de transformarla favorablemente. En este sentido, la pregunta planteada tiene la misión de mostrar cómo la irrupción de un nuevo tipo de pensamiento basado en concepciones superadoras se interpuso en un modelo de pensar previamente constituido, y también como éste último reaccionó frente al nuevo pensamiento ofreciendo resistencias que dificultaron el cambio y la evolución. En resumen, el modelo constituido condenó al atraso y creó condiciones aptas que coadyuvaron a la gestación de sucesivas crisis.

La hipótesis que ha guiado la investigación plantea los aspectos socio políticos contenidos en la antropología filosófica de base germana de Ortega y Gasset y su influencia en la sociedad argentina, generadora de las reacciones mencionadas.

La investigación realizada es de carácter teórico y se abordó desde un enfoque hermenéutico, en un sentido amplio. Dado el perfil teórico, el trabajo se apoyó en las contribuciones de las tradiciones filosóficas, sociológicas, psicológicas y políticas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, que proporcionaron los lineamientos más apropiados para la comprensión de la Argentina en general, y de su filosofía sociológica y política en particular. En un sentido más preciso, se consideraron los aportes de los autores más destacados del pensamiento histórico, político, social y filosófico. De estos autores se tomaron aquellas obras más íntimamente vinculadas al tema de investigación, buscando dotar de fundamentos historiográficos profundos al análisis realizado sobre Argentina. Con igual criterio, aunque gran parte de la

obra de Ortega y Gasset puede de algún modo relacionarse a este estudio, sólo se destacan de ella aquellos textos que permiten una mejor comprensión del problema abordado, en particular los referidos a las percepciones e interpretaciones del filósofo sobre la sociedad argentina.

Las fuentes utilizadas para desarrollar el trabajo están constituidas por el material bibliográfico preliminar, luego ampliado con textos obtenidos en la biblioteca de la FOGA (Fundación Ortega y Gasset Argentina), en la Biblioteca del Congreso de la Nación, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Rivadavia de Tandil. También gracias al generoso aporte de académicos especializados en el tema de estudio, entre ellos Marta Campomar, Roberto Aras y Enrique Aguilar. Posteriormente fueron incorporados textos indicados por el director–tutor de tesis Dr. Javier Zamora Bonilla, además de otros textos sugeridos por profesores encargados de dictar los cursos teóricos metodológicos, entre ellos el profesor Noé Cornago y la profesora María E. Chuliá. Por otra parte, a fin de enriquecer las fuentes fueron exploradas bibliotecas públicas pertenecientes a la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y a la Universidad Nacional de Córdoba. Además, sobre los distintos aspectos que comprende el tema de investigación se realizaron búsquedas de material en Internet, revistas especializadas, publicaciones específicas, epistolarios y otras documentaciones.

La estructura del trabajo se compone de dos partes principales que responden a los objetivos generales de la investigación. La primera parte propone conocer los aspectos más destacados de la cultura filosófica vigente en Argentina entre 1880 y la llegada de Ortega y Gasset al país en 1916 y consta de cuatro partes menores que responden a los objetivos específicos. En primer lugar se aborda la gravitación e influencia del positivismo como filosofía de raigambre biológica determinista en la mentalidad social de la época; a continuación se describen los rasgos generales característicos del hombre–masa de la sociedad argentina de principios del siglo XX; luego se busca entender cómo la exagerada preocupación económica marginó el pensamiento filosófico y limitó la conformación de un Estado Nacional moderno; y finalmente se interpreta el sentido del método histórico, la noción de mundo y sus leyes estructurales según Ortega y Gasset. En la segunda parte se aborda la filosofía de Ortega y Gasset exponiendo sus mensajes a los

argentinos, analizando su influencia y la consecuente reacción académica. También está conformada de cuatro partes menores desarrolladas a partir de objetivos específicos. En la primera de ellas se consideran los principales rasgos de la concepción política de Ortega y Gasset, su idea sobre el Estado y sus funciones; luego se busca comprender la relación entre masa y poder manifiesta en la sociología política de Ortega y Gasset; en tercer lugar se caracterizan los rasgos fisonómicos sobresalientes señalados por Ortega y Gasset en sus mensajes a los argentinos y por último se destacan las reacciones de los principales intelectuales ante las expresiones de Ortega y Gasset sobre la fisonomía espiritual del hombre argentino.

A partir de la pregunta de investigación arriba mencionada, a grandes rasgos se esboza que a principios del siglo XX Ortega se ocupó de desautorizar por su decadencia a la educación positivista imperante en el país y cuestionó su manifiesto voluntarismo reduccionista de raíz economicista y funcional, que resultó ser un rasgo constitutivo central para la conformación social argentina. Para Ortega, el positivismo falló debido a que el hombre no es naturaleza sino historia. Con su pragmatismo, el positivismo subordinó la vida social al valor económico y coadyuvó a que la llamada generación del 80, de base ideológica liberal, generara un proceso de alienación cultural.

A fin de comprender los rasgos generales que caracterizaron al hombre masa de la sociedad argentina de principios del siglo XX se tomaron como punto de partida las condiciones del determinismo histórico geográfico en que este tipo de hombre tuvo que desenvolverse, y luego, en ese contexto se analizaron los principales aspectos.

La clase gobernante de fines del siglo XIX y principios del siglo XX tuvo una actitud de pretendida cultura europea con afrancesamiento en los modales y en el lenguaje. Manifestaba su necesidad de aparentar a través de gastos administrativos desproporcionados respecto de sus perspectivas potenciales. El Poder público otorgaba discrecionalidad a los gobernantes, que repartían destinos políticos entre amigos y cobraba impuestos excesivos al resto de la población, especialmente a opositores. Esta política injusta, sin ética ni moral dificultó el futuro y empobreció la perspectiva general, que Ortega advirtió y expuso al definir el carácter de los argentinos en sus ensayos «La Pampa…

promesas» y «El hombre a la defensiva», donde profetizó en 1929 el rumbo declinante que tomaría nuestro país.

La cuestión del Estado argentino y su conformación administrativa paternal era reflejo de la mentalidad de la *élite* que le dio forma creando ilusión de prosperidad. Pero el exitoso experimento conservador dejó de lado la reforma política que permitiera superar un sistema electoral ficticio e inmoral. El cambio drástico se produjo a través de la Ley Sáenz Peña, que pasó a sustituir un régimen electoral fraudulento por un sistema de voto libre.

Según Ortega, para no naufragar ideológicamente es necesario añadir la razón histórica a la antigua razón. La circunstancia es el dintorno que ofrece una perpetua resistencia a lo habitual, donde lo primero a vencer es la costumbre, y como el hombre es un fabricante nato de universos su realidad no consiste simplemente en ser, sino que tiene que elegir su propio ser; de ahí que hay historia. Así, con el fin de describir rigorosamente la anatomía del mundo del hombre, Ortega estableció un sistema de leyes estructurales para definir no las cosas que hay en él, sino su propia estructura, y deslindó lo patente de lo latente de ese mundo otorgándole dimensión de profundidad a fin de convertirlo en una perspectiva, de modo que esas leyes estructurales permitan entender una época.

Se verá también que, verdaderas o falsas, las creencias constituyen el pilar de apoyo de las acciones humanas. Con las creencias propiamente no *hacemos* nada, sino que simplemente *estamos* en ellas, son *convicciones* sobre lo que son las cosas en su derredor. Ortega distinguió ideas *con* que nos encontramos –ocurrencias– e ideas *en* que nos encontramos, que están ahí ya antes de que nos ocupemos en pensar.

Para Ortega política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación, el instrumento para transformar la realidad social circundante para lo cual es necesario un instrumento fundamental: la pedagogía política. Por otra parte, Ortega consideró necesario evitar el intervencionismo general del Estado que anula al individuo al atravesar el delicado límite entre la intervención sensata y el autoritarismo aplastante de la espontaneidad social. Pero Ortega también vislumbró lo preocupante de una masa triunfante desentendida del pasado y de prever el futuro viviendo de puro presente. Ortega consideraba positiva la nivelación social, pero destacó el

desacuerdo con la pérdida del rol social que cumplían las selectas minorías conductoras respecto de los destinos de la nación, pues ello generaba un desequilibrio estructural.

Para el hombre pampeano lo importante era ante todo representar, no ser. Los rasgos constitutivos negativos de su ser eran la avaricia y la incapacidad de retener, pero, entre las virtudes del hombre argentino, Ortega destacó el dinamismo y la inteligencia. Además de estos aspectos positivos existen otros, tales como el don de crítica, el disconformismo, la negación y la rebeldía. No obstante, la pasividad argentina dejó expuesta su pereza, indisciplina y holgazanería como modo de vida que mostró a las claras la ausencia de iniciativa. Por otro lado, la imprecisión y la mentira expusieron la falta de sentido preciso del tiempo y el desprecio por la planificación, dejando lugar al azar y a la incoherencia. De modo que, en la pereza colectiva, con su indisciplina, imprevisión y abandono estuvo la clave del curioso fenómeno institucional denominado *caudillismo* o *caciquismo*, reflejo de la débil raíz colectiva que generó una sociedad superficial arraigada sólo al materialismo de progreso económico ilimitado.

Luego de sus ensayos críticos titulados «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva, Ortega recibió como respuesta hostiles ataques e insultos de los jóvenes escritores argentinos que prefirieron ofenderse antes que escuchar y aprender. No obstante, en el fondo estos artículos proponían al argentino el desafío de asumir una modificación sustancial de perspectiva para modificar positivamente el rumbo equivocado que la Argentina había tomado y que tantos inconvenientes acarrearía para su futuro.

De modo que Ortega debió enfrentarse con la corriente positivista de base biologista determinista de principios darwinistas que conformaban la sociología sustentada por Ingenieros, líder de las juventudes intelectuales universitarias argentinas. Las controversias se dieron a través de revistas. La crítica a Ortega fue por no haber dado al mundo un sistema filosófico de envergadura, original y sistemático, por su falta de intimidad del trato, por su generalización intelectual e ignorar a sectores sociales medios no elitistas; también se dudó sobre sus conclusiones respecto de la psicología del hombre argentino. Por su parte, Ingenieros realizó su malintencionado ataque desde la *Revista de Filosofía.* En resumen, Ortega no cayó en la indiferencia, sobre él llovieron agresivas

respuestas de intelectuales y de críticos, pero también variadas opiniones favorables.

Por otra parte, en tiempos de posguerra las distintas editoriales escindían ideologías buscando utilizar y manipular el pensamiento de toda una generación. La prensa argentina reflejaba reacciones y opiniones contrastadas entre distintos sectores ideológicos. Unos fustigaron a Ortega por ser crítico del fascismo, otros por cuestionar al liberalismo, y desde la izquierda se lo catalogó de elitista integrado a la «sociedad patricia» por no defender a las clases obreras populares mientras que el positivismo lo acusaba de ser objetor del cientificismo. También fue acusado de introducir el caos en España por influir activamente en la caída de la monarquía. La derecha argentina le recriminó haber motivado la Guerra Civil en España y haber destruido la monarquía. En realidad, el ecumenismo orteguiano incomodaba porque afectaba las aspiraciones de escritores, poetas y artistas argentinos que tenían su referencia intelectual en Europa. A estas y otras críticas cargadas y acomplejadas de inferioridad Ortega dio respuesta con su artículo «El Hombre a la Defensiva», ensayo que junto a «La Pampa… promesas» profetizaron nuestra decadencia. A Ortega se lo acusó también de un elitismo cerrado, que combatía al positivismo para dar lugar a un sobre–positivismo. Además, fue hostilizado y burlado, en particular por los integrantes de la revista *Martín Fierro.* Sin embargo, no hubo reacciones oficiales condenatorias auspiciadas por el poder político, por lo que tanto diarios y revistas culturales constituyeron la gran palestra de la difusión, discusión, y contraste de sus ideas.

Estas criticas y refutaciones, injustas o arbitrarias, en general contribuyeron a la maduración de su pensamiento sin que lograran afectar lo central de su sistema. Siempre políticamente independiente, a Ortega no se le perdonó fácilmente su talento deslumbrante y se lo acusó de volar en solitario sin abordar problemas concretos. Ortega suscitó rencor y agresiones en muchos, aunque esto no logró disminuir el prestigio y la admiración logrados. Sí sucedió la desaparición casi por completo de sus textos en los programas oficiales de enseñanza en todos los niveles, haciendo que se quedara prácticamente «sin voz». De manera que, una vez colocado en el ojo de la tormenta Ortega fue calificado de artista filosófico, de «mago de la palabra» y de elocuencia fofa, vacía y brillante, pero también fue visto como un maestro que intentó crear una

nueva modalidad de cultura y de convivencia humana al ampliar el horizonte mental y enriquecer la concepción del mundo. Por otra parte, fueron reconocidas su gran envergadura intelectual, la actualidad y penetración de sus juicios, su estilo conciso, claro y directo, tanto así como su capacidad de anticipación para influir en el rumbo de los tiempos mediante el aporte de ideas, sus tesis avanzadas y la calidad de sus diagnósticos agudos, serios y honrados. Además, fue reconocido como uno de los más selectos intelectos cuya influencia despertó interés en la filosofía, se destacó su figura múltiple, rica y dinámica, a pesar de que hubo argentinos cuyo nivel de comprensión no fue suficiente para evaluarlas. En resumen, las reacciones generadas, con sus adhesiones y rechazos, se enmarcan en la compleja situación que provocó la recepción orteguiana en la Argentina, considerada desde 1916 hasta nuestros días.

# PRIMERA PARTE

# LA CULTURA FILOSÓFICA VIGENTE EN ARGENTINA ENTRE 1880 Y 1916

# I - LA INFLUENCIA DEL POSITIVISMO EN LA MENTALIDAD SOCIAL DE LA ÉPOCA

## 1. El positivismo y la influencia de su visión biológica en las clases gobernantes de principios de siglo XX

En torno al año 1880 comenzaron a advertirse algunas señales de cambios profundos en el ámbito internacional, no siendo ajeno a ellos la región latinoamericana. Los factores determinantes de esos cambios, como se verá en I. 2 de esta Primera parte, se vieron reflejados con claridad en la sociedad argentina. En particular, algunos hombres de ese tiempo alcanzaron a percibir tempranamente un cambio de tendencia en el sistema de creencias y valores, e imprimieron a partir de sus nuevos registros perceptivos la dinámica que condujo a la conformación de una nueva cultura política en el país.

En el marco de estos nuevos vientos que agitaron la atmósfera política y social, Floria y García Belsunce observaron implicancias que tuvo en ella la transformación surgida y señalaron que estos hombres destacados «asisten, promueven o aceptan o bien resisten el cambio de una sociedad *tradicional* por una sociedad *moderna.*»[1] Una parte de la llamada generación del 80 creía y otra parte de ella se oponía a las influencias ideológicas y a los efectos culturales alienantes inducidos por la ideología liberal, interpretada en términos absolutos por el grupo dominante.

La época se distinguió y caracterizó por rasgos positivistas muy definidos asociados a la indiferencia religiosa, al predominio de intereses materiales por sobre principios abstractos y a la asimilación y usos de ideas incorporadas desde el exterior. En conjunto, estos rasgos determinaron la directriz general del desarrollo económico nacional con un sesgo marcadamente europeo.

Al analizar la influencia de este proceso de raigambre positivista, convertido en credo meramente pragmático en las clases dirigentes argentinas, Alejandro Korn puso en evidencia su intensidad y advirtió que éstas clases «se dejaron

[1] FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A., *Historia de los Argentinos*, Buenos Aires, Ed. Larousse Argentina, 1992, p. 170. La cursiva corresponde a los autores citados.

seducir por la eficacia evidente del esfuerzo interesado y aprendieron a subordinar todos los valores al esfuerzo económico.»[2] A continuación este autor menciona una característica que resultó determinante en la evolución del país: «los argentinos llegaban a él con el retraso y con la intolerancia de los conversos.»[3] No obstante, por otra parte debe mencionarse la incidencia de hechos económicos internacionales y recordar especialmente, entre ellos, la economía europea con su rápido crecimiento poblacional como uno de los factores que condicionó fuertemente las políticas rioplatenses. Este hecho redujo la denominada generación del 80 a constituirse en un mero agente intermediario de los cambios económicos, pues se limitó a aplicar políticas forzadas, adaptadas y promovidas para la nación.

Por entonces regía la idea básica de sociedad entendida como grupo organizado de individuos de una cierta especie con intereses, creencias y aspiraciones comunes. Estos grupos lucharon en determinadas circunstancias por la vida enfrentándose a otras especies vivientes en un trasfondo de leyes que la sociología general procuraba descubrir. En este escenario, la sociología positivista simplificó su concepción de sociedad, considerándola meramente como una parte de la especie humana que vivía y se reproducía en una región habitable del planeta.

Esta visión sociológica fue difundida en Argentina por el médico, escritor y filósofo José Ingenieros, quien enrolado en los discursos de otros argentinos que le precedieron, entre ellos Sarmiento, Echeverría y Alberdi, otorgó un exacerbado sesgo al atribuir los principales males de la Argentina a la decadencia española. Entre esos males, los más perjudiciales podían considerarse la inestabilidad política, la ingobernabilidad y el atraso del país y de Sudamérica en general. Esta inquietud sociológica que rechazaba de raíz al Descubrimiento, Conquista y Colonización española determinó su discurso académico y literario llevando a Ingenieros a desarrollar, desde principios del siglo XX, una sociología específica para argentinos cuyo núcleo original básico se centró en el contexto de la lucha por la vida.

---

[2] KORN, Alejandro, *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Nova, 1961, p. 200. Citado por FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A., ibidem, p. 167.
[3] Idem.

Marta Campomar analizó extensa y minuciosamente este fenómeno y luego hizo foco en un aspecto determinante que requiere ser destacado; advirtió que: «Los principios darwinistas asimilados por Ingenieros generaron una sociología donde el fenómeno biológico supeditaba la experiencia y la psicología social argentina a la anatomía y a la fisiología, adquiriendo su pensamiento un aire de estudio bacteriológico, donde la historia aparece como un apéndice más de la evolución de las especies que luchan por sobrevivir.»[4]

De modo que el sector positivista al que pertenecía el mencionado filósofo estudió la psico–sociología comparada de razas primitivas ya desaparecidas y abarcó otras ramas científicas, entre ellas la etnología, la psicología étnica y la antropología, valiéndose para ello de fuentes inglesas, alemanas y francesas.

La autora citada, luego de su exhaustivo análisis, menciona un aspecto importante a considerar en el marco de esta investigación: «la evolución de los pueblos más desarrollados era concebida bajo el lema del progreso, definido por Ingenieros como el perfeccionamiento adaptativo de las especies humanas, que se derivan en variaciones, organizaciones y mentalidades nacionales.»[5]

Por entonces, José Ortega y Gasset había estudiado en profundidad estos procesos y se había ocupado de desautorizar la educación positivista imperante en el país debido a su evolucionismo biológico darwiniano y lamarckiano entrados en decadencia. Al respecto, el filósofo español cuestionó ese manifiesto voluntarismo, ironizó y afirmó que el pretendido naturalismo positivista no pretendía ver las cosas como ellas son en sí mismas, sino tal como se ven.

En su investigación, Marta Campomar se refirió a otro aspecto crucial para el problema que nos ocupa; mencionó que al poner el acento en su reduccionismo de raíz economicista y funcional: «lo más grave del biologismo positivista es que sólo habla de utilidad para el organismo social.»[6] Éste fue un rasgo constitutivo central para la conformación social argentina, desde entonces y a través de todo el siglo XX hasta nuestros días, pues influyó en la forma de pensar de los argentinos.

---

[4] CAMPOMAR, Marta, "El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV.AA., Buenos Aires, Nuevohacer–Grupo Editor Latinoamericano, 2004, pp. 113–114.

[5] Idem.

[6] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva / Fundación Ortega y Gasset, 2009, p. 366.

No es incumbencia de la sociología centrar el interés en la crónica de los hechos particulares, sino determinar las leyes que a éstos los gobiernan. En ese marco básico de pensamiento, Ingenieros se preguntaba cómo proceder para poder determinar la trayectoria de la sociedad argentina, más allá de las tendencias marcadas por cualquier partido político o de descripciones históricas.

El polígrafo expresó su concepción social biologista de raíz economicista tal como sigue: «una sociedad es un agregado biológico, pero no es un organismo; los procesos económicos, a su vez, son manifestaciones evolucionadas de simples fenómenos biológicos. Los diversos grupos sociales necesitan adaptarse a su medio y están sometidos al principio biológico de la lucha por la vida, lo mismo que los grupos de otras especies gregarias. Esta condición de vivir en grupos determina modificaciones colectivas, subordinadas al cambio incesante de sus condiciones de adaptación y selección natural.»[7]

Al considerar también que el fenómeno de la asociación para la lucha por la vida no es exclusivo de las sociedades humanas, Ingenieros avanzó en el desarrollo de su visión biológica determinista y agudizando su definición darwiniana luego agregó que: «los bacteriólogos observan bajo el microscopio la evolución de agregados microbianos que tratan de adaptarse a su medio y luchan por la vida dentro de condiciones comunes a toda la colonia. Cada una de éstas es un grupo de determinada especie y evoluciona de acuerdo con las condiciones del medio nutritivo en que se desarrolla; cuando varias colonias viven circunstancialmente en el mismo medio nutritivo, cada grupo lucha por la vida con grupos de otras especies; ello no excluye que los individuos de un mismo grupo luchen por la vida entre sí, sobreviviendo los más adaptables a las variaciones del medio nutritivo.»[8] Es notorio el énfasis naturalista con que Ingenieros observó los fenómenos de todas las especies animales y vegetales, y si bien tuvo en cuenta las variaciones inherentes a especificidades de existencia, éstos fenómenos observables lo condujeron a incorporar en la impronta de su mirada de un mismo modo a las sociedades humanas, poniéndolas en un pie de igualdad con todas las demás.

---

[7] INGENIEROS, José, *Sociología argentina, Obras Completas*, Volumen 8, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957, p. 16.
[8] Idem.

De esta manera desacreditó a todos aquellos estudiosos, incluidos los filósofos, que intentaron analizar la cuestión social fuera del marco natural. De este modo, al enfatizar lo natural redujo su mirada social y estableció que: «esta verdad, aunque rigurosa e importantísima, es ignorada por todos los que se atreven a estudiar sociología sin poseer nociones rudimentarias de historia natural.»[9] En consecuencia, en esta particular perspectiva los individuos deberían adaptarse social y colectivamente para lograr ser capaces de organizar la convivencia, por ejemplo dividiendo el trabajo de manera tal que las actividades resulten útiles a todo el conjunto.

Por lo tanto, sin mediar características, rasgos y connotaciones relativas a la propia naturaleza del hombre José Ingenieros pasó a afirmar de forma desenvuelta y categórica que: «ese fenómeno, observado en otras especies, no varía en la humana.»[10] En resumen, Ingenieros partió de considerar la evolución humana unificada en un mismo plano, sin distinguir en su análisis a lo humano de las demás especies vivientes.

De modo que, en el marco de una competencia básica de conservación y reproducción, Ingenieros asignó las mismas contingencias, válidas por igual para todos los seres vivos, reduciendo así la evolución de las sociedades humanas al campo de las leyes biológicas. Al considerar las sociedades en este reducido cono de visión darwiniana, en primer lugar por el medio en que viven y dentro de él por todos los componentes sociales, cualquier pueblo es visto como un conjunto en lucha por la defensa de sus costumbres e instituciones representativas, es decir, como variación colectivamente adquirida en el seno de la unidad biológica de la especie.

A continuación de haber interpretado la formación natural de las agrupaciones humanas entendiéndolas como simples colonias organizadas mediante la división de las funciones sociales, Ingenieros expresó su conclusión: «la sociología biológica se propone explicar genéticamente la evolución de las sociedades humanas».[11] De manera que, en el contexto de una cultura argentina precoz conformada por libros orgánicos con aspiraciones de fisiología moderna abiertas por los grandes adelantos en las Ciencias

[9] Ibidem, p. 17.
[10] Idem.
[11] Ibidem, p. 20.

Naturales, la Escuela de Medicina generó literatura cruzando la psiquiatría con la Historia y las Letras. De esa fusión derivó la patología hispanófoba en un sector intelectual de la sociedad argentina, cuyo mayor exponente fue José Ingenieros.

Por su lado, el perspectivismo orteguiano en Argentina dio lugar a la apertura cultural, histórica y etnográfica movilizando ideas, sentimientos y susceptibilidades de la historia del país, orientando su filosofía vitalista hacia el problema de la identidad y de la argentinidad.

Empapado en el contexto sociocultural y académico argentino, Ortega emitió señales dirigidas a los médicos que habían inventado la categoría «psicología fisiológica»; ésta no existía como tal para el filósofo español y constituyó por ese motivo, el punto neurálgico de la controversia con los positivistas rioplatenses.

Marta Campomar luego de analizar e interpretar el confuso abordaje multidisciplinar del fenómeno filosófico sucedido a principios del siglo XX esclareció lo siguiente: «Ortega tenía delante de sí a fisiólogos, psiquiatras y psicólogos que acababan ocupándose de la filosofía, como había sido el caso de Ingenieros, quien desde la ciencia médica había buscado soluciones en la Psicología y en la filosofía experimental. Las conclusiones sobre lo que constituía la personalidad, sus hábitos, sentimientos, conocimientos y hasta su conciencia serían, para psicólogos, fisiólogos y médicos modalidades divergentes entre sí, entendiendo Ortega que cada uno debía ir a lo suyo y no confundir las fronteras del conocimiento.»[12] Esta exhortación aspiraba a dejar de lado la estrechez positivista conducente a la regresión científica y tenía un requisito irrenunciable: que la filosofía se libere del experimento como experiencia científica.

Ortega confrontó su tesis del sentido histórico como factor de comprensión cultural integral frente al positivismo fisiológico y al psicologismo experimental de los argentinos. Previo a este enfrentamiento Ortega había nutrido y fortalecido su tesis luego de explorar las teorías de la antropóloga sajona Ruth Benedict. Esta investigadora, que había analizado el fenómeno americano desde el punto de vista de la antropología social y de la ciencia de las

[12] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 356.

costumbres en temas complejos como el de la raza, la psicología individual y colectiva de los pueblos en ascenso, arribó a la conclusión que los caracteres nacionales heredados de un proceso de selección o rechazo de normas constituyen factores modeladores de una sociedad.

Por lo tanto, en esta concepción sociológica el sentido histórico debía acompañar el ejercicio del análisis de la psicología de los pueblos, sin subordinar una ciencia a la otra.

Luego de ahondar en la interpretación de estos aspectos Marta Campomar rescató las consideraciones siguientes: «la falta de respeto por la diversidad cultural seguía siendo para Ortega como para Ruth Benedict desde el campo de la antropología, uno de los grandes pecados mundiales. Ella alegaba que la distinción entre «nosotros» y los primitivos o bárbaros se basaba en la arrogancia del blanco, que no contemplaba variedades legítimas de hechos complejos humanos. Y, como Ortega, ella culpaba al racionalismo del siglo XIX, con su bagaje de imperialismo autosuficiente, que enarbolaba prejuicios de raza que no aceptaban la multiplicidad y variedad de manifestaciones culturales. Ella destacará, ante todo, el concepto inaceptable de la superioridad de raza con que se tenía sojuzgados a pueblos primitivos que, internamente, conservaban intactos sus características culturales y espirituales sacras.»[13]

La falta de respeto por la diversidad cultural en el campo de la antropología era un aspecto mundial de gravedad tanto para Ortega como para Ruth Benedict y ambos responsabilizaban al racionalismo del siglo XIX, cuyo bagaje imperialista autosuficiente sostenía como bandera prejuicios raciales que rechazaban de plano la variedad de expresiones culturales múltiples.

Ortega enfatizó que no era la razón pura, ni el racionalismo ni el positivismo los que pueden comprender al hombre en su dramática condición de náufrago, sino la razón histórica. Esta última había sido construida lentamente por el filósofo español desde la elaboración estructurada y abstracta de su razón vital. En consecuencia, para Ortega el naturalismo, el positivismo y el cientificismo fallaban debido a que el hombre no era naturaleza sino historia. No obstante, la verdad era difícil de reconocer y destacar.

[13] Ibidem, p. 836.

Por esa razón, si durante el siglo XIX la ciencia pareció haber entrado en una mayor seguridad de sí misma, debíase no a un método particular de exactitud o a los logros del experimento, sino al hábito más apropiado de considerar la verdad en su perspectiva histórica. Pero sin dudas, fundamentar el determinismo histórico en nociones biológicas era ilusorio.

En relación a lo expuesto, Ortega afirmó que: «El determinismo radical de la historia tiene que ser psicológico o tal vez más estrictamente ideológico. Nos es menester para los problemas históricos un género de fatalidad que no excluya la libertad de las acciones.»[14] Más adelante se verá que esto es importante para los postulados de nuestra investigación dado que, como señaló Ortega: «del mismo modo la última fuente de los actos de un pueblo consiste en su ideario. No hemos de buscar las razas humanas, las razas históricas en los cajones de la antropología, sino en la historia misma. Una raza de hombres es una clase de productos culturales, de ideas, de acciones, de sentimientos. Y originariamente y sobre todo, una raza es una manera de pensar.»[15]

Ortega tenía presente que un pueblo está constituido por su mitología, es decir, por un conjunto de mitos o pensamientos no pensados como especialistas, cualquiera sea la especialidad o profesión. Como consecuencia de lo anterior, a continuación afirmó con énfasis que: «una mitología es un pueblo. La mitología en que nacemos es nuestra fatalidad y nuestro determinismo.»[16] Pero, al considerar el fracaso de la ciencia natural ante lo propiamente humano, Ortega pensaba que éste se escapa a la razón físico-matemática como el agua por una canastilla, lo cual ha llevado a la deplorable decadencia de la fe en la razón. De ese pensamiento crítico Ortega extrajo como conclusión que: «la vida humana, por lo visto, no es una cosa, no tiene una naturaleza y, en consecuencia, es preciso resolverse a pensarla con categorías, con conceptos, radicalmente distintos de los que nos aclaran los fenómenos de la materia.»[17]

---

[14] ORTEGA Y GASSET, José, "La guerra, los pueblos y los dioses", *Summa*, 15 diciembre 1915. *Obras Completas*, Ed. Taurus, diez tomos, edición en formato digital pdf, septiembre de 2020, tomo I, p. 1137. En adelante, citaré por la misma edición.
[15] Ibidem, p. 1138.
[16] Ibidem, p. 1140.
[17] ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio Romano*, "I Historia como sistema", *Obras Completas*, tomo VI, p. 85.

Por su lado, el positivismo físico se había adelantado tres siglos y había conseguido forjar un «sistema de la naturaleza» integrando con rigor ejemplar las ciencias físico-matemáticas y en torno a ellas, con un rigor menos ejemplar pero igualmente muy eficaz, las ciencias biológicas. Este cuerpo del saber había adquirido desde el siglo XVII el rango de saber-modelo.

Ortega estuvo en desacuerdo con el predominio determinista de estas ciencias por sobre la filosofía y expresó que: «la filosofía se supedita a él, recibe de él las orientaciones decisivas. La física se erige en prototipo de la verdad y como la razón no es sino la conducta del pensar que llega a la verdad, se hace sinónima de "ciencia natural".»[18] Con el propósito de fortalecer fundamentos en sus indagaciones históricas, Ortega se remontó a Descartes; cuestionó su entusiasmo por las construcciones de la razón, pues ésta le »condujo a invertir completamente la perspectiva natural del hombre.

En *Historia de nuestro tiempo*, el filósofo español afirmó: «con heroica audacia, Descartes decide que el verdadero mundo es el cuantitativo, el geométrico; el otro, el mundo cualitativo e inmediato, que nos rodea lleno de gracia y sugestión, queda descalificado y se lo considera, en cierto modo, como ilusorio.»[19] Al hombre cartesiano «moderno» le resulta antipático el pasado porque éste refleja las cosas hechas no de *more geometrico*, pareciéndole inadecuadas las instituciones políticas tradicionales. Además, este hombre cree haber descubierto un orden social definitivo a partir del supuesto que los hombres son exclusivamente «entes racionales» y, por esa razón, las consecuencias son exactas e inevitables.

Ortega reconoció como aspectos positivos la lógica de esta construcción y su rigor intelectual, no obstante señaló categóricamente sus esenciales limitaciones: «el hombre cartesiano sólo tiene sensibilidad para esta virtud: la perfección intelectual pura. Para todo lo demás es sordo y ciego.»[20] El alto riesgo está en la no consideración del pretérito y del presente: en su urgencia el hombre cartesiano «moderno» cree que el futuro vital construido por el intelecto puro debe sustituirlos. Este temperamento, como se verá más

[18] ORTEGA Y GASSET, José, *Teoría de Andalucía y otros ensayos*, "Guillermo Dilthey y la idea de la vida, IV La idea fundamental de Dilthey", *Obras Completas*, tomo VI, p. 287.
[19] ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, "III Relativismo y Racionalismo", *Obras Completas*, tomo III, p. 701.
[20] Ibidem, p. 702.

adelante, será el encargado de conducir hacia las revoluciones, entendido el concepto de revolución en el campo de la razón pura y no de la razón vital como planteaba Ortega. Luego indagaremos sobre este aspecto, que resulta de relieve para identificar y clarificar responsabilidades en la conformación de la grave crisis que hoy atraviesa la historia occidental, producto del fenómeno que podría denominarse «desorientación vital».

Con el fin de no desconocer el célebre Siglo de oro español la *Revista de Filosofía* desautorizó a la España teocrática y rescató unos pocos erasmistas o humanistas, entre ellos a Cervantes, Calderón y Velázquez. Aún con estas excepciones Ingenieros afirmó que España «permaneció ajena al renacimiento científico y literario de Europa.»[21] De concepción americanista, esta revista destilaba un historicismo impregnado de hispanofobia progresista. Ortega no tardó en percibir estos aspectos y luego desautorizó de plano al positivismo universitario y al de la escuela de Ingenieros, por considerarlos resabios del siglo XIX. El progreso y el perfeccionamiento, utopías del ideal republicano positivista argentino, habrían perdido vigencia en América porque no se asociaron a un proyecto ético y cristiano.

No admitir otra razón que la proveniente de la percepción inmediata de los objetos constituyó el impulso inicial del positivismo. Partir del supuesto que no existen más fenómenos que los sensibles, trajo aparejado el problema de que al hablar se atribuyen caracterizaciones a algo, sin verlo. Entonces, el no considerar más percepción que la de tipo sensorial autorrelegó al positivismo a la imposibilidad de constituirse en un sistema suficiente del universo. Después de considerar y analizar esta postura, al analizar y estimar los valores Ortega propuso la integración del positivismo, a fin de disminuir sus prejuicios y atenuar su dogmatismo. No obstante, luego puso su atención en este reduccionismo y advirtió enfáticamente que: «no hay que ponerse ante el Universo suspicaz como un aldeano. El positivismo fue una filosofía aldeana.»[22] Por otra parte, al considerar el pensamiento anglo-francés en relación a su influencia sobre el pensamiento alemán, Ortega vio probable que

[21] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 319. La autora cita el texto titulado “La renovación de la cultura filosófica española”, editado por *Revista de Filosofía* en julio de 1916, p. 110.
[22] ORTEGA Y GASSET, José, *¿Qué es filosofía?*, “Lección III”, *Obras Completas*, tomo VIII, p. 354.

la generación de 1830 fuera la única en ser influida desde 1760 al estar indefensa por falta de valor para tener una filosofía propia.

Desde esa visión el filósofo expresó otra definición del positivismo: «no es una filosofía, que, si se quiere, es algo más y mucho menos que una filosofía: una actitud mental a que históricamente llega el hombre, el resultado de una cadena de experiencias intelectuales hechas durante dos siglos.»[23] Posteriormente, en el *Prólogo para alemanes*, refiriéndose a la lingüística positivista de comienzos de siglo, respecto del sentido de las palabras Ortega denunció el efecto nivelador del positivismo, pues emparejó el universo igualándolo todo, y por esa razón lo vació. Pero luego aclaró que las palabras tienen incuestionablemente un sentido privilegiado, máximo o auténtico; aquél que significaron cuando fueron creadas.

La relación con la moral que existe en toda filosofía adquirió en Ingenieros un carácter exultante y en ocasiones exhibió gran dramatismo, a pesar de las falencias provenientes de su débil fundamentación metafísica.

En coincidencia con las ideas vigentes en su época, esta actitud exultante expresó el desdén de la clase criolla, a la que percibió ausente de ideales, lejos y sin nociones de excelencia, eclipsada y absorbida por la domesticidad. Existe en la mirada de Ingenieros un permanente trasfondo de penumbras en el que los hombres de la aristocracia guían a las sombras la población masiva.

Al estudiar la filosofía argentina durante las primeras décadas del siglo XX y tomando como base el análisis de *Principios de psicología*, García Losada concluyó que «José Ingenieros defiende una aristocracia del mérito»[24], pues expresa en su discurso una marcada voluntad tendiente a la consolidación natural como base de la filosofía, y reconoce que «Ingenieros llega a la conclusión de que la filosofía del porvenir se orientará hacia una concepción del mundo fundada en las ciencias naturales.»[25] En ese sentido, García Losada consideró la filosofía de Ingenieros como filosofía positivista.

La opinión de Ingenieros era que en Argentina se producía una transformación importante del viejo régimen feudal en ganadería industrializada

[23] ORTEGA Y GASSET, José, "Prólogo para alemanes, 3", (1934), *Obras Completas*, tomo IX, p. 193.
[24] GARCÍA LOSADA, Matilde Isabel, "La filosofía en la Argentina en las primeras décadas del siglo XX. José Ingenieros (1877–1925)", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* ibidem, p. 183.
[25] Ibidem, 185.

y capitalista entre el caudillo estanciero y el gaucho; de ambos surgió el colono como la nueva fuerza política del interior que adquirió tierras al terrateniente criollo. Sin embargo, desinteresado en la teoría evolucionista o economicista argentina, pues no era este aspecto central en su pensamiento, Ortega vio en el surgimiento de este elemento social el perfil de un nuevo europeo involucionando hacia lo primitivo.

Para Ingenieros sólo eran hombres preclaros aquellos que preveían el porvenir adelantándose a las variaciones sociales de su tiempo. Por esa razón vinculó el progreso histórico a minorías revolucionarias desplazando a otras minorías pasivas, obedientes por igual ante de los vencedores. En tanto que las variaciones producidas en el proceso revolucionario implicaban un desequilibrio tanto en los intereses creados como en el proceso de sustitución, Ingenieros asimiló lo dicho como una necesaria crisis generadora de desorden transitorio, condición preliminar para el advenimiento de un orden nuevo.

A este proceso Ingenieros lo sintetizó en la siguiente fórmula: «en el devenir social sólo merece el nombre Revolución tal cambio de régimen que importa hondas transformaciones de las ideas o radicales desplazamientos de los intereses coexistentes en la sociedad; no es lícito confundir su gesta poligenésica con los motines o turbulencias que convulsionan la vida del Estado político.»[26]

Para Ortega, como se verá en el capítulo II de la Segunda parte, el concepto de revolución es radicalmente opuesto. Ortega pensaba que tanto la idea pura como los fenómenos espirituales existen.

Es evidente que son hechos que se dan espontáneamente al lado de los hechos sensibles, sin embargo en *Las Atlántidas* expresó: «el positivismo de viejo cuño, que es una divinización de lo sensible, se negaba y se niega a admitir como hecho cuanto no sea fenómeno táctil o visual.»[27] El origen utilitario del positivismo se manifestó en la creencia, justificación y explicación porque el hombre se ocupa de conocer y saber sobre las cosas y de ese modo logra un medio para dominarlas.

---

[26] Véase*:* CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 156–157.
[27] ORTEGA Y GASSET, José, *Las Atlántidas*, “Los ámbitos culturales”, *Obras Completas*, tomo III, p. 931**.**

Pero Ortega advirtió otro aspecto de fuerte significación sobre la existencia de los fenómenos sensibles: «para caer en la cuenta de que el saber produce dominio sobre las cosas es preciso que haya primero un saber conquistado sin miras utilitarias, una vez poseído el cual se advierte que rinde utilidad.»[28] De esta manera colocó el conocimiento en sí mismo por encima de su utilidad posterior.

En 1916 Ortega comenzó a enfrentarse con esta corriente positivista de raigambre biologista y determinista liderada por José Ingenieros a través de sus conferencias dadas en la Institución Cultural Española. Las diferencias entre ambos enfoques en el abordaje de las disciplinas científicas fueron notorias; conceptualmente se distanciaban de manera radical por sus rangos y jerarquías. Ortega defendía los fueros independientes de la filosofía, minimizada por los cientificistas dentro de las ciencias naturales. La interpretación de Ingenieros, entre otras cuestiones de importancia, destacaba la habilidad desplegada por las razas blancas que en la conquista supieron desarrollar el comercio, la industria, la técnica y las fuentes de riqueza del continente.

Entre el primer viaje a la Argentina en 1916 y su segundo viaje realizado en 1928 Ortega mantuvo una intensa relación epistolar y de colaboración con la prensa argentina. Ya por entonces, junto a Coloriano Alberini promovían cambios en el ámbito universitario que permitieran erradicar al positivismo: lo encontraban desfasado respecto de las nuevas corrientes filosóficas del siglo XX y pretendían asignar un enfoque innovador a la enseñanza de la filosofía.

Estudioso del tema, Molinuevo admite las críticas hacia la postura de Ortega por parte de sectores de resistencia positivista, pero por otra parte, rescata el valor de la iniciativa orteguiana al afirmar que: «la huella que deja Ortega en la psicología médica, proponiendo un enfoque distinto del positivismo es importante.»[29] El positivismo se había planteado para sí una mirada de las cosas tomando como punto de partida lo inmediato que se ve de ellas, e

[28] ORTEGA Y GASSET, José, *En torno a Galileo*, "Lección VII. La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo", *Obras Completas*, tomo VI, p. 514.
[29] MOLINUEVO, José Luis (editor), *José Ortega y Gasset. Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 12.

imponía la visión de que tal como ellas se ven en sí mismas, así son; esto es lo sensible, que nos llega por el aparato visual.

Este modo biologista y reducido de ver la realidad y las cosas había gobernado la conciencia europea un largo período que se extendió cerca de tres cuartos de siglo.

Al respecto, en su tercera conferencia dada en Buenos Aires en 1916 Ortega realizó una ácida crítica, donde deslizó una metáfora de alusión socarrona que sintetizó la incauta mirada positivista; en ella expresó que: «la caravana sedienta, bajo la turquesa férvida del ciclo ecuatorial, sobre el desierto de arena rosada cree ver el aljibe de agua temblorosa. Y en efecto, lo ve, pero el agua no existe.»[30] En esta misma instancia Ortega arremetió contra el positivismo argentino en todas sus facetas: la utilitarista, la biologista y la psicologista de laboratorio, aclarando que esta filosofía fue resultante de la separación entre las ciencias naturales y la filosofía, que debía ser utilizada para resolver el problema de la verdad.

En síntesis, el positivismo puede considerarse un fenómeno de acción y de vital utilitarismo del siglo XIX, pero no puede ser tenido en cuenta como filosofía para el presente.

En la misma conferencia aludió a la ilusión del iluso hombre positivista en tanto forjador de creencias ilusorias, ya que, si la biología como sistema se atribuye a sí misma toda la verdad, por ello consiste, en su fondo, en un sistema particular de ilusiones. Por esta razón descartó de plano toda aspiración filosófica del positivismo afirmando categóricamente que: «una filosofía a quien puede salir al paso una objeción tan sencilla como ésta sin ser capaz de resistirla no es sólo una mala filosofía, más bien parece no ser, en absoluto, una filosofía ni buena ni mala.»[31]

En su cuarta conferencia del 2 de septiembre del mismo año avanzó con su docencia antipositivista. En esta oportunidad centró el ataque en 1850 con el triunfo de la industria, la riqueza, la política y la democracia. Por estos años en que prevalecían las ciencias biológicas y la física, manifestadas en comodidades prácticas y mercantiles, el positivismo perdió totalmente el

[30] Ibidem, pp. 84–85.
[31] Ibidem, p. 115.

sentido de la filosofía: pasó a quedar relegado a un plano lejano y de poca injerencia.

Ortega recalcó que el pensamiento llega a moverse más entre fenómenos que entre ideas, pues estas son cuerpos filosóficos inexistentes. Por otra parte, a la psicología, rama científica permeable en Argentina, Ortega no la definió como filosofía sino como ciencia de realidades psíquicas, y la filosofía no se ocupa de ellas.

Poco más de un mes después, en la octava conferencia Ortega cuestionó lo que antes mencionáramos: la apropiación de la psicología a manos de médicos y enfatizó el calado y los riesgos de la fecundidad positivista en la conciencia pública. Más allá de poseer la actitud justa y propia de las ciencias naturales para su correcto desenvolvimiento, admitió su impacto e influencia social al reconocer que: «la evolución humana necesita de todos los estadios porque ha ido pasando y nosotros polemizamos hoy con el positivismo precisamente porque lo llevamos dentro.»[32] Si bien reconoció la no injerencia de la filosofía en las disciplinas duras, como la física o la biología, consciente de los excesos cometidos por los naturalistas favorecidos por las circunstancias propias del siglo XIX deslindó los campos de acción e hizo notar que: «igualmente es monstruoso querer labrar una filosofía con la tesitura positivista. La filosofía y las ciencias naturales son órganos distintos aptos para percibir objetos distintos: la física los reales, la filosofía los ideales.»[33] Exigió, en consecuencia, correcciones de pensamiento provenientes de estrecheces que provocaban regresiones.

Continuando en la misma línea de análisis, una semana después en su novena conferencia en Buenos Aires, al delinear Ortega las nuevas tendencias de pensamiento europeas, opuestas en algunos aspectos a las hasta ahora vigentes, circunscribió el diagnóstico a nuestro país y confesó su percepción y decepción intelectual expresando: «he hallado la ideología argentina más recluida de lo que esperaba dentro de ideas que en el resto del mundo han perdido buena parte de su virtud. Más placentero me sería no decir esto, pero sería en cambio deslealtad.»[34] En su avance contra las restricciones

[32] Ibidem. pp. 141–142.
[33] Idem.
[34] Ibidem, p. 172.

perceptivas e imperativas que comprimieron el mundo, Ortega combatió y desnudó al positivismo revelando sus limitaciones.

Para ello efectuó la siguiente denuncia: «Las ciencias naturales basadas en el determinismo habían conquistado durante los primeros lustros el campo de la biología. Darwin cree haber conseguido aprisionar lo vital --nuestra última esperanza-- dentro de la necesidad física. La vida desciende a no más que materia. La fisiología a mecánica.

El organismo, que parecía una unidad independiente, capaz de obrar por sí mismo, es inserto en el medio físico, como una figura en un tapiz. Ya no es él quien se mueve, sino el medio en él. *Nuestras acciones no pasan de reacciones*. No hay libertad, originalidad. Vivir es adaptarse; adaptarse es dejar que el contorno material penetre en nosotros, nos desaloje de nosotros mismos. Adaptación es sumisión y renuncia. Darwin barre los héroes de sobre el haz de la tierra.»[35]

A su vez, Ortega sabía que historiadores argentinos escribían influidos por el anticolonialismo. Estos escritores expresaban sus valoraciones históricas a partir de la lucha de clases y de la supervivencia de los mejores o por factores económicos, dejando de lado otros aspectos de mayor gravitación que hacen al pluralismo histórico universal.

El positivismo como visión de vida había generado indecisión y falta de elasticidad intelectual en el siglo XIX. En particular, Ortega percibió que los escritos de Ingenieros tenían marcado peso y poder de persuasión en el país y el exterior, por lo que puso su atención en ellos.

Ingenieros publicaba artículos de historia, sociología, antropología, etnografía y psicología en revistas editadas en Madrid, Roma y París. No obstante expuso la defensa de su teoría de la biogenética en su libro *Principios de Psicología*. Sus estudios comparativos vislumbraban dos ramificaciones de la civilización europea: una en América del Norte distinguida por su religión protestante, desarrollo industrial y capitalista, y otra en América de Sur, latina, clericalizada y atrasada.

[35] ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del* Quijote, “Meditación primera. 20 Flaubert, Cervantes, Darwin”, *Obras Completas*, tomo I, p. 1027. Las cursivas me corresponden.

Ingenieros destacó la democracia revolucionaria republicana francesa y la pujanza del mundo anglosajón y consideró que ambos conformaban el centro civilizador moderno.

Marta Campomar estudió este tiempo histórico filosófico y señaló en primer lugar que: «será desde esta óptica anglófila de Ingenieros y otros escritores de similar tendencia donde Ortega vislumbra esa vocación imperial que comienza a perfilarse dentro de América, con más fuerza y vigor expansionista desde el Norte con la doctrina Monroe, ideología yanqui para contrarrestar el poder de las potencias europeas en un continente de exclusivo dominio suyo.»[36], y a continuación reveló abiertamente la manifiesta intención política del médico argentino: «Ingenieros encuentra, a comienzos de siglo, un rinconcito de poder imperial para Argentina, declarando que podía ser el Río de la Plata el centro de irradiación de una raza neo latina que no fuera la ibérica.»[37]

A fin de remediar estos males para el país Ortega propuso una hermenéutica ensanchada que facilitara y enriqueciera la interpretación del paisaje y sus elementos, con una amplitud mayor que la propuesta por la escuela crítica de Ingenieros.

El positivismo y el empirismo reinantes a comienzos de siglo XX se fijaron en la utilidad como punto de vista excluyente a fin de valorar la acción. En oposición a ello Ortega propuso teoría. Ésta permitiría proyectar desde sí sus posibilidades y así superar esa visión excesivamente estrecha de la razón, cuya propuesta era un imperativo del «deber ser» construido de espaldas a la realidad.

Sobre el reduccionismo y obliteración mental reinantes en esa época, Aguilar ha manifestado que: «excepto por algunas noticias que nos llegaban de Bergson, los estudios filosóficos en Argentina se hallaban todavía inmersos en el positivismo. Al propio Ortega le costará entender que a esas horas existiese una cátedra en donde, “con devota convicción”, se expusiera a Herbert Spencer.»[38] Ortega consideraba ilusorio fundar el determinismo histórico en

[36] CAMPOMAR, Marta, “El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea”, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, ibidem, p. 116.
[37] Idem
[38] Ver: AGUILAR, Enrique, “La relación de Ortega y Gasset con la Argentina”, *Communio*, Revista Católica Internacional, Buenos Aires, Año 8, n.° 2, 2001, p. 50.

nociones biológicas, pues los problemas históricos requieren un género de fatalidad que no excluya la libertad de las acciones.

En un artículo de 1915 Ortega puso en cuestión el determinismo y descartó que sea posible relacionar aspectos geográficos y detalles anatómicos del cuerpo humano con ideas y predilecciones humanas universales. Argumentó que estas relaciones eran inaceptables como base de una filosofía, ya que esas asociaciones conducen a inexactitudes filosóficas y dijo lo que pensaba: «el determinismo materialista de la historia, basado en la noción anatómica de las razas, me parece demasiado relapso.»[39] En su insistente crítica a las singularidades positivistas observadas, el filósofo expresó anticipadamente su precaución contra todo intento de superación del siglo XIX.

En *El Espectador* hizo notar con frecuencia su hostilidad con esa centuria, por ejemplo, señalando la siguiente advertencia: «No es dudoso que en superar la conducta de ese siglo radica nuestro porvenir.»[40] Poco más adelante volvió a enfatizar la crítica sobre su autodenominación de siglo *moderno* de este siglo que consideró el mayor, urgente y único enemigo verdadero, afirmando contundentemente la necesidad de dejar de lado esa centuria por su pretensión de imponer su impronta y sus preocupaciones al futuro, de asignarle al porvenir su propio carácter. Ortega se opuso a los compartimientos estancos que el siglo XIX pretendió instalar en el pensamiento, a su pura ambición de modernidad y a las peligrosas supersticiones de sus integrantes.

Por otra parte, arremetió contra los responsables de esos flagelos y a modo de ejemplo exteriorizó su hondo desacuerdo con ellos diciendo: «los médicos siglo XIX ejercen una filosofía profesional que es el positivismo. Hacia 1880 era la filosofía oficial de nuestro planeta. Desde entonces hasta acá el tiempo ha corrido y todo ha caminado un trecho adelante, inclusive la sensibilidad filosófica. El positivismo aparece hoy a todo espíritu reflexivo y veraz como una ideología extemporánea. Otras maneras de pensar, moviéndose en la misma trayectoria del positivismo, conservando y potenciando cuanto en él había de severos propósitos, lo han sustituido. Inútil todo: los médicos siglo XIX se aferran a él; cualquiera otra doctrina que no sea el positivismo se les antoja, no

[39] ORTEGA Y GASSET, José, “La guerra, los pueblos y los dioses”, *Summa*, 15 diciembre 1915, *Obras Completas*, tomo I, Ibidem, pp. 1136–1137.
[40] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador -- I*, “Confesiones de *El Espectador*”, “Nada *moderno* y *muy siglo XX*”, 1916, *Obras Completas*, tomo II, p. 218.

sólo un error, cosa que sería justificable, sino una reviviscencia del pasado. Y es que el positivismo vivió dentro de ellos en una atmósfera espiritual impregnada de ambición modernizante, de suerte que el positivismo, no sólo les parece lo verdadero, sino a la vez lo moderno. Y viceversa, cuanto no sea positivismo sufrirá su repulsa, no tanto porque les parece falso, sino porque les suena a no-moderno.»[41]

Cabe destacar que para Ortega el *fenómeno vital humano* tiene dos caras: la biológica y la espiritual, y está sometido, por tanto, a la atracción antagónica de dos poderes distintos que actúan sobre él como dos polos que nos gobiernan, imperativos y contrapuestos; dos instancias que se regulan mutuamente corrigiéndose para evitar desequilibrios que acarrean degeneración. La idea del filósofo que aquí nos ocupa es que vida debe ser culta, pero la cultura a su vez, tiene que ser vital, pues para Ortega la vida inculta es barbarie, tanto así como la cultura desvitalizada es bizantinismo. Al referirse al *utopismo cultural* como conducta morbosa que padece nuestro tiempo, Ortega expresó enfáticamente: «Las generaciones inventoras del positivismo y del racionalismo se plantearon con toda amplitud, como cosa de importancia vital para ellas, las cuestiones que esos sistemas agitan, y de esta enérgica colaboración íntima extrajeron sus principios de cultura.»[42]

La fisiología médica y psicológica estaba enquistada en el incipiente positivismo nacional. Como se ha dicho, en esas disciplinas sobresalía José Ingenieros y también José Ramos Mejía, ambos médicos de formación biologista, moral y fisiológica, quienes a través de normas cientificistas buscaban explicar los hechos históricos y las transformaciones sociales de argentina con un sesgo interpretativo se basaba en el rechazo a la cultura española, por considerarla inconveniente para la sociedad argentina. Ingenieros afirmaba que la española fue una funesta civilización que enmudeció al cerebro de España, en medio de la sorprendente cultura y progreso europeo.

Además, Ingenieros sentía la ascendencia sarmientina de que Norteamérica se emancipó ordenadamente y el hispano, por el contrario, lo hizo

[41] Ibidem, p. 220.
[42] ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, “V. El doble imperativo”, *Obras Completas*, tomo III, p. 712.

desordenadamente, resistiendo a toda organización por no tener una educación política adecuada. Con el propósito de explorar las fallas y patologías de las sociedades, Ingenieros anteponía en valoración a médicos sobre políticos y estadistas.

Ramos Mejía, fundador del Círculo Médico Argentino, maestro de Ingenieros y autor del libro *Las multitudes argentinas* (1899), obra que causó gran impacto en los orígenes de la sociología nacional, como se verá en el punto siguiente, con su propuesta representaba la renovación cultural. Su enfoque literario filosófico relacionó y remarcó la influencia de la fisiología y la psicología. Desde su punto de vista, estas disciplinas constituían las bases que permitían explicar y fundamentar la evolución de una raza.

Ortega las denominó sociedades en *status nascens*, ampliando la mirada de los estudiosos que restringían la interpretación de la problemática popular a la fisiológica. Por su parte, la psiquiatría y la sociología, componentes ambas de la psicología social, determinaban un lenguaje cuyos términos de patología y fisiología de plebes fue utilizado tanto por Ramos Mejía como por Ingenieros.

Estas disciplinas pioneras conformaron claros antecedentes de la antropología filosófica posteriormente desarrollada por Ortega desde *La Nación*, y que luego desembocaría en *La rebelión de las masas.*

Es en este contexto científico en el cual Marta Campomar advirtió el proceso referido y lo expresó mencionando que: «la psiquiatría y la frenología encaminaban la historia argentina hacia el estudio de sus multitudes originarias y hacia la fisonomía de las revoluciones.»[43] Éste es un asunto en el que posteriormente se involucró plenamente Ortega con los argentinos.

## 2. Orientación positivista: pragmatismo y subordinación de la vida social al valor económico

Debe mencionarse la incidencia de hechos económicos internacionales y recordar especialmente, entre ellos, la economía europea con su rápido crecimiento poblacional como uno de los factores que condicionó fuertemente

[43] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 80.

las políticas rioplatenses. Al incrementar su población Europa demandaba proporcionalmente una mayor cantidad de alimentos, que no disponía internamente, pues su producción propia era insuficiente. Este déficit productivo hizo que deba importarlos de países no europeos, entre ellos la Argentina, que se encontraba muy bien posicionada como abastecedora pues contaba con abundantes recursos agrícolas y ganaderos derivados de la calidad de sus suelos y de la abundancia de agua en su región central.

El carácter transitorio de este fenómeno económico productivo de escala mundial no fue percibido correctamente con visión de largo plazo por la dirigencia local. De manera que su estrechez perceptiva derivó en estrategias equivocadas, reduciéndose así su potencial capitalización en términos de diversificación de infraestructuras productivas. Este error estratégico condenó a la denominada generación del 80 a constituirse en un mero agente intermediario de los cambios económicos, pues se limitó a aplicar políticas forzadas, adaptadas y promovidas para la nación.

La llamada generación del 80, de base ideológica liberal y ligada al accionar positivista, generó un proceso de alienación cultural que tuvo efectos negativos sobre protagonistas notables de la transición política argentina. Indefectiblemente, estos efectos alcanzaron al conjunto de la población con secuelas económicas perdurables en el tiempo.

No obstante, la vida vertiginosa de los argentinos se expresó en edificios públicos y privados majestuosos provenientes de la producción y riqueza agropecuaria. Adoptó una impronta que visibilizaba prosperidad aparentemente inagotable y fue reflejo del despilfarro optimista producto de negocios diversos y grandes rentas.

En este contexto socio económico de prosperidad sin límites, pero sin tradiciones consolidadas, el consumo aumentó vertiginosamente y abundaban las opciones laborales con salarios crecientes. El exceso de placeres materiales y de goces superficiales evidenció gastos excesivos y falta de conciencia respecto de la importancia del ahorro, lo que puso a las claras el riesgo de estabilidad futura como consecuencia del derroche.

Sin embargo, con abundante disponibilidad de dinero los argentinos adquirían los últimos artefactos técnicos importados, sacrificando de ese modo el desarrollo de su propia industria tecnológica. Como consecuencia de la gran

dependencia que entrañaba la entrega de las riendas económicas a países industrializados, las decisiones políticas encerraban la posibilidad de transformar el aparente milagro argentino en profundas crisis. Vanagloriados por su poder de compra los argentinos no se quedaron atrás de los lujos norteamericanos o europeos.

La aspiración legítima de querer ser grandes y vivir a lo grande que sentían los argentinos no se lograría simplemente por el mero hecho de contar con vientos económicos favorables sino con grandes esfuerzos colectivos a través de implementar políticas estatales eficientes.

Ante la visible y evidente prosperidad Ortega advirtió a los argentinos sobre la apariencia de seguridad que generaba el crecimiento económico, haciéndoles ver que ningún futuro es seguro ya que todo porvenir es incierto, incluso el de bonanza.

Al entrever que las condiciones de base no eran lo suficientemente sólidas, Ortega dio cuenta de los riesgos y explicitó la importancia de ser previsor, sobre todo en épocas de reiteradas y profundas crisis. En este contexto era imprescindible más que nunca no despreocuparse de la educación de la población, en general de todas sus clases, pero particularmente de aquellas que estaban al frente de mayor responsabilidad social institucional; había que dotarlas de claros y firmes conceptos éticos.

En este marco social, económico y político la filosofía debía tener un lugar: convertirse en diálogo vivo. La metafísica o filosofía intervenía más allá de los resultados científicos, estaba implícita de un modo u otro dentro de ellos sin desconocer la vida cotidiana ni mucho menos la observación de la realidad. La filosofía entendida como proceso dialéctico no posibilita una demostración de tipo constructivo que permita alcanzar certezas indubitables, pero es fundamental para intentar alcanzar verdades que sí permitan la elaboración de conceptos sobre los cuales edificar realidades de mayor solidez.

Era conveniente, entonces, conformar un cuerpo de eclecticismo a partir de reunir partes de cada sistema de conocimiento científico. La importancia de esta conformación radicaba en que ninguna de estas partes en forma individual poseía ni lograría la verdad absoluta, pero entre todas podrían aspirar a alcanzar una parte razonable de ella. Los conocimientos obtenidos debían

volcarse al sistema educativo, constituyéndolo en motor principal del desarrollo interno en sentido amplio, no exclusivamente económico sino cultural.

En este contexto de pensamiento surgieron diversas inquietudes y posturas de intelectuales que manifestaban sus puntos de vista. Entre estos intelectuales, «D'Ors opinaba que la historia de las ciencias era disciplina fecunda, ya que inducía a creer en la relatividad del ser humano. Así se evitarían enfermedades como el positivismo dogmático o posiciones escolásticas irreductibles.»[44] Eugenio D'ors, al igual que Ortega, tuvo una mirada similar en el enfrentamiento entre Ciencia y Filosofía; ambos confrontaron al positivismo decimonónico y la escolástica con sus ideales de Verdad, Bondad y Belleza. Los argentinos debían alcanzar la renovación de los valores morales. Según D'Ors, el esfuerzo intelectual para lograrlo radicaba que la filosofía ocupara el centro de gravitación de las ciencias y de las artes. Por otra parte, era necesario superar el riesgo de disolución de las ideas vitales, unitivas y emprendedoras que podían terminar neutralizadas por el poder público.

Había que exigirle al Estado colaboración con el ciudadano, evitar que existiera exclusivamente para sí mismo y utilizara su fuerza nacional para fines de lucro de algunos pocos privilegiados. En este ejercicio democrático de exigencia al aparato estatal hubo coincidencia: se manifestó en Ingenieros a través de su obra *El hombre mediocre* y en Ortega con su libro *España invertebrada*.

Desde otro lugar, también Emilio Ravignani a través de la Revista *Síntesis* y como director del Instituto de Investigaciones Históricas hizo su aporte para el rescate histórico de la cultura de su pueblo y de las Humanidades, por entonces integradas por la Filosofía, las Letras y la Historia. La Sociología, incluida en 1916 como base de los estudios históricos, en este caso quedó de lado.

Como rector de la Facultad de Filosofía y Letras Ravignani consideró que para mejorar una cultura era imprescindible interpretar el acontecer histórico, y en coincidencia con Ortega admitió que: «cada generación y cada época iban

[44] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 398.

en procura de su propia interpretación de cómo el hombre logra la verdad.»[45] Esta apertura dio lugar al origen del positivismo con su método empírico como sistema de exigencia conceptual. Ravignani, al igual que Ortega en 1916, detectó que la enfermedad consistía en el excesivo utilitarismo materialista del cual surgía, como consecuencia inevitable, un enfoque economicista de la historia.

La filosofía de Ortega y Gasset surgió como una deliberada respuesta a la «crisis de fin de siglo» sucedida entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Comprenderla plenamente exige situarse en ese tiempo, en el que se generó la actitud crítica hacia la Edad Moderna.

Ortega manifestó tempranamente su desacuerdo radical con la esencia del *modernismo* y sus exponentes, y lo hizo de manera epistolar, tal como revela Morón Arroyo: «en la carta del joven Ortega a Unamuno –la de sus veinte años!– expresa ya su discrepancia con los escritores del 98, porque los encuentra faltos de rigor en el pensamiento y precisión en sus expresiones.»[46] Ese «modernismo» de fin de siglo dio lugar al inicio de las primeras críticas hacia la modernidad, poniéndose en duda la idea del progreso indefinido que ésta había instaurado.

Lo que Ortega rechazó de este movimiento fueron las ideas absolutas que impuso, ensimismadas herméticamente y negadas de toda discusión evolutiva. El filósofo español advirtió a sus lectores y oyentes sobre los riesgos contraproducentes que aparejaba esta imposición.

Sobre este temprano desacuerdo orteguiano con el modernismo Santos Juliá manifestó que: «también se adelantará a Husserl en el diagnóstico y evaluación de la catástrofe cultural de Europa, proveniente justo de permanecer acerrojados en una ideología propia fundamentalmente del siglo XIX, que se basa en la promulgación como ideales absolutos de unas ideas, que miradas en sí mismas muy bien pueden volverse contra la realidad más viva y esencial de los individuos.»[47] La generación del 14, inmediatamente

[45] Ibidem, p. 492.
[46] MORÓN ARROYO, Ciriaco, “La idea de lo social en Ortega. Neokantismo: La cultura como ideal de las sociedades”, en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV.AA., Madrid, Editorial Tébar, 2005, p. 673.
[47] JULIÁ. Santos, “Ortega, intelectual en política”, en: José LASAGA (ed.) con la ayuda de Azucena LÓPEZ COBO y Margarita MÁRQUEZ PADORNO, *El Madrid de José Ortega y*

posterior a la del 98, representaba una nueva y peculiar sensibilidad y se hizo eco de ello, pues no se consideraron a sí mismos como *modernos***.**

Ortega rechazó de forma categórica la *modernidad* del siglo XIX y no dudó en que la superación del *novecentismo* era la clave para un mejor futuro, de mayor sensibilidad que la positivista. De estudios específicos surge que esta nueva sensibilidad se fundamenta en cinco rasgos básicos; ellos son: europeísmo, racionalismo, cientificismo, republicanismo y ludismo.

La modernidad del «novecentismo» tuvo buena acogida y fue, en realidad, una traducción del *noucentisme* catalán, fundado por Eugenio d'Ors. En el *novecentismo* comienza a apreciarse la evidencia de nítidos rasgos posmodernos.

Al respecto, Abellán señaló que: «en el *novecentismo* aparecen ya rasgos posmodernos claramente definidos, y de forma muy sobresaliente: el rechazo al positivismo desde el punto de vista filosófico y, al mismo tiempo, y casi por las mismas razones, el rechazo al siglo XIX.»[48] La actualidad y vigencia de la herencia cultural de la Generación del 14 se debe en gran parte a Ortega, a pesar del manifiesto intento escolástico por desvirtuarla.

Sobre el impacto futuro de la obra orteguiana Abellán expresó su optimismo, rescató la figura destacada del filósofo y aseveró que: «Ortega y Gasset es el máximo representante de esa generación, y como fruto más granado de la misma, se nos presenta como adelantado de la posmodernidad.»[49]

En *Meditaciones del Quijote* Ortega manifestó que los hechos españoles positivamente grandes no han sido suficientemente estudiados y luego de exaltar la novela de Cervantes volvió a arremeter, por contraste, contra el siglo XIX y su novela. Sobre ella dijo: «el ideal *cae* desde poquísima altura. Por esta razón puede augurarse que la novela del siglo XIX será ilegible muy pronto: contiene la menor cantidad posible de dinamismo poético.»[50] mientras que, comparativamente, por su elevada tensión interna rescató la perdurabilidad del *Quijote.*

---

Gasset, VV.AA., Madrid, Ed. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales–Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, p. 231.

[48] ABELLÁN GARCÍA, José Luis, "Ortega y Gasset, adelantado de la posmodernidad", en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, p. 597.

[49] Ibidem, p. 604.

[50] ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, "Meditación primera, 20. Flaubert, Cervantes, Darwin", *Obras Completas*, ibídem, p. 1026. La cursiva corresponde a Ortega.

Poco más adelante Ortega contrastó la idealización de la realidad configurada por el positivismo expresando que «el siglo XIX, no satisfecho con levantar a forma heroica la negación de todo heroísmo, no contento con proclamar la idea de lo positivo, vuelve a hacer pasar este mismo afán bajo las horcas caudinas de la asperísima realidad.»[51]

Su áspera crítica contra las generaciones precedentes continuó al afirmar también que el pesimismo del siglo XIX, al que el filósofo denominó nuestro «padre», comprimió el mundo sin dejar nada en pie y proyectó hacia el futuro todo su rencor.

En otro pasaje posterior de su obra, refiriéndose al mismo tema en cuestión, Ortega reflexionó sobre la visión comparada de pasado y futuro del hombre actual y en esta oportunidad dijo: «Para ver con alguna claridad lo que hoy nos pasa frente a pasado y futuro basta con que comparemos nuestra situación con la que vivía el hombre occidental del último tercio del siglo XIX, el hombre de *fin de siècle* vestido de levita, cubierta la cabeza con la gran arquitectura de la chistera, con rígido cuello almidonado y corbata de plastrón.»[52]

Por otra parte, Ortega reclamó una educación de actualidad omnímoda y resaltó la necesidad de una disciplina intelectual, moral y estética que simplificara el camino en medio de lo vital: «Necesitamos una introducción a la vida esencial.»[53] Propuso retornar a lo sustancial de las cosas porque, más allá de los aciertos en cuestiones de detalle, el positivismo con su realismo fracasado y contraproducente había trivializado el idioma y lo había convertido en un mero instrumento descriptivo de las cosas ya existentes, en lugar de suscitar nuevas cosas.

Cambiar de costumbres supone siempre grandes esfuerzos que permitan una actualización de ideas; lo viejo es algo concluso que se resiste, mientras lo nuevo se halla en *statu nascente.*

En este sentido Ortega, al inicio de un artículo de 1916 admitió y reconoció que: «esta obligación de sacudir de nuestra conciencia el polvo de las ideas

[51] Ibidem, pp. 1026–1027.
[52] ORTEGA Y GASSET, José, “Pasado y porvenir para el hombre actual”, *Obras Completas*, tomo VI, p. 929.
[53] ORTEGA Y GASSET, José, “Alemán, latín, griego”, *Obras Completas*, tomo I, p. 570.

viejas, carbonizadas ya, y hacer que en ella se afirme lo nuevo, es siempre difícil y penosa.»[54]

Ortega abordó el tema de los valores y destacó que la razón que conduce a elevar a dignidad de principio una entidad cualquiera consiste en haber descubierto en ella un valor superior. Así, de acuerdo a nuestra capacidad de estimar, por parecernos que vale más que otras cosas la preferimos por sobre ellas y hacemos que éstas se subordinen.

Esta facultad estimativa que llamamos «preferir» resulta ajena totalmente a la perspicacia sensible o intelectual. Como veremos más adelante, la importancia de las preferencias o elecciones que haga el individuo o la sociedad en su conjunto está mucho más profundamente ligada a los valores que consciente o inconscientemente considere y aplique. De ellos y de su ordenamiento jerárquico en el procedimiento a la hora de elegir dependerán los resultados en el largo plazo. De ahí surge la importancia fundamental de cada decisión política, que finalmente proyectará sus efectos en los campos económico y social. Ortega ejemplificó de esta manera el funcionamiento del mecanismo psicológico de preferir: «Podremos en cada caso equivocar nuestra preferencia, anteponiendo lo inferior a lo superior, lo mismo que nos ocurre equivocarnos en las cuentas sin que ello anule la verdad rigorosa de los números.»[55] En síntesis, todo movimiento político, social o filosófico implica un preferir valores, como hemos podido observar en el caso del modernista siglo XIX.

En este marco es posible afirmar que el positivismo se equivocó al no admitir como verdadero otro conocimiento que el fundado en la percepción inmediata de los objetos, es decir, se concentró exclusivamente en aquello que se ve. Esta particularidad perceptiva que ve y prioriza lo inmediato a la vista por sobre aspectos no sensibles tiene su correlato en los resultados obtenidos luego de cada decisión.

Al respecto, para Ortega: «El error del positivismo fue comenzar por ser infiel a su inspiración originaria y suponer dogmáticamente que no hay más fenómenos que los sensibles, ni por tanto más percepción inmediata que la de

[54] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador I* (1916). “Confesiones de *El Espectador*”, “Nada *moderno* y *muy siglo XX*”, *Obras Completas*, tomo II, idem.
[55] ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, “VII. Las valoraciones de la vida”, *Obras Completas*, tomo III, pp. 725–726.

tipo sensorial.»[56] Ortega distinguió en la historia épocas «individualistas» y épocas «colectivistas», y especificó que han sido las primeras sumamente escasas y breves.

Si bien durante el siglo XIX prosperaron las profesiones liberales, no obstante, Ortega consideró un error que durante ese siglo la dominante fe en el progreso, que habitaba en casi todas las mentes, permitía suponer la valoración del individuo como tal y las consecuentes facilidades de existencia, que crecieron constantemente en la historia. Esta valoración del individuo, entendida como incremento de facilidades existenciales, ha continuado creciendo exponencialmente desde entonces, tanto así como las esperables dificultades derivadas de ellas.

### 3. Nuevas tendencias del pensamiento: el enfoque de Ortega y Gasset

Pérez Amuchástegui se ha encargado de estudiar las mentalidades argentinas durante el período que nos ocupa. En la introducción de su estudio se refirió a las características generales que conforman una mentalidad en función de las condiciones ambientales en que ésta mentalidad se desenvuelve, y, por otra parte, destacó la transitoriedad circunstancial propia de su desarrollo.

Sobre este proceso de gestación, el autor mencionado alude a que: «la mentalidad, pues, no es nada definitivo, permanente, inmutable. Es algo que sufre cambios, rápidos o lentos, intensos o minúsculos, según cambien o se modifiquen las condiciones del ambiente en que desarrollamos nuestra acción vital.»[57] A continuación, a fin de poder realizar una interpretación contextual correcta, Pérez Amuchástegui aclaró referirse a «situación mental» con el propósito de aludir a una mentalidad localizada en un determinado lugar y tiempo.

[56] ORTEGA Y GASSET, José, “Introducción a una estimativa--. ¿Qué son los valores?, 4. Los valores son cualidades irreales residentes en las cosas”, *Obras Completas*, tomo III, p. 664.
[57] PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965, p. 7.

En este sentido, como hemos visto en el punto I. 1 de esta Primera parte, Ortega en su lucha por evitar el estrechamiento del pensamiento humano confrontó con los entusiastas médicos que se apoderaron de la psicología.

Después de doctorarse en Filosofía y Letras en Madrid, Ortega había continuado sus estudios en las universidades alemanas de Leipzig, Berlín y Marburgo, donde se formó con Hermann Cohen, el más racionalista de los neokantianos. Esta formación le permitió extremar la accesibilidad a su obra, despejándola de términos arbitrarios, neologismos y planteos abstrusos, pretendiendo, de ese modo, ser leído y comprendido por muchos. En este sentido, el propio filósofo reconoce la necesidad de adquirir la cultura alemana, pues España para su reconstrucción necesitaba de Alemania, y admite que: «La involución del libro hacia el diálogo: éste ha sido mi propósito» según reconociera en el *Prólogo para alemanes.*[58] Así, con aptitud de psicólogo del inconsciente colectivo caracterizó los arquetipos contemporáneos con gran precisión y amenidad.

Según hemos expresado en otro texto, Ortega reunió cualidades excepcionales: «Al ser entretenido y accesible, profundo y simple, pero elevado y amplio, su lenguaje filosófico buceó en la dinámica histórica que determinó al hombre moderno europeo.»[59] El inicio de su trayectoria filosófica podría considerarse sobre finales de 1902, cuando contaba sólo 19 años. Uno de sus primeros artículos se tituló «Glosas» y fue publicado en la revista madrileña *Vida Nueva.* Por entonces España atravesaba un profundo proceso de transformación social caracterizado por una extensa ausencia de creación filosófica y el desafío consistía en la creación de un ámbito previo que a futuro permitiera una forma de pensamiento teórico científico y, ante todo, filosófico.

Ortega se «dio de alta» en 1914, a sus treinta años de edad, cuando empezó a publicar libros e inició una actividad plenamente pública y de adoctrinamiento político, primero dentro de las fronteras españolas y trascendiéndolas luego. Durante el período 1910-1936 atrajo gran cantidad de estudiantes a sus cursos de Metafísica dados en la Facultad de Filosofía y

[58] ORTEGA Y GASSET, José, "Prólogo para alemanes" (1934), *Obras Completas*, tomo IX, ibídem, p. 178.

[59] BALLISTRIERI, Carlos Alberto, "Realidad, Método e instrumento en la trayectoria filosófica de Ortega y Gasset", Comunicación presentada en el *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 2005, p. 3.

Letras de la Universidad de Madrid. En 1916 realizó su primera visita a la Argentina, país al que volvió en 1928 y en 1939, ya para quedarse a residir por tres años.

Se pueden deslindar tres etapas en las que Ortega patentizó su pensar filosófico. En forma sintética, ellas son: la primera transcurrió entre 1902 y 1910, años en los que predomina el punto de vista del objeto, tanto que los aportes del sujeto al conocimiento parecen excesivamente subordinados; a este acentuado objetivismo prosiguió un período extendido hasta 1923, en que incrementó sus contribuciones personales a la teoría denominada perspectivismo. Finalmente, a partir de 1923 el camino perspectivista es ensanchado y Ortega incorpora la idea de la razón vital, o racio–vitalismo según los círculos académicos, como elemento que descifra no sólo la realidad humana inmediata, sino la continuidad histórica de la cultura occidental.[60]

Es en su etapa intermedia en que Ortega irrumpe por primera vez en el escenario argentino, en el que desarrolló una serie de conferencias en Buenos Aires. En el capítulo I. 1 de ésta Primera parte hemos aludido a tres de ellas.

Retomando aquí su octava conferencia en Buenos Aires advertimos que Ortega reconoció la fecundidad del positivismo, pero a pesar de ese reconocimiento planteó un nuevo y crítico enfoque. En el marco de sus reflexiones señaló que: «la evolución humana necesita de todos los estadios porque ha ido pasando y nosotros polemizamos hoy con el positivismo precisamente porque lo llevamos dentro. El positivismo es la actitud justa y propia de las ciencias naturales y siempre que éstas se aparten de ella sufrirán un descarrilamiento».[61]

Llama la atención que Ortega haya admitido la no incumbencia de la filosofía en los campos de la física y de la biología. Según el filósofo ésta no tiene nada que hacer allí, al margen de las perturbaciones que podría generar. Ortega pensaba que estas perturbaciones pueden ser positivas como generadoras de nuevas direcciones internas de evolución, pero volvió a la carga sobre el tema y expuso la gravedad de querer desarrollar una filosofía con impronta positivista. También advirtió que si bien la filosofía y las ciencias

[60] Ibidem, pp. 4–5. Desde Nietzsche hasta Bertrand Russel la aplicación abstracta de la noción geométricamente práctica de perspectiva dio lugar a numerosas explicaciones didácticas.
[61] ORTEGA Y GASSET, José, Ver en: MOLINUEVO, José Luis (ed.), ibidem, pp. 141–142.

naturales son órganos distintos, aptos cada uno de ellos para percibir objetos diferentes, la física los reales y la filosofía los ideales: «todo intento de aplicar una de ellas al ámbito propio de la otra conducirá a malas inteligencias.»[62] Por otra parte, Ortega se encargó de formar discípulos, que luego continuaron investigando algunos de sus temas, explorando derivaciones y profundizando nuevos aspectos.

Julián Marías fue uno de los más destacados. En su ensayo sobre la *Aparición del hombre*, Marías, con relación al tema en cuestión, planteó que: «el pensamiento de Occidente va a oscilar entre el idealismo que entiende al hombre como *res cogitans* o yo puro y un biologismo que ve al hombre como algo que emerge evolutivamente y sin diferenta radical de la animalidad.»[63] Marías se interrogó también sobre la posibilidad de quedarse en una de estas dos visiones del problema, y si bastaría con pendular entre una y otra.

Julio Contreras analizó el incipiente medio científico argentino en las primeras décadas del siglo XX. De acuerdo a sus investigaciones «una figura central en el ambiente cultural argentino al tiempo de la primera visita de Ortega y Gasset, fue José Ingenieros»[64], que venía de pasar tres años formándose en universidades europeas de París, Ginebra, Lausana y Heidelberg. Ingenieros se había inquietado y sorprendido por la llegada de Ortega al país, en particular por su calibre intelectual y por su postura filosófica.

Sin dudas, en 1916 era José Ingenieros un intelectual de gran solidez, escritor consolidado y claramente distinguido en el ambiente científico argentino. Para Contreras Ingenieros no fue un pensador enteramente original, pero reconoce su impronta intelectual por haberse formado en el marco del pensamiento filosófico moderno francés de la época. Estaba embanderado en el positivismo y se había destacado claramente en la sociedad de la época.

Al respecto, en el desarrollo de su análisis Contreras expuso esta definición: «Ingenieros era, sin duda, *un espíritu de síntesis*»[65]. Sus escritos sociológicos

[62] Idem.
[63] MARÍAS, Julián, *Antropología metafísica*, Madrid, Revista de Occidente, 1970, pp. 79–80.
[64] CONTRERAS, Julio Rafael, “Esa noble vibración espiritual. Ortega y el incipiente medio científico argentino del primer tercio del siglo XX. El papel de las revistas”, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibidem, p. 97.
[65] Ibidem, p. 98. El autor menciona que esta definición corresponde a Ricardo SOLER (1979, p. 97). Las cursivas corresponden a CONTRERAS.

tallaron profundamente en la conciencia colectiva rioplatense y lograron con su profusa divulgación un gran poder ascendente sobre ella.

Sin embargo, al detenerse sobre la firmeza de la postura filosófica de Ingenieros, Contreras dudó y puso en cuestión la propia seguridad y autoestima del médico argentino respecto de su estructura conceptual biologista, entonces, se preguntó con realismo y dureza sobre el efecto que tuvieron las postulaciones de Ortega sobre Ingenieros y su positivismo: «¿acaso sintió como verdades las aseveraciones de Ortega y comenzó su derrumbe interior?»[66] Esta cuestión señalada por Contreras resulta determinante y reafirma el fuerte impacto que tuvo en la sociedad argentina la nueva visión filosófica introducida por Ortega.

En su novena conferencia dada en Buenos Aires el 7 de octubre de 1916 Ortega anunció, aunque en forma esquemática y genérica, las «nuevas tendencias del pensamiento que ocupan hoy las nuevas generaciones europeas y que en algunos puntos se mueven en sentido inverso de las que triunfaron en el próximo pasado.»[67] A partir de ahí es precisamente donde el filósofo expresó su asombro y decepción por el atraso ideológico que observó en los intelectuales del país, lo que confesó con disgusto y franqueza diciendo a continuación: «No he de ocultaros que con alguna extrañeza he hallado la ideología argentina más recluida de lo que esperaba dentro de ideas que en el resto del mundo han perdido buena parte de su virtud.»[68] El positivismo, había quedado obsoleto en Europa hacía más de diez años, sin embargo, como se puede apreciar, la juventud argentina no se había percatado de ello.

Poco antes, en su séptima conferencia Ortega estimuló a reflexionar a las jóvenes generaciones influidas por métodos ideológicos impropios respecto del antihispanismo imperante con el que pudieran descubrir de primera mano lo que fecunda al mundo y fortalece su sociedad.

Luego de un análisis pormenorizado de este problema Marta Campomar expresó: «Ortega encuentra extraño que en la América joven del futuro se

[66] Ibidem, p. 99. La liza mayor desatada directa o indirectamente por la presencia argentina de Ortega en 1916 y 1928 tuvo lugar principalmente en las revistas *Nosotros* y la *Revista de Filosofía.* También en *Verbum*, la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, y luego de la segunda visita, en *Humanidades*, *Síntesis*, *Sagitario*, *Liberalis*, *Hebe*, *Valoraciones*, *Claridad*, *Proa* y *Cursos y Conferencias.* En mucho menor medida, o mucho más tardíamente, *Sur*, *Universidad*, *Imago Mundi*, *Realidad*, y otras.
[67] ORTEGA Y GASSET, José, Ver en: MOLINUEVO, José Luis (ed.), ibidem, p. 172.
[68] Idem.

quieran repetir fenómenos y métodos que fueron útiles en Europa, en un entramado complejo de pueblos autóctonos distintos a los de la conformación americana.»[69] Los argentinos repetían hasta inmortalizar epopeyas de gauchos y caudillos consagrados en la literatura nacional. Se destacaban poemas como el *Martín Fierro*, pero esta estrechez impedía ver la evolución del mundo, que iba camino a verdades más complejas.

Así, aquellos argentinos educados en las viejas concepciones positivistas decimonónicas iban quedando atrás. Al parecer, estos ciudadanos no advertían que se estaba produciendo un significativo cambio de sensibilidad global.

En el contexto de análisis de la cultura nacional Raúl Orgaz, joven estudioso de filosofía y sociología, recordó marcadas ascendencias de doctrinas extranjeras sobre las orientaciones de los intelectuales argentinos. Orgaz sostuvo que en Argentina «fácilmente se adoptaban modelos con respecto a la manera de escribir y hacer historia, como fueron el caso de Guizot, Taine o Croce.»[70]

Como se verá más adelante, en el capítulo III de esta Primera parte, lo anterior está relacionado con la actitud de las aristocracias egregias locales ocupadas en hacer fortuna y no política, que como resultado llevó a poner en manos de clases anteriormente excluidas un arma poderosa: el sufragio universal.

Esta medida política condujo al imperio de las masas desprovistas de pasado, encumbrándolas en el poder. Esto último se desarrollará en el capítulo II de la Segunda parte.

En el ámbito universal la teoría de Einstein permitió abrir el alma occidental hacia nuevos horizontes y posibilidades al espíritu provinciano europeo. El nuevo relativismo multiplicó los puntos de vista y al mismo tiempo abrió un nuevo modo de pensar la historia y también un modo de vivir la vida desconocido hasta entonces.

La concepción del mundo se ensanchó a través de promisorios horizontes en el campo de la cultura, lo que coadyuvó al encuentro de nuevos y diversos entendimientos internacionales.

---

[69] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem., p. 369.

[70] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 492.

Ortega vio con claridad el auspicioso impacto de este acontecimiento y reconoció que la enérgica genialidad en la labor de Einstein reside en la liberación de este tradicional prejuicio al observar que los fenómenos no se comportan según la ley de Euclides; al encontrarse con el conflicto entre la jurisdicción geométrica y la exclusivamente física, no vaciló en declarar ésta soberana. Ortega observó lo siguiente: «Ahora vemos que fue una superstición la que nos mantuvo rendidos ante la llamada "verdad científica"; se entiende, la clase de verdad propia de la física y disciplinas congéneres.

»Pero otro hecho muy importante ha contribuido a la liberación: Independencia y fidelidad a sí misma de cada ciencia.

»Pavlov, Hering.

»Psicología – ni física ni psicología.

»La física misma: Einstein –se medía todo pero no el tiempo y el espacio.»[71]

Ya en 1914 en *Meditaciones del Quilote* y en *El Espectador* en 1916 Ortega había anticipado su posteriormente muy difundida doctrina perspectivista enrolada en la nueva teoría, que trascendía la física al comprender un radio de realidad más amplio.

En el marco de este nuevo enfoque teórico Marta Campomar destacó que: «el ejercicio intelectual que Ortega estaría compartiendo con los argentinos era el de movilizar la pupila determinista americana hacia distancias históricas múltiples.»[72] Su propósito fue, según la autora, querer «iniciar al argentino en un plano del mundo que se hace cóncavo y adquiere mayor profundidad. El problema no era sólo argentino sino general.»[73] Campomar mencionó también que en su conferencia sobre el novecentismo para la revista *Nosotros* Ortega buscó la apertura de nuevas perspectivas en la conciencia colectiva de la sociedad a través de su teoría de una nueva sensibilidad.

La intención era dejar atrás los aciertos y errores del siglo XIX, y para ello: «intentaba sacudir la molicie del "pueblo criollo" (todavía adherido al impulso

[71] ORTEGA Y GASSET, José, *¿Qué es filosofía?*, "Lección II", *Obras Completas*, tomo VIII, p. 334.
[72] CAMPOMAR, Marta, "El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea. El relativismo.", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibidem, p. 131. Ortega escribió en *La Nación* el 6 de julio de 1924 un artículo titulado "La Etnología y la Historia: sentido histórico" donde ejemplificaba: "el recién nacido no sabe de distancias: su mundo es un plano pegado a sus ojos. Necesitamos un aprendizaje de la acomodación ocular para ir situando los objetos en perspectiva".
[73] Idem.

del 80), que se aferraba a sus riquezas interminables, a la bondad del clima y la prodigalidad del suelo, que le aseguraban un bienestar inamovible.»[74] El nuevo siglo exigía romper con los últimos cincuenta años, discrepar con la herencia cultural recibida, ser distintos y crear un nuevo y propio escenario cultural.

En la práctica esto equivalía a superar los trastornos del siglo pasado reflejados en el escepticismo laicista, la propensión utilitarista inmoderada y el positivismo cientificista que los argentinos habían tomado como pilares para apoyar su progreso económico. Las mayores dificultades para su implementación residían en la incapacidad para percibir los beneficios de los cambios que existía en hombres de visión caduca, y, por otra parte, en la débil percepción de los argentinos más jóvenes.

En línea con lo expuesto cabe mencionar que en abril de 1928 Ortega publicó en *La Nación* un artículo titulado «Hegel y América», donde cuestionó la cerrazón mental y el hermetismo dogmático hacia el futuro; esto dejaba de lado la apertura a nuevas posibilidades. A través de este trabajo, el filósofo intentó hacerle entender sus ancestros al argentino.

Además, esta ampliación de la mirada criolla superaba la visión de progreso y civilización instalada por la sociología de José Ingenieros. El europeísmo en que se sustentaba su sociología tomaba como base el crecimiento material mediante un criterio ceñido estrictamente al progreso.

La influencia de la teoría einsteniana alteró los antiguos esquemas de pensamiento al generar apertura hacia una multiplicidad de posibilidades relativistas. El espacio, el tiempo y las formas ahora eran elásticos.

Por otra parte Ortega nutrió su teoría interpretando los descubrimientos arqueológicos de Frobenius y buscó soportes teóricos que le permitieran sacudir las cabezas de los porteños, incluidos los más vanguardistas con los que el filósofo trataba.

Sobre este nuevo enfoque que contempla la ciencia histórica ignorada por el positivismo, al referirse a los argentinos Marta Campomar señaló que: «Los sentía reacios hacia sus culturas primitivas, no queriendo entender sus gestos, lenguas, costumbres, instituciones, más allá del enfoque de un cientificismo biológico evolucionista que no se ajustara al corazón del hombre capitalista

[74] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 203.

porteño o yanqui conquistando terruños, llenándolos de inmigrantes para desarrollar una prosperidad agro ganadera o industrial como base de una economía nacional sin límites.»[75] De modo que, a fin de elevar las aspiraciones intelectuales y morales de los destinatarios Ortega recurrió a la metáfora del arquero: insinuó la búsqueda de un blanco hacia el cual debiera orientarse la vida, como así también la necesaria tensión para alcanzar el objetivo.

# II – RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL HOMBRE MASA ARGENTINO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

## 1. Determinismo histórico-geográfico de la psicología del hombre argentino

A fin de comprender los rasgos generales que caracterizaron al hombre masa de la sociedad argentina de principios del siglo XX es menester tomar como punto de partida las condiciones del determinismo histórico geográfico en que este tipo de hombre tuvo que desenvolverse, y luego en ese contexto analizar los principales aspectos.

El sustento de la democracia basado en la educación de la población era la clave para fortalecer la soberanía de la razón a fin de evitar el despotismo absoluto de las masas.

En su *Dogma socialista* Esteban Echeverría lo definió del siguiente modo: «para emancipar las masas ignorantes y abrirles el camino de la soberanía, es preciso educarlas. Las masas no tienen sino instintos: son más sensibles que racionales; quieren el bien y no saben donde se halla; desean ser libres y no conocen la senda de la libertad».[76] El pensamiento político arraigado en la

[75] CAMPOMAR, Marta, "El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea. Las Atlántidas.", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibidem, p. 133.
[76] ECHEVERRÍA, Esteban, *Dogma socialista.* Véase en: PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930),* ibidem, pp. 185–187.

oligarquía política es coincidente con la concepción de Sarmiento expresada en *Facundo*.

En su obra, el maestro sanjuanino recordó la barbarie desplegada por los caudillos, sobre todo del interior, con el propósito de destruir toda forma civil. Sarmiento percibió que «los pueblos en masa no son capaces de comparar distintivamente una épocas con otras; el momento presente es para ellos el único sobre el cual se extienden sus miradas.»[77]

Pérez Amuchástegui menciona el grave riesgo de dejar la administración pública en manos de personas sin formación política ni convicciones cívicas y señala un aspecto de gran importancia para nuestra investigación, que desarrollamos en el apartado siguiente. Este autor se refiere a la masa inmigrante venida a estas tierras y destaca su único interés: hallar riquezas para ella desconocidas y a las que ni siquiera podían aspirar. Por su parte la *élite* gobernante en conjunto apoyada firmemente por la oligarquía paternalista realizó grandes esfuerzos con la finalidad de mantener la cohesión de grupo, es decir, el respaldo y la garantía indispensables para mantenerse en el poder.

Sin embargo, las luchas intestinas entre bandos divididos en la revolución de 1880 trajo consecuencias de proyección política irreversible, vista por el autor citado como una «falta de conciencia de grupo, que se manifiesta abiertamente con la promulgación de la Ley Sáenz Peña a comienzos de siglo, golpe de muerte para la *élite* en tanto representa el punto de partida de las victorias del "populacho"».[78] Más adelante el autor volvió a referirse al grupo que ejercitaba el absoluto dominio de la administración pública bajo una forma exclusiva y excluyente, pues éste se consideraba a sí mismo un ejemplo cívico, que protegía y guiaba al resto de los compatriotas.

Sobre estos aspectos Ortega y Gasset se refirió extensa y profundamente al analizar el fenómeno del Estado argentino, que trataremos en detalle en la Segunda parte de la tesis.

Pérez Amuchástegui reconoció las agudas observaciones criticas orteguianas sobre el Estado argentino, no obstante discrepó y cuestionó su reduccionismo: «lo que el fino observador anota no correspondía, como era su

[77] Idem. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI cita de SARMIENTO, Domingo F., *Juan Facundo Quiroga*, en: *Obras Completas*, Buenos Aires, ed. Luz del Día, 1948–1956 (52 tomos), t. VII, pp. 59-60.
[78] PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J*., Mentalidades Argentinas (1860–1930*), ibidem, p. 29.

creencia, al pueblo argentino, sino al grupo que él trató, que pertenecía a la oligarquía paternalista.»[79] Más adelante se verá que este recorte perceptivo de Ortega sobre la sociedad argentina ha sido observado y señalado por diversos autores.

El ensayista argentino Eduardo Mallea rescató en sus ensayos *Historia de una pasión Argentina* (1937) y *Conocimiento y expresión de la Argentina* (1934) la figura del intelectual en el contexto de conformación de la nacionalidad. Sintetizó la responsabilidad de la debilidad de la conformación nacional en el olvido de los valores esenciales; en este descuido el autor vio la causa por la cual el país entró en declinación. Esos valores no se habían perdido, sino que estaban ocultos en lo que Mallea denominó la «Argentina invisible», reservorio de los auténticos valores conformada por hombres honestos, inteligentes, sensibles y generosos, oprimidos por la «Argentina visible» del dinero, de la ambición compuesta por hombres sin arraigo a la tierra. Mallea descargó en el intelectual la tarea de construir redes de solidaridad en una sociedad obsesionada en lo material, obsesión proveniente de la modernidad y causa, por lo pronto, de su postergación.

La tesis de Martínez Estrada, de gran repercusión sobre la conformación de los rasgos característicos del hombre argentino, se fundamentó en la teoría del determinismo geográfico, estrechamente vinculada a la noción de mundo y sus leyes estructurales desarrollada por Ortega y Gasset. La idea de mundo y sus leyes de conformación será analizada en el punto IV.1 de esta Primera parte.

El rasgo sobresaliente de la geografía argentina en su región central, la que más conoció Ortega, es la plenitud de un territorio carente de relieves montañosos, salvo algunos pocos y excepcionales sistemas de serranías por entonces poco recorridas. El horizonte, que Ortega se encargó de tratar filosóficamente, monótono e infinito parece siempre el mismo a pesar de los desplazamientos sobre el terreno. Este horizonte homogéneo y regular genera, por su monotonía, una suerte de impresión ilusoria en el transeúnte que se mueve dentro del espacio pampeano.

Esta característica, aparentemente inocua, cobra gravitación. El autor bahiense destacó un rasgo muy significativo en la conformación del carácter de

[79] Ibidem, p. 31.

los habitantes de esta región central argentina: «la extensión no parece ser otra cosa que el desdoblamiento de un infinito interior.»[80] Por esta razón el hombre tiende a sentirse solo como un ser abstracto en la infinitud de la historia. Esta soledad, según el parecer de Martínez Estrada, sería la causa de dos caracteres que explican con claridad, aunque parcialmente, la forma de ser y actuar del argentino; éstos son: el desorden y la falta de profundidad o superficialismo.

Sobre estos rasgos, en una síntesis contundente el autor de *Radiografía de la Pampa* nos dice: «Pampa es una ilusión; es la tierra de las aventuras desordenadas en la fantasía del hombre sin profundidad. Todo se desliza, animada de un movimiento ilusorio en que sólo cambia el centro de esa grandiosa circunferencia.»[81] Estos círculos aparentes se desplazan junto al hombre, lo acompañan infinitamente en sus movimientos prometiendo opulencia y felicidad a sus permeables y limitados cerebros.

Según el autor, la geografía modeló el carácter del habitante nativo, pero como no podía ser de otro modo también ejerció fuerte determinación sobre todo aquél que incursionara en ella, ya que al inmigrante le resultaba imposible hallar indicios que le permitieran una concepción racional del mundo, pues ante sus ojos aparecía, sorprendente, un mundo mágico y distante de la realidad conocida:

Esta ausencia referencial espacial provocó, según la visión de este escritor clásico de la sociología argentina «una inconcebible opacidad del futuro y de la responsabilidad, hostigaba al blanco a engendrar en las indias, como si se tomara una recóndita represalia contra América.»[82]

La alteración inicial, cuyas repercusiones se analizarán en el siguiente punto de ésta Primera parte, evidenció en Martínez Estrada otra tesis de potentes consecuencias futuras: «El Conquistador no amaba esta tierra y no veía su porvenir más que a través de la lujuria y la avaricia.»[83] Luego de ahondar en la ascendencia histórica de los conquistadores y su relacionamiento con los nativos el autor señaló que la unión de sexos por azar genera espíritus

[80] MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Losada S. A., 1942, p. 12.
[81] Idem.
[82] Ibidem, p. 26.
[83] Idem.

inseguros, y esa inseguridad continua transmitiéndose generacionalmente a través del tiempo. A continuación propuso la siguiente afirmación categórica: «Nunca se comprenderá bien la psicología del gaucho, ni el alma de las multitudes anárquicas argentinas, si no se piensa en la psicología del hijo humillado, en lo que un complejo de inferioridad irritado por la ignorancia puede llegar a producir en un medio propicio a la violencia y al capricho.»[84]

Este contexto histórico social repercutió en la conformación de las pautas, conductas y estructuras políticas institucionales, ya que el caudillo representaba, según Martínez Estrada, el anhelo inconsciente de legitimidad de sus acciones y de seguridad en la ganancia económica. De manera que, debido a las determinaciones originarias «no era un barón feudal, sino un bandido en quien la naturaleza había puesto una ingénita inclinación social sin ofrecerle, igualmente constituidas y fuertes, la sociedad y la conciencia de la verdadera justicia para que optara.»[85]

En el desarrollo de su tesis Martínez Estrada continuó analizando y reconociendo que: «no somos un pueblo nuevo, ni un paisaje nuevo, ni un ensayo último. Éramos antigüedad y fuimos poblados por una nación de tipo antiguo, que ya era arcaica en la Europa de 1500. Espiritualmente heredamos una cultura que permanecía estacionaria, y que carecía de poder íntimo para evolucionar con intrepidez en el movimiento general de la época, hacia formas civiles complejas. Véase lo que significaba España en las postrimerías del siglo XV, comparada con los pueblos germanos, galos, itálicos, sajones; era un pueblo esclerosado, pétreo, rupestre. Era un pueblo “americano”. Mientras en las naciones restantes despuntaban las formas insólitas de la Edad Moderna, henchidas de porvenir, España afloraba a la vida política desalojando una cultura de largo alcance.»[86] Además, lo extemporáneo de su empresa del Descubrimiento, motivada en la fuerte necesidad de recobrar vida dando una nueva, hizo que: «siglos después de las cruzadas, despertada recién y a deshora, quiso emprender una aventura anacrónica, con la voluntad de no ser Europa.»[87]

[84] Ibidem, p. 35.
[85] Ibidem, p. 46.
[86] Ibidem, p. 76.
[87] Idem.

Tal como puede observarse, los rasgos categóricos, enfáticos y definitivos con que Martínez Estrada elaboró y postuló su tesis dotan a la misma de una claridad conceptual contundente que encierra, por exageración y acentuación de matices, una visión de conjunto distorsionada y discutible que la aproxima al error. No obstante, constituye un clásico de la literatura sociológica argentina.

Martínez Estrada continuó su duro y crítico discurso sobre la mentalidad del hombre pampeano describiendo sus limitaciones y creencias; sobre ellas dijo: «tiene el hombre de la pampa una concepción restringida del mundo, y está cautivo en los límites de esa concepción, en la jaula de su horizonte. Cree dominar un sector de la realidad, sobre lo que acaso ejerce señorío, y está convertido en instrumento de esa realidad que no tiene salida al mundo.»[88] Según el autor, estas limitaciones lo han constituido inestable e inseguro, y proyecta su inestabilidad e inseguridad a través de sus actos manifiestos en el medio plástico que lo rodea. Así, el hombre pampeano es exponente de lo que lo circunda y rodea; en palabras de Martínez Estrada: «un círculo de alambres de púa.» El alambre de púas es utilizado en los campos pampeanos para delimitar las parcelas, no así en otras regiones del país como Patagonia, Cuyo o NOA. Este sistema de delimitación física permitió en principio la autonomía económica y productiva, pero histórica y simbólicamente proyectado a escala social conformó una mentalidad divisoria, no integradora.

Por su parte, Víctor Massuh en su obra sociológica definió e invitó a pensar Argentina del siguiente modo: como un «país fragmentado, que no tiene fisonomía, o la cambia bruscamente porque posee muchas otras.»[89]

Desde la óptica de Sylvia Saittá la negatividad del ensayo de Martínez Estrada radicaba en el origen mismo del suelo americano, un espacio que es pura naturaleza, signado por el mestizaje y el simulacro, que había predestinado todo el futuro del país. Ese fatalismo telúrico implicó una perspectiva irracionalista que anuló toda posibilidad de cambio histórico: el «pecado original» de Argentina residiría en los orígenes mismos de su identidad cultural, fundada con la importación del legado europeo en un

[88] Ibidem, p. 133.
[89] MASSUH, Víctor, *La Argentina como sentimiento*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989, p. 7.

espacio culturalmente vacío.[90] Esta perspectiva sería retomada por Martínez Estrada en obras propias desarrolladas durante años posteriores, entre ellas: *La cabeza de Goliat* (1940) y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948).

En concordancia con las expresiones anteriores el historiador argentino Lucas Ayarragaray reconoció la existencia de mayor ignorancia en las naciones más jóvenes e inmaduras. Al referirse al caso argentino mencionó que «la personalidad histórica argentina ha ido forjándose merced a propulsiones de herencias, predisposiciones étnicas e influjos de ambientes geográficos, económicos, políticos y sociales.»[91] En su visión histórica reconoció las restricciones en la conformación originaria de organización del poder, la influencia del influjo tradicional y admitió con resignación que: «quizá el caudillo fue hijo de la necesidad y única forma, en su tiempo, de autoridad viable; creación profunda de la muchedumbre y cuyo embrión comenzó en el maridaje espurio de las tradiciones y hábitos omnipotentes del conquistador y del cacique.»[92]

Este autor adjudicó categóricamente la existencia del caos colonial y la anarquía que ahogaron toda posibilidad de gobiernos y partidos regulares a las muchedumbres aventureras y sin preparación que España envió a estas tierras. Es decir que, para entender el carácter, pensamiento, pasiones y tendencias fundamentales, según Ayarragaray, es necesario estudiar estos rasgos en el marco de la entidad histórica española en la época de la Conquista.

El fuerte impacto espiritual español fue sustancial reproduciendo sus tipos social y político, naturalmente modificado por la barbarie circundante, hasta que en 1810 el país comenzó a formarse una personalidad propia. El Estado argentino, simple variante del colonial, fue esencialmente mixto, esto es: semi-español y semi indígena. De manera que el alma del criollo fue conformándose en una distorsionada y desproporcionada visión de sí mismo, creyéndose superior a todos.

---

[90] Véase: SAIITÁ, Sylvia, “La cultura, 1930–1960”, en Alejandro CATTANUZZA (coordinador), *Argentina, mirando hacia adentro*, VV.AA., Madrid, Fundación MAPFRE–Taurus, 2012, pp. 245-310.

[91] AYARRAGARAY, Lucas, *La anarquía argentina y el caudillismo*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, 1935, p. 10.

[92] Ibidem, p. 11.

Así, el caudillo, reflejo de muchedumbres analfabetas, surgió como un órgano natural de conductas arbitrarias forjadas por el desorden. Mientras la minoría docta creía en la ley, la masa creía en la fuerza.

Desde su punto de vista Ayarragaray manifestó que: «el caudillismo estuvo presente detrás de todas las máscaras constitucionales, partidistas y gubernativas en las diversas fases de nuestra historia. El criollismo banderizo remató en el caudillismo político nacional, modalidad del atraso circundante. No constituyó, pues, un fenómeno aislado o brutal, sino derivado lógico de antecedentes y disposiciones étnicas y sociales.»[93] Es por eso que el desarrollo de la organización institucional alrededor de un jefe requirió como instrumento fundamental la suma del poder público y constituyó, de ese modo, el punto de origen del temperamento sentimental y pasional de la política criolla.

El autor, en ajustada síntesis sobre la conformación de la autoritaria mentalidad caudillista y teniendo en cuenta sus rasgos evolutivos afirmó que: «en la rudimentaria mentalidad del caudillo proliferaba a menudo *la idea única*, fruto espontáneo de su espíritu elemental, y como ella no encontraba contrapesos, se expandía en la tierra virgen ahogando cualquiera germinación intelectual o moral.»[94], y como en la Argentina el interés por la riqueza y el progreso material avanza más rápido que lo espiritual, de ahí que la existencia y continuidad del caudillo se mantuvo debido al relativo retardo del progreso espiritual.

Ese interés material proveniente de la Conquista también fue señalado por Carlos Octavio Bunge en su estudio sobre América; en este estudio el autor destacó un rasgo ya mencionado que conviene recordar: «en la conquista de América se marcó una fase poco observada de la ibérica arrogancia: la *avaricia adquisitiva.*»[95] A modo de justificación, este autor recordó la principal y recurrente preocupación del Cid por el botín. También en su obra Bunge resaltó el genio pendenciero y haragán del español y consideró que su pobreza es

[93] Ibidem, p. 131.
[94] Ibidem, p. 143. La cursiva corresponde a AYARRAGARAY.
[95] BUNGE, Carlos Octavio, *Nuestra América*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1918, p. 75. La cursiva corresponde al autor citado.

debida a su abandono y pereza.[96] En opinión del autor, así fue como la arrogancia trajo aparejada como consecuencia la miseria económica.

En líneas generales Bunge coincidió con Ayarragaray sobre la estructura organizacional política de tipo piramidal propia del caciquismo al definir que: «desde el gran cacique político, la autoridad baja, en cascadas, de grupo en grupo.»[97] Puede verse entonces que en esta estructura política la ayuda recíproca cohesionó al grupo y lo hizo eficaz por su temida acción conjunta.

De modo que, arrastrando sus efectos negativos hasta la actualidad, según se desprende de su conclusión el «resultado fatal de semejante generalización del caciquismo es que *pocos o ninguno ocupan en la sociedad el puesto correspondiente a sus méritos.*»[98] Tomando como base esta interpretación de Bunge es posible comprender, al menos parcialmente, el estado de confusión y deterioro general sucedido a través del siglo XX en la sociedad argentina.

El proceso de polarización y mundialización en conformación durante el período que nos ocupa acarreó inevitablemente valores nuevos. Entre ellos, el intelectualismo, que permitió objetivar la realidad, discriminarla para la acción y conservar así el gran valor de la libertad en el pensar.

Francisco y José Luis Romero percibieron de la misma manera los fenómenos que Ortega había detectado entre una cultura viva inmigratoria haciéndose vitalmente y la cultura del pasado, aquélla que no está o está importada de afuera. El historiador José Luis Romero retomó con cautela algunos planteamientos de Ortega sobre la argentinidad, tales como el problema de la identidad primigenia, el de la historiografía colonial y de la estructura de país liberal con masas que no soportan lo institucional.

Es importante considerar que la confrontación dada entre principios, realidad social y estructura institucional puso de manifiesto el conflicto entre libertad y autoridad en una sociedad de rasgos autoritarios más próxima al conquistador o caudillo que al principio de libertad individual anglosajona.

Entre los ensayos referidos a las multitudes argentinas en los que se perfila un historicismo antihispano visceral, existe una obra de carácter psicológico que hace referencia a la psique del español con su cargo dominante: la

[96] Véase la descripción ampliada en pp. 78–79 de la obra citada.
[97] Ibidem, p. 259.
[98] Idem. Las cursivas corresponden a BUNGE.

arrogancia castellana. En ella Carlos Octavio Bunge analizó la España moderna y la encontró perfilada como raza degenerada, mal alimentada, sin higiene y con un hibridismo racial que empequeñeció la estirpe. Según este autor, en el Nuevo Mundo emergía «un tipo de civilización fatalista de bárbaro mestizaje, una "mélange" caracteriológica en la cual predominaba la arrogancia primigenia del español. Ésta se fundió con la tristeza y la ferocidad del indio y con el servilismo del negro, generando un criollo mestizo de "hiperestesia ambición".»[99] Bunge analizó francamente este proceso de conformación nacional y explayó una diversidad de adjetivos que permiten entender la antropología americana, y también una particular aproximación al entendimiento del alma del hombre argentino.

De modo tal que para Bunge: «el hibridismo hispano-americano resulta una amalgama nefasta de afro–hispano–indígena impulsivo, petulante, simulador, cruza inferior que modifica los esquemas antropológicos europeos. De esta mixtura no desaparecerán ni la egolatría, ni la arrogancia, ni la violencia defensiva de la conquista, el coloniaje y la emancipación. Lo que engendró América fue un tipo criollo de falsa especie, inarmónico, sin moralidad, un prototipo antisocial, de sangre y rapiña. Así el hibridismo condujo a la anarquía caciquil de Argentina, a esa inerte actividad de las provincias y a la ineficacia y derroche de actividad útil en sus burocracias estatales.»[100] Entonces, con su trasfondo de impunidad, a la sociedad hispana poblada de burocracias parasitarias, clientelistas, deficitarias y dotadas de excesiva tolerancia corruptiva le resultó imposible la existencia de administración y justicia, pues, en síntesis, la hipertrofia del ampuloso sistema criollo no exigió esfuerzo eficaz a nadie.

Las muchedumbres republicanas conformistas se encontraban en medio de las fuerzas conservadoras e innovadoras, sin formar parte de ellas, conformando la gran mayoría rutinaria de la sociedad. Imperturbables y enemigas del progreso y esfuerzo ajeno se resistían a los cambios promovidos por la minoría inquieta y pensante. Eran masas prosaicas que desconfiaban de

[99] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 95.
[100] Idem.

la excelencia y de la inteligencia; mentes baldías, indiferentes a la cultura y renuentes a la perfección, pasaban a ser peligrosas cuando se unían.

Este aspecto del hombre argentino, coincidente en Ingenieros y Ortega, está próximo al hombre «simulador», así definido por Ramos Mejía, y también a la visión de vulgaridad de Bunge, con la excepción de que en Ingenieros ya son masas con el poder de votar parlamentos y legisladores sin relieve moral.

Para Joaquín V. González el elemento central de la raza argentina era el odio faccioso que la conducía a resistir la vida democrática. Su vocación por la concentración de poder la llevaba a inevitables revueltas sociales que degeneraban en golpes de Estado. La cuestionada cohesión social argentina y el crisol de razas a que aludió González mostraban grietas muy evidentes como consecuencia de un sistema político fraudulento, de caudillismos personalistas en el que la prosperidad económica no bastaba. Para perfeccionar las funciones administrativas era insuficiente la prosperidad, también había que erradicar el personalismo de las prácticas políticas.

El perfil narcisista y propenso al autoengaño que tenía la nación en 1910 estaba cimentado sobre facciones, individualismos y personalismos cuyas soluciones violentas de masas amenazaban destruir el Estado de Derecho y sus libertades.

Con sus agudas y críticas observaciones sociales, según afirmó Marta Campomar, «tanto González como Ortega apuntarían a los usos constitutivos de una sociedad que operaba en el fondo de su conciencia colectiva, filtrándose y alimentando instituciones y organismos ficticios. La ausencia de realidad, observa González, engendra una perpetua ficción; una mentira convencional y la sustitución de hechos por palabras.»[101]

Joaquín V. González fue ministro de Justicia e Instrucción Pública y creador de la Universidad de La Plata, en 1905. Reflejó la tensión entre liberalismo, nacionalismo y reforma de la Argentina entre fines del siglo XIX y principios del XX, buscando el bien común de los ciudadanos, a partir de su convencimiento de que las instituciones podían mejorarse. Con sus iniciativas y emprendimientos buscaba sanear la vida política modernizando las instituciones, evitar el conflicto social regenerando la educación de manera que

[101] Ibidem, p. 170.

pudiera lograrse una tradición que diera forma a una identidad nacional argentina a partir de los medios disponibles en el Estado.

De acuerdo a Marcela García Sebastiani, «si hay un miembro de la clase política argentina que podría resumir los resultados de la influencia e intermediación de los emigrantes españoles para proyectos políticos y culturales a partir de la empatía por preocupaciones comunes ése es Joaquín V. González. De hecho, este último formó parte del amplio elenco de profesionales que pensaron, decidieron, gestionaron y ensayaron políticas públicas nacionales para el Estado liberal argentino en el tránsito del siglo XIX al XX.»[102] Este profesional del Derecho participó en los gobiernos del presidente Julio A. Roca (1898-1904) como ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, y de Manuel Quintana (1904-1906), como ministro de Justicia e Instrucción Pública e Interior, además de haber sido gobernador y legislador nacional por La Rioja, provincia donde había nacido.

Ortega admitió la capacidad del Estado argentino para absorber hombres de distinta procedencia, que dio lugar al mito de crisol de razas, transformador de nacionalidad y supuesto nivelador social, pero no estaba convencido de cómo se manejaría el problema de las muchedumbres. Éstas ascendieron al poder político en marcha con la Ley Sáenz Peña de 1912, que abrió el sufragio a todos los argentinos, excluyendo a la mujer.

Por entonces, la unidad argentina se caracterizaba por su composición de elementos sin pasado multisecular ni oriundez étnica común; era una sociedad de diferentes hábitos que no permitían considerarla en sentido estricto una nación. No obstante, el talento socializador del Estado no impidió el bienestar económico, pero a la vez se convirtió en un peligroso problema de moralidad social, ya que las masas sacrificaban la honradez y la moral a cambio del enriquecimiento a corto plazo. La tendencia práctica y estrecha a considerar sólo lo inmediato no dejó lugar a ideas más fecundas a largo plazo.

En este sentido, es importante rastrear los males originarios que afectaron la conformación del país. Campomar luego de indagar los orígenes de la nación expresó que: «Vera González atribuía la decadencia española a la vida

[102] GARCÍA SEBASTIANI, Marcela, “Antonio Atienza y Medrano: institucionalista en otras tierras”, en: Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., Madrid, Editorial Complutense, 2010, p. 140.

contemplativa y aventurera del español, al trabajo a disgusto, a la improvisación arraigada en las costumbres, a la atávica propensión heredada de los musulmanes a confundir generosidad con despilfarro y a mirar el ahorro como vicio de judío, cuando es la primera virtud del hombre equilibrado. La indolencia aparecía como ingrediente central en un pueblo que podía ser rico y era pobre.»[103] Esta decadencia ancestral en los diversos aspectos mencionados evidencia una firme influencia en las bases de la conformación nacional.

Sobre finales de la primera década del siglo XX Ortega reflexionó críticamente respecto de la conformación de la sociedad de su propio país. De su reflexión se puede leer que, en síntesis, España es la inconsciencia, refiriéndose a que «en España no hay más que pueblo.»[104] Esto significaba ausencia o insuficiencia de individuos egregios.

Luego de reconocer la desdicha se preguntó de dónde proviene esta desventura, y sin hallar una respuesta concreta, él mismo se respondió con autocrítica dureza: «No podemos saberlo: como no tenemos cerebro, no hemos podido tejer nuestra propia historia. ¡Pueblo de leyendas y sin historia, es decir, un pueblo «ci-devant», como el indio o el egipcio! Esto somos. Raza que ha perdido la conciencia de su continuidad histórica, raza sonámbula y espúrea que anda delante de sí sin saber de dónde viene ni a dónde va, raza fantasma, raza triste, raza melancólica y enajenada, raza doliente […].»[105]

A continuación admitió otro aspecto de alta significación para esta investigación: que como consecuencia de estas facetas «no existe en España otra cosa sino pueblo, de que nos falta esa minoría cultural que en otros países es lo bastante numerosa y enérgica para formar como un pueblo dentro de otro pueblo e influir sobre el más amplio.»[106] Poco más adelante, con notoria resignación Ortega agregó: «lo angustioso, lo que pone rubor y vergüenza en toda mejilla honrada, es que somos culturalmente insolventes, que arrastramos una deuda secular de espíritu, que estamos inscritos en el libro negro de

[103] Véase CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 279.
[104] ORTEGA Y GASSET, José, "Asamblea para el progreso de las ciencias, II", *El Imparcial*, 10 agosto 1908, *Obras Completas*, tomo I. p. 247.
[105] Idem.
[106] Ibidem, p. 106.

Europa.»[107] Del mismo modo, en otro artículo posterior publicado en *El Imparcial* en 1911 amplió sus consideraciones y admitió con crudeza y realismo que: «El hombre español se caracteriza por su antipatía hacia todo lo trascendente; es un materialista extremo.»[108] Estas expresiones de Ortega sobre su propio pueblo permiten entender con mayor claridad el determinismo histórico de la psicología del hombre argentino.

Al continuar la revisión del determinismo histórico-geográfico de la psicología del hombre americano en el debate sobre la identidad y contribución española en América promovido por la Institución Cultural Española, desde la revista *Nosotros*, según Campomar el embajador mejicano Alfonso Reyes opinó de este modo sobre los motivos mecánicos e históricos: «todos sabemos que es un injerto del vigor español de la mejor época transplantado a otra geografía y encauzado por otras venas. En suma, pueblos de juventud, donde los choques de sangres diferentes no se han equilibrado del todo.»[109] Sobre el particular caso argentino, pueblo nuevo y en formación que cuidaba en extremo su apariencia, Reyes opinó que a orillas del Plata debía cerrarse la cuenta histórica conocida a través del ejemplo de la Roma clásica, es decir, culminar el duelo entre patricios y pueblo de procedencia extranjera, del que podía surgir un carácter inesperado.

Al llegar a una tierra nueva y asumir problemas simples el colono europeo se volvió prepotente y petulante. Rejuvenecido de forma automática y más fuerte que en su tierra de origen perdió refinamientos, dejó de lado complejidades innatas y reaccionó de forma elemental; conservó su técnica superior pero su psique se mimetizó y fundió con la nueva geografía. Este factor histórico geográfico indujo a ignorar el respeto por lo social y menospreciar el sentido jurídico, que finalmente condujo a inundar de fallas al Estado, debilitándolo.

Ortega distinguió diferencias de niveles vitales entre el hombre europeo y el hombre americano. El primero arrastra un largo pasado de memorias colectivas y posee un manejo de tiempos y dimensiones culturales superiores; el hombre

[107] Ibidem, p. 108.
[108] ORTEGA Y GASSET, José, “Arte de este mundo y del otro, VII El hombre mediterráneo”, *El Imparcial*, 13 agosto 1911, *Obras Completas*, tomo I, p. 560.
[109] Ibidem, p. 441. La autora cita de Alfonso REYES: “Palabras sobre la nación argentina”, *Nosotros*, núm. 250, marzo, 1930, pp. 305–313.

americano es creativo pero sin tradición acumulativa y vive al día. Este último, en su versión hispánica, es más arraigado a la tierra y movilizado por su ambición hacia el oro.

Desde una óptica religiosa, Waldo Frank consideró irreales los dogmas de la Iglesia Católica, no obstante habían servido para preservar al indio y al colono de las sectas protestantes. La América hispana vista de este modo aparecía como un mundo colonial inadecuado, de hermandad universal, pero distante de las estructuras económicas y políticas de las naciones que imitaba. Por este motivo la república como un hecho político no existió nunca en la América Hispana, reduciéndose a simples repúblicas de gestos y utopías conformados por valores heredados de España. Esa «discontinuidad» o ruptura explicaría la falta de moral en la América hispana, continente en el que se vivía sin rectitud y en base a ideales confusos que dificultaban el ingreso a la modernidad. Este fue el costo del lastre por la ineptitud entre amalgamas sociales, caudillismos y revoluciones inútiles.

En síntesis, según Campomar: «por un lado, el Norte con espíritu pragmático, limpió la tierra de salvajes y se dedicó a la técnica; por el otro, el español mezcló su sangre con el nativo y conservó un idealismo universal.»[110] En este contexto de principios de siglo XX Buenos Aires daba la sensación de ser un conglomerado poco cohesionado e integrado por gente que poco se relacionaba entre sí, lo que reflejaba una estructura social débil y fragmentada. La ciudad se expandía y en su descontrolado crecimiento demográfico recepcionó pobladores labriegos de diversos países, europeos en su mayoría, pero también orientales que conformaban un conjunto de identidades diversas difíciles de integrar y amalgamar.

El aspecto clave era mensurar la capacidad de disentir de esa sociedad, y, a fin de superar discordias, establecer consensos en base a posibles coincidencias. Sin embargo, la realidad indicaba discordias acentuadas por la controversia histórica irresuelta del predominio de Buenos Aires sobre el resto del país, que por otra parte incrementaba la complejidad de una argentinidad en elaboración.

[110] Ibidem, pp. 757–759.

Ortega advirtió el fenómeno social en su libro *La rebelión de las masas*, cuya manifestación principal fue la vertiginosa inyección de bocanadas de hombres masa en la historia. En Argentina esas inmigraciones contemporáneas ocupando los vacíos del territorio nacional, sin esfuerzos mancomunados ni políticas estatales eficientes estaban lejos de las necesitadas integración y nivelación social.

Este déficit social histórico tuvo su fundamento en un puñado de usos constitutivos desde la herencia colonial, entre los que la autora citada destacó los siguientes: «el caudillismo provincial, el personalismo presidencialista, el individualismo y narcisismo que se mira a sí mismo, la gestión pública poco eficiente y deshonesta, con burocracias rentistas lucrando en un Estado-botín y no de servicio.»[111] El modo de ser argentino con sus disidencias internas se opuso a la continuidad de su propia historia, para lo cual creó y mantuvo un Estado clientelista sin fines públicos claros y coherentes, reflejo de la inmoralidad emanada de una viveza criolla que sólo alcanzó precaria supervivencia.

Este fenómeno será analizado en el punto siguiente. También, como se verá más adelante, Ortega se ocupó de destacar el narcisismo extremo, ensimismado y obstaculizador de un proyecto nacional sustentable.

## 2. Principales rasgos del hombre-masa argentino de principios del siglo XX

Al analizar los rasgos de la clase gobernante de fines del siglo XIX y principios del siglo XX el investigador argentino Pérez Amuchástegui señaló con énfasis que: «el pretendido afrancesamiento en los modales y en el lenguaje son exteriorizaciones faroleras de una también pretendida cultura europea que aquí no encajaba, pero que la oligarquía paternalista, en su afán arrasador de lo criollo, quería aparentar como inherente al comportamiento social de su clase.»[112] La oligarquía paternalista supo postular a través de la escuela y también desde la tribuna la entronización de próceres laicos con el

[111] Ibidem, p. 926.
[112] PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, ibidem, p. 62.

propósito de imprimirle ritmo a la imprescindible cohesión nacional. Haciendo uso del dogma patriótico la generación del 80 impuso a Sarmiento como paradigma, por su doble condición civilizadora de pedagogo y estadista.

En su pormenorizado análisis Pérez Amuchástegui descubrió y presentó con claridad un rasgo clave del carácter de esta *élite*, impuesto y consolidado a través del tiempo en la sociedad; este rasgo determinante y de fuerte gravitación actual fueron los gastos administrativos. En este sentido, el autor citado afirmó enfáticamente lo que sigue: «quien compare las relaciones anuales entre recaudaciones rentísticas y gastos administrativos, comprobará que no hay un solo año en el que resulte un superávit. Y no solo hay siempre déficit, sino que éste va aumentando progresivamente a medida que el país va teniendo nuevas posibilidades a mérito de los saldos favorables en el intercambio comercial exterior. El Estado agranda su administración en una desproporción pavorosa respecto de sus perspectivas potenciales, como si jugara a la ruleta con presumibles posibilidades; y así, en alguna medida, hace lo del puerco, que vive gordo porque se come a sus hijos.»[113] El rasgo característico de aquella *élite* fue consolidándose en el tiempo hasta alcanzar una dimensión de tal calibre que escapó al control mínimo y necesario para una administración sana.

La multitud como entidad social o política es de antigua data. Cuando un grupo de personas se reúne por determinadas circunstancias adquiere caracteres nuevos distintos de los que individualmente tiene cada uno de ellos.

Al estudiar la conformación de las turbas o muchedumbres organizadas Ramos Mejía explicó el proceso psicológico grupal del siguiente modo: «por una especie de abdicación de la personalidad consciente, que desaparece, diríamos así, diluida y transformada, los sentimientos y las ideas de todos tienden a ponerse a un mismo nivel y diapasón, a caminar en una misma dirección, de tal manera que su organizado conjunto llega a constituir lo que se ha llamado *el alma de la multitud*, el alma colectiva, que, aunque transitoria, presenta caracteres bien netos y precisos.»[114] Una de sus características más

[113] Ibidem, p. 98.
[114] RAMOS MEJÍA, José M., *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, La Cultura Popular, 1934, pp. 34–35. Las cursivas corresponden a RAMOS MEJÍA.

definida es que la constante deformidad perceptiva constituye la ilusión como estado permanente de la inteligencia.

Esta característica de las muchedumbres las hace propensas a la simulación, aspecto también estudiado por Ingenieros en *La simulación en la lucha por la vida*, obra que advirtió sobre las muchedumbres anónimas, cuyas simulaciones adaptativas les permitió sobrevivir. Los individuos integrantes de las multitudes no cuentan con una fisonomía moral propia; su conciencia equívoca refleja una inteligencia débil y obtusa, y aunque hayan adquirido algún tipo de educación manifiestan notorias dificultades a la hora de evolucionar.

Con originalidad manifiesta José María Ramos Mejía apeló a su bagaje biológico y llamó «hombre carbono» a este individuo multitudinario «porque en el orden político o social desempeña, por su fuerza de afinidad, las funciones de aquél en la mecánica de los cuerpos orgánicos.»[115] Fundamentó el mencionado y original bautismo argumentando que: «nadie posee como él la facultad matriz del elemento carbono, esa facultad que tienen sus átomos de unirse y remacharse los unos a los otros, para engendrar organismos tan variables en su forma, en sus dimensiones, en su solidez.»[116] De esa unión que Ramos Mejía mencionó nace una fuerza que va en incremento y es sentida como propia por la masa.

La masa traduce esta fuerza en convicción de derecho adquirido. Este nuevo derecho al comenzar a esbozarse gradualmente trae aparejada una conciencia de poder que manifiesta al mismo tiempo su infantilismo político y locuaz.

Sobre este proceso de transformación psicológico de la masa y sus consecuencias nuestro autor opinó que: «su conciencia equívoca *percibe* con trabajo los detalles más groseros de los grandes propósitos. Por eso es impulsiva, sensible y violenta.»[117] En su radiografía sobre la conformación de la masa multitudinaria detectó que en ésta «el conjunto de individuos en quienes

[115] Ibidem, p. 42.
[116] Idem.
[117] Ibidem, p. 78. La cursiva corresponde a RAMOS MEJÍA.

la sensibilidad refleja supera a la inteligencia y que en virtud de esa disposición especial se atraen recíprocamente con mayor fuerza de asociación.»[118]

Poco más adelante estableció una distinción clave y esencial de su composición: «los que viven del pensamiento y bajo el influjo de propias o ajenas convenciones intelectuales, no son generalmente sujetos de multitud.»[119] Una vez alcanzado este punto de esclarecimiento conceptual Ramos Mejía aseveró que: «la multitud argentina poseía la naturaleza del protoplasma; muerta y consumida, cualesquiera de las partes que quedaba, tenía el depósito de la vida y seguía funcionando y representando la encarnación del pensamiento o del sentimiento motriz de la emancipación.»[120] Estas definiciones de Ramos Mejía aportan fundamentos de gran utilidad a nuestra investigación.

La debilidad e impotencia del hombre manifiesta en la inautenticidad y simulación no hace más que expresar su actitud defensiva. Este rasgo fue observado por Ortega en el hombre argentino y desarrollado en su ensayo «El hombre a la defensiva», que expondremos más adelante.

La misma característica fue abordada por José Ingenieros en su libro *El hombre mediocre* y también por su maestro Ramos Mejía. Este último, en su libro titulado *Los simuladores del talento* (1904) esbozó el aparato defensivo argentino desde la psicología del libertinaje, el autoritarismo y la viveza criolla; una coraza de defensa mental que aplicará no sólo al caudillo nacional sino también al gesto abusivo de plenitud vacía del «macaneador» que era el argentino.

Ramos Mejía describe a uno y a otro diciendo sobre ellos: «estos hombres mediocres o inútiles, que son la expresión humana de aquella animalidad defensiva, tienen en su espíritu, como los paralíticos y los mudos en su cerebro, *suplencias* de extraordinaria aplicación; el don de espera del batracio oportunista, las trasmutaciones de la forma, el uso del color, las aptitudes, las complicadas comedias de todo lo que hiere el sentido alerta de sus enemigos.»[121] Además, este autor coincidió con Ortega e Ingenieros en

[118] Ibidem, p. 118.
[119] Ibidem, p. 119.
[120] Ibidem, p. 181.
[121] RAMOS MEJÍA, José María *Los simuladores del talento*, Buenos Aires, Editorial TOR S. R. L., 1955, p. 14. La cursiva corresponde al autor citado.

rescatar que la iniciativa es propiedad del talento, tal como la fecundidad es propiedad de la vida. La simulación como recurso trascendental de la vida está incorporada en la naturaleza misma; simulan la planta y el animal, pero en la especie humana el talento de los impotentes es, en definitiva, el recurso de su impotencia.

Al insertarse la simulación en el cuerpo social da lugar al surgimiento del populismo político, que no apela a la razón sino a las desmesuras del sentimiento. De esa manera, el vacío que deja el desplazamiento de la inteligencia es ocupado por el alma intelectual del populismo, que careciente de aquélla apela a la «viveza». Esta última, forma inteligente de menor calibre, es pues mezcla dosificada de habilidades simples y falta de escrúpulos.

En relación a lo expresado Víctor Massuh afirmó que: «la actitud inteligente enfrenta los problemas, la "viveza" tiene el arte de eludirlos y de dar la impresión de haberlos resuelto. La primera no tiene otra fuerza que sí misma, inicia sus pasos con humildad metódica, no sabe cuál será su arribo. La segunda tiene la solución desde el comienzo, apela siempre al criterio de autoridad, no cree en la cultura sino en la "calle" o en la llamada "universidad de la vida".»[122] De lo expuesto resulta una significativa distinción funcional: la primera es solitaria, la otra logra la adhesión secreta de la multitud. De su parte, el populismo rechaza la creación individual por considerarla forma elitista y egoísta. Pero la «viveza», débil intelectual por naturaleza, necesita puntos de apoyos para fortalecerse, y encuentra en el emocionalismo el ingrediente ideal para asociarse y producir dirigentes endebles y contradictorios.

Sin embargo, cuando los caprichos de la sinrazón resultan inmoderados, al elevarse la complejidad de un problema social, económico o político, el populismo revela sus limitaciones y su falta de resolución.

El autor señaló como problema el individualismo argentino y sus dificultades para asumir responsabilidades colectivas, ya que: «el paso del nivel individual al colectivo no es, para él, una continuidad sino una ruptura, un salto cualitativo. Cuando abandona su condición primera es como si cambiara de naturaleza y se produjera una caída.»[123] Esto explicaría que en su actitud corporativa tienda a la dependencia y a la espera resuelta del líder, o bien,

[122] MASSUH, Víctor, *La Argentina como sentimiento*, ibidem, p. 85.
[123] Ibidem, p. 88.

como veremos en el apartado que sigue, a recostarse cómodamente en el Estado, lo que a su vez conduce al incremento desproporcionado del funcionario público convirtiéndolo en lo que Ramiro de Maeztu denominó Estado botín; éste último entendido como máquina portentosa donde la masa dice «el Estado soy yo», aspecto que echó una capa de dudas sobre el futuro argentino.

Hasta las primeras décadas del siglo XX la Argentina mantuvo la apertura a una inmigración masiva que modificó la estructura demográfica y, en consecuencia, cambió la fisonomía del país al contribuir a su modernización.

De ese impacto aluvional nació una sociedad heterogénea y polifónica en la cual la colonia de españoles era la más numerosa fuera de su propio territorio, aunque en cantidad de inmigrantes estaba en segundo lugar, luego de la colonia italiana que era la mayor. La colonia española había conformado una amplia red de asociaciones compuestas en mayor parte por sectores populares, pero eran colectividades de jerarquías diversificadas que organizó a los inmigrantes mientras que, simultáneamente, conformó grupos dirigenciales de *élites* organizadoras.

El panorama fue el de un gigante experimento argentino en el que masas aluviales de base emocional y retórica estatista se proyectó tras riqueza, poder y ascenso social inmediato, sin asumir responsabilidades e imponiendo arrolladoramente su vulgaridad irracional sobre minorías resignadas a perecer bajo la ola populista.

En torno al primer Centenario del país (1910) la percepción que circulaba en las colectividades era que el gobierno que lograra la naturalización en masa haría un acto magno de patriotismo al superar el concepto antecedente de patria y nacionalidad. Al estudiar la dinámica formativa de este proceso Marta Campomar definió que: «en la anatomía de las masas que fueron constituyéndose en país, la situación de este ciudadano “dúplex”, como se lo denominaba en tiempo de Atienza y Medrano, era la de un ciudadano riesgoso, de mentalidad ambigua y lealtades poco definidas. La teoría de la doble naturalización generaba ciudadanos complejos que aparecen retratados en la incipiente literatura argentina como ciudadanos de fraccionada psicología y dudosa moralidad, seres inestables que, reservando un jirón de ciudadanía originaria, eran argentinos a medias que aspiraban a puestos públicos de

importancia, arrastrando en su ascenso esa otra gran preocupación de la época, la vulgaridad indiscriminada que acechaba a las minorías rectoras renuentes a convivir con estos nuevos códigos de conducta humana.»[124]

En sintonía con la teoría de Ortega, Estanislao Zeballos afirmó que el hombre vive y actúa en la vida bajo el imperio de las circunstancias físicas y morales prevalentes; de ahí que su mirada sobre la ineptitud popular del sudamericano para el buen gobierno estuvo basada en el origen de una militancia irracional e impactó sobre su temperamento de imaginación frondosa, pero a la vez impresionable y superficial.[125] El colono inmigrante en vida ascendente vivió el doble proceso simultáneo de ser transformado y transformador de una futura nacionalidad.

En cuanto al aspecto político como formación del inmigrante, la despolitización del exilio se habría producido al ritmo de la profesionalización de los emigrados.

Una expresión del hombre masa argentino de principios del siglo XIX fue el *guarango*, que con su falta de buen gusto y oportunismo constituyó un estrato de la geología social argentina. A pesar de tener alguna instrucción profesional, este integrante de la sociedad argentina fue un mendicante de la cultura.

Según Ramos Mejía, «por eso, aún cuando le veáis médico, abogado, ingeniero o periodista, le sentiréis a la legua ese olorcillo picante al establo y al Asilo del guarango cuadrado, de los pies a la cabeza. Le veréis insinuarse en la mejor sociedad, ser socio de los mejores centros, miembro de asociaciones selectas.»[126] Por la misma escalera social trepaban el canalla, simiesco y bochornoso; y el huaso, espiritual morigerado por el contacto urbano.

Un tipo esencial de guarango era el conservador formado por la avaricia, hombre de alto comercio que seguía mansamente al poder; temeroso de ser descubierto por la gran fortuna amasada, estaba representado por el improvisado millonario que no tiene más programa de vida que guardar su dinero.[127]

---

[124] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 61.
[125] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 62.
[126] RAMOS MEJÍA, José María, *Las multitudes argentinas*, ibídem, pp. 258–259.
[127] Ibidem. Véase pp. 260–261.

Por otra parte, el debate sobre la argentinidad que protagonizaron entre otros Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz y Mallea repercutió en la literatura nacional. Leopoldo Marechal en su novela humorística titulada *Adán Buenosayres* planteó en tono burlón la corrupción constitutiva de una nación que nada tenía de promesas ni de valores fecundos, sino que lo que el país proponía era un materialismo alegre y liviano que revelaba que los argentinos no tenían serio arraigo a nada, lo que no permitía presagiar un gran porvenir al país.[128]

A través de Amigos del Arte Ortega trataba de contrarrestar exabruptos de las clases porteñas más encumbradas, arrogantes liberales o conservadores envalentonados por sus riquezas agroganaderas entregados al confort, al consumismo, a la cultura industrializada y a su capacidad financiera.

Sobre este comportamiento social Marta Campomar descubrió que: «entre las necedades que enceguecían a los "snobs" porteños se imponía "el supuesto predominio" de Estados Unidos en el resto del mundo. En Buenos Aires, el paradigma de la sociedad joven, dinámica y exitosa era Nueva York. Tenía su triunfo asegurado por su eficiencia especializada, única fórmula aceptable y vigente de progreso técnico hacia el futuro.»[129] El comportamiento social se sintetizaba en la intención de no quedar atrás manifestada por los porteños, que medían sus lujos con los neoyorquinos e imitaban la modernidad de Le Corbusier, quien venía a Amigos del Arte con el fin de divulgar una arquitectura práctica y modernizadora.

Por otra parte, como se ha dicho, entre la realidad social argentina y su idea del Estado hay un marcado desequilibrio, un manifiesto anacronismo. El Estado rentista y sin vocación de oficio se había convertido en una administración inepta e inmoral difícil de erradicar que dificultaba el desempeño social. Su debilidad aumentaba la desobediencia social de multitudes que no se atenían a la ley. El poder público permitía a los gobernantes repartir caprichosamente toda suerte de destinos entre amigos y apabullar con impuestos a neutros y opositores, creando condiciones dificultosas a futuro. El argentino vivía una vida de puro afán pero con pobre perspectiva.

---

[128] Véase MARECHAL, Leopoldo, *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1970.
[129] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 654.

Estas aventuras políticas y artísticas que indicaban la desorientación del argentino con sus movimientos carentes de autenticidad constaban en el ensayo «El hombre a la defensiva» de Ortega. Como se verá en la Segunda parte, Ortega atribuyó a la estructura geográfica pampeana un poderoso determinismo sobre el alma argentina. De ahí provendría el alma criolla prometedora, dolorosa y descontenta, aunque fascinada por el futuro estimulado por su horizonte. Durante años el filósofo español repitió dime que paisaje tienes y te diré quien eres. La Pampa no era tierra prometida sino tierra promisoria en la que habitaba un alma dinámica.

Actualmente se mantiene el modo de ser argentino improvisado y de viveza criolla que desde lo político nunca avaló la continuidad de su propia historia, siempre desvirtuada por sus disidencias internas y por mitos intocables.

El modo de ser argentino denotaba falta de criterio certero, ese que proviene del pensar riguroso. Como se verá en el punto siguiente, el argentino manifestaba una preocupación desproporcionada por su figura o puesto social. Esta idiosincrasia provocó crisis económicas recurrentes y es, en parte al menos, consecuencia de las causas psicológicas provenientes de un torrente inmigratorio que con anómalo afán de riqueza afectaba directamente la convivencia.

Lo más significativo y preocupante del caso es que la requerida reforma moral no se producía: en consecuencia la sociedad se acostumbró a no exigir competencias a sus burocracias estatales.

### 3. Ignorancia, visión restringida y búsqueda rápida de riqueza económica

Los caudillos encarnaron la barbarie que destruyó de cuajo toda forma civil. Sarmiento apuntó en *Facundo* que los pueblos en masa no son capaces de comparar distintivamente una época con otra; el momento presente es para ellos el único sobre el cual se extienden sus miradas.

Al analizar la mentalidad de la oligarquía paternalista argentina Pérez Amuchástegui advirtió el grave error de dejar la cosa pública en manos de personas no acostumbradas al *métier* político y carentes de hondas convicciones cívicas. Sobre esta práctica política administrativa el autor señaló

que: «es harto evidente, además, que la “razón colectiva” se halla en los círculos ilustrados, activos creadores de cultura, pero no en las campañas bárbaras y pasivas. Y tampoco en esa masa inmigrante, venida a estas tierras sin otro interés que el de buscar riquezas con las que en sus pueblos de origen no podían siquiera soñar.»[130] A continuación, el autor recorrió antecedentes periodísticos que recogían opiniones optimistas de escritores y personajes intelectuales destacados de la época.[131] La visión restringida de ese tiempo indicaba que todo iba encaminado a la prosperidad: los precios de tierras, las transacciones comerciales y las operaciones industriales.

El gobierno juarista manifestaba que todo saldría bien, y se podría inundar Europa con nuestros productos. Pero, como señaló Pérez Amuchástegui, no todo salió color de rosas durante la década de 1880 a 1890, porque «esa “epidemia moral que llamaremos fiebre del progreso” obedecía a la falsa concepción de progreso como mero transplante de lo que parecía bueno en Europa, y que todo anduvo aquí bien mientras fuimos útiles a Europa. Pero ahora Europa estaba en apuros y no quería nuestros servicios, ni, por tanto, los pagaba.»[132] Poco después, al cesar el aporte de capital extranjero el país quedó expuesto y debió administrarse exclusivamente con sus recursos propios. En esa situación de crisis, agravada con el cierre de los bancos, el pánico se apoderó de todos, incluso de sus ostentosos administradores, que así demostraban haberse metido en camisa de once varas.

---

[130] PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, ibidem, p. 19.

[131] En 1887 en el periódico *Las Provincias Ilustradas*, dirigido por Tiburcio Parrilla (h), Marcos M. Avellaneda y Fidel Díaz, se leía: «Los momentos de duda ya han pasado, recibimos directamente la luz de la verdad, solo necesitamos abrir los ojos, no los cerremos obstinadamente sin ventaja práctica; pues nada hay más cierto que el progreso es una ley fatal que debe realizarse» (número 3, Buenos Aires, 5 de agosto de 1887, p. 22). Pérez Amuchástegui advirtió que equivocaría radicalmente el rumbo quien creyera que esta irrefrenable fe en el progreso era patrimonio exclusivo de los liberales a ultranza. Señaló luego que hacia 1890 el dirigente católico José Manuel Estrada escribió: «dentro de algunos siglos el carácter de la República Argentina será uno de los más visibles fenómenos de la historia, porque se presentará ante la posteridad como uno de los pueblos en que más de lleno se refleja el espíritu del siglo XX» (ESTRADA, José Manuel. *Ensayo histórico sobre la Revolución de los Comuneros del Paraguay en el siglo XVIII*, en *Obras Completas*, Librería del Colegio y Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1897-1905 (12 tomos), t. I, p. 548). Y agregó que «esa fiebre de progreso, característica también del Estado farolero, es la que promueve la exigencia de un destino peraltado, de un futuro soberbio, de una historia triunfal, de una vocación imperial, como observó certeramente Ortega y Gasset». Véase: PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, ibidem, p. 35.

[132] Ibidem, p. 50.

En su variada y encendida crítica al hombre argentino Ezequiel Martínez Estrada afirmó que: «un país en que no tiene alicientes la iniciativa, la invención, el arrojo altruista, y en que el pensamiento y la buena fe figuran entre los obstáculos y los riesgos, será primariamente llevado a explotar la materia prima»[133] En seguida este autor alegó que el pueblo argentino no sabe producir porque no sabe consumir, y poco más adelante confesó crudos comportamientos que reflejan la precaria situación social: «el hombre de la clase media vive con un presupuesto desarreglado, saltando entre trampas abiertas, y el pobre hace un ahorro que da pena. No saben gastar, ni guardar, porque no viven su vida definitiva, la que termina en la muerte, sino una vida provisional, que termina en lo imprevisto.»[134]

Si bien en el nuevo siglo la Argentina ingresó triunfante al mercado mundial de productos agropecuarios y surgió la posibilidad de una economía integrada en el plano internacional, desde su punto de vista Arturo Jauretche señaló que ya en 1914, y no en 1930 como lo entendía el economista Aldo Ferrer, el país había llegado al límite de máximo potencial de su riqueza agropecuaria. Este autor brindó una imagen del momento y dijo que: «para los propietarios de la tierra estábamos en *Jauja.*»[135] A continuación explicó la situación acotando que: «esa *jauja* de la alta clase, hija de la divisa fuerte, permitió un ausentismo casi permanente de gran parte de ella, que vivía más en Europa que en su propio país: allí educaron sus hijos y entroncaron con algunas ramas de la nobleza europea.»[136]

Como ya se mencionó, también en *El hombre mediocre*, Ingenieros había satirizado al burgués adinerado, utilitarista y rutinario, que sólo defendía sus ganancias lucrativas. Sin embargo, su crítica más aguda se dirigió a otro prototipo mediocre: el funcionario público envidioso y pusilánime carente de sentido común.

Otro fenómeno de masas perceptible en ese tiempo fue que llenaban hoteles, calles, ciudades, espectáculos, tranvías, ferrocarriles, hipódromos y campos; fue el repertorio de vida del hombre medio que había hecho subir el

[133] MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, ibidem, p. 262.
[134] Ibidem.
[135] JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor S. R. L., 1973, p, 81.
[136] Idem.

nivel de la historia, e invadiendo el mundo había pasado a ser una realidad inexorable.

Por su parte, respecto de estos comportamientos sociales Campomar señaló que: «la teoría de las "minorías egregias", término que irritó a Borges, sirvió para que Ortega asumiera una postura más recia ante el llamado "snob" criollo, prototipo de moda en las revistas culturales argentinas que Ortega analizaría desde *La Nación*, definiendo sus rasgos frívolos más sobresalientes. Las minorías egregias debían ser, en su concepción social, portadoras de principios éticos, con uso de la inteligencia, y de deseos y estímulos reformistas. No contar con estas minorías para contener el proceso de vulgarización era la principal causa de decadencia en Occidente y lo mismo ocurría en Argentina.»[137]

En relación a lo expuesto, en su obra *La rebelión de las masas*, libro que tuvo gran repercusión en los argentinos, Ortega planteó la existencia de hombres superiormente dotados que se diferencian de otros menos dotados. Según García Pinto, entre las variadas y diversas opiniones generadas, esta obra «logró indignar a todos los que no sentíanse comprendidos en ella y se quedan confinados entre las masas gregarias.»[138]

La riqueza natural de las tierras pampeanas bien dotadas facilitaba la fácil y rápida convicción de un futuro económico auspicioso e ilimitado traducido en el encandilamiento que redujo la visión del hombre a considerar el portentoso presente de producción de riquezas en exclusivo consumo inmediato, sin restricciones ni previsiones de mayor alcance temporal. No obstante, esta actitud presurosa entrañaba grandes riesgos que desembocarían en serios problemas ante la aparición de las primeras contrafases económicas.

Por otra parte, producto de la contradicción, la evolución científica y de la producción técnica fueron reducidas y relegadas, por sus bajos ingresos. De

[137] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 543–544.
[138] GARCÍA PINTO, Roberto, *Al paso de las Ideas*, Salta, Fundación de Canal 11 de Salta, 1989, p. 70.

esta manera, en las primeras décadas del siglo XX fue difícil encontrar en Argentina condiciones adecuadas a la reflexión y trabajo teórico desinteresado que hacen a la cultura superior.

En sus conferencias tituladas *El nivel de Nuestro Tiempo* y *El Peligro de Nuestro tiempo* Ortega advirtió sobre el fenómeno de la plenitud «del lleno» que antes ocupaban los selectos y ahora invadían masas despreocupadas de obligaciones y deberes, de nulas autoexigencias.

En Argentina era tiempo de masas populares yrigoyenistas en ascenso, una mediocracia arrolladora que imponía gustos y aspiraciones, denunciada por Ingenieros, y cuya anatomía analizaba Ortega en *La Nación.* Ambos coincidían con la preservación de minorías selectas de ciudadanos que cultivaran un repertorio de vida ocupando áreas públicas esenciales, necesarias para consolidar la soberanía nacional y que en manos de las masas ponían en riesgo la democracia. El gran obstáculo para el progreso residió en la barbarie de un Estado de clientelismos electorales, constituido en base a una democracia electoral en la que los argentinos suponían haber realizado su sueño republicano.

Julián Marías pensó que ha habido dos Argentinas: una tradicional, que había hecho al país, llamada patricia y que otros llamaban oligárquica, y otra Argentina nueva, de aluvión, de inmigrantes recientes que reclamaban su puesto.[139]

Por su parte, en el mismo sentido Marta Campomar complementó rasgos advertidos por el filósofo español y señaló: «Ortega, al confrontar la gigantesca factoría pastoril en que se habría convertido Buenos Aires, ciudad de audacia, grosería, prisa e incontrolable crecimiento demográfico, la describe en el 40 como una fuerza bruta, turbulenta, que se alarga desde La Pampa hacia la aglomeración urbana, convirtiéndose ella misma en un Estado sorprendentemente desarrollado, aún más de lo que advertían los propios argentinos. Su monstruoso tamaño recibía de remotos países labriegos, a españoles, italianos, sirios, ingleses y franceses, en un revoltijo de identidades

[139] Véase: “La Argentina está mucho mejor en el enfoque de Julián Marías”, *La Nación*, martes 3 de octubre de 1995, p. 12.

movedizas.»[140] A continuación agregó un detalle significativo y trascendente respecto del cuestionamiento al imperio jurídico que debía contenerlas, diciendo: «sin que existiera lo que Ortega denominaría una “vigencia colectiva”, una convicción de modelo de sociedad que pudiera cohesionarlas para conducir al bien común.»[141] Para que esto sucediera eran necesarios enormes esfuerzos del conjunto poblacional que fueran simultáneamente acompañados de adecuadas políticas de Estado.

Sin embargo, las hordas inmigratorias llegaban a Buenos Aires desencajadas de sus sociedades nativas exentas de disciplina interior y habiendo reducido sus propósitos al exclusivo y audaz objetivo de hacer fortuna. Este anómalo afán de riqueza, de exorbitante apetito económico está vinculado, según Campomar, a un rasgo característico argentino: «lo que nosotros hoy día denominamos, con cierto tono de idiosincrasia orgullosamente adquirida, “viveza criolla”, se torna en norma radical de supervivencia oportunista sin ética ni condición moral.»[142] A este aspecto Ortega lo consideraba parte del monstruoso influjo de causas psicológicas producidas por el torrente inmigratorio que afectaba directamente el sentido de la convivencia argentina y, por ese motivo, generador de actitudes a la defensiva y de vida en perpetua alerta.

El orden invertido estimulaba una inmoral audacia de gran porte desembocada en el seno de una sociedad habituada a vivir sin exigencias de competencias públicas estatales. Por otra parte, la falta de reglas de juego claras y previsibles aparejadas a la incapacidad de pensar a largo plazo, engendraba crisis recurrentes. De este modo, un pueblo desencajado de sí mismo, siempre pendiente de su reforma moral, siguió propenso al autoengaño y a la falsificación individual y colectiva.

Desde otro ángulo, el neurocientífico Facundo Manes ha caracterizado la viveza criolla como una particular calificación para connotar la cualidad excepcional de darse corte, propia del argentino. La definió del modo siguiente: «quizá la más ajustada descripción para este carácter sea la capacidad intuitiva e inmediata para darse cuenta de cómo son las cosas, para tomar decisiones a

[140] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibídem, pp. 858–859.
[141] Idem.
[142] Ibidem, p. 934.

partir de eso y para, así, sacar ventaja por sobre los demás. Justamente, referido a esto último, es raro, que la viveza criolla sea pensada como una acción que impactará favorablemente sobre un universo colectivo. La llamada "viveza criolla", entonces, refiere a la cualidad de una persona capaz de encontrar y tomar atajos para llegar a su meta antes que los otros.»[143]

A continuación el científico desentrañó la manera de operar de esta cualidad argentina y definió así su mecanismo de accionar: «A propósito de "atajo", entre sus acepciones, la más conocida es aquella que representa la abreviación del camino en sí. Pero hay una, ligada a una práctica específica como es la esgrima, que se define como una "treta para herir al adversario por el camino más corto esquivando la defensa". Eso mismo parece ser lo preponderante de la viveza criolla: cómo hacer algo de la manera más sencilla posible sin que exista resistencia, porque el otro no lo esperaba o porque «se comió todos los amagos». Justamente el amago es una impostura, parecer una cosa y ser la otra, engañar. La viveza criolla encuentra su arma principal ahí mismo: en el engaño.»[144]

El autor se interrogó sobre este último aspecto y afirmó que: «el arte del engaño no es diferencialmente argentino ni de otra nacionalidad o cultura en particular, sino, más bien, común a la especie humana.»[145] Luego explicó que «desde el punto de vista de nuestro funcionamiento cognitivo, sorprendentemente, mentir es un proceso muy complejo y exigente. Ocultar o exagerar la verdad, inventar una excusa o perpetrar un engaño no son tareas sencillas. Mentir implica, aunque parezca curioso, un esfuerzo mucho mayor que decir la verdad. La viveza criolla, entonces, tan emparentada con el arte del engaño, no es un valor que está ligado a la falta de esfuerzo, sino a la escrúpulos. Muchas veces se considera un vivo al que no quiere trabajar y busca las mil y una tretas para lograrlo. Pero, si lo pensamos bien, esa búsqueda probablemente le haya ocupado más energía que el cumplimiento responsable de su tarea.»[146]

[143] MANES, Facundo, "Las patas cortas de la Argentina", Buenos Aires, *La Nación*, miércoles 11 de febrero de 2015, p. 25.
[144] Idem.
[145] Idem.
[146] Idem.

En su conclusión sobre el tema sintetizó que: «el vivo representa entonces una versión rudimentaria del inteligente, ya que se adapta al medio y logra un truco eficaz. Como expresó Marco Denevi, viveza es "la habilidad mental para manejar los efectos de un problema sin resolver el problema". Logra en realidad, una ventaja inmediata y de corto plazo, una victoria pírrica. La viveza es una inteligencia de patas cortas.»[147] El camino de la «viveza» es un atajo, una simplificación intelectual que lejos de procurar una solución auténtica y colectiva de un problema, pretende el beneficio mezquino del que la implementa.

Desde este punto de vista la ciencia encargada de estudiar el funcionamiento cerebral formula el siguiente postulado: «una de las características que presionaron evolutivamente para hacer del cerebro humano algo tan complejo es la capacidad de engaño táctico. Ahora bien, esta capacidad natural, como tantas otras, puede entrar en conflicto con otras capacidades también muy humanas: la moral, por ejemplo, pero también la calidad de la interacción con el otro o la de ver a largo plazo –funciones ejecutivas–.»[148] Lo antes dicho, para el caso argentino se ha visto traducido y materializado en una práctica constante y plena de despilfarro, evasión impositiva, uso clientelar del Estado y excesiva tolerancia a la corrupción.

Este problema es de largo recorrido temporal, por lo que tiene dimensión histórica, aquella a la que aludió Ortega. Por esa razón está directamente vinculada a la educación de la población, en general de carácter deficitaria.

A continuación citaremos algunos ejemplos. Según puede constatarse en *Memoria sobre el fracaso de la Asociación Minera del Río de la Plata formada bajo la iniciativa del Sr. Rivadavia*, el Capitán Bond Head detalló en 1826 los impedimentos de carácter moral y político que se oponen al éxito de cualquier empresa en la Argentina.[149] El autor de este documento histórico continúa diciendo: «bajo el título "Impedimentos morales" señaló "el carácter de la población, la falta general de educación y, en consecuencia, las miras estrechas e interesadas de los nativos, la falta de hábito para los negocios entre las clase del pueblo más acomodadas, las clases más pobres desafectas

[147] Idem.
[148] Idem.
[149] Véase LANATA, Jorge, "La deuda eterna", Buenos Aires, *Clarín*, sábado 12 de mayo de 2018, p. 2.

al trabajo y ambas desprovistas por completo de la idea de lo que es un contrato y de lo que es la puntualidad y la formalidad y de cual es el valor del tiempo, la imposibilidad, entre un pueblo escaso, de tener competencia abierta o de evitar el monopolio de todos los artículos de necesidad o las combinaciones para levantar todos los precios *ad libitum* y, en todos los casos, la insuficiencia de las leyes". A pesar de todo, Buenos Aires vivía de prestado, y la "fiesta argentina" que antecedió al Centenario tuvo su origen en préstamos del extranjero.»[150]

Según otro testimonio aportado por Carlos Rojo, en la década de 1890: «se jugó al alza de la tierra, a la del oro, y a los títulos, se jugó en los frontones y los hipódromos, se jugó a los naipes como jamás se ha visto en parte alguna del globo.»[151] En sintonía con lo anterior, el español José María Salvatierra escribió en 1911 sobre Buenos Aires: «no hay ciudad en el mundo donde resalta de tal modo la fiebre de llegar, del conseguir. La lucha por el dinero tiene aquí mayor vivacidad que en los pueblos del norte: proyectos concebidos, explicados y fracasados en una misma conversación, ir sin plan, volver con nada definitivo, concertar sociedades y deshacerlas enseguida, exagerar las ganancias, mendigar, manipular.»[152] Y Rodolfo Rivarola, Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires escribió en 1913: «producir por dos y gastar por cuatro restando la diferencia, parece ser el lema de los argentinos. Son responsables de eso el gobierno y los gobernantes, en su carácter público y en su vida privada. En lo primero porque han olvidado que el gobierno educa al pueblo. La imitación corre de arriba abajo».[153] Los ejemplos mencionados coinciden en un punto: la ausencia de moral en el pensamiento y en la acción del cojito social argentino.

El carácter de los argentinos fue expuesto a la luz del día por Ortega y Gasset en sus ensayos «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva», escritos luego de su segunda visita al país en 1928. Por entonces la Argentina alcanzaba la cima del mundo al ocupar el séptimo lugar su producto por habitante en el concierto internacional, luego de haberse constituido en democracia.

---

[150] Idem. La cursiva es nuestra.
[151] Idem.
[152] Idem.
[153] Idem.

Estos artículos publicados en *La Nación* mostraban con suma claridad y autenticidad la forma de ser del hombre argentino, sin embargo: «fueron recibidos con asombro y con reprobación.»[154] El primer golpe militar de 1929 sucedido en un contexto internacional de gran depresión económica constituyó el trampolín desde el cual el país se lanzó hacia un ruinoso proceso de estancamiento económico, accediendo a la vez a un círculo vicioso de inestabilidad política difícil de superar.

Respecto de la trayectoria que posteriormente tomaría el país, Mariano Grondona relacionó el destino y el carácter nacional para luego señalar: «al describir el carácter de los (aparentemente) triunfantes argentinos, Ortega había profetizado en 1929 el rumbo declinante que tomaría nuestro país en las décadas siguientes.»[155] Era visible una sociedad hipnotizada por sus abundantes y generosas posibilidades funcionando como un eficiente distractor del presente, posicionando a cada argentino en su propio futurismo concreto de horizonte infinito que estimulaba la ambición desmedida y la inautencidad.

La promesa desproporcionada era posible a partir de su excepcional talento natural. De ahí provenía la gran autoconfianza, base de su perenne apuesta a la improvisación.

Según Grondona «Ortega había visto bajo el agua. Al describir un carácter, había profetizado un destino.»[156] Este destino se hizo patente a través del tiempo y se concretó en problemas sustantivos crónicos de diversa índole, entre ellos el espejismo de la inflación, efecto del apuro por el ansioso avance económico: «cuando algo no podía obtenerse a través de un duro y largo esfuerzo, la máquina impresora de billetes del Estado servía de atajo entre lo que se podía y lo que se deseaba, hasta que al fin los argentinos perdieron la base de su progreso económico y el orden social: una moneda confiable.»[157] Lo mencionado puso en evidencia las fallas de carácter, probándose así la verdad residente en la advertencia orteguiana.

Grondona ahondó la cuestión del advenimiento democrático capitalista haciendo foco en la revolución cultural producida por la irrupción del

[154] GRONDONA, Mariano, “Los argentinos según Ortega y Gasset”, Buenos Aires, *La Nación* Cultura, domingo 3 de diciembre de 1995, pp. 1–2.
[155] Idem.
[156] Idem.
[157] Idem.

puritanismo protestante propuesta en la tesis de Max Weber, según la cual los latinos han quedado rezagados respecto de los anglosajones debido al sentimiento de culpa atribuido al éxito económico.

Según este autor, «las naciones andan sobre dos niveles. En el nivel superficial, visible, hacen lo que hacen bien o mal. En un nivel profundo, aprenden de eso que están haciendo. En el primero de esos dos niveles, la Argentina de 1853–1930 anduvo bien. Pero, en el fondo de la conciencia colectiva, estaba desaprendiendo lo que había aprendido en 1820–1853: la supremacía de las instituciones, el valor de la moneda, la bendición de la estabilidad.»[158] Esto último le permitió a Grondona reafirmar el concepto y a continuación agregar contundentemente que: «cuando la visitó en 1916 y en 192[8], Ortega vio bajo el agua: esa Argentina que andaba bien, sentía y pensaba mal. A partir de 1930 los males del ser argentino afloraron a la superficie, explayando en intolerancia, violencia, estatismo, inflación y aventuras externas lo que se había acumulado durante los años de bonanza en lo recóndito del carácter nacional. De 1930 en adelante se destacó un proceso inverso. En la superficie, la Argentina andaba mal. En lo profundo, aprendía lentamente de sus errores.»[159] Grondona rescató la persistencia de los vicios señalados por Ortega en 1929; el primero de ellos es el *economicismo*, derivado de aquél afán anómalo de riqueza que ya señaláramos como característica inevitable de todo pueblo nutrido por corrientes migratorias.

La importancia de este aspecto exacerbado radica, según el autor citado, en que: «al motivarse superlativamente por una razón económica, dejan de lado otros factores que también importan para el desarrollo. Por ejemplo, una revolución educativa […].»[160] Esta cuestión dejada de lado fue esencial, ya que no existe a la larga una inversión más rentable que la aplicada a la formación de las mentes en todas las edades de la vida humana, sobre todo si se considera, como señaló Grondona: «que el desarrollo económico requiere, si ha de durar y profundizarse con el tiempo, factores no económicos como la

[158] GRONDONA, Mariano, "Los argentinos según Ortega y Gasset, de ayer a hoy", MOLINUEVO, J. L. (coordinador), *Ortega y la Argentina*, VV.AA., Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 57.
[159] Idem.
[160] Ibidem, p. 58.

educación o, en otro aspecto, la actuación de una burocracia honesta y profesional liberada del cáncer de la corrupción.»[161]

A lo largo de su historia el pueblo argentino tampoco aprendió a ser solidario. El desarrollo económico no puede incluir sólo a algunos sectores de la sociedad y olvidar a otros, que en consecuencia quedan sumidos en la pobreza. Los sectores pobres, cuya población es castigada con la desocupación, sufren en mayor medida la erosión económica producida por la inflación monetaria, que durante ciclos recurrentes es excesivamente alta. Al no poder escapar del agobio, es de prever que éstos se levanten masivamente un día contra el modelo económico imperante, atentando incluso contra sus logros más visibles. Un ejemplo de ello ocurrió con los conservadores en la década de 1930, porque a pesar de haber alcanzado una economía ordenada dejaron de lado a los sectores postergados, no incorporándolos a su modelo económico.

Las observaciones orteguianas precedentes en cuanto a la caracterización de la sociedad argentina fueron producto de la capacidad de penetración e intensidad de su mirada, que hizo posible una comprensión más profunda de la realidad social de nuestro país.

Hasta aquí hemos visto como el carácter de la sociedad argentina, desprovisto de la moral necesaria tanto en su pensamiento como en sus acciones, sumado a una visión restringida de la realidad producto de la ignorancia, conforman el cóctel ideal para que su actitud frente a la vida se sintetice en una actitud prioritaria: la búsqueda rápida de riqueza económica.

[161] Idem.

# III – EXAGERADA PREOCUPACIÓN ECONÓMICA: MARGINACIÓN FILOSÓFICA Y LIMITACIÓN PARA LA CONFORMACIÓN DE UN ESTADO MODERNO

## 1. Miedo primitivo, inseguridad y transitoriedad existencial como origen de la inmoralidad económica

La correcta interpretación de la historia nacional requiere integrar el diverso juego de perspectivas que la conforman desde que en 1536 desembarcó la expedición Mendoza y fundó Buenos Aires. La mísera aldea tuvo existencia efímera y trágica, pero ya en 1580 la pampa estaba repleta de animales constituyendo una prodigiosa riqueza, de fácil explotación, trabajo simple y de resultado seguro.

El contexto histórico descripto fue analizado por Juan Agustín García. Este autor mencionó que el móvil subyacente que allí dirigía las acciones humanas consistía en el deseo de enriquecerse: «era una ambición de riquezas con caracteres peculiares, exclusiva, que no dejaban entrada a otros motivos nobles y civilizadores que actúan armónicamente en los pueblos bien constituidos. Sobre todo, quieren vivir como grandes señores, mandar a los indios, negros y criollos.»[162]

Según su análisis, en este medio nació el culto nacional del coraje, manifestación de un sentimiento de capital importancia en la futura evolución argentina, que posteriormente daría lugar a la expresión del valor personal. Este valor personal fue indispensable condición ambiental para prosperar en una sociedad colonial carente de ideales.

Dice García: «el culto al coraje dominará y presidirá la evolución política, acentuando su influencia, con ligeras variantes en los siglos XVII y XVIII, para llegar a su apogeo, absorbiendo todas las fuerzas activas del país, en la primera mitad del siglo XIX.»[163] La tierra como única fuente de riqueza y de prestigio tuvo un papel preponderante en la evolución y jerarquías de la

[162] GARCÍA, Juan Agustín, *La ciudad indiana*, Buenos Aires, Ediciones ALPE, 1953, p. 16.
[163] Ibidem, p. 19.

sociedad colonial, conformando, por otra parte, un primitivo régimen pastoril despreocupado del mejoramiento de razas ya practicado en España e Inglaterra.

Del mismo modo, la sociedad se desentendió del desarrollo de las industrias anexas y auxiliares, tales como la fabricación de quesos, manteca y leche. En esa circunstancia los pobladores desarrollaron hábitos que habrían de tener continuidad a través del tiempo.

Nuestro autor describió con detalles y mostró con énfasis su mirada critica sobre los hábitos desarrollados y sus lógicas consecuencias: «explotaron lo más a mano, lo que a penas requería pequeños esfuerzos, alternados con prolongados descansos, considerado más bien como un juego»[164], dando de esa manera lugar a la consolidación de costumbres que en el largo plazo jugarían en su contra, ya que: «al habituarlos al despilfarro y el desorden ese trabajo desmoralizaba, perturbando la norma tradicional, mostrándoles la riqueza como un resultado del feliz azar de una buena maloca o corambre, a contrabandearse con la complicidad del empleado público; y no como la consecuencia del esfuerzo lento y pertinaz de la virtud y de la modestia, del ahorro que sujeta las pasiones: la justa recompensa de la dignidad de la vida. Así, desde los orígenes de la sociedad se diseñan con todo relieve los dos defectos principales del carácter nacional: ligereza e imprevisión.»[165] Como puede verse, desde su temprano inicio, previo a la constitución de la Argentina como nación, quedan expuestos los marcados contrastes entre la abundante riqueza natural por un lado y la exigua y desdeñosa actitud humana por otro, requisitos ambos de necesaria conjunción funcional para una favorable y natural evolución.

El derecho vigente era el primitivo de la conquista, por el que las personas y bienes de los vencidos quedaron a merced de los vencedores. Las explotaciones se organizaron a través del sistema de las encomiendas y reducciones.

Desde el origen el régimen evidenció discordia entre las diversas autoridades, que estaban concentradas en un cura y un corregidor; éstos manifestaban el antagonismo de los dos poderes civil y religioso. De manera

[164] Ibidem, p. 26.
[165] Idem.

que Buenos Aires fue esencialmente comerciante desde sus orígenes; nació y creció con un marcado y firme instinto del negocio, que fue consolidándose a través del tiempo. Los aspectos morales y filosóficos, pilares sobre los que se asentó una economía práctica inducida por europeos que venían seducidos por la idea de fortuna rápida y de aventura, fue complementada por los criollos que no tenían mejores ideales.

De modo que cuando advirtieron la idea moderna del progreso, producto de su criterio práctico derivado de un universo espiritual estrecho, la refirieron exclusivamente a su lado material que hacía prever el incremento de la riqueza económica. Esta actitud social originaria de bajo calibre moral en la que el principio dominante de la economía era el más feroz egoísmo necesariamente engendraría profundos rechazos de otros valores superiores. Esto último otorgó rasgos determinantes a la conformación social, dado que, según afirmó García, «en la sociedad colonial la desigualdad era patente e inicua. Vallas formidables impedían el acceso a las capas superiores.»[166]

Por otra parte, durante el proceso histórico de la economía colonial gobernada por la imprevisión administrativa, en la que lo necesario fue desplazado por lo superfluo y el despilfarro, generó un hábito negativo hecho crónico; este habito dañino se resume en que: «desde sus orígenes el sistema financiero de la ciudad se caracteriza por el déficit.»[167] El hecho de constituirse en crónico permite comprender qué aún no han manifestado síntomas de retorno.

En contraste con la colonización inglesa, que trasplantó a América del Norte sus métodos productivos con una clara visión de utilidad económica, Ingenieros señaló que: «la conquista española fue generalmente expoliadora y rapaz; no se propuso difundir una cultura superior, sino lucrar con las minas y con el trabajo de los indígenas sometidos.»[168] Este autor criticó la forma de conquista que fue, en su opinión, determinada por la situación económica de España.

El autor explicó que, en general, «el sistema colonial surgido de los descubrimientos y conquistas extra-europeas estaba establecido y organizado por la explotación de los países conquistados, en provecho exclusivo de la

[166] Ibidem, p. 95.
[167] Ibidem, p. 133.
[168] INGENIEROS, José. *Sociología argentina*, *Obras Completas*, Volumen 8, ibidem, p. 31

oligarquía política y guerrera que gobernaba la metrópoli y de las corporaciones industriales y comerciales, a las que se concedía por dinero el privilegio de aprovisionar las colonias e importar sus productos. Los conquistadores españoles se señalaron, como es sabido, por su avidez insaciable y su humor sanguinario.»[169]

En seguida Ingenieros expuso las consecuencias; afirmó en forma categórica que: «fue de resultados desastrosos para el porvenir de la América del Sur: el sistema dejó hondos rastros en la mentalidad de la clase gobernante que heredó sus funciones, continuándose hasta nuestros días y revistiendo la forma de caciquismo o caudillaje, régimen semejante al feudalismo medieval europeo, que aún persiste en varios países sudamericanos.»[170]

Durante las primeras décadas de la vida política argentina (1810-1830), la ausencia de intereses económicos homogéneos determinó la conformación de la desorganización política, cuya base personalista y caótica dio lugar al régimen político llamado *caudillismo*, análogo al *caciquismo* español.

En consonancia con los autores ya mencionados, Alejandro Korn señaló que las clases dirigentes se dejaron seducir por el esfuerzo interesado y subordinaron todos los valores al valor económico, influidas por el pragmatismo del positivismo local. Este autor mencionó que: «ningún pueblo de habla española se despegó como el nuestro, en forma tan intensa, de su carácter ingénito, so pretexto de europeizarse…»[171]

En el mismo sentido, Floria y García Belsunce afirmaron: «la generación del 80 expresó el proceso de secularización de la vida argentina muy a la europea.»[172] Poco más adelante manifestaron otra característica distintiva y determinante de la conformación nacional: «para gobernar la Argentina moderna, la clase dominante debía apelar a la ambivalencia: predicar el liberalismo sin añadir una democracia efectiva; integrar a los inmigrantes sin arriesgar la identidad nacional; centralizar el sistema político mientras el Estado llegaba hasta los confines de su territorio; incorporar gentes e intereses sin ceder el poder político. Pero la fórmula fundamental es la *alianza de los*

[169] Idem.
[170] Ibidem, p. 32.
[171] KORN, Alejandro, *El pensamiento argentino*, idem.
[172] FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A., ibidem, p. 170.

*notables*.»[173] De ese modo, hasta el año 1929 la República Argentina vivió confiada en la ilimitada magnitud material de su porvenir. El futuro constituía una certidumbre que se cotizaba en el mercado de valores. Pueblo y gobierno flotaban en optimismo. Se habían creado las condiciones de impericias adecuadas para el reinado de la confusión.

De acuerdo a lo expresado por Arturo Jauretche: «los ricos argentinos con la divisa fuerte contaban entre los ricos del mundo; ellos dieron la imagen internacional que la clase alta asimilaba confundiendo su propia riqueza con la del país.»[174]

Desde el punto de vista filosófico de esta tergiversación, sobre la inequívoca llamada a la vida alegre de los argentinos, Julián Marías reconoció que la posible causa radica en la elevación del nivel de vida, pero advirtió también como condición determinante no reducir ese concepto a lo económico, ya que: «nivel de vida quiere decir nivel *desde el cual se vive*, y no se vive sólo de la economía.»[175] Al considerar que la proyección radical hacia el dinero despersonaliza y el afán de posesión enajena, en otro texto relacionado al mismo tema Marías agregó que: «el hombre metalizado es el que no se posee a sí mismo, sino que está poseído por el dinero que anhela poseer.»[176] Todo lo aquí mencionado concuerda con las formas de ser y actuar de los argentinos, constructores inequívocos de su propia realidad,

Ortega dejó entrever que el hecho que más le había impresionado del país no era su riqueza cerealera o vacuna, sino la vertiginosa porosidad social, por lo que el desafío argentino consistía en la tarea de asimilar razas, lenguas, religiones, tradiciones y costumbres dispares y variadas. Éste era el desafío, de lo contrario podría la Argentina tornarse en un pueblo desordenado, turbulento e insolidario.

La excesiva preocupación económica ya mencionada sumada al deseo de riqueza rápida restaba tiempo y prestigio a actividades superiores como la ciencia y la educación universitaria; ésta última se abocaba a extender títulos profesionales que asegurasen una rápida promoción social. Entonces, puede

[173] Ibidem, p. 177. La cursiva corresponde a los autores citados.
[174] JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, ibidem, p, 84.
[175] MARÍAS, Julián, *Sobre Hispanoamérica*, Buenos Aires, Alianza Editorial–Fundación Banco de Boston, 1984, p. 108. La cursiva corresponde a MARÍAS.
[176] MARÍAS, Julián, *Antropología filosófica*, Madrid, Revista de Occidente, 1970, p. 287.

decirse que la obsesión económica puso en evidencia la falta de pensamiento estratégico, mientras que, por otro lado, fue una manifiesta distracción respecto de los cambios internacionales que estaban sucediendo.

En resumen, según Marta Campomar: «se estaría dando el caso de que toda su estructura educativa, cultural y científica estaría adherida a un positivismo de servilismo utilitarista o determinismo nefasto que conducía al nuevo mundo a ser ciervos de la gran enfermedad burguesa del siglo XIX: el utilitarismo rentable que todo lo mide por el desenvolvimiento económico.»[177]

Ortega intuyó el peligro de esas masas que sacrificaban valores como la honradez y la moral por resultados de enriquecimiento a corto plazo. Por el contrario, otros mostraban más optimismo ante el fenómeno inmigratorio, al que veían impulsor de una vida más saludable porque consideraban que la ambición sin límites estimulaba al cuerpo y al alma a expandir el radio de influencia facilitando la búsqueda de actividades y progreso; esta manera de interpretar la realidad era el caso de Atienza.[178]

También, entre los que pensaban de este modo estaba Olariaga, quien tenía la impresión de que el Nuevo Mundo era una mágica sensación de ebullición e incesante desarrollo. No obstante, la autora continuó la interpretación orteguiana sobre la actitud adoptada por el argentino, analizó sus consecuencias y los costos de oportunidad que esta actitud implicaba. En consecuencia agregó: «lo que le preocupaba no era el optimismo económico sino la excesiva obsesión por el dinero que le quitaba al argentino tiempo para pensar. Desde esta perspectiva, la Argentina no generaba cultura superior por un inmoderado afán de lucro y por un elevado costo de vida en el cual "lo selecto", es decir, la categoría del intelectual, artista o profesional, debía ocupar varios puestos de trabajo para sobrevivir. La alta cultura requería reposo, reflexión, intimidad para poder teorizar desinteresadamente, y de la teoría producir técnica; en Argentina ese proceso no era posible por el multiempleo.»[179]

[177] CAMPOMAR, Marta, "El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea", *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* ibidem, p. 122.
[178] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 257–258.
[179] Ibidem, pp. 468–470.

Sin embargo, los extranjeros que visitaban el centro de Buenos Aires a mediados de la década del 20, como era de esperar ante la primera impresión de lo que veían advertían el optimismo económico, el bienestar y la prosperidad, pero también se extrañaban del despilfarro, pues percibían la especulación escondida detrás de las grandes rentas y de los variados negocios de una sociedad sin tradiciones firmes ni grandes luchas.[180] En la Argentina no se ahorraba, sino que se gastaba mucho más que lo que gastaban en igual proporción de riqueza las sociedades europeas, y el nivel exagerado de consumo no dejaba lugar a la práctica del arte y al pensamiento científico y técnico en sus formas más nobles. Con dinero disponible, los argentinos adquirían los mejores elementos técnicos y métodos sofisticados traídos del extranjero para sus trabajos, pero pagando un alto costo: no desarrollaban su propia industria tecnológica.

Esto permite suponer que el admirado y sorprendente milagro argentino, dependiente de países industrializados, estuvo expuesto a decisiones que directa o indirectamente afectaron su futuro económico. Al faltarle una adecuada inversión en ciencia y técnica, cuando el extranjero entraba en crisis Argentina rebelaba su apariencia: no se autosustentaba y caía en la desmoralización.

En este sentido, Ortega advirtió que: «Nadie, ni el más idealista, puede dudar de la importancia que el dinero tiene en la historia, pero tal vez pueda dudarse de que sea un poder primario y sustantivo.»[181] Incapaz por sí mismo de inspirar la gran arquitectura de la sociedad, el dinero es, sin embargo, una de las fuerzas principales que actúan en el equilibrio de todo edificio colectivo, pero no es la musa indicada para el cimiento de sus bases fundacionales. Sintetizando, Ortega señaló que el dinero manda cuando no hay otro principio que lo haga.

---

[180] Ortega dice que en un pueblo profundo todo lo que se ve a primera vista, cada aspecto singular observado oculta otros distintos de él, como en la materia el estrato o capa que sirve de haz tapa otros subyacentes. La obsesión económica como expresión social exacerbada de los argentinos pareciera estar contemplada en su definición siguiente: «Llamo profundidad de un cuerpo nacional a la muchedumbre de actitudes humanas diferentes que normalmente contenga. En un pueblo superficial encontramos un único modo de ser.» Véase: *El Espectador – VII. "Cuaderno de bitácora: La profundidad de Francia", 1930, Obras Completas, Tomo II, p. 597.*

[181] ORTEGA Y GASSET, José, "Dinámica del tiempo. Los escaparates mandan", *El Sol*, 15 de mayo de 1927, *Obras Completas*, tomo III, p. 85.

Giusti coincidió con Ortega en que era la causa primera de la audacia americana generadora de inmoralidad, y que provenía, sin duda, de la inmigración, de lo duro de hacer la América: «este fenómeno de masas hambrientas fue la escuela de la conquista y del arrebato, y de la falta de moderación que no educó a los hijos del inmigrante en el deber. Su campo fue la especulación en las tierras, en la bolsa, la banca, el comité, el juego y el azar y, sobre cuanto pudiese comprarse y venderse.»[182] Según lo mencionado, Giusti atribuyó la falta de moralidad «a que los padres se habían bajado de los barcos a codazos y los hijos, con título universitario, habían hecho otro tanto.»[183]

Por su parte, Coni también vio en la psicología social de los habitantes argentinos la inmoralidad del derrochador y egoísta, pero discrepando con el filósofo español, «no creía que en su país el progreso económico y material equivaliera a progreso moral, como sutilmente había insinuado Ortega.»[184]

En tanto Eugenio Pucciarelli, en un congreso de intelectuales organizado por la Fundación Banco de Boston en 1983, íntegramente dedicado a Ortega y Gasset, reconoció las graves dificultades en que se debatía la Argentina para superar la desorientación política y social; la vida nacional argentina, necesitada de reformas de mentalidad urgentes, es decir, se necesitaban cambios de fondo. Pucciarelli destacó que para el argentino el Estado era el espejo de sí mismo, exaltando su propia figura y ocultando así la genuina mediocridad de su fisonomía. El argentino no se ve como es, sino como lo muestra la imagen que se recorta en el espejo, imagen deformada que agranda sus rasgos narcisistas. Este autor resumió que la política constituía la preocupación principal del argentino; por ella dejó de lado otras actividades, distorsionando de ese modo la escala de valores.[185]

---

[182] GIUSTI reprodujo sus ensayos en *Crítica y Polémica*, libro editado en Buenos Aires en 1930. Los *Anales* informan que los dos ensayos contestando a "La Pampa… promesas" y "El hombre a la defensiva" se publicaron en *Nosotros*, números 248–249, correspondientes a enero y febrero de 1930 respectivamente. Véase: GIUSTI, R., "Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset. La Pampa… promesas", enero, 1930, núm. 248, pp. 3–5; "El hombre a la defensiva", febrero, 1930, núm. 249, pp. 145–160. Ver en: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 583.

[183] Idem.

[184] Ibidem, p. 587.

[185] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 926–928. La autora cita a: PUCCIARELLI, Eugenio, *Ortega y el*

En síntesis, miedo profundo e inseguridades existenciales pueden considerarse como causas originarias de la exagerada preocupación económica que limitó la conformación de un Estado argentino moderno y sólido.

## 2. Falta de visión integral, de valores y de pensamiento estratégico: un círculo vicioso de auge económico, crisis y vida provisional

El gran mérito de la generación del 80 radicó en la toma de conciencia de los elementos institucionales que frenaban el desarrollo del país. La política internacional fue uno de los instrumentos claves para la realización económica nacional, y desde ese punto de vista se alcanzaron éxitos resonantes.

Los gobiernos de Roca y Juárez Celman no difirieron sustancialmente sus políticas económicas con respecto a las que se venían formulando desde hacía veinte años.

Al analizar este capítulo de la conformación social argentina, Cornblit, Gallo y O'Connell sostienen que: «la facción llegada al poder, guiada por un ideal de progreso material y ligada ideológicamente a una corriente que no pone el acento sobre la interacción de estructura y fenómeno en la economía, escoge como línea de política económica la que sugiere la realidad en sus manifestaciones más obvias, a saber: la expansión y el perfeccionamiento de la explotación agropecuaria y su integración en el mercado ultramarino.»[186] Este tiempo de graves desequilibrios se caracterizó por el retraso del sector manufacturero, invariabilidad de la estructura de tenencia de tierras, estancamientos provinciales, ausencia de créditos a largo plazo para la industria y el ingreso masivo de capitales y de hombres de negocios provenientes de Inglaterra.

Los aspectos de política económica mencionados confluyeron en la imposibilidad de surgimiento de una clase capitalista local que asegurase la

---

*conocimiento absoluto*, Buenos Aires, Ed. Fundación Banco de Boston, Artes Gráficas Faija Hnos, 1983, pp. 11–21.

[186] COMBLIT, O., GALLO, E. (H) y O'CONNELL, A., "La generación del 80 y su proyecto; antecedentes y consecuencias. El proyecto de la generación del 80", en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI, Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, VV.AA., Buenos Aires, EUDEBA, 1965, p. 49.

dinámica autónoma del proceso y, en consecuencia, ató el progreso de Argentina a la dependencia de vicisitudes del mercado internacional de materias primas y capitales extranjeros, quedando de esta manera expuesto el país a fuertes crisis, que no tardaron en sucederse.

Por lo tanto, durante el crack de 1929 en que quebraron los mercados internacionales de mercancías y capitales se cerró el período del crecimiento nacional. El duro golpe económico internacional tuvo como correlato una fuerte sacudida política a nivel nacional. Los autores citados mencionan que: «en el campo político, el sistema engendrado por la *élite* liberal, que limitaba la participación popular en la elección de los gobernantes, entró en colapso.»[187]

La rápida expansión de la economía argentina después de los años '80, salvo la crisis de 1890, lograda por la intensificación del intercambio comercial con los países de Europa occidental y potenciada por el flujo constante de capitales y de mano de obra desde el viejo continente continuó hasta la Primera Guerra Mundial. Esta dinámica económica y social era consecuencia de que el avanzado nivel de industrialización manufacturera europea encontraba su contraparte proveedora de materias primas en los países de ultramar, entre los cuales se destacaba la Argentina por reunir las condiciones naturales más adecuadas a los requisitos y demandas europeas.

Estos requisitos eran: organización política estable, un sistema jurídico confiable a las inversiones, ausencia de restricciones y alta rentabilidad del capital. Sin embargo, a pesar de las ventajas iniciales básicas el país sólo logró expansión económica pero no desarrollo, dado que la carencia moral antes mencionada tallaba profundo en todo el arco de manifestaciones ciudadanas, según puede apreciarse en la correspondencia de los Archivos de la Marina de Francia.[188]

---

[187] Ibidem, p. 56. La cursiva corresponde a los autores citados.

[188] En los Archivos de la Marina, París, Fondo BB-4, legajo 1.206., de carácter interno destinado al gobierno francés, un informe del contraalmirante A. RIBELL, de 1887, dice a propósito de la situación argentina en esa época: «la tierra adquirió un valor enorme, pero esta riqueza fue inmovilizada, derrochada y, sobre todo, exportada. Se usó y se abusó del numerario de empréstitos, prodigándolo de cualquier forma y sin garantía a acreedores y especuladores insolventes. La camaradería política dio lugar a favoritismos y concesiones escandalosas; la fiebre del juego se hizo general y el préstamo hipotecario pasó a hacerse con bonos –sin dinero– por otro Banco, sin capital. La tierra se volvió instrumento de especulación. Los trabajos públicos y las empresas de construcción particulares aumentaron de modo febril. Se construyeron palacios, monumentos, el lujo no conoció límites; y durante todo ese vértigo, mientras que la producción no aumentaba, sino que disminuía, la importación tomaba

La expansión argentina fue realizada exclusivamente a partir de industrias extractivas, sin planificación ni conciencia política en un sentido amplio, y en función de las necesidades de Inglaterra. Al no contar con una política exterior independiente la oligarquía mantuvo intactos sus poderes, pero la ausencia de una estrategia clara para invertir los ingresos permitía suponer su corto alcance al no poder consolidarse el ritmo en forma sustentable.

Guido Di Tella y Manuel Zymelman destacaron que: «en el caso de la Argentina, uno de los mayores obstáculos al proceso de industrialización fue la resistencia social y la actitud negativa hacia la industria.»[189] La afluencia de capitales fue significativa después de 1880 y fueron utilizados básicamente para promover el sector exportador, que incluyó como instrumentos esenciales de su desarrollo a la inversión en transporte ferroviario e instalaciones portuarias de almacenamiento y cargas.

En este contexto económico y político ya eran manifiestas conductas sociales que luego se consolidarían hasta hacerse crónicas. Sobre este aspecto de la sociedad argentina De Imaz reveló que: «la primera calidad "reconocida" para acceder a las más altas posiciones formales era la habilidad

---

proporciones inquietantes. Así desapareció el oro, inmovilizado o exportado a menudo, perdido en especulaciones a largo plazo. La incapacidad administrativa y la incompetencia financiera fueron cómplices y agentes de una crisis grave y de ruinas irreparables. Los Bancos no tuvieron sino valores ficticios; se detuvieron los negocios y se forzó a los capitales a huir de un país cubierto de una hipoteca legal, general y oculta. Y cuando la hora de la liquidación forzosa sonó, grandes fortunas que parecían seguras se hundieron y el comercio tuvo grandes pérdidas […]. La riqueza reposa en este país sobre la fertilidad del suelo y la producción de materias primas (cereales, carne, lana). ¿Esta producción del suelo, favorecida por una corriente de inmigración, fue objeto de una solicitud dominante y leyes de protección? No; los cereales no tienen depósito ni maquinarias, ni tampoco vías de comunicación. Las carnes son mal utilizadas; los cueros y lanas son exportados en estado bruto; si se manufacturaran en el país de origen aumentarían más del 50 % los beneficios. Un sistema así conduce al país a la ruina; si la producción no sobrepasa el consumo se paraliza la industria local, se favorece la importación en detrimento de la exportación; es, en fin, querer destruir el árbol frutal para nutrir a los parásitos, en vez de proteger a los productos manufacturados del país, imponiendo tarifas a los similares importados. No otra cosa hicieron los Estados Unidos. Pero los gobiernos argentinos parecen poco preocupados de la importancia que tendría el desarrollar la industria. La aduana fue y es todavía fuente principal de recursos del Estado; la industria pastoril ofrece al gobierno fuentes de riqueza insospechada. Debiera utilizarla poblando y creando fábricas, y dando a los productos de la tierra todo su valor comercial; debiera apoyar la explotación de cereales. En esta caso la prosperidad de la Argentina no sería dudosa». Véase: BEYHAUT, Gustavo, CORTÉS CONDE, Roberto, GOROSTEGUI, Haydée y TORRADO, Susana, "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino", en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI. Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, VV.AA., ibidem, pp. 91–92.

[189] Ibidem, p. 183.

en los negocios, o la capacidad jurídica.»[190] Otra habilidad destacada se manifestaba en la obtención del éxito electoral, que pagaba en términos de reconocimiento social a quienes lo obtenían mediante el triunfo en las urnas, pero su carácter era efímero y el carisma desaparecía ante la derrota. En una época en que la candidatura a la presidencia de la nación estaba reservada sólo a los miembros «natos» y para alcanzar la más alta magistratura se debía ser un gran político, pero además pertenecer al más alto estrato social.

Para entender la situación es importante considerar estos datos significativos: «toda la maquinaria [política] estaba montada sobre dos pilares, el fraude electoral y el apoliticismo de las Fuerzas Armadas»[191], y dado que la cohesión estaba determinada por el endogrupo, en consecuencia: «la visión que el grupo tenía del país era idéntica, su actitud frente al orden económico, equivalente, y los marcos de referencia exteriores, iguales: admiradores de lo francés en lo cultural, de lo británico en lo económico y de lo alemán en lo militar.»[192]

En esta Argentina concebida como «granero del mundo», es decir, de economía primaria exportadora y sin desarrollo interno, se planteaba la identidad nacional como cuestión de base a partir de desafíos tales como la educación, la política inmigratoria y la política económica.

Contrariamente a lo que hacía Argentina, al considerar el análisis del desarrollo económico de las naciones, según Mariano Grondona se desprende que: «una nación que disciplina su trabajo y su consumo se moviliza en dirección del "placer distante" del desarrollo.»[193] Sin embargo la Argentina, antítesis de la proclama de Epicuro, al estar enrolada en políticas de corto plazo quedaba involucrada en la lógica interna enriquecimiento–empobrecimiento, un perjudicial círculo vicioso equivalente a preferir pan para hoy al precio de hambre para mañana.[194] Este autor realiza

---

[190] DE IMAZ, José Luis, *Los que mandan*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, p. 11.

[191] Ibidem, p. 12.

[192] Idem.

[193] GRONDONA, Mariano, *Las condiciones culturales del desarrollo económico*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1999, p. 199

[194] Según Epicuro, el sabio es aquel que ordena sus placeres de un modo racional. De acuerdo a David Hume, el fundador del utilitarismo, cada vez que una persona toma una decisión, pone en la balanza su perspectiva de placeres o «utilidad». Si es racional, preferirá el "placer distante" al placer inmediato. Epicuro llamaba *cinético* al placer que acompaña al movimiento ("cinético" proviene del griego *kínesis*, "movimiento"; de ahí "cine" y "kinesiólogo"). Un placer

una distinción ejemplar aplicada al comportamiento de las naciones a partir de la honestidad entendida como valor: ser honesto retribuye a largo plazo, ser deshonesto, a corto plazo. Aquellos que escogen pese a todo la honestidad lo hacen porque su ética los obliga; es que los habita un valor, protector eficaz de la atractiva tentación de lo inmediato. De ahí que: «si a una nación la habita un sistema de valores favorable al esfuerzo de trabajar, ahorrar, innovar e invertir aún cuando ya no sea necesario para el inmediato bienestar de los que viven en ella, rechazará las múltiples tentaciones del corto plazo. Al final del camino, se habrá desarrollado.»[195] En su recorrido histórico Argentina equivocó su rumbo luego del progreso impetuoso alcanzado desde su organización constitucional entre 1853 y 1930.

Grondona recordó que debido a este error el país dilapidó en las décadas siguientes su capital político y económico acumulado, lo cual sucedió por dos razones fundamentales: «a partir de la revolución militar de 1930, perdió la democracia. A partir de la reforma bancaria de 1946, que abrió la caja de Pandora de la emisión de dinero sin respaldo, perdió la estabilidad monetaria y el crecimiento económico.»[196] De ahí en adelante, en medio de una situación mundial favorable, la Argentina profundizó su atraso, ahora debido a sus propias decisiones económicas, entrando así en una etapa caracterizada por una creciente y sostenida inflación motivada por la constante devaluación de su moneda.

El año 1930 constituyó el primer punto de inflexión de lo que había sido hasta ese momento la exitosa inserción de la Argentina en el mundo. De ahí en más se invirtió el plano económico; al inclinar la pendiente hacia abajo determinó su inevitable desdesarrollo económico. Entonces, al fugaz enriquecimiento le siguió un inexorable y largo proceso de empobrecimiento.

---

cinético es, por ejemplo, la satisfacción que acompaña a una comilona. Pero el sabio de Epicuro y el utilitarista racional de Hume buscan un placer superior, *catastemático*, que no es el que acompaña al movimiento sino el que ocurre *después*, quizás mucho después, de él. El hombre enteramente racional se abstendrá entonces de la comilona, para sentirse bien más tarde. El hombre racional hará ejercicios y seguirá una dieta, para vivir mejor. El placer cinético, por lo pronto, está a la mano: nos gratifica aquí y ahora. Además es un placer *seguro*: su inminencia aleja toda duda de su factibilidad. El placer catastemático, por el contrario, se dibuja en el porvenir. Llegará, *si llega*, más tarde. Véase: GRONDONA, Mariano, *Las condiciones culturales del desarrollo económico*, ibidem, pp. 198–199. Las cursivas corresponden a GRONDONA.

[195] Ibidem, p. 201.

[196] Ibidem, p. 397.

Debe considerarse que, producto de la falta de pensamiento estratégico para contemplar el conjunto del panorama internacional, la estrecha creencia local en la prosperidad basada en la exclusiva posesión de recursos naturales permitió suponer una relativa ventaja comparativa. Es importante también considerar que las ventajas comparativas cambian en función del propio dinamismo político y económico global, de ahí su transitoriedad.

Como se supo después, la prosperidad de una nación y su nivel de vida están determinados, además, por la productividad de sus recursos humanos y de capital. En este contexto es oportuno considerar la siguiente afirmación de Michael Porter: «las ventajas comparativas han perdido lugar como base de riqueza frente a las ventajas *competitivas* que residen en una productividad superior en la combinación de recursos para crear productos y servicios valiosos […], ventajas competitivas basadas en conocimiento, inversiones, visión e innovación.»[197] Como se ve, la mirada corta y confiada que determinó la política argentina quedó superada prontamente por los cambios que se avecinaban, demostrándose una vez más su incapacidad perceptiva de largo plazo.

Después de la Primera Guerra Mundial había que estar atentos a las modificaciones comerciales e industriales y a la movilidad de capitales, pues podrían variar sustancialmente en el contexto global. El rodante dinero, sugirió Ortega en aquel entonces, podría seguir rutas más fáciles, y si la Argentina no era prudente con su riqueza y suelo corría el riesgo de verse rápidamente desplazada, como finalmente sucedió.

Ortega advirtió desde *La Nación* que no es lo «útil», sea económico o técnico, lo único que hace grande a una nación. Señaló entre otros aspectos negativos, como hemos visto ya, que debían corregirse, los siguientes: la gran desproporción entre la preocupación económica del país, que absorbía gran parte de la energía nacional; sus especulaciones financieras; el afán de lucro y el problema del aluvión inmigratorio sediento de riqueza a corto plazo. La solución de estos problemas apuntaba hacia una mayor dedicación del cultivo

[197] PORTER, Michael E., "Actitudes, valores, creencias y la microeconomía de la prosperidad. Las fuentes de la prosperidad: ventajas comparativas versus ventajas competitivas", en: HUNTINGTON, Samuel P., HARRISON, Lawrence E. y colaboradores, *La cultura es lo que importa. Cómo los valores dan forma al progreso humano*, VV.AA., Buenos Aires, Ed. Planeta, 2001, p. 59. La cursiva es de Porter.

de actividades «sobre económicas», ya que lo excesivamente práctico eclipsaba lo espiritual. Lo útil es sólo un medio, no un fin en sí mismo, por lo que es menester colocar en el centro de importancia a la Universidad; allí es donde debe cultivarse desinteresadamente la ciencia y la cultura. Sin embargo, el espíritu «practicista» argentino no le permitía ir más allá de lo rentable.

Por otra parte, según se ha conocido con posterioridad al período abordado, que el diseño de mejores políticas públicas que permitan alcanzar mayor bienestar social requiere identificar y trabajar sobre los valores que más influyen en la felicidad o infelicidad de las personas. Al tener en cuenta el bienestar subjetivo de los ciudadanos se advierte que: «aunque los factores económicos son importantes, las investigaciones revelan que países con PBI per cápita muy inferiores a las naciones más desarrolladas muestran niveles de felicidad más altos que muchas de ellas»[198], y que «la relación entre PBI y la felicidad puede presentarse como una curva de rendimiento decreciente y en los países de alto desarrollo económico, mayores incrementos de riqueza tienen un impacto casi nulo en el bienestar subjetivo de los ciudadanos, porque se produce un período de adaptación y luego se vuelve al umbral anterior. En países pobres, en cambio, el peso de lo económico en la felicidad es mayor y significativo. No tener dinero allí puede traducirse en falta de alimentos, de vivienda, de salud y de educación.»[199]

En resumen, son otros los factores que importan y tienen mayor peso, por lo que es decisivo tener presente que una carrera desenfrenada por el crecimiento del PBI, del ingreso y del consumo no genera mayor felicidad. En cambio, es importante un buen balance de vida y de los verdaderos valores para evitar los excesos y controlar el impulso de excesivo consumismo.

La búsqueda de una visión integral y multidimensional del hombre requiere mayor amplitud de la mirada. En este sentido, para reforzar su punto de vista la autora cita la siguiente sentencia del papa Francisco: «debemos liberarnos de la obsesión del beneficio económico que ataca los ritmos humanos de la vida y niega al hombre el tiempo para lo realmente importante.»[200] En definitiva, se visibiliza que la falta de visión integral y de pensamiento estratégico que

[198] CARBALLO, Marita, “La felicidad como política de Estado”, Buenos Aires, *La Nación*, jueves 15 de octubre de 2015, p. 27.
[199] Idem.
[200] Idem.

condujo al utilitarismo exacerbado respondía en el fondo a una crisis de valores.

La cuestión del Estado argentino en cuanto a su tamaño ha sido abordada por distintos autores. Su conformación administrativa paternal refleja la mentalidad de la *élite* que le dio forma originaria; esto se interpreta al compararse la relación entre recaudaciones rentísticas y gastos administrativos. Los gastos generalmente fueron mayores que los ingresos, a punto tal que, según Pérez Amuchástegui, quien compare datos verificará que: «no hay un solo año en el que resulte un superávit.»[201] Lo expuesto resulta de mayor gravedad si se tiene en cuenta la evolución temporal del desequilibrio fiscal, ya que: «no solo hay siempre déficit, sino que éste va aumentando progresivamente a medida que el país va teniendo nuevas posibilidades a mérito de los saldos favorables en el intercambio comercial exterior. El Estado agranda su administración en una desproporción pavorosa respecto de sus perspectivas potenciales, como si jugara a la ruleta con presumibles posibilidades».[202] Como se advierte, la responsabilidad de la distorsión mencionada cabe adjudicarse al factor político histórico, dado que es un Estado construido a la medida de sus administradores, con la visible impronta farolera de la oligarquía paternalista.

La tentativa de modernización de la sociedad argentina impulsada por la oposición durante los últimos años del rosismo vino a orientar la vida nacional a partir de 1852 y, luego de 1880, se tradujo en un proceso de creciente aceleración. De esta manera, el proceso del cual nace la Argentina actual, independientemente de la consideración favorable o negativa de su resultante, no es tan solo el fruto de ciegas fuerzas económicas o sociales; por el contrario, es el fruto de la acción deliberada del grupo político que en esa fecha entró a manejar el país.

Sobre este proceso, Tulio Halperín Donghi afirmó que es «el resultado de un proyecto de transformación total del país, que fue la meta declarada de nuestros gobernantes entre 1852 y 1916.»[203]

---

[201] PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, ibidem, p. 98.
[202] Idem.
[203] HALPERÍN DONGHI, Tulio., "Capítulo I, Introducción", en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI. Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, ibidem, p. 12.

Un aspecto de interés destacado para el análisis de los grupos políticos gobernantes es el de la formación e idoneidad de sus integrantes para las funciones asumidas. Si bien existen muchas excepciones, al considerar el nivel general formativo de los protagonistas de las decisiones centrales de gobierno se advierte un descenso objetivo en su nivel general. Sobre este asunto, De Imaz atribuyó la deficiente preparación previa que tuvieron las generaciones que mandan a la notoria reducción de los niveles de exigencia. Este autor recaló también en un factor específico trascendente por sus consecuencias para el país y que permite comprender su proyección; al respecto reveló que: «casi todos eran abogados: profesión poco apta para la conducción. La conducción moderna requiere mentes inductivas en lugar de deductivas.»[204]

Durante las primeras décadas del siglo XX y hasta el comienzo de los años 40 no parecía estrictamente indispensable una buena preparación dirigencial pues se vislumbraba que la Argentina tenía un futuro inmenso, su progreso y riqueza eran ilimitados, y al estar considerada como granero del mundo sus posibilidades de evolución eran incontables. Por estos motivos, «colectivamente no había por qué exigirse mucho. En la Argentina no era necesario, porque el futuro era nuestro, el país tenía una dinámica propia […]. Y el inmarcesible futuro era ajeno e independiente al esfuerzo, al sacrificio o a la responsabilidad personal de cada uno de los argentinos.»[205] Por entonces, más moderna que algunos países europeos como Italia y España, la Argentina recibía numerosos inmigrantes, la mayoría de ellos atrasados.

La inmigración seguía su auge aumentando la población a través de la llegada de un millón y medio de europeos, fenómeno que acusó gran impacto: **«**el censo de 1914 mostró una Argentina de 8.000.000 de habitantes, de los cuales la tercera parte había nacido en el extranjero. La Argentina moderna estaba, pues, en plena evolución política, económica y social.»[206] Sin embargo, por otra parte, el censo industrial realizado en 1908-1909 demostró la importancia de dar impulso a las industrias transformadoras de materias primas, dado que el comercio exterior arrojaría saldos favorables y considerando que la moneda argentina era fuerte en el extranjero.

[204] DE IMAZ, José Luis., ibidem, p. 243.
[205] Ibidem, p. 244.
[206] FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A., ibidem, p. 243.

A pesar de las deficiencias antes señaladas estas últimas características reflejaban prosperidad económica, buena conducción educativa y una política exterior bien orientada y consolidada, pero simultáneamente, según estos autores, también era producto de la «presión social creciente, conflictos y hostigamiento político.»[207]

Los autores citados señalaron la existencia de consenso entre los pensadores, una visión común de la realidad producida por estas transformaciones. Hacia 1918 un nuevo mundo había nacido y no detendría su metamorfosis política, social y económica en el devenir de principios del siglo XX, pues la Argentina moderna concebida por los ideólogos de 1837, hacia 1870 ya estaba en marcha. En 1930 habría dejado de existir para dar paso a la Argentina contemporánea. De modo que, coincidiendo con la visión del hombre argentino expresada por Ortega y Gasset en «El hombre a la defensiva» los autores recuerdan su vocación imperial, su narcisismo e inseguridad. En resumen, resultaba que: «la Argentina del Centenario era una mixtura extraña y singular de heroísmo cotidiano, vanidad, tensa belicosidad, inteligencia y guaranguería.»[208]

En 1916 ganó las elecciones la Unión Cívica Radical, primer partido orgánico nacional nacido desde la oposición que encumbró en la presidencia de la República al líder Hipólito Yrigoyen. De acuerdo a Floria y García Belsunce, «en esos dos datos se encuentran las líneas maestras de la política nacional entre 1916 y 1930.»[209]

Con la Gran Depresión (el *crash* de *Wall Street*) la crisis económica norteamericana se extendió a Europa, al Extremo Oriente y a América latina entre 1930 y 1932. La crisis no cedió hasta promediar la década, afectando seriamente la prosperidad mercantil y la economía argentina. El crédito se redujo de improvisto, se paralizaron los negocios y afloraron las corridas bancarias, mientras tanto «el desquicio administrativo que acusaba el segundo gobierno de Yrigoyen no permitía una respuesta adecuada a la crisis.»[210]

El nuevo contexto trajo aparejadas condiciones económicas y sociales antes impensadas. En concreto, aquéllos hombres que llegaron al fin de la década

[207] Ibidem, p. 247.
[208] Ibidem, p. 274.
[209] Ibidem, p. 295.
[210] Ibidem, p. 327.

feliz del veinte se toparon inesperadamente con la esquiva, difícil y amarga década del treinta. El Estado ofrecía mucho, pero faltaban los frenos éticos en una Administración pública con presupuesto abierto y elástico; jamás se había ocupado de balancear gastos y recursos, dispensaba beneficios y era la causa indirecta de los previsibles desastres económicos y financieros.

Entonces, los capitales no se arriesgaron sin estar en algún modo garantidos por él. Sobre el desencadenamiento de esta situación Martínez Estrada reflexionó y después de hacerlo deslizó esta ácida crítica: «en el ansia de ascender y progresar indefinida y ciegamente hay una gran miseria oculta. […] Y en cualquier hipótesis la fiebre de tener mucho puede ser un reflejo del hambre y la sed.»[211] Las deficiencias formativas del ciudadano del nuevo régimen, la desidia y la ausencia o bajeza de valores requeridos para las funciones gubernativas de este conjunto de burgueses egoístas que solo entendían de comercio surgió la minoría criolla directora.

En consecuencia, la Independencia nacional generó en su seno nuevas clases que reemplazaron a las antiguas, compuestas de militares, abogados, funcionarios, clérigos y comerciantes que constituyeron la futura oligarquía directora.

Desde otro ángulo, Ayarragaray manifestó su crítica al régimen anacrónico de la democracia criolla caracterizada por un progreso espiritual retardado, y puso en evidencia que: «la riqueza marcha en Argentina con más rapidez que el espíritu.»[212] El futuro constituía una certidumbre que permitía al argentino vivir confiado en la dimensión material de su porvenir, el optimismo era manifiesto y nadie esperaba poseer los frutos del trabajo para gozarlos.

Por su lado, Scalabrini Ortiz definió la confianza de este momento histórico de la siguiente manera: «se los gozaba de antemano, mediante hipotecas, adelantos bancarios y préstamos de toda índole. Considerábamos que lo venidero era tan nuestro que nadie podía arrebatárnoslo, y por eso le dábamos validez de actualidad.»[213] Tal seguridad material generaba orgullo y vanidad de ver palpable ese adelanto relativo traducido en grandes frigoríficos, ágiles puertos de ultramar, usinas generadoras de energía e industrias que se

[211] MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, ibidem, p. 142.
[212] AYARRAGARAY, Lucas, ibidem, p. 63.
[213] SCALABRINI ORTIZ, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Reconquista, 1940, p. 15.

multiplicaban acompañando el vertiginoso crecimiento urbano, mientras que: «a nadie se le ocurría pensar que esa exuberancia visible podía no ser verdaderamente una riqueza argentina y menos aún que ese enorme poderío, tan apresuradamente erigido, podía ser una muestra de flaqueza y no una energía de la nación.»[214]

Al estar distante de la realidad la población argentina sentía la sensación de flotar abstraída en una nube de fantasía, en la cual: «el capital era un detalle inimportante. Lo trascendental era esa ilusión de prosperidad en que nos mecíamos.»[215] La irrealidad y la ignorancia cultivadas en todas las manifestaciones oficiales distorsionaban radicalmente los hechos; parecía nuestro pueblo uno de los más ricos de la historia.

Scalabrini dio detalles que permiten comprender bien la situación; ejemplificó que: «la irrealidad alcanzó tal extremo, que los estadistas medían los grados de nuestra riqueza por el monto de las deudas que los banqueros extranjeros nos permitían contraer: “nos han prestado dos millones de libras esterlinas. Es éste el mejor índice de nuestra prosperidad y de la confianza que la república despierta”, decían con enormes titulares los diarios.»[216]

El Estado y los grupos que conformaron el poder real del país durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX expresaron una práctica concordante con la visión crítica posteriormente definida por Zygmunt Bauman; este sociólogo afirmó que: «desde el advenimiento del Estado moderno, la élite cultivada se consideraba (acertada o equivocadamente, para mejor o para peor) la avanzadilla, la vanguardia de la nación: estamos aquí para conducir al resto de la gente a donde nosotros hemos llegado ya…, otros nos seguirán y es tarea nuestra conseguir que se muevan con rapidez.»[217]

Desde 1860 hasta 1880 se habían sucedido en el país las presidencias fundadoras, aquellas que establecieron la solidez del sistema republicano: la de Bartolomé Mitre entre 1862 y 1868; Domingo Faustino Sarmiento entre 1868 y 1874 y Nicolás Avellaneda de 1874 a 1880.

Esta continuidad institucional permitió superar la etapa de los caudillismos y dictaduras, de gobiernos volteados por revoluciones o alzamientos, y dio lugar

[214] Ibidem, p. 16.
[215] Idem.
[216] Ibidem, p.18.
[217] BAUMAN, Zygmunt, *Identidad*, Buenos Aires, Ed. Losada, 2005, p. 203.

a lo que el historiador argentino Félix Luna denominó «un proceso cuyo desarrollo hizo posible la organización constitucional definitiva del país.»[218] En este período se transformó la fisonomía del campo argentino, las estancias se convirtieron en grandes emporios y sus antiguos cascos criollos fueron sustituidos por casas a la francesa o castillos normandos.

Durante este vertiginoso proceso de cambios, e impulsada por la dinámica económica propia de sus factores intrínsecos: «la producción era tan redituable, que en poco menos de treinta años la Argentina se convirtió en el primer exportador de cereales del mundo y en el segundo exportador de carne congelada, después de Estados Unidos. Nuestro país había advertido cómo colarse dentro de los circuitos del comercio mundial, y lo hizo rápido y de la mejor manera.»[219] Como es sabido, para alambrar la tierra, instalar molinos, mestizar el ganado y sembrar, se necesitaba una inversión de capital. Los propietarios emprendieron el impulso de las infraestructuras y se endeudaron para hacerlo, lo que constituyó una de las causas de la crisis del ’90, aunque ese endeudamiento fuera oportuno, dado que su objetivo era capitalizar el campo. Pero al mismo tiempo los extranjeros que pasaban por Buenos Aires se extrañaban ante tanto despilfarro y percibían en sus calles una prosperidad inagotable, mezcla de optimismo y especulación.

Por entonces eran habituales rentas generosas y proliferaban negocios diversos. El optimismo económico reinante aseguraba bienestar general y prosperidad ilimitada. Como cabría suponer en ese tiempo, el país avanzaba a pesar de su conducta imprevisora.

Los viajeros que visitaban el país observaban la manifiesta transformación en marcha y ello creó también un aura de optimismo superior al que se vivía en el mundo en ese momento, puesto que en el caso de la Argentina era evidente y materialmente comprobable. Al ser de pensamiento liberal en el orden económico, siguiendo el parecer de Félix Luna, aquellos hombres tuvieron una conciencia muy clara de que «el Estado debía existir y debía ser fuerte, autoritario, y arbitrar permanentemente en el juego de intereses de la comunidad; tenía deberes y atribuciones a los cuales no podía renunciar.»[220]

[218] LUNA, Félix, *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1997, p. 107.
[219] Ibidem, p. 132.
[220] Ibidem, p. 136.

Un país que se estaba articulando, como la Argentina en esos momentos, necesitaba un Estado que asumiera claramente sus deberes, que tuviera la capacidad de interferir en la iniciativa privada sino para marcar sus límites, y, fundamentalmente, para promover el desarrollo de aquéllas áreas donde los capitales privados no manifestaran interés. Al exitoso experimento conservador le quedaba pendiente la reforma política que superase un sistema electoral totalmente ficticio e inmoral, caracterizado por la repartija de poder.

Fue entonces cuando se produjo el cambio drástico a través de la Ley Sáenz Peña, que pasó a sustituir un régimen electoral tramposo, fraudulento y violento por un sistema de voto libre. Los fundadores de la república habían dedicado tres décadas de esfuerzo para la transformación de un país pobre, fragmentado y anarquizado en un país nuevo, distinguido en América Latina por su opulencia, y, sin embargo, «el electorado dio la espalda a estas viejas fuerzas creadoras y se echó en brazos de una nueva fuerza que era una incógnita, que no tenía programa, cuyo jefe no era conocido.»[221]

De esa manera Luna reconoció que aquél duro régimen, «si bien cometió muchos pecados políticos, tuvo en cambio buen olfato y buena intuición para descubrir cuál era el papel que la Argentina debía cumplir en el mundo de la época.»[222] Esa dureza estatal, por otra parte defectuosa y cuestionable, logró desarrollar el país a lo largo de treinta años en forma sostenida. No obstante, el desarrollo guarda secretos, tiene condicionantes y está compuesto de diversos matices.

Luego de estudiar los aspectos que hacen al desarrollo de los países Mariano Grondona sostuvo que «el desarrollo económico lo han logrado solamente los Estados duros o fuertes: aquellos que cobran impuestos, por ejemplo, o que investigan y castigan a quienes cometieron un delito.»[223] Ese logro es posible, pero no sencillo de alcanzar, puesto que existen barreras que lo impiden, por ejemplo, la corrupción, cuyo accionar debilita al Estado e impide el desarrollo económico. Luego de estas consideraciones, Grondona concluyó que: «la diferencia entre un país desarrollado y otro subdesarrollado no depende tanto de cuán grande sean, respectivamente, el Estado o el mercado

[221] Ibidem, p. 139.
[222] Idem.
[223] GRONDONA, Mariano, *La corrupción*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1993, p. 66.

sino de cuán *duro* sea el Estado: no existe país alguno que se haya desarrollado con un Estado *débil*.»[224] Por otra parte, el progreso económico requiere instituciones racionales y estables, leyes que garanticen derechos por encima de los avatares electorales y políticos; de no ser así, sólo queda lugar a las inversiones golondrinas, que vienen y se van en busca de altos rendimientos en el corto plazo.

Por esa razón, si reina el egoísmo del interés particular sólo se logra destruir el interés general, y finalmente se termina extinguiendo el interés particular del propio egoísta. Es por ello que para evitarlo se necesita la intervención del Estado. Y si la economía estuviera al tope de la escala de valores, *a la larga* también se anularía a sí misma porque una vez rica, la sociedad dejaría de sentirse motivada para seguir adelante.

De esta manera, Grondona sostuvo que: «*al tope de una escala de valores favorable al desarrollo económico debe figurar entonces un fin no económico pero a la vez pro económico*, por un lado inalcanzable y por el otro favorable, de modo tal que siga atrayendo y exigiendo el esfuerzo de la acumulación aun después de haberse generado la riqueza que, si fuera el fin último, aquietaría a la sociedad una vez obtenido.»[225]

Resumiendo, el desarrollo económico depende de factores *no económicos* que no obstante le sean favorables, por lo que: «el fin supremo de una cultura "desarrollista" ha de ser entonces transeconómico, pero no antieconómico. Debe motivar la acumulación siendo él mismo otra cosa que la acumulación.»[226] En este sentido es muy significativo el caso de Argentina, que ha tenido una trayectoria económica singular: es el único país que, luego de haber iniciado el proceso de desarrollo, lo abandonó.

En las primeras décadas del siglo XX llegó a estar entre los países con mayor producto por habitante, y en función de esta *perfomance*: «podría decirse que la Argentina es la única nación *desdesarrollada* de la Tierra.»[227] La modernización nacional que hemos expuesto, sin echar raíces profundas en la conciencia del pueblo argentino, sino exclusivamente en la cabeza de la *élite*

[224] Idem. Las cursivas son mías.
[225] GRONDONA, Mariano, *Las condiciones culturales del desarrollo económico*, ibídem, p. 124. Las cursivas me corresponden.
[226] Idem.
[227] Ibidem, p. 146.

gobernante, comenzó a declinar bajo la acción de un movimiento político de pinzas conservador-populista. Inevitablemente, por lo dicho antes, el país detuvo su espectacular proceso de desarrollo que se había iniciado a partir de la Constitución de 1853.

Así, entonces, al fugaz enriquecimiento le siguió como contrafase el inevitable empobrecimiento. El derroche de recursos económicos, ya mencionado en apartados anteriores, indudablemente influyó en la evolución de la pobreza. Complementariamente, la baja tasa de ahorros de Argentina estuvo influida por el vertiginoso crecimiento de la población, debido en parte a los altos niveles de inmigración, pero a pesar de ello el investigador David Landes atribuyó el fenómeno empobrecedor principalmente a «los malos hábitos de consumo conspicuo.»[228]

La realidad radical, como dijo Ortega, fue que la Argentina había crecido vertiginosamente, pero con un alto grado de improvisación a nivel social y político. Había entrado en el siglo XX como una nación desordenada, navegando a contramano de la ortodoxia económica que le sugería su circunstancia.[229] En definitiva, la primera condición para un mejoramiento de la situación presente, según aconsejó Ortega, es «hacerse bien cargo de su enorme dificultad. Sólo esto nos llevará a atacar el mal en los estratos hondos donde verdaderamente se origina.»[230] Este hacerse cargo de las dificultades resulta vital para que la sociedad argentina intente romper el círculo vicioso que la ha dominado e identificado durante su existencia y encuentre de ese modo la posibilidad de superar la crisis que le ha hecho transitar su historia siempre de manera provisional.

---

[228] LANDES, David, *La cultura es lo que importa. Cómo los valores dan forma al progreso humano*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 2001, p. 46.

[229] El recorrido a «contramano» del desarrollo, cuyas políticas económicas marcan la trayectoria histórica argentina que condujo al país por la senda que va desde el desarrollo hacia el desdesarrollo, recuerda la siguiente parábola orteguiana: «Cuenta Parry que en su viaje polar avanzó un día entero en dirección Norte, haciendo galopar valientemente los perros de su trineo. A la noche verificó las observaciones para determinar la altura a la que se hallaba, y, con gran sorpresa, notó que se encontraba mucho más al Sur que de mañana. Durante todo el día se había afanado hacia el Norte corriendo sobre un témpano al que una corriente oceánica arrastraba hacia el Sur.» Véase: *Meditaciones del Quijote*, *Obras Completas*, tomo I, p. 361.

[230] ORTEGA Y GASSET, José. *La rebelión de las masas,* "Prólogo para franceses", *Obras Completas*, tomo IV, p. 451.

## 3. El Estado: reflejo de la obsesión económica

El Estado argentino agrandaba su administración desproporcionadamente respecto de sus posibilidades potenciales, generando así un déficit creciente a través del tiempo. Como se dijo antes, esta distorsión reflejaba la mentalidad farolera de la clase oligárquico-paternalista que manejaba el país.

La generación que asumió el desafío de erigir un moderno Estado nacional contaba con un plan destinado a modificar profundamente la sociedad argentina. Los pilares de ese plan eran la educación, la inmigración y el desarrollo económico.

Sus integrantes eran conscientes de las contradicciones entre el racionalismo ingenuo de las *élites* independentistas y la verdadera naturaleza de la sociedad colonial. Así entonces, esta generación integrada por Sarmiento, Alberdi y Echeverría, preocupada por transformar la Argentina en un Estado moderno «comprendió que ninguna reforma política sería posible mientras no se fundara en cambios radicales en el tipo de estructura social.»[231]

La estructura social derivada de la inmigración presentaba, entre otras dificultades, una de mayor relieve: la desigual distribución de la población sobre el territorio, que se concentraba alrededor de Buenos Aires y en la región pampeana.

Un ejemplo de lo mencionado es el la población española proveniente de Galicia, que se localizó en torno a la principal ciudad del país. Al respecto, Xosé Manuel Nuñez Seixas especificó que: «la capital argentina se convirtió en un lugar de emigración al que no sólo llegaban campesinos más o menos iletrados, pescadores o jornaleros, aunque éstas eran las categorías que nutrían la gran mayoría del contingente inmigrante galaico. También arribaban al Río de la Plata jóvenes *bachilleres* de clase media venidos a menos que, como caricaturizaba irónicamente Francisco Grandmontagne, cruzaban el Atlántico provistos de cartas de recomendación para intentar hallar un hueco en el periodismo, en la política o en los círculos profesionales argentinos.»[232]

---

[231] GERMANI, Gino. “Hacia una democracia de masas”, en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI. Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, VV. AA., ibidem, p. 214.

[232] NUÑEZ SEIXAS, Xosé M., “Periodismo, patriotismo *regional* y estrategias de liderazgo: Fortunato Cruces, José R. Lence y los gallegos de Buenos Aires (1900–1936)”, en: Marcela

Esta situación originaria luego se vio potenciada por el determinismo geográfico. De manera tal, en regiones inhóspitas de clima frío y con carencia de agua, que es recurso esencial para el hombre, fue dificultosa la instalación humana, reduciéndose las posibilidades de algunas provincias, que quedaron resignadas a la baja densidad o bien al pleno vacío demográfico.[233]

Las dificultades de la circunstancia histórico-geográfica plantearon un desafío dirigencial de gran magnitud, ya que: «para gobernar la Argentina moderna, la clase dominante debía apelar a la ambivalencia: predicar el liberalismo sin añadir una democracia efectiva; integrar a los inmigrantes sin arriesgar la identidad nacional; centralizar el sistema político mientras el Estado llegaba hasta los confines de su territorio; incorporar gentes e intereses sin ceder el poder político.»[234]

De modo que, el proceso de inmigración masiva, urbanización e industrialización que transformó el país, iniciado durante la última década del siglo XIX, produjo un conjunto de consecuencias que dio origen a la denominada «cuestión social», que no se limitaba a una serie de fenómenos cuantificables objetivamente, a la vez que se transformaba en un debate ideológico político.

Esta «cuestión social» tiene una connotación histórica referida precisamente a un proceso «temprano» de conflicto social acompañado de transformaciones intelectuales sucedidas entre el cambio de siglo y la Primera Guerra Mundial, y está vinculada a la inmigración masiva llegada al país durante este período. En este contexto, fue relevante la gran concentración poblacional en centros urbanos, en particular, la ya señalada en la ciudad de Buenos Aires, lo que generó una serie de problemas; entre ellos: la urgencia de solucionar necesidades básicas de los inmigrantes en materia de vivienda y salud, alta criminalidad, prostitución, mendicidad y alcoholismo.

Todo ello agregó una dimensión moral a la «cuestión social» y dio lugar al surgimiento de las primeras organizaciones obreras y sus campañas

---

GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones*. *Élites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., ibidem, p. 275.

[233] Se considera vacío demográfico cuando la densidad poblacional es inferior a 1 habitante por kilómetro cuadrado de superficie territorial; son regiones desérticas o semidesérticas. En la actualidad tal es el caso de la región patagónica, integrada por las provincias de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego y, en general, comprende toda la extensión territorial argentina correspondiente a la diagonal árida sudamericana.

[234] FLORIA, Carlos Alberto y GARCÍA BELSUNCE, César A., ibídem, p. 177.

reivindicativas, tanto así como las amenazas del terrorismo anarquista, que introdujeron de ese modo un fuerte componente político ideológico.

En el plano filosófico, la asociación del liberalismo con el positivismo cientificista dio lugar a la crítica idealista, condenatoria de la declinación espiritual dejada de lado por la búsqueda del desarrollo material, a que nos hemos referido en I.2.

En el plano político institucional, la insatisfacción con las políticas implementadas por los gobiernos liberales produjo firmes demandas de parte de los grupos excluidos y de quienes aspiraban a las mejoras institucionales a través de la reforma del sistema. Esto último, como veremos en II.2 de la Segunda parte, culminaría con la Ley Sáenz Peña.

Al referirse a la reforma del sistema institucional, Eduardo Zimmermann señaló aspectos de gran relevancia al afirmar que: «uno de los factores que impulsaron el surgimiento de esta corriente reformista fue el legado de la crisis política y económica de 1890. La corrupción administrativa, la especulación financiera, el fraude electoral, el materialismo y la exagerada opulencia en las costumbres sociales aparecieron entonces a los ojos de algunos como síntomas de una declinación moral generalizada.»[235] Así, en el debate ideológico político las diversas interpretaciones respecto de la realidad eran meramente subjetivas y dejaban de lado datos objetivos surgidos de estadísticas, entre ellos algunos de gran impacto social, como los referidos a precios y salarios.

En este marco social urgían reformas políticas necesarias que provocaran modificaciones reales en las instituciones vigentes, lo cual estaba directamente vinculado a la conformación del Estado y sus alcances en cuanto a su relación con los individuos componentes de la sociedad.

Al referirse al reformismo requerido en torno a la «cuestión social», este autor hace mención a los límites de la intervención estatal planteando la búsqueda de un punto intermedio que permitiera atenuar la conflictiva dada en el seno de la sociedad.

[235] ZIMMERMANN, Eduardo, “Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina 1890–1916”, Buenos Aires, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 31, enero–marzo de 1992, p. 546.

Al respecto, en su análisis reformista de la época, Zimmermann planteó que: «por reformismo debe entenderse aquí una actitud de predisposición a introducir cambios en las instituciones vigentes, que en materia de política social se traducía en una decisión de abandonar los principios de *laissez faire* que supuestamente habían caracterizado al liberalismo decimonónico, pero manteniendo una rígida oposición al cambio revolucionario-radical que pretendía alterar por completo los fundamentos del sistema, cayendo en el llamado "socialismo de Estado" o en los peligros de la anarquía. El reformismo introdujo en el debate sobre la cuestión social un elemento nuevo: la discusión en torno a los límites de la intervención estatal en materia social trascendía en esa perspectivaza disyuntiva entre los términos "individualismo" y "colectivismo", en que estaba planteada, y se concentraba en las posibilidades de una "vía media" que iluminada por una combinación de nuevos principios filosóficos y científicos culminaría en una redefinición de las relaciones entre Estado y sociedad que atenuara o eliminara los rasgos más peligrosos del conflicto social.»[236]

En un tiempo ausente de ética y carente de orden, con una administración pública desajustada acostumbrada a presupuestos elásticos sin proporción entre gastos y recursos, la distorsión resultó natural a partir de un Estado que ofrecía mucho, lo que sólo podía cumplir mediante actos de coacción. Por este motivo el Estado comenzó a desplegar sobre seguro su abundante poder.

Martínez Estrada afirmó que el Estado «dispensaba beneficios y era la causa indirecta de los desastres.»[237] El rol asignado al Estado creaba una dependencia debilitadora de tal magnitud que, según este autor: «el que no está ubicado dentro de la Administración pública, no es fuerte, porque la fuerza está concentrada en los arsenales y en los despachos.»[238] Por lo mencionado, en un país con esta organización estatal en la cual la única estructura sólida es la administración pública las únicas posibilidades de vida respetable se reducen en función directa de la distancia geométrica al centro de ese Estado.

A tal punto fue así que la seguridad que se hallaba en el interior del ámbito de la Administración pública incrementaba la inseguridad de lo que trasponía

[236] ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890–1916*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1994, pp. 4–5.
[237] MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, ibidem, p. 160.
[238] Ibidem, p. 161.

sus límites, ubicado en su exterior. A continuación, Martínez Estrada aportó un dato singular que permite dimensionar la situación estatal que aquí abordamos: «dependen del Estado las dos terceras partes más significativas de la población y de la riqueza. Más allá está el desierto.»[239] El autor cuestionó qué es lo que constituye la potencia del Estado y se interrogó respecto de los puntos de apoyo que lo hacen fortaleza protectora.

Según el criterio de Martínez Estrada, las razones profundas de búsqueda de apoyos en el Estado, se remonta a los orígenes de la población: «porque el miedo primitivo, el que se entró hasta los huesos del primer poblador, del primer hacendado y del primer artista, no tuvo oportunidad para ser reemplazado por la seguridad, y la muerte, la ruina y la vergüenza quedaron dentro de la nueva estructura, como sentimiento que una censura y un anhelo demasiado vehemente enterraron en la subconciencia, donde está más vivo que nunca.»[240] Martínez Estrada adjudicó gran parte de la responsabilidad del desbarajuste económico financiero al ex presidente Domingo F. Sarmiento, y lo fundamentó diciendo: «él, incapaz de administrar sus pobres bienes, tuvo parte en el escándalo financiero, por su afán de que el país fuese grande como él lo quería. Y después de él, los que quisieron que fuese grande como ellos lo querían, siguieron precipitándolo en la ruina.»[241]

Después de adjuntar datos cuantitativos de la deuda consolidada, interna y externa, este autor colige: «al fin de cuentas, en los desastres de esta clase, la pérdida efectiva es la decadencia moral, el saldo desfavorable en la honestidad, que no puede cancelarse.»[242] En conclusión, el lujo desproporcionado, la minimización del valor de las cosas y la sobreestimación del dinero hicieron que el horror de la muerte y la certeza de lo pasajero de la existencia dieran origen a la inmoralidad económica, porque aquí el fin de los esfuerzos está centrado en la riqueza y no la vida misma.

En general no se sospechaba que la exhuberancia económica tan visible pudiera no ser una riqueza argentina, y menos todavía se la podía ver como muestra de flaqueza, sino como una gran energía del país. Scalabrini Ortiz advirtió que: «lo trascendental era esa ilusión de prosperidad en que nos

[239] Ibidem, p. 272.
[240] Ibidem, p. 273.
[241] Ibidem p. 292.
[242] Idem.

mecíamos. El Estado acompañaba al país en el sostenimiento de esa superficial ingenuidad.»[243] La población llegada al Río de la Plata impelida por la falta de oportunidades en la organización nativa, buena parte de la bohemia peninsular, con sus hábitos y costumbres lentamente fue componiendo la clase directora.

De ahí que para Lucas Ayarragaray «el Estado argentino fue simple variante del colonial, como éste lo había sido del castellano. Estado esencialmente mixto, o sea semi–español y semi indígena, quizás más indígena que español.»[244] El Estado argentino fue armado por los políticos que estuvieron desterrados durante la tiranía de Rosas. Así, al convertirse Buenos Aires en capital, a partir de la presidencia de Roca se logró la verdadera fundación de un Estado Nacional y de esa manera comenzó a resolverse el problema institucional del país, ya que hasta ese momento virtualmente no había existido; solo había sido huésped de la ciudad de Buenos Aires. Desde 1880 en adelante el Estado nacional adquirió una importancia y una fuerza que antes no había tenido: tuvo una sede y recursos suficientes como para armar estructuras necesarias que se proyectarían sobre todo el país: colegios nacionales, juzgados federales, guarniciones del Ejército, obras sanitarias, el Banco Hipotecario y el Banco de la Nación.

Tomando como base este desarrollo institucional territorial, Félix Luna afirmó que: «entre 1860 y 1880 se fue definiendo el boceto del esquema de lo que sería la Argentina del fin del siglo.»[245] Con un crecimiento social desparejo muchos se enriquecieron creándose una clase muy *snob* y dilapidadora, a la vez que otros sectores sociales quedaban atrás padeciendo las consecuencias de un proceso duro en el que no había un Estado asistencialista ni tampoco previsión social alguna.

Si bien no había leyes sociales como las que después hubo, lo que si existía era el buen funcionamiento del Estado en cuanto a la moneda: creó el Peso Argentino, cuyo valor se mantuvo constante, y al no ser devaluado permitía que la posibilidad de ahorrar fuera más accesible. A continuación Luna destacó otro aspecto clave del proceso institucional que estudiamos: «la historia de la

[243] SCALABRINI Ortiz, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata*, ibidem, p. 16.
[244] AYARRAGARAY, Lucas, ibidem, p. 50.
[245] LUNA, Félix, *Breve historia de los argentinos*, ibidem, p. 122.

modelación de la Argentina moderna es la de un admirable avance que no ocurrió por azar, sino que fue promovido acertadamente por un lúcido núcleo de dirigentes en el marco de condiciones favorables que nunca más se darían con la magnitud de aquella época.»[246] Al Estado debiera preocuparle el costo, el alcance y la excelencia de los servicios públicos, lo cual no implica el deber de administrarlos.

Como hemos dicho anteriormente, aquí ampliamos que no es de esperar el desarrollo a partir de un Estado débil. El Estado «fuerte», para serlo, según Mariano Grondona, «ha de estar integrado por una clase de funcionarios profesionales y honestos, reclutados por concurso y no por favoritismo político.»[247] Es decir, existe una relación entre desarrollo, corrupción y moral pública de los países y algunos países se han desarrollado porque lograron construir esta última. El autor acotó que: «mientras un Estado cuya ética pública es sólida es un Estado duro, aquel penetrado por la infección es un Estado débil o blando. El desarrollo económico lo han logrado solamente los Estados duros o fuertes»[248], de lo cual se desprende la imposibilidad de que un país se desarrolle si cuenta con un Estado débil.

Sin embargo, en Argentina lo que más llamaba la atención, según lo expresado por Ortega en su regreso a Madrid en 1929, era el crecimiento del hombre masa. Este crecimiento se daba en parte por el aluvión inmigratorio, que contribuía a alimentar el cuerpo de funcionarios públicos. También Ramiro de Maeztu había cuestionado el porvenir del «Estado botín» argentino, ese Estado del hombre masa, entendido como una máquina portentosa donde la masa dice «el Estado soy yo», que hacía ver el futuro argentino como algo dudoso.[249] Entonces, a pesar de la gran *perfomance* económica, la sociedad argentina estaría desmoralizada y con un Estado rígido y autoritario rebosante de autoridad viviendo de espaldas al ciudadano.

Se había conformado un Estado rentista ajustado a la piel de su sociedad, reflejo de una democracia puesta en tela de juicio por la corrupción electoral, clientelismo político, burocracias estatales oligárquicas y en manos de un

[246] Ibidem, pp. 140-141.
[247] GRONDONA, Mariano, *La Argentina como vocación*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1995, p. 180.
[248] GRONDONA, Mariano. *La corrupción*, ibidem, p. 66.
[249] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACION*, Buenos Aires, Ed. El Elefante Blanco, 2003, pp. 135–136.

populismo mediocre y sin ideas que desconocía el valor de las instituciones fundacionales. Este Estado reflejaba la idea que la nación tenía de sí misma, lo que el pueblo piensa de sí mismo, esto es: la exigencia de un futuro soberbio, pero para el que contaba sólo con un pobre programa de vida.

Había pasado un siglo desde la Revolución de mayo y la Argentina había logrado una visible prosperidad, según los indicadores económicos de las últimas tres décadas, que mostraban un crecimiento notable de las exportaciones, de las áreas de cultivos y de la red ferroviaria, que había extendido sus redes por gran parte del país. La población había crecido en la misma medida que la economía, a causa del fenómeno migratorio. El optimismo del Centenario aparentaba pronósticos de progreso incesante y sin límites a la vista.

No obstante, subyacente a lo económico, y también a lo cultural manifiesto, se advertían síntomas preocupantes, entre ellos, las dificultades de integración nacional derivada de la gran inmigración y la debilidad del sistema político. En este contexto, Devoto y Barbero advirtieron que: «los continuos déficit de la balanza comercial y sus implicancias sobre la balanza de pagos, que habían hecho evidentes las debilidades del modelo de desarrollo ya en la crisis de 1890, no alcanzaban a atenuar el ilimitado optimismo acerca del presente y el porvenir.»[250]

Entre principios de los años 80 del siglo XIX y los primeros quince años del siglo XX arribaron a la Argentina más de cuatro millones de personas, la mayoría de ellos italianos y españoles, motivadas por la dificultosa situación en los países de origen, pero, sobre todo, por las excepcionales condiciones producidas por la economía argentina. Las políticas del Estado fueron muy atractivas a los inmigrantes en ese período. En este sentido, Devoto afirmó que durante esos años: «era la economía la que brindaba el principal incentivo para emigrar a la Argentina y no el Estado.»[251] Esta afirmación ratifica lo mencionado antes y deja ver aspectos desfavorables del Estado en sí mismo.

En resumen: una valoración hipertrófica del Estado, pero que en realidad era un Estado débil; la otra cara de una sociedad indisciplinada que creía que

[250] DEVOTO, Fernando y BARBERO, María Inés. *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Ed. Biblioteca Política Argentina / Centro Editor de América Latina, 1983, p. 15.
[251] DEVOTO, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 2003, p. 250.

el Estado era suyo, donde nadie respetaba reglas ni leyes; un Estado que, dejando de lado la voluntad de hacer algo en común nutría ciudadanos ineficaces y holgazanes ahogando a la minoría creadora e imposibilitando una verdadera democracia.

El Estado como piel social debía regular las crisis sociales y sus violencias, pero estaba a la deriva, carente de reforma moral y ética. Su prepotencia doblegaba al ciudadano a través del entramado de poder clientelista. Operaban en él individuos obsesionados por el futurismo concreto de cada cual, no para la construcción de una nación.

Respecto a lo anterior, Ortega pensaba que: «cuando el Estado llega a cierto grado de desarrollo, es una máquina tan formidable, tan eficiente y ejecutiva, tan fácil de manejar, que es muy difícil ceder a la tentación de usarla […]»[252] y, en consecuencia, de ahí sus posibilidades y riesgos, pues, con sólo tocar el resorte del Poder Público se activa el enorme artefacto autoritario que logra, sin oposición posible, el resultado que se ha propuesto.

## IV – MÉTODO HISTÓRICO, NOCIÓN DE MUNDO Y SUS LEYES ESTRUCTURALES SEGÚN ORTEGA Y GASSET

### 1. Teoría de la estructura de la vida y del mundo como necesidad previa de la historia

Mientras Ortega desarrollaba minuciosamente desde *La Nación* su razón histórica, García Morente exponía en ese mismo diario la historia como razón vital convencido de que ésta le daba sentido a la vida.[253] En ajustada síntesis, es posible afirmar que un hecho en sí no tiene sentido, pero lo adquiere cuando se incorpora al conjunto de una vida.

[252] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador* VII, “Intimidades”, “El hombre a la defensiva”, *Obras Completas*, tomo II, pp. 646–647.
[253] Véase: GARCÍA MORENTE, Manuel, “La historia como filosofía aplicada”, Buenos Aires, *La Nación*, martes 4 de septiembre de 1934, p. 6.

Según Morente, la finalidad de la historia no era relatar los hechos que pasaron, sino descubrir e interpretar el sentido de esos hechos en una coexistencia más amplia de la vida pasada. Por esa razón afirmó que: «la historia no puede ser mera crónica (relatos de hechos) ni tampoco memorias autobiográficas […]. Para explicar la historia, los cambios, hubo de ponerle al pensamiento una interior fuerza de propulsión. Tal fue la dialéctica de Hegel: movimiento interno del pensamiento puro. Y entonces la historia hubo de ser la manifestación sugestiva en el tiempo de los procesos íntimos del pensamiento racional.»[254] Siguiendo este pensamiento puede decirse que para la historia hace falta una previa teoría de la estructura de la vida, para lo cual el filósofo accedía progresivamente en el tema del solapamiento de pasado y futuro, que Ortega aplicaba a su estudio de las generaciones. Al ampliar el radio de interpretación podrían vislumbrarse nuevas posibilidades de apreciación. Bien entendido, ver en historia es, por lo pronto, ver cada tiempo con los ojos de ese tiempo.

Sobre este enfoque orteguiano innovador y esclarecedor Marta Campomar expresó que: «la caracterización del conocimiento como magnitud histórica fue el paradigma trascendente que Ortega le dejó a los argentinos en su última docencia, idea general que desde hacía años informaba su labor filosófica bajo el título de “razón histórica”.»[255] Entender al hombre en su esencia peregrina requiere superar los conceptos de interpretación estáticos y aprender a pensarlos a través de nociones dinámicas. Había que someter el pensamiento nacional concreto y utilitario a una «radical historización» que permitiera dejar de lado ilusiones ópticas distorsionantes y ajustar el intelecto argentino a la realidad de su circunstancia.

Pese al esfuerzo docente Ortega no logró que los argentinos ampliaran su horizonte de pensamiento, pues, caían reiteradamente en las históricas polarizaciones políticas que les impedían dejar de lado los antagonismos originarios que bloqueaban el desarrollo de proyectos comunes. Los argentinos continuaban su lógica de pensamientos autodestructivos que conducían al naufragio. Según Ortega: «se naufraga ideológicamente siempre que ante una

[254] Idem.
[255] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 882.

afirmación heteróclita no hallamos dónde agarrarnos, algún germen de prueba que nos permita flotar, alguna insinuación de fundamento.»[256] De modo que, reducidos los pensamientos a ser razón lógica, ésta queda incompleta. Por ese motivo, Ortega resaltaba la necesidad de añadir a la antigua razón el sentido histórico, es decir, acceder a la razón histórica.

La vida humana resulta ser tarea, misión, innovación y, por ello, obra de la imaginación. Para Ortega «Vivir es, de cierto, tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él, ocuparse de él.»[257] Para que sean vida humana, vivir, estos actos y ocupaciones no deben ser mecánicos, pues el autómata no vive. El filósofo señala lo grave de este asunto debido a que: «la vida no nos es dada hecha, sino que, queramos o no, tenemos que irla decidiendo nosotros instante tras instante. En cada minuto necesitamos resolver lo que vamos a hacer en el inmediato, y esto quiere decir que la vida del hombre constituye para él un problema perenne. Para decidir ahora lo que va a hacer y ser dentro de un momento, tiene, quiera o no, que formarse un plan, por simple o pueril que este sea. No es que *deba* formárselo, sino que no hay vida posible, sublime o ínfima, discreta o estúpida, que no consista esencialmente en conducirse según un plan».[258] En la visión de Ortega, dejar la vida a la deriva abandonándola en caso de extremo de desesperación, es, de todos modos, adoptar un plan, pues forzadamente toda vida está en el brete de planificarse a sí misma.

En este sentido, las personas y cosas que me rodean aparecen como resistencias para mi proyecto de vida y como posibilidades de perfección; de ahí que, en expresión de Lasaga Medina: «la vida humana genera su propio imperativo ético porque vivir supone atender simultáneamente a dos mandatos: el de fidelidad al propio yo, a la vocación que en última instancia lo constituye, y al de fidelidad al mundo en el que ese yo vive, a las cuestiones de su época, de

[256] ORTEGA Y GASSET, José, "El sentido histórico", *El Sol*, 10 de julio de 1924, *Obras Completas*, tomo III, p. 849.
[257] ORTEGA Y GASSET, José. *Misión de la Universidad*, "IV. Cultura y ciencia", *Obras Completas*, tomo. IV, p. 674. Ortega toma esta fórmula de su ensayo "El Estado, la juventud y el Carnaval", publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, en diciembre de 1924 y reproducido en *El Espectador*, tomo VII, 1930, con el título "El origen deportivo del Estado", en el tomo II de esas *Obras Completas*.
[258] Ibidem, pp. 341 y 342. La cursiva corresponde a Ortega.

su generación, de su entorno, lo que obviamente exige fidelidad para con las personas, pero también con las cosas.»[259]

Desde el punto de vista de Cerezo Galán ese proyecto de vida o «programa de porvenir» constituye la fidelidad a lo próximo inmediato, a la circunstancia y tarea de cada día, por lo tanto: «nunca tiene los caminos abiertos y francos, si no los recrea de nuevo la intención del caminante.»[260] Este autor remontó el fundamento de su alusión al conocido verso de Machado: «caminante, no hay caminos, se hace camino al andar.»

Ortega distinguió dos castas de hombres; ellos son: los meditadores, que viven en la dimensión de la profundidad, y los sensuales, para quienes el mundo es una reverberante superficie. Estos últimos tienen como órgano la retina, el paladar, etc.; aquéllos, por el contrario, viven en la dimensión de profundidad. A partir de esta disquisición, el filósofo español definió que: «el concepto es el órgano normal de la profundidad.»[261] De modo que las cosas trabadas en una relación forman una estructura en la cual: «El "sentido" de una cosa es la forma suprema de su coexistencia con las demás, es su dimensión de profundidad.»[262], de ahí que, el contenido del concepto es lo que existe entre las cosas. No obstante, el concepto no puede ser como una nueva cosa sutil destinada a suplantar las cosas materiales.

Así resulta que para Ortega: «La misión del concepto no estriba, pues, en desalojar la intuición, la impresión real. La razón no puede, no tiene que aspirar a sustituir la vida.»[263] Concepto, cosa y esquema guardan una relación, están

---

[259] LASAGA MEDINA, José, *Figuras de la vida buena* (Ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset), Madrid, Enigma Editores–Fundación José Ortega y Gasset, 2006, pp. 152–153.

[260] CEREZO GALÁN, Pedro, "Meditaciones del Quijote o el estilo del héroe", en: MOLINUEVO, J. L. (coordinador), *Ortega y la Argentina*, VV.AA., Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 44.

[261] ORTEGA Y GASSET, José. *Meditaciones del* Quijote, "Meditación preliminar", *Obras Completas*, tomo I, p. 973.

[262] Ibidem, p. 975.

[263] Ibidem, p. 977. En otro texto Ortega dice: «Hace ya veinticuatro siglos que uno de los más grandes racionalistas, Platón, se preguntaba qué es lo que llamamos «razón» -λόγος-, y su respuesta es, en lo esencial, todavía válida. Razón no es simple conocimiento.»

«La idea racional es la idea "distinta", frente a la "confusa". Distinta es la idea que podemos anatomizar en todos sus componentes internos, y por tanto penetramos por completo. Al distender los poros de la idea compleja penetra *entre ellos* nuestro intelecto y la hace transparente. Esa transparencia cristalina es el síntoma de lo racional. Pero los poros se hallan entre los elementos o átomos de la idea: *sobre ellos* rebota nuestra intelección y, exentos de intersticios, no los puede a su vez penetrar. Leibniz no tiene otro remedio que aceptar lo que más dolor podía ocasionarle: que la definición o razón descansa a la postre en simple intuición,

interrelacionados entre sí, pues por su contenido esquemático, agrega Ortega a continuación: «De la cosa retiene el concepto meramente el esquema.»[264] En consecuencia, más adelante Ortega arribó a la siguiente definición: «cada concepto es literalmente un órgano con que captamos las cosas. Sólo la visión mediante el concepto es una visión completa; la sensación nos da únicamente la materia difusa y plasmable de cada objeto; nos da la impresión de las cosas, no las cosas.»[265]

Un concepto capital de la filosofía orteguiana es el de circunstancia, muy utilizado en el mundo de habla española para entender la realidad, aún desde el punto de vista no filosófico. Según Julián Marías «el término "circunstancia" no tiene una significación primariamente biológica, sino humana, y ante todo histórica o política.»[266] La teoría de la circunstancia aparece en Ortega en las *Meditaciones del Quijote.* Uno de los cambios más profundos que se advierte en el siglo XX respecto del anterior es el de la mutación de "nuestra sensibilidad para las circunstancias". Este cambio conduce al filósofo a desarrollar una teoría de la perspectiva y de la cultura, pues, había que buscar en la inmensa perspectiva del mundo el lugar acertado para cada circunstancia, en lo que ella tiene de limitación y peculiaridad. Pero nos preguntamos ¿Qué son las *circunstancias*? Las circunstancias son todo lo que nos rodea; todo lo que no soy yo se me presenta como circunstancia, y lo que el hombre tiene que hacer frente a ella es *hacerse cargo.*

Sobre su origen y conformación como concepto Marías afirma que: «la idea de circunstancia en Ortega no viene de la biología, ni por tanto de Uexküll; anterior a su posible influencia, así como a la de Husserl, es irreductible a ambas; el contexto vital e intelectual en que aparece muestra su procedencia de otras zonas. El influjo de Uexküll, al que Ortega tan enérgicamente se refiere, no es "fuente" de la idea de circunstancia, sino un estímulo lateral que confirma la intuición originaria y completa su desarrollo conceptual

---

que la actividad disectríz y analítica termina en quietud intuitiva.» Véase: "Ni vitalismo ni racionalismo", *Obras Completas*, tomo III, pp. 875 y 876–877. Las cursivas son de Ortega.

[264] Idem.

[265] Ibidem, p. 978.

[266] MARÍAS, Julián, *Ortega: Circunstancia y vocación II*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1973, p. 148.

posterior.»[267] Al visitar Argentina y residir en ella, el país fue su contorno circunstancial.

Al analizar la relación de Ortega y su obra con la Argentina, Molinuevo propuso abordarla desde una perspectiva itinerante y dijo que: «la Argentina es en Ortega la posibilidad vital del encuentro y la dificultad existencial del desencuentro. En ambos casos la Argentina es para él sinónimo de lo que constituye la esencia de la existencia: ser promesa, futuro. Resta siempre saber si eso puede convertirse en realidad.»[268] La circunstancia cumple el rol del dintorno que define una existencia, ya sea para ampliarla o recortarla. Ahora bien, para Ortega «la realidad es un simple y pavoroso "estar ahí" Presencia, yacimiento, inercia. Materialidad.»[269] Ese «estar ahí» de la realidad, esa presencia inerte puede ser reformada en caso de existir una voluntad que lo intente.

El caso se da cuando existen hombres descontentos con ella y cuentan con esa decisión íntima de reforma de que las cosas tomen un curso distinto, negándose a repetir gestos, costumbres y tradiciones; en síntesis, oponiéndose al determinismo de los instintos biológicos.

Sobre esta actitud del hombre Ortega expresó: «Estos hombres llamamos héroes. Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. Si nos resistimos a que la herencia, a que lo circunstante nos impongan unas acciones determinadas, es que buscamos asentar en nosotros, y sólo en nosotros, el origen de nuestros actos.»[270] A partir de esta resistencia del hombre se produce un giro copernicano de su actitud, pues pudiendo intervenirse la realidad de modo sustancial, cuando el héroe quiere no son los antepasados en él o los usos del presente los determinantes, sino él mismo. Y este querer ser él mismo que manifiesta el hombre constituye la base de su heroicidad. En esta originalidad práctica y activa del héroe expresada por una clara disposición de su espíritu reside un valor; es el valor de resistir a la propia inercia para crear de ese modo una nueva perspectiva vital acorde a su esencialidad. Por esa razón, Ortega afirmó respecto del hombre, que: «Su vida

[267] Ibidem, pp. 159 y 160.
[268] MOLINUEVO, José Luis, "Ortega y Argentina: La modernidad alternativa", ibidem, p. 95.
[269] ORTEGA Y GASSET, José*, Meditaciones del* Quijote, "Meditación primera", *Obras Completas*, tomo I, ibídem, p. 1014.
[270] Ibidem, p. 1016.

es una perpetua resistencia a lo habitual y consueto. Cada movimiento que hace ha necesitado primero vencer a la costumbre e inventar una nueva manera de gesto.»[271]

Además, Ortega también asignó gran importancia a las variaciones del horizonte histórico, al que interpretó como: «esta línea lejana, y en apariencia, inerte, que circunscribe la existencia del hombre, es uno de los máximos agentes del proceso histórico. Por eso conviene formarse de él una idea más exacta, y en vez de interpretarlo como algo exánime y externo a la vida, ver en él un órgano vivo que colabora activamente en los destinos del hombre.»[272]

Más adelante, considerando la dimensión temporal, Ortega se detuvo en el análisis comparado del horizonte argentino y especificó que tanto en Estados Unidos como en Argentina el horizonte vital ofrece ciertas peculiaridades que hasta ahora no se habían dado en la historia. El tiempo interpretado como dimensión de profundidad permite interpretar los hechos en perspectiva, y en ésta los hechos adquieren una nueva forma de ser percibidos.[273]

En el siglo XIX se abrió el sentido histórico como un nuevo órgano perceptor humano que permitió percibir y comprender la dimensión de profundidad. Hasta entonces, la comprensión de los pueblos era «plana», por ser interpretados de acuerdo al modo de ser humano del presente. En cambio, el sentido histórico incorporó la distancia cualitativa y así logró percibir la distancia psicológica que existe entre hombres del pasado y hombres actuales.

De manera que para conocer la fauna personal de nuestro tiempo, según Ortega, no necesitamos trasponer nuestro horizonte vital, sin embargo: «el historiador necesita justamente elevarse sobre lo que constituye el armazón mismo de su existencia, necesita trasponer el horizonte de su propia vida, desvalorar las convicciones y tendencias más radicales de su espíritu.»[274]

Nuestra vida es en todo instante y antes que nada conciencia de lo que nos es posible, en consecuencia, al vivir nos encontramos en un ambiente de posibilidades determinadas. A este ámbito suele llamarse «las circunstancias», y toda vida es hallarse dentro de una «circunstancia» o mundo. Ortega definió

[271] Idem.
[272] ORTEGA Y GASSET, José. *Las Atlántidas*, “El horizonte histórico”, *Obras Completas*, tomo III, p. 915.
[273] Ibidem, p. 920.
[274] Ibidem, “El sentido histórico”, p. 936.

que: «Mundo es el repertorio de nuestras posibilidades vitales. No es, pues, algo aparte y ajeno a nuestra vida, sino que es su auténtica periferia. Representa lo que podemos ser; por tanto, nuestra potencialidad vital.»[275] Al ser potencialidad, en él llegamos a ser sólo una parte mínima de lo que podemos ser; esto es porque: «El mundo o nuestra vida posible es siempre más que nuestro destino o vida efectiva»[276], en particular porque ha crecido la vida del hombre en la dimensión de potencialidad.

Sin embargo, inmerso en su propia abundancia, con más medios y más técnicas que nunca, resulta que el mundo actual es más desdichado y va puramente a la deriva. La vida es, ante todo, lo que podemos ser, vida posible. Por ese motivo, tenemos que decidir entre las posibilidades lo que en efecto vamos a ser. De ahí la definición de Ortega: «Circunstancia y decisión son los dos elementos radicales de que se compone la vida. La circunstancia, las posibilidades, es lo que de nuestra vida nos es dado e impuesto. Ello constituye lo que llamamos el mundo. La vida no elige su mundo, sino que vivir es encontrarse, desde luego, en un mundo determinado e incanjeable; en este de ahora.»[277] La fatalidad impone varias trayectorias y fuerza a elegir, a ejercitar la libertad sin descanso, aún en casos extremos.

En función de esta libertad «forzada» Ortega planteó con énfasis que: «Es, pues, falso decir que en la vida "deciden las circunstancias". Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter.»[278] Para asegurarnos la vida, antes que otra cosa interpretamos la circunstancia y definimos el horizonte dentro del cual tenemos que vivir, o mundo que nos fabricamos con

[275] ORTEGA Y GASSET, José. *La rebelión de las masas*. "El crecimiento de la vida", *Obras Completas*, tomo IV, p. 483.
[276] Idem. Ortega comparó al hombre Newton con el hombre Einstein y señaló la mayor exactitud y libertad de espíritu y el crecimiento de las potencias subjetivas. Subrayó que no se refiere a la cuestión de que la física de Einstein sea más exacta que la de Newton. La libertad de espíritu, es decir, la potencia del intelecto -dice Ortega- se mide por su capacidad de disociar ideas tradicionalmente inseparables. Disociar ideas cuesta mucho más que asociarlas, como ha demostrado Köhler en sus investigaciones sobre la inteligencia de los chimpancés, y después agregó que nunca ha tenido el entendimiento humano más capacidad de disociación que ahora. Véase: ibidem, pp. 484–485.
[277] Ibidem, p. 488.
[278] Ibidem, p. 489.

nuestras convicciones; en palabras de Ortega: «creyendo que el mundo es de este o del otro modo, para en vista de ello dirigir nuestra vida, vivir.»[279]

Este mundo es el instrumento por excelencia que el hombre produce, y el producirlo es una y misma cosa con su vida, con su ser. Por esa razón, para Ortega el hombre es un fabricante nato de universos; por eso hay historia, por qué hay variación continua de las vidas humanas.

Poco después formuló la idea y estableció: «dos principios fundamentales para la construcción de la historia:

1.° El hombre constantemente hace mundo, forja horizonte.

2.° Todo cambio del mundo, del horizonte, trae consigo un cambio en la estructura del drama vital.»[280] En resumen, según Ortega el tema de la historia queda formalmente precisado como el estudio de las formas; o bien, como el análisis de las estructuras que ha tenido la vida humana desde sus comienzos. Al estar la vida sumergida en una determinada circunstancia de vida colectiva, la mayor porción de mundo y de creencias provienen de ese repertorio colectivo. Esa vida es dada vacía y el hombre tiene que írsela llenando, ocupándola; de ahí lo extravagante, dramático y paradójico de su condición: «es el hombre la única realidad, la cual no consiste simplemente en ser sino que tiene que elegir su propio ser.»[281]

A fin de describir rigorosamente la anatomía del mundo Ortega estableció un sistema de *leyes estructurales* para definir no las cosas que hay en él, sino su propia estructura.

La primera ley sobre la estructura de nuestro contorno, circunstancia o mundo es que: «el mundo vital se compone de unas pocas cosas en el momento presente e innumerables cosas en el momento latentes, ocultas, que no están a la vista pero sabemos o creemos saber, para el caso es igual, que podríamos verlas, que podríamos tenerlas en presencia.»[282]

La segunda ley viene a decirnos: «el mundo en que tenemos que vivir posee siempre dos términos y órganos: la cosa o cosas que vemos con atención y un fondo sobre el cual aquéllas se destacan. […] Ese fondo, ese segundo término,

[279] ORTEGA Y GASSET, José, *En torno a Galileo*, "Lección III. Idea de la generación", *Obras Completas*, tomo VI, p. 455.
[280] Ibidem, p. 457.
[281] ORTEGA Y GASSET, José. *El hombre y la gente*, "II. La vida personal", *Obras Completas*, tomo X, p. 203.
[282] Ibidem, p. 223.

ese ámbito es lo que llamamos horizonte.»[283] El horizonte es también algo que vemos, que *nos es ahí*, patente, pero nos es y lo vemos casi siempre en forma de desatención.[284]

A continuación Ortega traza una suerte de línea divisoria entre la porción patente del mundo y su parte latente, estableciendo una diferenciación esclarecedora: «*Más allá* del horizonte está lo que del mundo no nos es *presente* en el ahora, lo que de él nos es *latente.*»[285] Luego el filósofo español esbozó la visión de conjunto del mundo con su estructura y definió que: «tenemos tres planos o términos en él: en primer término la *cosa* que nos ocupa, en segundo el *horizonte* a la vista, dentro del cual aparece, y en tercer término el *más allá latente ahora.*»[286]

Finalmente aparece la dimensión de profundidad espacial que conforma la tercera ley estructural del mundo del hombre; ésta es: «al tener el mundo, con todas las cosas dentro, que *serme* desde "*aquí*", se convierte automáticamente en una perspectiva –es decir, que sus cosas están cerca o lejos de *aquí*, a la derecha o a la izquierda de *aquí*, arriba o abajo de *aquí.*»[287] Esta tercera ley estructural dice que el mundo es una perspectiva.[288]

Estas leyes estructurales son importantes si queremos entender una época, pues para hacerlo tenemos que intentar ponernos en su perspectiva; de otro modo esa época resulta ajena, siendo, en definitiva, incomprensible**.**

---

[283] Ibidem, pp. 223–224.

[284] Según Ortega: «El horizonte es una línea biológica, un órgano viviente de nuestro ser; mientras gozamos de plenitud, el horizonte emigra, se dilata, ondula elástico casi al compás de nuestra respiración. En cambio, cuando el horizonte se fija es que se ha anquilosado y que nosotros ingresamos en la vejez.» Véase ORTEGA Y GASSET, José, *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela*, "Invitación a comprender", *Obras Completas*, tomo III, p. 1054.

[285] Idem. Las cursivas son de Ortega.

[286] Idem. Las cursivas corresponden a Ortega.

[287] Ibidem, p. 231. Las cursivas son de Ortega,

[288] Ortega desarrolla ampliamente el tema perspectiva, como se verá más adelante. En perspectiva la distancia espacial entre objetos es fundamental para la interpretación de un hecho. A modo de ejemplo, Ortega dice: «quien quiera ver una catedral no la puede ver a la distancia de un ladrillo. Nos lo exige el respeto de la distancia. Cada cosa nos impone una determinada distancia si queremos obtener de ella una visión óptima. No hacer esto, no reconocer esta condición es gana de engañarse.» Véase: ORTEGA Y GASSET, José. *Sobre una nueva interpretación de la historia universal. Exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee: A study of history*, "Lección III", *Obras Completas,* tomo IX, p. 1489.

## 2. El mundo: una articulación de circunstancia y perspectiva. El individuo como centro

Martín Heidegger definió: «vivir es encontrarse en el mundo…». Sobre la base de esta afirmación luego de analizar componentes y características del Mundo José Luis Molinuevo expresó que: «Mundo es *sensu stricto* lo que nos afecta. […] Todo vivir es ocuparse con lo otro que no es uno mismo, todo vivir es convivir con un contorno.»[289] El mundo es el ámbito en que tengo que vivir, el escenario de mi vida. Una unidad cerrada de la cual soy el centro.

En 1930 Ortega escribió el texto titulado *Revés de almanaque* en el cual expuso la siguiente definición: «Mundo es la arquitectura del contorno, la unidad de lo que nos rodea, el programa último de lo que es posible e imposible en la vida, debido y prohibido.»[290] Poco antes, en el mismo texto, el filósofo español advirtió como cuestión central que el hombre vea ante sí y con evidencia decisiva la arquitectura de su mundo. La vida del hombre cambia porque cambia el mundo, con lo que el tema de la Historia queda así referido como el estudio de las formas o estructuras que ha tenido la vida humana en su evolución.

En consecuencia, como señaló Ortega en *Prólogo. A una edición de sus obras*, en la perspectiva básica de la vida: «El mundo es, por lo pronto, un horizonte cuyo centro es el individuo. Ésta es su perspectiva básica de la vida.»[291] Existe una reciprocidad entre el hombre y el Mundo, aunque de distintos modos uno a otro se encuentran recíprocamente consignados. Resumiendo, para Ortega la vida de un hombre es una ecuación precisa entre su vocación y el mundo que lo rodea.

Ahora bien, por su parte Julián Marías señaló un aspecto temporal de relieve de ese ámbito: «la inserción del hombre en el mundo, lejos de ser "indiferente", se ejecuta en un determinado *nivel histórico.*»[292] El hombre

---

[289] MOLINUEVO, José Luis (editor), *José Ortega y Gasset. Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, ibidem, pp. 188–189. El autor cita a: Martín HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, 1927.
[290] ORTEGA Y GASSET, José. El *Espectador VIII*, "Revés de almanaque", *Obras completas*, tomo II, p. 988.
[291] ORTEGA Y GASSET, José. "Prólogo, A una edición de sus obras", *Obras Completas*, tomo V, p. 364.
[292] MARÍAS, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1967, p. 95. Las cursivas corresponden a Julián MARÍAS.

construye el mundo en que debe vivir, construyéndose a su vez a sí mismo con los materiales que encuentra en su interior. El hombre concreto, al vivir, ejerce un proceso de humanización de la circunstancia; al incorporar las cosas a sus proyectos impone a lo real su proyecto personal.

Así, desde que nace el hombre es un fabricante de universos. Este aspecto de la realidad le permitió a Marías afirmar la siguiente advertencia: «he aquí señores, por qué hay historia, por qué hay variación continua de las vidas humanas.»[293] Esta variación de la vida humana consiste en proyectos vitales que los hombres arrojan al mundo forzando innovación y afectando la estructura del mundo. La circunstancia de la vida humana es siempre la propia, la de cada uno, y sobre esta particularidad Marías agregó que: «las circunstancias son *comunicables.*»[294]

La fórmula *Yo soy yo y mi circunstancia,* aparecida en *Meditaciones del Quijote* (1914) puede valer como mínima expresión del núcleo de la filosofía de Ortega. El hombre comunica con el universo, con las cosas mudas que están en su próximo derredor a través de las circunstancias, y adquiere su máxima capacidad cuando toma plena conciencia de ellas. La reabsorción de la circunstancia es su destino concreto.

Marías sintetizó lo anterior y dijo que: «la circunstancia no es sólo, por tanto, lo inmediato; es lo que *rodea* o circunda al hombre, incluso más allá de su alcance; pero no sólo lo físico; también las realidades de otro orden, lo histórico, lo espiritual.»[295] Ortega inició un primer ensayo de comprensión de la realidad desde este punto de vista al principio de la «Meditación Preliminar», donde analizó lo que es un bosque.

Tras el planteo orteguiano según el cual las casas no dejan ver la ciudad y los árboles no dejan ver el bosque, Marías se interrogó ¿qué se oculta tras esa ingeniosidad, tras esta broma? A continuación respondió: «una aguda intuición

---

[293] Idem. Para MARÍAS «la vida humana no es una línea, sino más bien una arborescencia, una pluralidad de caminos que se inician, se siguen o no, se interrumpen, se frustran, se abandonan.» Véase: MARÍAS, Julián, *Cervantes clave española*, Madrid, Ed. Alianza, 1990, p. 17.

[294] MARÍAS, Julián, *Cervantes clave española*, ibidem, p. 169. El autor ejemplifica la comunicabilidad de las circunstancias en su análisis de Don Quijote diciendo a propósito de la relación entre sus personajes: «Y por esa razón Sancho conoce a su señor, sabe quién es, los demás no lo saben.» La cursiva corresponde a MARÍAS.

[295] MARÍAS, Julián, *La Escuela de Madrid*, Madrid, Emecé Editores–Biblioteca de la Revista de Occidente, 1959, p. 186. La cursiva corresponde a MARÍAS.

de que hay dos formas de realidad, profundidad y superficie, contrapuestas y cuya aprensión difiere totalmente.»[296]

La metáfora del bosque como naturaleza invisible, oculta y distante como posibilidad latente ante nosotros comprende la descripción o explicación de lo que es un bosque, y en él entro necesariamente yo: sin mí no hay bosque. De modo que «el bosque es totalmente *otro* que yo; es algo que yo encuentro; es tan *distinto* como *inseparable* de mí.»[297], por lo tanto: «el bosque rigurosamente "invisible" y latente, que no se presenta como "cosa" aparte y por sí, es un claro ejemplo de realidad que se presenta formalmente como *circunstancia.*»[298]

En la naturaleza fugitiva del bosque más allá de los caracteres superficiales del mundo patente hay, según observó Ortega, «un trasmundo constituido por estructuras de impresiones, que si es latente con relación a aquél, no es por ello, menos real. Necesitamos, es cierto, para que este mundo superior exista ante nosotros, abrir algo más que los ojos»[299], dado que el mundo profundo está dotado de tanta claridad como el superficial, por lo que sólo que exige mayor esfuerzo de nosotros.

Acerca de estas dos formas de realidad y de su relación, Marías en otro de sus textos sobre el tema ha dicho que: «lo patente –una breve isla de presente manifiesto– está rodeado de un océano de latencia: lo que está más allá, lo recóndito, lo olvidado, lo futuro, lo posible.»[300] Esto es, la noción de un mundo sensible frente a otra noción de un mundo inteligible. Pero el *mismo* mundo es ambas cosas. De ahí, la conexión inexorable entre el ver y el entender. Hay sobre el pasivo ver un ver activo, que interpreta viendo y ve interpretando; un ver que consiste en mirar.

Surge entonces la pregunta decisiva: ¿qué es el «mundo»?, a la que Marías respondió: «con cosas solas *no hay mundo.* Hago falta yo para que pueda hablarse de mundo y mundanidad. […] El mundo es siempre *mi* mundo, el mundo *de alguien.* Y entonces resulta que, por mucho que se distinga entre mundo sensible y mundo inteligible o mundo exterior y mundo interior, en cuanto mundo los dos son uno: *el mío.* Yo soy el que unifica y "mundifica" a la

[296] Ibidem, p. 187.
[297] Idem. Las cursivas corresponden a MARÍAS.
[298] Ibidem. p. 189. La cursiva es del autor.
[299] ORTEGA Y GASSET, José. *Meditaciones del Quijote*, "3. Arroyos y oropéndolas", *Obras Completas*, tomo I, p. 958.
[300] MARÍAS, Julián, *Antropología filosófica*, ibidem, p. 13.

vez los dos mundos.»[301] Más adelante nuestro autor agregó: «mi vida comprende, *conmigo*, las cosas que me rodean, mi circunstancia o mundo, incluido su horizonte, el trasmundo latente, sus últimos planos o ultimidades.»[302] La *circunstancialidad* es esencial a la vida humana y en ella cada uno de nosotros tiene su propia circunstancia intransferible y única, con sus propias facilidades y dificultades convirtiéndose en un sistema de posibilidades e imposibilidades para los proyectos de cada uno.

En este esquema de interpretación, que requiere aprender la acomodación ocular para ir situando los objetos en perspectiva, Ortega intentó iniciar al argentino en un plano del mundo que se hace cóncavo y adquiere, por esa condición, mayor profundidad.

En otro texto sobre el tema Marías expresó que «el perspectivismo de Ortega no viene de la subjetividad sino de la medida en que esta queda condicionada por la estructura de lo real, que naturalmente envuelve al sujeto».[303] Entonces, dado que la verdad no progresa rectilínea sino que avanza con ruta sinuosa, sorteando obstáculos, el objetivo será alcanzar el fin maduro de considerar la verdad en su perspectiva histórica, superando de ese modo su momentánea y transitoria actualidad.

De ahí que, en el marco del problema argentino tratado, la *ilusión de profundidad* significó un aporte, una orientación hacia la ubicación del punto de vista como ordenador de la percepción del mundo. Para alcanzar esta percepción debieran considerarse los términos correspondientes, ya que en toda perspectiva cuando se introduce un nuevo término, éste afecta la jerarquía de los demás.

En este sentido Ortega esgrimió una nueva definición: «la perspectiva es uno de los componentes de la realidad. Lejos de ser su deformación, es su organización.»[304] Entonces, al vivir en función de su contorno en recíproca y continua interacción, quiere decir, según Ortega, que: «conforme evoluciona el ser vivo, se modifica también su contorno y, sobre todo, varía la perspectiva de

[301] Ibidem, pp. 21–22. Las cursivas corresponden a MARÍAS.
[302] Ibidem, p. 65. La cursiva es de MARÍAS.
[303] MARÍAS, Julián, *Ortega: Circunstancia y vocación II*, ibidem, pp. 176–177.
[304] ORTEGA Y GASSET, José. *El tema de nuestro tiempo*, X. “La doctrina del punto de vista”, *Obras Completas*, tomo III, p. 747.

las cosas en él.»[305] Sobre la base de interpretación precedente se advierte una manera cervantina de acercarse a las cosas; ésta consiste en tomar a cada individuo con su paisaje, con lo que él ve, no con lo que nosotros vemos.

Pedro Cerezo Galán ha analizado este aspecto de la filosofía orteguiana y en su investigación ha descubierto lo siguiente: «Ortega no tiene reparo alguno en convertir a Cervantes nada menos que en el antecedente más inmediato de su tesis del "yo soy yo y mi circunstancia".»[306] Esta fórmula expuso el punto de vista exclusivo de cada vida sobre el universo revelando de ese modo reveló la clave: «cada yo con su paisaje; cada paisaje con su yo; la circunstancia es el paisaje inmediato de la vida humana individual.»[307]

Por otra parte, de su encuentro con el místico español Rubín de Cendoya Ortega rescató la importancia que éste adjudicó al paisaje desde el punto de vista pedagógico educativo. Enfatizando sus virtudes, Rubín reconoció la influencia de la naturaleza en la formación del hombre al expresar: «dime el paisaje en que vives y te diré quien eres.»[308] El paisaje da lugar a la búsqueda de una posición jerarquizada desde la cual observar con mayor amplitud el contorno, de alcanzar una posición superlativa de contemplación en derredor.

Buscando claridad sobre este aspecto, años después Ortega amplió su observación: «cuando buscamos en el paisaje un altozano, no queremos sino ver mejor el valle. Buscar ante la variedad confusa que tenemos delante una unidad superior no tiene otro sentimiento que agenciarnos un instrumento de precisión, con el cual ver clara la diversidad misma de las cosas.»[309] He ahí la búsqueda concreta de un punto de vista para luego crearnos un panorama de la realidad. Un panorama entre los infinitos posibles, dado que, dónde se halla mi pupila no puede estar otra y lo que de la realidad ve mi pupila es inaccesible para las demás. De ese modo, somos insustituibles, necesarios para componer

[305] Ibidem, IX. "Nuevos síntomas", p. 739.
[306] CEREZO GALÁN, Pedro. "Cervantes y *El Quijote* en la aurora de la razón vital", en: J. LASAGA, M. MÁRQUEZ, J. M. NAVARRO y J. SAN MARTÍN (eds.), *Ortega en pasado y en futuro. Medio siglo después*, VV.AA., Madrid, Ed. Biblioteca Nueva–Fundación José Ortega y Gasset, 2007, p. 35.
[307] Ibidem, p. 36. El autor señala que esta idea del perspectivismo pudo venirle a Ortega de Nietzsche o de la mónada leibniziana, pero curiosamente la primera vez que la expone lo hace en un contexto abiertamente cervantino.
[308] ORTEGA Y GASSET, José. "Moralejas. III La pedagogía del paisaje", *El Imparcial*. 17 septiembre 1906, *Obras Completas*, tomo I, p. 139.
[309] ORTEGA Y GASSET, José. "Observaciones", *El Imparcial*, 25 marzo 1911, *Obras Completas*, tomo I, pp. 509–510.

la totalidad del paisaje. En definitiva, de acuerdo a lo que señaló Ortega en *El tema de nuestro tiempo*, hay que considerar que: «la elección de un punto de vista es el acto inicial de la cultura.»[310]

En *Don Quijote de La Mancha* Cervantes, estudiado, admirado y emulado por Ortega, alude a la exclusividad del punto de vista de los personajes, tal como puede observarse en el desarrollo de sus diálogos.[311] De manera tal que, para evitar que una perspectiva se convierta en dogma es preciso que sea consciente de su limitación y, por tanto, de su apertura hacia la consideración de otras perspectivas posibles. Sobre estas consideraciones Pedro Cerezo Galán reveló un dato significativo: «el estilo de Ortega aparecía así oblicuamente como fruto de la apropiación hermenéutica del propio estilo de Cervantes.»[312]

Por su parte, avanzando más allá del método hermenéutico, José Luis Molinuevo con singular atención detectó otro esfuerzo de Cervantes; éste es la «fidelidad a las cosas». Esta fidelidad a las cosas, dice el autor, «que es también la fidelidad a los ideales, pero no a los sacados de la cabeza o de la idea, sino de las cosas mismas, en suma, fidelidad al ideal de cada cosa.»[313] El autor se refiere, en concreto, a la incitación «¡Argentinos a las cosas!», a la que Ortega apeló para sacudir conciencias aletargadas procurando higienizar sus ideales.

Ortega creyó profundamente que uno de los cambios más hondos del siglo XX con respecto al XIX consistía en la mutación de la sensibilidad para las circunstancias. Había que buscar en la propia circunstancia, tal y como ella es,

---

[310] ORTEGA Y GASSET, José. *El tema de nuestro tiempo*, "VII. Las valoraciones de la vida", *Obras Completas*, tomo III, p. 723.

[311] A modo de ejemplo citamos el siguiente:

«-Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra merced (1. 'que aclare bien las condiciones en que sirvo a vuestra merced'), y que hablen cartas y callen barbas ('que se concrete el trato por escrito y no se haga sólo de palabra'), porque quien destaja no baraja ('quien corta la baraja *(destaja)* no puede al mismo tiempo barajar', es decir, '*no puede ver uno las cosas desde dos perspectivas a la vez*'), pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco ('la mujer rara vez da un consejo'), y el que no le toma es loco.

-Y yo lo digo también, respondió don Quijote. Decid, Sancho amigo, pasad adelante, que habláis hoy de perlas.» Véase en: CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de La Mancha*, San Pablo, Santillana Ediciones Generales, 2004, p. 596. Las cursivas me corresponden.

[312] CEREZO GALÁN, Pedro, "Meditaciones del Quijote o el estilo del héroe", en: MOLINUEVO, J. L. (coordinador), Ortega y la Argentina, VV.AA., ibidem, p. 29.

[313] MOLINUEVO, José Luis, "Ortega y Argentina: La modernidad alternativa. Un argentino imaginario", en: MOLINUEVO, J. L. (coordinador), *Ortega y la Argentina*, VV.AA., ibidem, p. 102.

el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo. El riesgo está en la superficialidad de las interpretaciones, en el desconocimiento de la profundidad.

Respecto de esto, en otro texto Ortega dijo que: «nuestra cultura superficial nos induce a proyectar todo el universo sobre un solo plano en vez de respetar delicadamente sus múltiples dimensiones que le proporcionan deleitable, ilimitada concavidad.»[314] Y no es indiferente donde coloquemos las cosas. La ley de perspectiva vital no es meramente subjetiva, sino que está fundada en la esencia misma de los objetos que habitan el círculo de nuestra existencia.

A fin de comprender la realidad social en términos de profundidad, en *España invertebrada* Ortega advirtió que: «no debiera olvidarse un momento que en la comprensión de la realidad social lo decisivo es la perspectiva, el valor que a cada elemento se atribuya dentro del conjunto.»[315] Es la perspectiva una ley y un orden, una estructura, una jerarquía que imponemos al mundo en torno, acomodando su contenido en una serie de planos, y como cada uno de los planos significa un grado y calidad peculiar de nuestra atención, de ahí entonces que: «el error está en suponer que puede nuestro albedrío decidir cuáles cosas han de ocupar el primer plano, cuales el segundo, y así sucesivamente.»[316] Este error que habitualmente cometemos en ordenamiento espacial o temporal de las cosas, al no respetar el orden y los límites concedidos, hace que ellas resulten maltratadas, deterioradas.

No obstante, no es posible ver sin mirar, lo cual consiste en fijar unos objetos en un rayo visual, desdeñando los demás. El atender a una cosa es, al mismo tiempo, desatender otras, *des-verlas*. La cuestión es decisiva, pues: «no se advierte hasta que punto es condición para que veamos unas cosas que nos ceguemos para otras.»[317]

En este peregrinar de la atención del hombre, su accionar recuerda el movimiento del reflector de un navío en la noche marina, proyectando en un instante su luz sobre un trozo de lo real, luego desplazándose hacia otros en su

[314] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador II*, "Confesiones de *El Espectador*", *Obras Completas*, tomo II, p. 350–351.
[315] ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*. *–Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, "Prólogo a la segunda edición", Obras *Completas*, tomo III, p. 531.
[316] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador VI* (1925), "*Incitaciones*, Apatía artística", *Obras Completas*, tomo II, p. 562.
[317] ORTEGA Y GASSET, José*. El Espectador VI* (1927)*,* "Dios a la vista", *Obras Completas*, tomo II, p. 734.

incesante e inquieto recorrido. Por lo tanto, esa peregrinación del atender que constituye la historia humana da lugar al sentido histórico, puesto que: «Cada época es un régimen atencional determinado, un sistema de preferencias y de proposiciones, de clarividencias y de cegueras.»[318] Más adelante, Ortega retomó el tema y expresó la siguiente síntesis: «una época es, ante todo, señores, un cierto pulso vital.»[319] En resumen, el mundo como ámbito y escenario en que se desenvuelve la vida, articulación de circunstancia y perspectiva, de espacios y tiempos, funciona como tal a partir de un centro que es el individuo.

## 3. Arquitectura y anatomía de la existencia humana: las creencias como cimiento

Al componerse de cosas que nos afectan, el gran cuerpo o ámbito que denominamos mundo resulta inseparable de nosotros. El mundo en el que vivimos se compone de cosas de diversas características y calidades que nos afectan de un modo u otro en el contorno de convivencia. En este escenario común al que pertenecemos cada hombre constituye el punto central; es el centro de su mundo.

En *El hombre y la gente* Ortega definió que: «el Mundo es la maraña de asuntos o importancias en que el Hombre está, quiera o no, enredado, y el Hombre es el ser que, quiera o no, se halla consignado a nadar en ese mar de asuntos y obligado sin remedio a que todo eso le importe.»[320] Por otra parte, en el texto *¿Qué es filosofía?* Ortega afirmó que: «el mundo exterior está en nosotros, en nuestro idear. El mundo es mi representación, como dirá toscamente el tosco Schopenhauer. La realidad es idealidad. En rigor y en pura verdad existe sólo el ideante, el pensante, el consciente: yo, yo mismo, *me ipsum.*»[321]

---

[318] Idem.
[319] Ibidem, “Para un museo romántico (conferencia)”, *Obras Completas*, tomo II, p. 764.
[320] ORTEGA Y GASSET, José. *El hombre y la gente [Curso de 1949–1950]*, “III. Estructura de *nuestro* mundo”, *Obras Completas*, tomo X, pp. 219–220.
[321] ORTEGA Y GASSET, José. *¿Qué es filosofía?*, “Lección VII”, *Obras Completas*, tomo VIII, p. 410.

Por su naturaleza el hombre es un fabricante de universos. El mundo es el instrumento esencial producido por el hombre, y lo producido constituye una misma cosa con su vida, está fusionado con su ser. De esa continua variación humana a través del tiempo surge la historia, en una forzosa e incesante innovación impulsada por los proyectos y acciones vitales con que los hombres condicionan la estructura del mundo. Respecto a *lo otro*, lo de fuera que nos condiciona que es el mundo necesitamos buscar una realidad. En este sentido, Julián Marías ha definido que: «a la soledad que somos le pertenecen todas las cosas del universo que componen nuestro contorno, circunstancia o mundo.»[322] Somos llevados en nuestro mundo, conducidos dentro de su unidad que es la sociedad tradicional, en cuyo seno viajamos encapsulados cruzando la vida.

Siempre en consonancia, este alumno y discípulo de Ortega en su *Antropología filosófica* expone que en nuestro mundo «lo patente, una breve isla de presente manifiesto, está rodeado de un océano de latencia: lo que está más allá, lo recóndito, lo olvidado, lo futuro, lo posible.»[323] El poder ir de lo patente a lo latente, descubrirlo y dar razón de ello da lugar a la filosofía.

Esto exige la existencia de un *ver* activo que interpreta, un ver que es mirar, que hemos mencionado antes y sobre el cual Marías dijo: «si no hubiera más que ver pasivo, *no habría mundo.* No hay mundo "exterior" sino porque hay mundo "interior"; éste es la condición para que haya *mundo* en general.»[324] A continuación anexó una nueva definición respecto de la unificación entre el hombre y su mundo: «por mucho que se distinga entre mundo sensible y mundo inteligible o mundo exterior y mundo interior, en cuanto mundo los dos son uno: *el mío.* Yo soy el que unifica y "mundifica" a la vez los dos mundos.»[325] Esta unificación o fusión entre ambos mundos se manifiesta en carácter proyectivo porque: «yo estoy en *este* mundo y en el *otro:* el que anticipo, proyecto, imagino, el que no está ahí, el de mañana; y éste, el de mis proyectos.»[326]

[322] MARÍAS, Julián, *La Escuela de Madrid,* ibidem, p. 283.
[323] MARÍAS, Julián, *Antropología metafísica*, ibidem, p. 13.
[324] Ibidem, p. 21. Las cursivas corresponden a MARÍAS.
[325] Ibidem, pp. 21-22. Las cursivas son de MARÍAS.
[326] Ibidem, p. 23. La cursiva pertenece a MARÍAS.

En definitiva, según Marías es posible afirmar que: «mi vida comprende, *conmigo*, las cosas que me rodean, mi circunstancia o mundo, incluido su horizonte, el trasmundo latente, sus últimos planos o ultimidades.»[327] Al ser esencial para la vida humana, la *circunstancialidad* incluye el *mundo* como tal, por lo tanto de ahí se infiere que cada uno de nosotros tiene su propia circunstancia, siendo ésta intransferible y única.

Verdaderas o falsas, las creencias constituyen el pilar de apoyo de las acciones humanas. En teoría la génesis de las creencias puede tener dos rutas de acceso posibles: desde el interior mismo de la psique humana hacia la periferia, en un proceso centrífugo de evolución que va engrosando el volumen del alma hasta alcanzar el alma del prójimo conformando así la espiritualidad social; o bien siguiendo el camino inverso, en un recorrido de conformación psicológica centrípeto.

Ortega rechazó la primera de ellas por considerarla errónea, y afirmó la existencia de la presión social sobre el individuo diciendo con énfasis que la verdad es, más bien, lo inverso: «Lo que primero se forma de cada alma es su periferia, la película que da a los demás, la persona o yo social. Se cree lo que creen los demás; se sienten emociones multitudinarias. Es el grupo humano quien, en rigor, piensa y siente en cada sujeto.»[328] De ahí resulta que lo importante para realizar definitivamente la vida es que el contorno hacia el cual se vive sea nítido, con sus puntos cardinales posibilitando orientación para vivir con autenticidad. Ese contorno es el Mundo, la arquitectura de ideas y creencias constitutivas del continente necesario para su vida. Por eso resulta que, para entender a un hombre y comprender su vida debemos intentar saber cuáles son sus ideas, conocerlas lo más completamente posible. Así, a mayor conocimiento de los pensamientos de un hombre, mayor y más clara será la noción que tengamos de su vida y de su mundo.

En una conferencia pronunciada en el aula magna del Colegio Nacional de Buenos Aires Ortega manifestó que sobre las creencias se mueven las ideas y opiniones generales de la existencia humana, por lo tanto: «En esa arquitectura el cimiento son las creencias no sólo religiosas, sino de todo orden. El hombre

[327] Ibidem, p. 65. La cursiva corresponde a MARÍAS.
[328] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador VII* (1934), “Egipcios, Falta de individualidad”, *Obras Completas*, tomo II, p. 981.

vive siempre desde ciertas creencias: desde ciertas creencias sobre lo que es el universo y él mismo; sobre ellas se mueven nuestras ideas y opiniones.»[329] Y al ser la vida un drama consistente en tener que luchar con esa arquitectura de usos, al cambiar el mundo de los usos colectivos por añadidura también cambia el argumento del vivir. Los usos se modifican con el paso del tiempo, y con ellos se modifica también el "libreto" de la vida. La figura de nuestra vida en lo fundamental depende de las creencias, ellas constituyen lo que nos es absolutamente incuestionable, a punto tal que las tomamos como la realidad.

Poco más adelante Ortega recordó que: «La arquitectura de nuestra vida tiene sus cimientos en el subsuelo; este subsuelo soterraño son las creencias»[330], de ello depende todo lo demás. Y completó la metáfora arquitectónica diciendo que: «Sobre su profundo estrato se levantan los edificios ya un poco artificiales de nuestras ideas y opiniones; incluso de las que tienen rango de verdades científicas.»[331]

Las ideas, meros pensamientos que tenemos, recibidos o producidos, no pueden ser más que interpretaciones de la realidad. Las «ideas» básicas o creencias no surgen en un determinado momento, no son ocurrencias; por el contrario, constituyen el continente de nuestra vida.

Los dos estratos de ideas juegan un papel muy diferente en la vida del hombre, pues entre ellos poseen una gran diferencia de rango y funcionalidad. Ortega especificó luego que: «hay, pues, ideas *con* que nos encontramos, por eso las llamo ocurrencias, e ideas *en* que nos encontramos, que parecen estar ahí ya antes de que nos ocupemos en pensar.»[332] Sin duda, las ideas son necesarias para vivir. Su carácter es transformador, pues logran desarraigar al hombre de una u otra creencia, convirtiéndose luego ellas mismas en nuevas creencias: «Las ideas, por tanto, las ocurrencias, los pensamientos de los individuos son aquello que las generaciones posteriores engranan en la capa de las creencias; se convierten en creencias y desaparecen como ideas.»[333]

Además, las «ideas de un hombre» pueden referir a cosas muy diferentes, por ejemplo aquellas que se le ocurren al prójimo y él adopta y repite; en este

[329] ORTEGA Y GASSET, José. *Juan Vives y su mundo*, *Obras Completas*, tomo IX, p. 574.
[330] Ibidem, p. 582.
[331] Idem.
[332] ibidem, p. 524. Las cursivas corresponden a Ortega.
[333] Idem.

caso se trata de ocurrencias que brotan de uno u otro modo, dentro de una vida preexistente a ella. Indiscutiblemente, la vida humana está montada sobre ellas.

Estas «ideas» básicas que no ocurren, que no son consecuencia del acto particular de pensar sino más bien son ideas que somos, son creencias radicalísimas que se confunden para nosotros con la realidad misma, son nuestro mundo y nuestro ser, por tanto pierden su carácter de ideas o pensamientos que podían muy bien no habérsenos ocurrido. De modo entonces que con las creencias propiamente no hacemos nada, sino que simplemente estamos en ellas.

En otro de sus textos Ortega amplió la noción anterior haciendo notar que el hombre, en cualquier espacio y tiempo que se halle, donde verdaderamente se halla es en alguna creencia, más exactamente, en un «repertorio de creencias.»[334] El hombre está convencido de que el mundo y él mismo son de una cierta manera, cree en ciertas posibilidades e imposibilidades; es decir, toma la creencia como siendo la realidad misma.

No obstante, Ortega aludió a una precisa advertencia aclaratoria: «No se confundan las creencias de un hombre con sus "ideas". Las ideas son pensamientos que, más o menos deliberadamente, se forjan sobre la realidad en que se encuentra y que sus efectivas creencias le constituyen.»[335], en tanto que las creencias son realidades en que el hombre está instalado. En efecto, en la creencia se está, y la ocurrencia se tiene; en síntesis la creencia es quien nos tiene y sostiene a nosotros. Existen ideas *con* que nos encontramos, llamadas ocurrencias, e ideas *en* que nos encontramos, que están ahí ya antes de que nos ocupemos en pensar. En resumen, creencias son todas aquellas cosas con que absolutamente contamos firmemente, mientras que de los huecos o vacíos de creencias surgen las ideas. Éstas son, pues, las «cosas» que construimos conscientemente, dado que no creemos en ellas; provienen de la rotura o debilidad de las creencias, de ahí su carácter ortopédico.

En su «Vives» Ortega volvió a tratar el tema de las ideas y creencias. En esta oportunidad aclaró no referirse exclusivamente a las creencias religiosas,

[334] ORTEGA Y GASSET, José. "Vistas sobre el hombre gótico", *Obras Completas*, tomo IX, p. 463.
[335] Ibidem, p. 464.

argumentó que se vive *desde* determinadas creencias «sin verlas», y luego planteó que: «Bajo el título general "ideas" se esconden dos cosas muy distintas.»[336] El filósofo español también desarrolló el argumento de las diferencias entre ambas del modo siguiente: «Hay las ideas que el hombre tiene, que piensa, que inventa, que se le ocurren: las ideas–ocurrencias. Y hay otras ideas que lejos de ocurrírsele a este hombre, a esta época, se las encuentra ahí; por tanto, fuera mejor decir que se encuentra en ellas, que no las ve como ideas suyas, sino al contrario, como siendo la realidad misma. Son ideas que no se le ocurren a uno, sino, al revés, ideas en que se cree: las ideas-creencias.»[337]

Las ocurrencias y las creencias, como se dijo, corresponden a dos estratos de jerarquía muy distinta en la arquitectura de nuestra vida. Ortega dejó en claro que, en esta arquitectura: «Las creencias son los cimientos que portan y sustentan todo lo demás. Cuanto hacemos y pensamos se mueve ya en el horizonte delimitado por el sistema de las creencias.»[338]

Poco más adelante, al avanzar en la profundización de su análisis especificó un aspecto social de la creencia; sobre ella expresó: «una creencia plenaria sólo es posible cuando nuestro contorno social participa de ella y tiene en su ámbito plena vigencia.»[339]

En una creencia no es posible entrar, pues el hombre se encuentra en ella desde siempre, inicia su vida inmersa en ella, ésta le antecede. Ortega pone de relieve aspectos de su génesis y evolución mediante la siguiente expresión: «Pero la creencia es algo, en efecto, mágico: se está en ella, y entonces es para nosotros la realidad misma. Un buen día nos despertamos y, no menos mágicamente, se ha volatilizado sin dejar rastro. Una idea superada, en cambio, deja indeleble huella en la nueva idea con que la sustituimos.»[340]

Como se ha visto, el concepto de creencia ha sido largamente elaborado por Ortega. Creencia y estructura de la vida están en íntima relación dado que el hombre no tiene otro remedio que estar haciendo algo para sostenerse en la existencia. Si bien la vida nos es dada, de pronto y sin saber cómo, Ortega

[336] ORTEGA Y GASSET, José, "Vives, II. Sobre la volatilización de una fe", *Obras Completas*, tomo V, p. 767–768.
[337] Idem.
[338] Idem.
[339] Ibidem, p. 770.
[340] Idem.

aclaró que: «Pero la vida que nos es dada no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérnosla nosotros, cada cual la suya. La vida es quehacer.»[341] Un quehacer que no nos es impuesto sin más, sino que tiene que decidir cada hombre, por su cuenta y riesgo lo que va a hacer. Pero esta decisión sólo es posible si el hombre posee previamente ciertas convicciones sobre las cosas que existen en su próximo derredor y lo que ellas son, como así también los otros hombres y él mismo. En rigor, las creencias constituyen el estado del hombre, su base de convicciones; de aquí que, según Ortega: «el hombre tenga que *estar* siempre en alguna creencia y que la estructura de su vida dependa primordialmente de las creencias en que *esté* y que los cambios más decisivos en la humanidad sean los cambios de creencias».[342]

En *Historia como sistema* Ortega se refirió al funcionamiento articulado de las creencias, que apoyándose unas en otras, integrándose y combinándose entre sí conforman un sistema. Vistas así, las creencias serían parte de un organismo, conformarían la estructura jerarquizada en el ámbito de una determinada arquitectura.

Por otra parte, toda vida humana tiene una estructura dotada de creencias básicas sobre las que se fundan otras de orden secundario, sustentadoras, a su vez, de otras creencias de menor jerarquía en la estructura general del sistema. Sin esta estructura, las creencias constituirían una pululación desordenada e indócil que imposibilitarían el conocimiento humano; entonces, la jerarquía permite acceder a su orden íntimo y secreto. No obstante, el filósofo remarcó que es un error definir la creencia como idea y luego aclaróque: «La creencia no es, sin más, la idea que se piensa, sino aquella en que además se cree. Y el creer no es ya una operación del mecanismo "intelectual", sino que es una función del viviente como tal, la función de orientar su conducta, su quehacer.»[343]

Además, como en cada momento de la vida del hombre se abren ante él diversas posibilidades de hacer una cosa u otra, la vida resulta un quehacer permanente. Así, el hombre debe determinar en su circunstancia lo que va a ser; de ahí que en *Historia como sistema* Ortega realizó la siguiente afirmación:

---

[341] ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio Romano*, "I Historia como sistema I", *Obras Completas*, tomo VI, p. 72.
[342] Ibidem, pp. 72–73. Las cursivas corresponden a Ortega.
[343] Idem.

«el hombre es el ente que se hace a sí mismo.»[344] Si bien en cada instante sus posibilidades son limitadas, tomando la sucesión de todos los instantes no se perciben fronteras a su capacidad de hacerse.

Esto significa que a partir de su base de creencias surge su capacidad transformadora, lo cual le permitió rescatar y señalar a Ortega un formidable aspecto humano: «El hombre es una entidad infinitamente plástica de la que se puede hacer lo que se quiera.»[345]

En su tarea pedagógica y de divulgación Ortega avanzó acerca del carácter propio de las creencias y profundizó sobre su lado social. Sobre este aspecto puso en duda, en sentido rigoroso del término, la existencia de la creencia en forma individual o de un grupo particular, y enfatizó, por el contrario, su carácter colectivo. Acerca de esta cuestión Ortega afirmó que: «No se cree normalmente por cuenta propia, sino junto con los demás: se cree en común. La creencia actúa como instalada en nuestro contorno social, en forma de "vigencia colectiva", lo cual significa que no necesita ser defendida y sustentada por ningún individuo o grupo determinado.»[346]

Finalmente, cuando llegó a Buenos Aires por última vez, en 1939, Ortega ya tenía elaborada su tesis fundamental de *Ideas y Creencias*, que por otra parte había publicado a través de artículos en el diario *La Nación*, divulgando de esa forma su teoría de que las creencias eran subsuelo incuestionable desde el cual actuaban como una pre-filosofía y disponían, además, de una existencia anterior al conocimiento.

[344] Ibidem, p. 94.
[345] Ibidem, p. 95.
[346] ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y d*el *Imperio romano*, "Concordia y creencia", *Obras Completas*, tomo VI, p. 123.

# SEGUNDA PARTE

# ORTEGA Y GASSET Y SUS MENSAJES A LOS ARGENTINOS. INFLUENCIAS Y REACCIONES

# I – CONCEPCIÓN POLÍTICA DE ORTEGA Y GASSET. SU IDEA SOBRE EL ESTADO Y SUS FUNCIONES

## 1. Política concebida como faena de gobernar: arte e idea clara de lo que el Estado debe hacer en una nación

A la luz del impacto de la guerra europea y ante la sospecha de la razón idealizante, Ortega inició el cuestionamiento sobre la supuesta armonía entre razón y realidad. Este cuestionamiento consistió en concebir la tarea de pensar como exclusiva búsqueda de la verdad, más allá de su utilidad práctica y de sus aplicaciones. Su postura entonces fue: «la filosofía si quiere serlo de verdad debe quedar desvinculada de la política.»[347]

Ortega se refirió a la política desde distintos ángulos y manifestó, como se verá a continuación, diversas definiciones. Desde el último medio siglo la política era entendida por Ortega como el imperio de la mentira, sometía sistemáticamente la teoría a la utilidad y había invadido por completo el espíritu del hombre.[348] En particular, preocupado por la situación que atravesaba su país, Ortega la escudriñó y reflexionó sobre ella. Al advertir la necesidad de educación política de la sociedad buscó y propuso soluciones, sin que ello le resultara fácilmente posible.

Sobre esta actitud reflexiva orteguiana, Lasaga Medina expresó que Ortega: «en 1915 reconoce el fracaso de su proyecto de regeneración de España basado en una filosofía enfocada como "pedagogía política".»[349] Ortega fue capaz de meditar, no obstante, traducir el producto de una meditación al campo

[347] En: SÁNCHEZ MUÑOZ, Rubén y GARCÍA PÉREZ, Sandra (Coordinadores*), Meditaciones sobre la filosofía de Ortega y Gasset*, véase: LASAGA MEDINA, José. "Meditaciones del Quijote en la génesis de la razón vital", VV. AA., Madrid, Editorial Torres Asociados, 2016, p. 82.

[348] En el artículo de *La Nación* de Buenos Aires titulado "No ser hombre de partido. I. ¿Quién es Usted?", editado el 15 de mayo de 1930 Ortega dice: «Todo acto perverso es un fenómeno de compensación que busca el ser incapaz de crear un acto espontáneo, auténtico, que brota de su Destino. El adagio popular dice que una mentira hace ciento. *La mentira es un ejemplo particular de acción en que el hombre abandona su verdadero ser*. Toda verdad del hablar supone la verdad del pensar. Pero no hay verdad en nuestro pensar si no hay una verdad anterior a uno, la verdad de ser, de ser el que auténticamente se es. Y *quién miente en su mismo ser sólo puede sostenerse en la existencia fingiendo un universo falso*». Véase: ORTEGA Y GASSET, José. *Obras Completas*, tomo IV, p. 382. Las cursivas me corresponden.

[349] Ibidem, pp. 81–82.

de las acciones concretas no es tarea sencilla. En este sentido, Alvaro Mellán Lafinur lo caracterizó como *filósofo ciudadano*, en el banquete ofrecido por la revista *Nosotros*, según consta en *La Nación* del 11 de agosto de 1916, y fue precisamente por patriotismo que Ortega se dedicó a la filosofía.

Por su lado, en este sentido, luego de analizar las conferencias de Ortega de 1916 y 1928 en Buenos Aires José Luis Molinuevo concluyó que: «para él la filosofía no es un fin, sino un medio para abordar el problema de España.»[350] Era menester conocer a fondo el problema para después abordarlo acertadamente.

No obstante, la problemática presentaba dificultades para ser focalizada correctamente. Enfocar bien el problema social español no era sencillo, pues debía considerarse que en el fondo cada pueblo y cada época histórica consisten en un sistema de preferencias. Y, en esencia, preferir consiste en optar entre dos o más alternativas posibles; es, en el estricto sentido aristotélico, una decisión de raíz básicamente política.

En el caso que nos ocupa, la pedagogía política fue para Ortega el camino para enfrentarse a la política vigente. Nacido en el seno de una familia acomodada de la burguesía madrileña, perteneció al mundo de la prensa y de la literatura.[351] El enfrentamiento orteguiano con el *status quo* de la política reinante en la época aquí abordada ha sido estudiado minuciosamente por Javier Zamora Bonilla, quien se ha ocupado de establecer, como puede advertirse, una primera diferenciación radical: «él hablaba de "Política" (con mayúscula), como le había dicho a Gabriel Maura en 1908, y los políticos hablaban de organización administrativa, de intereses de partido…».[352]

Al ocuparse de indagar la vida de Ortega, este profesor español menciona que hacia 1907 se produce un cambio significativo en su modo de expresión en el diario de su familia: «ya no será sólo crítico literario sino que se muestra como un intelectual que quiere influir con su pensamiento en el devenir de la circunstancia pública.»[353] Al año siguiente Ortega concretó una iniciativa: la

[350] MOLINUEVO, José Luis (editor), *Meditación de nuestro tiempo*, ibidem, p. 14.
[351] Véase: ZAMORA BONILLA, Javier, "Semblanza Histórica", en Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, p. 38.
[352] ZAMORA BONILLA, Javier. *Ortega y Gasset*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 2002, p. 126.
[353] ZAMORA BONILLA, Javier. "Semblanza Histórica", en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, p. 41.

revista *Faro* y posteriormente en 1910 la revista *Europa*, desde donde defendió un liberalismo socialista ético y también la idea europeizadora de la generación del 14. A continuación, dirigió la revista *España* en la que, según revela Zamora Bonilla: «en ella irá destilando su ideario político pedagógico.»[354]

A esta altura de su vida, ya convencido de que su principal vocación es la filosofía, Ortega arribó a conclusiones que le permitieron sopesar más fácilmente y distinguir en lo profuso y variado de su sus intereses intelectuales. Se convenció que la tarea intelectual en el campo político es un obstáculo para el desarrollo de su más profunda vocación y quiso evitar los perjuicios que la política de partido le acarrearía. En cuanto a la Argentina, a ésta la veía como un enfermo a diagnosticar y curar, y entendía, por otra parte, que la verdad científica no era reflejo de un cuantitativo sistema mayoritario propio de una democracia enferma.

Siguiendo las exploraciones de Zamora Bonilla se ve que Ortega continuó su quehacer político sobre temas variados como periodista editorialista anónimo. Es posible mencionar que entre 1917 y 1920: «sus editoriales y sus artículos políticos, entremezclados con sus artículos literarios y filosóficos, se convirtieron en referencia de *El Sol.*»[355] Entre otras de las propuestas con contenido político social hechas por el filósofo español pueden mencionarse la existencia de un impuesto progresivo a las rentas y a las herencias, fijar mejoras de condiciones laborales y seguros para los trabajadores, todas de neto corte social, pero formuladas sin dejar de lado su convicción liberal.

Nuestro autor realiza comentarios tajantes desde el ángulo político y menciona que: «los artículos de *El Sol* fueron un ataque constante a la vieja política. La postura de Ortega y del diario seguía siendo claramente rupturista de los esquemas políticos de la Restauración. Con los viejos políticos no cabían transacciones.»[356]

Esta actitud permite suponer un aspecto central que ahora planteamos y desarrollaremos luego en I.2 de esta Segunda parte: para Ortega, la efectiva realidad histórica consiste en la Nación y no en el Estado. Este último sólo es un mecanismo interno, una parte del todo que debe estar al servicio de aquélla,

[354] Ibidem, p. 42.
[355] Ibidem, p. 45.
[356] Idem.

aspecto importante que suelen desatender los políticos pequeños de corta visión.

El aspecto principal pasa ahora por el sentido, por la acepción que Ortega asignó a la palabra «política»; como podrá verse, un significado complejo, pero que, puesto en situación de definición él mismo ha preferido la siguiente: «política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación.»[357] Como se ha dicho, Ortega venía planteando esta concepción desde años anteriores con profunda convicción para el caso de España. Además, este quehacer implica, en todos los casos, un alto grado de compresión sobre el funcionamiento estatal respecto del hombre, sobre la mayor o menor restricción de sus libertades, tal como ha quedado expuesto en *Historia como sistema y Del Imperio romano*. Por su trascendencia, esta definición reviste, como podrá verse en el punto siguiente, una singular importancia.

Es sabido que la principal vocación de Ortega fue la filosofía, pero, sin lugar a dudas, por otra parte esta actividad se veía alimentada y potenciada debido a sus inquietudes políticas; según puede advertirse en la siguiente observación de Pedro Cerezo Galán: «lo político, en el más ancho y noble sentido de la palabra, fue decisivo en la motivación intelectual de Ortega.»[358] El instrumento para transformar la realidad social circundante es la política. En este sentido el mencionado autor afirma que: «necesitaba serlo él, en el sentido de la "política ideal" de la orientación, pues su vocación de pensador había surgido precisamente de la necesidad de afrontar íntegramente el problema de España.»[359] Pues, bien entendido el término político es para Ortega todo lo relacionado a la praxis, es decir, con las normas que reglan la buena gestión de los asuntos humanos. Lo antes dicho no significa el otorgamiento de un crédito abierto e incondicional a todo aquel que ejercite ese quehacer.

En *España invertebrada* Ortega reconoció que: «Los políticos actuales son fiel reflejo de los vicios étnicos de España»[360], a pesar de que, de todas

[357] ORTEGA Y GASSET, José, *Mirabeau o el político*, "VII", *Obras Completas*, tomo IV, p. 275.
[358] CEREZO GALAN Galán, Pedro, "Ortega y la regeneración del liberalismo. Tres navegaciones y un naufragio", en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, 2005, p. 626.
[359] Idem.
[360] ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, "Primera parte: Particularismo y acción directa, 8, Acción directa", *Obras Completas*, tomo III, p. 574.

maneras, se hallan un escalón por encima del resto de la sociedad**.** La política en sus distintas manifestaciones sociales y económicas debía estar sustentada en un plano subyacente que le diera firme sustento; éste era el plano moral, que se destacaba por ser endeble o ausente.

En este sentido, Ortega relativizó la indocilidad política y afirmó que: «la indocilidad política no sería grave si no proviniese de una más honda y decisiva indocilidad intelectual y moral.»[361] Más adelante aclaró que por componerse de situaciones únicas, la política es mucho más real que la ciencia, y estableció una diferenciación jerárquica al definir que la política es la actividad que nos permite distinguir mejor quienes son cabezas claras y quienes son cabezas rutinarias. Esta diferencia permite suponer un orden, sugiere una lógica de organización a la hora de organizar lo público, como así también las consecuencias posibles de su alteración.

Años después, en un artículo de la serie *Del Imperio romano* publicado en *La Nación* en 1940 Ortega afirmó la compenetración de los conceptos de creencia y de Estado.[362] Las distintas épocas pueden conducir, bajo determinadas características, a una gradual decadencia histórica que se manifiesta mediante la depresión de la vitalidad del pueblo traducida en anemia de las funciones públicas y privadas. En resumen: una clara ausencia de propósitos y anhelos concretos.

En palabras vertidas en el Palace Hotel de Madrid en 1917 Ortega ya había reflexionado sobre estos aspectos manifestándolo desde un punto de vista metafórico: «Sin apasionada vitalidad no cabe pensar en política alguna. ¿Qué puede hacer la ingeniería sin carbón o saltos de agua? Del mismo modo la política es obra de paralítico cuando no halla pasiones afirmativas que encauzar.»[363] En materia política Ortega fue consciente de que, a pesar de ser diferentes, existía gran confusión entre los conceptos de liberalismo y democracia. Esta confusión requería ser superada, para lo cual consideró que: «cualquier régimen político europeo debía basarse en el liberalismo y en la

[361] ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, VII. Vida noble y vida vulgar, o esfuerzo e inercia”, *Obras Completas*, tomo IV, p. 505.
[362] ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio romano*, “Del Imperio Romano, Los auspicios o religión y negligencia”, *Obras Completas*, tomo VI, p. 127.
[363] ORTEGA Y GASSET, José, “Brindis en el banquete de la revista *Hermes*”, *Obras Completas*, tomo III, 70.

democracia.»[364] La democracia se atiene al conjunto de ciudadanos a quienes corresponde el ejercicio del poder público y de los límites de este poder debía encargarse el liberalismo, que considera la existencia de derechos anteriores a toda injerencia del Estado.

Javier Zamora amplió estos aspectos del pensamiento orteguiano mencionando que: «la confusión de estos conceptos había llevado a pensar que la democracia es el régimen más liberal, cuando en realidad la autocracia más feroz es la del *demos*, como demostraba la historia antigua.»[365] Aquí es necesario destacar, por su trascendencia, que la política de Ortega, coherente con su primera intervención pública en 1914 planteaba la nacionalización del Estado, es decir, que los problemas nacionales predominasen sobre los intereses de grupo o clase. La importancia de que este orden de intereses sea respetado es decisiva por sus consecuencias políticas y sociales, tal como veremos para el caso de Argentina en I. 2 de esta Segunda parte.

Más allá de las aptitudes políticas de Ortega, su actitud fue relegada a un escaso accionar en el sentido pragmático estricto del término acción. Ortega se involucró poco, sólo esporádicamente en la política legislativa, y menos aún en la política ejecutiva, de la que no formó parte. No obstante, es evidente que su pensamiento filosófico, potente y original, tuvo como fondo un fundamento claramente marcado de intencionalidad política. Una ida y vuelta entre filosofía como generadora de ideas políticas y políticas de acción propiamente dichas para modificar las circunstancias.

Cerezo Galán resume el accionar político orteguiano de este modo: «política como incitación del pensamiento, y también, como su necesaria proyección práctica o social, sin la que aquél quedaría baldío.»[366] El imperativo de complementar la investigación con la acción indujo en Ortega su inclinación hacia la política, lo que motivó y guió sus tres navegaciones en esas aguas.

Según Pedro Cerezo Galán la primera incursión orteguiana en la política sucedió entre 1908 y 1911. El autor señala que «esta navegación significa su exploración de un liberalismo social o social-liberalismo, capaz de activar e integrar las dos fuerzas progresivas y regeneradoras de la nueva España, la

[364] Véase: ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, ibidem, p. 248.
[365] Idem. La cursiva corresponde a ZAMORA BONILLA.
[366] Idem.

nueva clase intelectual y el partido socialista. Ortega se movía hacia una conjunción entre liberalismo y socialismo, que pudiera corregir a uno y a otro, en una forma nueva de integración.»[367] Fuertemente crítico del viejo liberalismo, en esta primera etapa Ortega se ocupó de aproximarse tácticamente al socialismo y tomó los recaudos necesarios para no acercarse al marxismo pues discrepaba en que la lucha de clases fuera el motor de transformación de la historia. Además, rechazó su reduccionismo al materialismo económico.

Durante su segunda navegación política sucedida en 1914 comenzó a aflorar su pensamiento original; Ortega orientó el timón de su nave «hacia un liberalismo de la vitalidad, sustentado sobre las nuevas bases teóricas, que le proporcionará su nueva metafísica de la razón vital.»[368] Este autor fundamenta su postura respecto de Ortega mencionando la aparición de sus dos obras fundacionales gemelas que fueron *Meditaciones del Quijote* y *Vieja y nueva política*. En el orden político propiamente dicho Ortega corrigió su pensamiento: se corrió del plano normativo del Estado educador y socializador hacia el plano creativo de la sociedad civil, pero la inteligencia crítica liberal de Ortega se quedó trágicamente sola en la escena política.

La tercera y última salida del filósofo a la política tuvo lugar en 1931 con la llegada de la II República, un tiempo en que «Ortega estaba intelectualmente pertrechado con su razón histórica, un desarrollo en los años treinta de su razón vital.»[369] Aquí Ortega realiza un agudo diagnóstico de la crisis de desmoralización de Europa y también una autocrítica del liberalismo basada en su indulgente complicidad en el advenimiento de las masas a la política.

En realidad, el verdadero político logra desprenderse de los aspectos tópicos, y, en consecuencia, luego de explorar el alma colectiva, saca a la luz en fórmulas claras las íntimas e inexpresas opiniones y pensamientos de un grupo social. Ortega tuvo una profunda convicción sobre lo que la política es, y consideraba un error propio su dedicación a esta actividad. En un artículo de 1923 publicado en *El Sol* dice: «hay motivos para que sea de especial urgencia entender por política el conjunto de labores cuyo fin sea el aumento del pulso

[367] Ibidem, p. 629.
[368] Ibidem, p. 633.
[369] Ibidem, pp. 638–642.

vital de España, especialmente aquellas que signifiquen el violento acoso de esta raza valetudinaria hacia una enérgica existencia.»[370] Además, exigió al Estado, como órgano esencial y máquina de la vida nacional, un mayor rendimiento de utilidades sociales, y del mismo modo exigía más de la libre espontaneidad de la sociedad.

Casi una década antes, en la conferencia *Vieja y nueva política* dada en el Teatro de la Comedia en el año 1914 deslindó la idea de vitalidad nacional como algo opuesto a lo denominado orden público. En ella manifestó la noción de eficacia estatal y privada. Definió que «política» es toda una actitud histórica y afirmó que: «nuestra actuación política ha de tener constantemente dos dimensiones: la de hacer eficaz la máquina del Estado y la de suscitar, estructurar y aumentar la vida nacional en lo que es independiente del Estado.»[371] Cuando el problema nacional es histórico la vieja política suele resultar una solución insuficiente, y, en estos casos, a partir de una nueva conciencia de sí misma debe establecerse con aquella una diferencia esencial; en definitiva, la nueva política debía consistir en una plena y firme actitud histórica. La vida debe existir para el orden público; esto significa que el Estado tiene que estar al servicio de la Nación, y no a la inversa, como sucedía.

Traducido a términos políticos, significaba que algo debía haber en estado latente, y eso era la convicción sobre la existencia de motivos que permitan entender por política el conjunto de actividades que como objetivo final tengan incrementar el pulso vital de la sociedad. Esta denominación de *pulso vital* de la sociedad abarca innumerables cuestiones, cuya gran amplitud presenta todos aquellos problemas particulares y concretos comprendidos en la amplia gama de técnicas administrativas inherentes a la vida de los hombres. En la práctica cotidiana, la política suele convertirse y verse materializada en el triunfo de los incompetentes.

Años anteriores, Ortega había definido la imprevisibilidad de esta actividad humana en un artículo publicado en *El Imparcial*, en septiembre de 1911; allí expresó que: «La política es una ciencia experimental cuyas soluciones no

[370] ORTEGA Y GASSET, José, "Fe de erratas", *El Sol*, 25 de marzo de 1923, *Obras Completas*, tomo III, p. 635.
[371] ORTEGA Y GASSET, José, *Vieja y nueva política*. (Conferencia dada en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914), "Diferencia radical entre la *Liga de Educación Política Española* y los partidos actuales", *Obras Completas*, tomo I, 894.

puede anticipar nadie.»[372] Lo experimental de la política surge naturalmente, en forma espontánea de la cultura y de la capacidad de análisis de la gente; esto es, de la posibilidad de percibir y manifestar su propio sentir. Por otra parte, la tarea política es fecunda sólo cuando el político cuenta con la capacidad de compenetrarse en el alma colectiva elaborando propuestas representativas del cuerpo social.

Ortega, para quien la política era realización, continuó desarrollando su visión de esta actividad expresando que: «es una de las funciones más secundarias de la vida histórica, en el sentido de que es mera consecuencia de todo lo demás. […] La política es gravitación de unas masas sobre otras.»[373], por lo que no debiera ser exaltada a un rango alto de esperanzas y respetos.

Posteriormente, en un artículo publicado en 1929 en el periódico *El Sol* Ortega señaló que como actividad de alta complejidad la política está compuesta por numerosas operaciones parciales, con algunas dimensiones visibles y otras ocultas, pero todas necesarias al conjunto. De ahí que pueda decirse que política es tacto, astucia para lograr de otros hombres lo que se desea, y que sin eso no hay política. Por ese motivo, para constituirse en un gran político, deben reunirse, entre otras, las características mencionadas, de forma tal que pueda alcanzarse la estatura acorde.

La política es considerada arquitectura completa que comprende los cimientos subterráneos; es construcción integral del edificio social. En consecuencia, en el fondo lo importante es alcanzar la vitalidad de las naciones y no colocar por delante de este objetivo principal la perfección formal de los Estados. Su gran complejidad supone disponer de ideas claras y precisas sobre la situación histórica. Estos aspectos serán ampliados en el punto I. 2.

El interés de Ortega por la política lo condujo a explorar en la historia a aquellos políticos destacados, precisamente, por sus aptitudes políticas. En especial, se encargó de analizar minuciosamente a Mirabeau, arquetipo de la política y dotado de espíritu liberal. Desdeñoso de sus colegas, de alma y de raza noble, constituyó un tipo humano opuesto al pensador reflexivo que encarnaba Ortega. Sobre este titán dijo Ortega: «La política de Mirabeau no

[372] ORTEGA Y GASSET, José, "Una respuesta a una pregunta", *El Imparcial*, 13 septiembre 1911, *Obras Completas*, tomo I, p. 572.
[373] ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*. "II. La previsión del futuro", *Obras Completas*, tomo III, p. 695.

tiene oscuridad alguna. Como los hechos de todo un siglo se encargaron de comprobar, fue la obra más clara que se intentó en la Revolución Francesa.»[374] Luego se encargó de destacar la siguiente cualidad, que consideró rara coincidencia entre los hombres políticos: **«**el gran político ha repetido siempre el mismo tipo de hombre, hasta en los detalles de su fisiología.»[375]

De este estudio Ortega extrajo nuevas y esclarecedoras definiciones sobre la política, partiendo de los actos más o menos claros u oscuros, o contradictorios que ésta inspira. Entre ellas mencionó que: «una política es clara cuando su definición no lo es. Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política, o se viene para hacer definiciones.»[376] Las ideas y definiciones políticas pueden ser claras y sin contradicciones, no así los actos derivados de ellas, que por el contrario y en general se caracterizan por ser confusos y contradictorios. Es a partir de este sentido que, como búsqueda de la unidad de los contrarios para el cambio social, Ortega postuló que la política es clara en lo que hace y también en sus logros, pero, por el contrario, su nitidez se desvanece, y es sumamente contradictoria cuando se la define.

Lo que caracteriza a todo hombre político es la necesidad interior de actividad intensa. Su vida se modifica a partir de que comienza a actuar como hombre público. Una vez iniciado en este ámbito se potencia su afición a la farsa activándose el don de la mentira, con lo que le resulta sencillo y simple decir todo lo contrario de lo que realmente piensa; pero en rigor, al no estar íntimamente adscrito a algo determinado no miente. En realidad, íntimamente este desdoblamiento de su personalidad le resulta natural y no implica costo alguno a su persona.

En consecuencia, Ortega afirmó que: «Sorprende notar que todos los grandes hombres políticos carecen de vida interior. No es paradoja decir que no tienen personalidad. La tienen sus actos, sus obras; pero no ellos.»[377] Obra del intelecto, la claridad de visión es lo que permite distinguir al político menor del vulgar, y, considerando las crecientes complejidades sociales, la

[374] ORTEGA Y GASSET, José. *Mirabeau o el político*, "I", *Obras Completas*, tomo IV, ibídem, p. 249.
[375] Ibidem, IV, p. 252.
[376] Ibidem, IV, p. 263–264.
[377] Ibidem, V, p. 270.

intelectualidad pasa a tener un mayor peso en el tiempo. Ortega entendió la importancia de este aspecto y admitió que la intuición política debiera ser previamente aguzada por otras formas de inteligencia ajenas por completo a la política.

Por otra parte, político y filósofo son los modos de ser y actuar más opuestos posibles de imaginar. Por un lado, el filósofo concentra sus esfuerzos en pensar para aclarar lo máximo posible las cosas, por el otro, el político tiene como fin confundirlas todo lo posible. Ortega se refirió a este aspecto en 1951 expresándose respecto de los nervios que manifiesta el político cuando el filósofo avanza con claridad para expresar lo que hay que decir sobre los temas políticos.

La vocación de Ortega era la búsqueda de la verdad a través de la filosofía, desentendida absolutamente del campo de la eficacia que gobierna a la política. Una política es una complicación enorme de fines pequeños y de medios precisos y complejos. El filósofo español reconoció que cada vez le resultaba más difícil soportar toda política que conducía a convertir la democracia en triunfo de la incompetencia, pues consideraba que la política era el reino de los problemas particulares y concretos, la suma de las técnicas administrativas que exigen mucha competencia y conocimiento. La nueva política tenía que ser toda una actitud histórica, un instrumento capaz de transformar la realidad circundante.

Ortega destacó un aspecto de singular importancia en el accionar político: lo consideró como actividad inherente de toda la sociedad, ya que, para él, la intervención vigorosa y consciente en la política nacional es un deber de todos, no un derecho reservado a los ciudadanos que no son capaces para otra cosa. El filósofo español vio dos modos esenciales de comprender la política en relación al poder: en primer lugar, como el arte de gobernar; también como el arte de conseguir el gobierno y conservarlo.

En su concepción política Ortega recibió influencia del ilustre Paul Natorp, en particular por el concepto acuñado de «pedagogía social» referido al condicionamiento de la educación en todas sus direcciones esenciales. Natorp consideraba, como se advierte en su definición, que una organización verdaderamente humana de la vida social está condicionada por una ecuación conforme a ella de los individuos que la componen: «Si educación es

transformadora de una realidad social en el sentido de cierta idea mejor que poseemos y la educación no ha de ser sino social, tendremos que la pedagogía es la ciencia de transformar las sociedades. Antes llamamos a esto política: he aquí, pues, que la política se ha hecho para nosotros pedagogía social.»[378]

Sin embargo, al considerarla como actividad de rango espiritual secundaria, Ortega reconoció que «la política o pensamiento de lo útil es una saludable fuerza de que no podemos prescindir.»[379], de ahí que, a continuación agregó: «hacer de la utilidad la verdad, es la definición de la mentira. El imperio de la política es, pues, el imperio de la mentira.»[380] De ahí su decisión personal de no vincularse efectivamente con la política, razón por la cual reservo un trozo de su alma antipolítico.

No obstante, como se ha mencionado, la política como tema fue recurrente en la bibliografía escrita por el filósofo español. En un artículo precedente titulado «Nuevo libro de Azorín» Ortega definió que: «la realidad política es esencialmente discontinua: es una sucesión de cuestiones concretas ante las cuales hemos de tomar posición.»[381], y luego, entrando en un terreno más específico completó la idea relativizando que no es lo malo ser conservador, ni es lo bueno ser liberal, pues, en realidad ambos vocablos son nada más que eso, vocablos; vocablos flotantes y sin asignaciones fijas y definitivas.

Lo importante sobre el tema política, complementó Ortega años después, está centrado en las instituciones y su desempeño eficiente. Ortega ratificó, una vez más, la idea de eficiencia en la administración de los recursos, pues consideraba esencial este aspecto para un buen desenvolvimiento social. En estrecha relación con lo anterior, en un artículo publicado en *El Espectador* en 1917, al considerar la democracia como estricta y exclusiva norma del derecho político, Ortega admitió que ésta parece una cosa óptima. No obstante, recordó que la democracia exasperada y fuera de sí es el más peligroso morbo que puede padecer una sociedad. En este contexto de análisis, el filósofo español consideró que: «la política es un orden instrumental y adjetivo de la vida, una

[378] ORTEGA Y GASSET, José, *Personas, obras, cosas*, "La pedagogía social como programa político, Pedagogía social", *Obras Completas*, tomo II. p. 137.
[379] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – I*, "Confesiones de *El Espectador*, Verdad y perspectiva", *Obras Completas*, tomo II, p. 211.
[380] Idem.
[381] ORTEGA Y GASSET, José, "Nuevo libro de Azorín", *El Imparcial*, 11 julio 1912, *Obras Completas*, tomo I, p. 672.

de las muchas cosas que necesitamos atender y perfeccionar para que nuestra vida personal sufra menos fracasos y logre más fácil expansión. Podrá la política, en algún momento agudo, significar la brecha donde debemos movilizar nuestras mejores energías, a fin de conquistar o asegurar un vital aumento; pero nunca puede ser normal esa situación.»[382]

También es de tener en cuenta que como reforma de ese vago armazón formal llamado Estado, la política es consecuencia de otras actividades previas, verdaderamente creadoras. En consecuencia, en otro artículo publicado en *El Espectador* en 1927 Ortega consideró que el papel en política de las minorías coherentes es cosa complicada, entendiendo que «No hay salud política cuando el Gobierno no gobierna con la adhesión activa de las mayorías sociales. Tal vez por esto la política me parece siempre una faena de segunda clase.»[383]

En línea con lo anterior, tres años más tarde, refiriéndose a que uno de los caracteres más salientes del pasado siglo XIX fue su entusiasmo por el Estado, el filósofo afirmó que debido a eso, hizo de la política el centro de su preocupación, poniendo de relieve la no importancia de que las partes integrantes de un todo social coincidan en deseos e ideas, sino que lo significativo es que cada una conozca y sea sensible a los de las otras partes. Lo importante de este aspecto reside en que si esta condición no se da, la parte o clase, cualquiera sea, puede creer que sólo ella existe, que ella lo es todo, y este accionar político tiende a fomentar la displicencia social hacia los profesionales de la actividad política. De ese modo, en la indiferencia recíproca entre los políticos y el resto del país, por defecto radica la base de los desaciertos que perjudican a la sociedad.

Sin embargo, la política consiste en una ocupación humana necesaria hasta el punto de resultar inmoral el desentendimiento de ella. Javier Zamora Bonilla indagó este aspecto y rescató dos observaciones que ponen de manifiesto y revelan la ausencia de verdadera vocación política de Ortega, tanto así como la tensión permanente que existió entre su vocación política y su vocación de

[382] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – II* (1917), "Confesiones de *El Espectador*, Democracia morbosa", *Obras Completas*, tomo II. p. 344.
[383] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – VI* (1927), "Sobre el fascismo, II. Ilegitimidad", *Obras Completas*, tomo II, p. 746.

filósofo.[384] De acuerdo al resultado de sus investigaciones, el filósofo español aspiraba analizar y descubrir las verdaderas necesidades de la sociedad con sus ideales y esperanzas, y, una vez conocidas irradiarlas a través de la política mediante un proceso de concientización nacional.

El instrumento adecuado para llevar a cabo esta tarea era la pedagogía política, entendida en un sentido diferente del hasta en ese tiempo conocido y aplicado por conservadores y liberales. De ahí que, según afirma nuestro autor: «la dedicación política era en Ortega un esfuerzo, un sacrificio al que se veía inclinado por la situación de su país. Pero la política al uso no era válida. Había que hacer otra política, una política nueva.»[385] No obstante, aunque nunca llegó a militar en el Partido, Ortega había puesto su atención en el movimiento socialista, pues aún sin compartir su dogmatismo teórico ni su materialismo dialéctico lo veía como la continuación natural del liberalismo del siglo XIX, renovado y adaptado a las necesidades del siglo XX.

Como puede verse, Ortega mantuvo una relación concreta con la política dando lugar al análisis. Vista esta relación, desde la óptica de Javier San Martín el autor destaca la reciprocidad vocacional entre política y filosofía en Ortega, y sobre la primera de ellas dice que: «si bien ésta está determinada por su filosofía, también está determinada por otros muchos acontecimientos que no entran en el sistema filosófico.»[386] San Martín sostiene que «la política de Ortega no tiene sentido sin su filosofía; más aún, agrega, creo que debemos mirar a su filosofía para entender su política».[387] Esto es significativo pues implica colocar la atención a los cambios en la filosofía para comprender correctamente los cambios en su concepción política; por eso, continúa diciendo, «lo que más nos interesa en la relación que Ortega mantiene con la política es en qué medida depende más de las ideas filosóficas o de los acontecimientos, pues la decisión es importante, por cuanto nos permite analizar, aclarar o ampliar las ideas políticas.»[388]

---

[384] ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 520. El autor cita de Antonio RODRIGUEZ HUÉSCAR: "Reflexiones sobre Ortega y la política", *Revista de Occidente*, n.° 72, mayo de 1987, p. 22 y de José L. ABELLÁN: *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Ed. Espasa–Calpe, 2000, p. 54.

[385] Idem.

[386] SAN MARTIN, Javier, *Ensayos sobre Ortega*, Madrid, Ed. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1994, p. 285.

[387] Idem.

[388] Ibidem, pp. 285–286.

Al revisar las publicaciones de Ortega, en particular las de 1908, que es un año intenso por sus intervenciones escritas, casi todas de carácter político, en ellas se advierte el énfasis del filósofo como comentarista de esta materia.

En los textos de Ortega se ve que manifestó sus ideas en términos positivos. Esto es relevante puesto que en sus comienzos Ortega escribe fundamentalmente sobre política y no de filosofía. De manera que, a través del desarrollo entusiasta de su actividad de escritor se comprende cómo llega a desarrollar la política mediante la pedagogía social. Este aspecto ya señalado por otros autores es de interés para nuestra investigación. La actitud mencionada, como veremos a continuación, es ampliamente tratada con el propósito de analizar la trayectoria política de Ortega.

Respecto de los años de mayor acercamiento de Ortega al socialismo, Enrique Aguilar señala que Ortega «se pronunció a favor de un socialismo nacional, de inspiración lassalleana, que ciertamente lo separaba del PSOE y su fidelidad al internacionalismo.»[389] En la primera época, cuando veía al individuo como «individuo de la sociedad», se adhirió al socialismo de cátedra de sus maestros neokantianos.

Según consta, Ortega llego a definirse «socialista», pero, como es sabido y expresa Ciriaco Morón Arroyo: «Ortega no fue nunca marxista.»[390] A fin de alcanzar una mejor comprensión conviene retrotraerse a la época. Por entonces, inquietos por la indigente situación en que había caído España, muchos jóvenes de la generación de Ortega, aquellos nacidos en torno a 1885, viajaron al extranjero y tuvieron la oportunidad de contrastar su realidad con la de Europa. España estaba enferma por haberse alejado de Europa y era necesario hacer algo. Ese aislamiento exigía, para ser superado, algo imprescindible: saltar por encima del 98 y entrar en diálogo con la generación anterior, aquélla de Giner y la Institución Libre de Enseñanza.

También era conveniente para Ortega polemizar con Unamuno, lo cual facilitaba edificar su liderazgo intelectual. De resultas de ese encuentro, como consecuencia derivada de él, Santos Juliá formula que: «Ortega propuso una

[389] AGUILAR, Enrique, “Nacionalidad y nacionalismo en el pensamiento de Ortega y Gasset”, ibidem, p. 71.
[390] MORÓN ARROYO, Ciriaco, “La idea de lo social en Ortega”, en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV.AA., ibidem, p. 680.

nueva manera de ser intelectual: la dedicación colectiva a la pedagogía social.»[391] De ahí en más puede afirmarse que le ocurre una convicción: «le entra la urgencia de educar políticamente al pueblo.»[392] Esta convicción le hizo dirigirse a públicos cada vez más numerosos en escenarios de progresiva amplitud. En consecuencia, como Ortega pasó a ser el gran intelectual capaz de captar numerosas adhesiones, el nuevo fenómeno sintetizado más adelante por este autor revela que: «en el revuelo que sigue, su palabra se constituye como referente político: la intelectualidad encuentra en ella reflejada sus principales inquietudes.»[393]

De manera concreta, la política pedagógica que impulsaban los jóvenes comenzó a organizarse en 1913 con la publicación del manifiesto constitucional de la Liga de Educación Política Española (LEP) redactado por Ortega. Este instrumento político tenía el propósito de imponer sus ideas y su visión de España. Sobre este hecho particular, Zamora Bonilla afirma que los jóvenes de la LEP «entendían la participación política como un deber, algo que no se podía dejar sólo para los ciudadanos que no servían para otra cosa.»[394], lo cual requería el esfuerzo de conformar una élite de intelectuales y talentosos que educara a los españoles sobre la base de ideales más humanos y justos en el tránsito por la vida. El mencionado autor agrega a continuación que: «su objetivo final era llevar la nueva interpretación europeizadora y modernizadora de la patria a las masas, pero antes había que construir una minoría capaz de educar a esas masas sociales.»[395] La emoción radical que el liberalismo representaba para Ortega se traducía en términos humanistas y de progreso. Dicho de otro modo, Javier Zamora Bonilla lo define como un «progreso humanista, una política que desde el propio individuo y desde las distintas organizaciones sociales se esforzara por mejorar constantemente la condición individual y social del hombre.»[396] Por otra parte, Ortega compartía con el liberalismo en solidaridad social la crítica a la producción y la transitoriedad del asalariado como categoría histórica. No obstante, a pesar de esta coincidencia

[391] JULIÁ. Santos, “Ortega, intelectual en política”, en: José LASAGA (ed.) con la ayuda de Azucena LÓPEZ COBO y Margarita MÁRQUEZ PADORNO, *El Madrid de José Ortega y Gasse*t, VV.AA., ibídem, p. 222.
[392] Ibidem, p. 223.
[393] Ibidem, p. 231.
[394] ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, ibidem, p. 134.
[395] Idem.
[396] Ibidem, p. 135.

se diferenciaba profundamente con este movimiento en aspectos de peso, entre ellos, porque no creía en la revolución para solucionar el problema político español.[397] No obstante, el énfasis orteguiano en la emancipación espiritual del hombre era la piedra angular de su filosofía política que mayor contraste marcaba con la simple emancipación económica en que el socialismo centraba sus aspiraciones. Ortega exigía una transformación social más abarcativa y profunda, en la que ambos aspectos se fundieran dinámicamente en uno solo.

La democracia se encarga del ejercicio del poder público correspondiente al conjunto de los ciudadanos, sin embargo, los alcances de ese poder es difuso pues sus límites son intangibles. Es aquí donde incursiona el liberalismo, a fin de discernir sus alcances y recordar que existen derechos anteriores a cualquier injerencia del Estado. El liberalismo como idea y práctica para que el individuo limite el poder del Estado, era, para Ortega, una concepción germánica medieval. Respecto a esto, una profunda convicción orteguiana era que cualquier régimen político europeo debía ser democrático y, sin dudas, estar basado en el liberalismo

Como se ha dicho, Ortega sentía la disputa interna entre su fuerte vocación filosófica y su profundo interés por la política. Esta puja interior fue compatibilizada en parte a través de sus producciones escritas: Ortega se ocupó activamente en divulgar sus ideas a través de canales propios de la época: los medios periodísticos y los libros.

En «Semblanza histórica» Zamora Bonilla vuelve a ocuparse del tema. Allí manifiesta su interpretación de la cuestión y opina que: «a nuestro entender, no hay incompatibilidad entre ser literato y filósofo, ni en exponer el pensamiento y crear la escritura desde la plazuela pública que es el periódico, como decía Ortega. Por eso quizá la palabra que mejor define a Ortega es la de intelectual.»[398] Al juzgar por sus propias palabras, esta «faena de segunda clase» que era la política quedaba siempre relegada frente al rol principal que

[397] Según Alexis de TOCQUEVILLE las revoluciones nacen espontáneamente de una enfermedad general de los espíritus, llevada, de pronto, al estado de crisis por una circunstancia fortuita que nadie ha previsto. Véase: TOCQUEVILLE, Alexis de, *Recuerdos de la revolución de 1848*, ibidem, p. 32. Más adelante el autor agrega que si una revolución puede instaurar la libertad de un país, la sucesión de varias revoluciones hace imposible en él, para mucho tiempo, toda libertad regular. Ver. ibidem, p. 56.

[398] ZAMORA BONILLA, Javier, “Semblanza Histórica”, en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, p. 36.

en su vida eran la reflexión y la escritura filosófica, ambas constitutivas de su núcleo central de interés. Pero, como se verá más adelante en este mismo punto, existen voces que ponen en pie de igualdad ambas vocaciones de Ortega.

El político debe actuar en forma resolutiva actuando con agilidad frente a problemas surgidos, lo que margina, de algún modo, su reflexión más profunda. Esto es así por no contar con el tiempo y condiciones que requieren la meditación, actividad que es propia del intelectual reflexivo y analítico. Por eso, la política no puede ser obra exclusiva de intelectuales, dado que la política tiene que ser, por propia naturaleza, una rápida toma de decisiones**.**

Si bien puede considerarse que las propuestas de Ortega no eran sumamente precisas y concretas, pues su quehacer más destacado eran los problemas abstractos, el filósofo español era, sin dudas, un hombre con perspectiva política. Esta inquietud hizo que le dedicara mucho tiempo a esa actividad, que por otra parte le había producido gran desazón a pesar de haber cumplido en ella una buena actuación. Ortega había visto en Alemania, en su cultura y filosofía, la posibilidad de ponerlas al servicio del hombre concreto; lo que Javier San Martín denomina «un último intento de reconstruir una razón vital, es decir, una razón no desligada de la vida concreta de los individuos, una razón que podía servir para revitalizar Europa y ahuyentar los terremotos políticos que se avecinaban en aquellos tiempos de crisis.»[399]

La vocación de orientador político de los españoles nacida en su juventud posteriormente trascendió las fronteras de España. Buena parte de esa trascendencia se dio a partir de sus libros *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*. Éste último libro tuvo un fuerte impacto universal. También es importante señalar el interés de Ortega por descubrir la verdad y enunciarla.

Esta tarea efectuada a través del adoctrinamiento sostenido puso de manifiesto un aspecto que Julián Marías señaló enfáticamente: «la significación política de Ortega ha sido siempre estrictamente intelectual.»[400] Los libros citados han adquirido una verdad mayor a partir de los años 20 del siglo pasado cuando fueron escritos y, según Marías, el transcurrir del tiempo permite afirmar que: «Ortega ha ido anticipando con diez, quince o veinte años

[399] SAN MARTÍN, Javier, *Ensayos sobre Ortega*, ibidem, p. 284.
[400] MARÍAS, Julián, *La Escuela de Madrid*, ibidem, p. 139.

de adelanto lo que iba a ocurrir en España, Europa o en el mundo entero; ha ido apuntando, a la vez, lo que habría que hacer para que ciertos males no sobreviniesen.»[401]

La desmoralización, entre otros síntomas, era manifiesta por la desaforada rebelión de las masas, que en Europa tuvo como causa el desplazamiento de poder sobre sí misma y sobre el mundo, que atentó, por otra parte, al carácter unitivo europeo, sin el cual se genera un proceso de envilecimiento colectivo. La doctrina sociológica y política de Ortega es un capítulo de su metafísica que facilitaría, por otra parte, el retorno a la sociedad europea; a que ésta volviera a creer en sí misma, a la autoexigencia y a la disciplina.

Ante una ola de críticas Ortega se replegó en su silencio, se ensimismó en su filosofía y volvió a sus libros con la sensación de que ya no había «blanco» posible en el destino de sus meditaciones de ideas claras. Ortega fue la primera baja simbólica de la República.

A partir de considerar esa decisión, Marta Campomar asegura que de esa manera «se daba el primer caso de deserción del intelectual que no tenía garra para convertirse en estadista.»[402] Este hecho vuelve a poner de manifiesto el orden de convicciones y valores orteguianos: primero filosofía, después política. Esta última actividad siempre subordinada a la reflexión, pues su concepción de la realidad no admitía motivos de dudas sobre este orden de prioridades. Uno de los fundamentos para sostener lo anterior es que Ortega admitía con resignación que entablar diálogo con los políticos de su tiempo era tan duro como embestir contra un muro de granito.

No obstante, antes de volver a Buenos Aires en 1928 el filósofo español meditó profundamente sobre la actitud a adoptar considerando la potencia de ambas vocaciones, la filosófica y la política: por un lado sentía y transmitía la necesidad de adhesión a su integridad de escritor, y, por otro, conocía la potencia y sabiduría de los silencios; esta última actitud, sin duda, era de corte político.

Sobre estos aspectos contrapuestos Marta Campomar opina que: «a Ortega le rondaba la preocupación sobre la situación del intelectual y el silencio que debería guardar éste en tiempos de masas y en momentos críticos para

[401] Ibídem, p. 140.
[402] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACION*, ibidem, p. 43.

Europa.»[403] Si callar es dejar de decir aquello que se puede decir, en Ortega esto no era incapacidad de expresión, sino contención voluntaria de sus palabras, abstención de expresar la diversidad, profundidad y claridad de sus ideas.

Es conocido que la percepción receptiva sobre esta actitud orteguiana fue diversa. Por considerar una, se puede mencionar que en el recuerdo de Victoria Ocampo, «el tan discutido silencio de Ortega durante la Guerra Civil y en tiempos de guerra europea, no fue complicidad o cobardía, sino exceso de discreción.»[404] Este silencio cauteloso al que Ortega venía apelando desde 1916 le permitía sortear pujas intestinas de sus correligionarios en América, sin embargo quedaba expuesto a un inevitable y elevado costo de su prestigio personal. La continuidad de su mutismo y su renuencia a inmiscuirse en las polémicas de la colectividad argentina, sin condenas expresas al franquismo tal como esperaban los exiliados republicanos también insatisfacía a los que simpatizaban con la causa de los aliados.

En su libro *Luces y sombras del exilio argentino* Marta Campomar comenta las consecuencias del mutismo. A continuación la autora expresa que por este motivo, Abellán explica el siguiente argumento sobre la postura del filósofo: «Ortega se vio envuelto en una situación imposible de mantener que él mismo no ignoraba. Ello explicaría, en su opinión, el vacío que le hicieron los argentinos.»[405] En resumen, a pesar de las presiones de amigos y enemigos que le exigían una definición pública Ortega eludió insinuaciones y persuasiones y permaneció inmutable en su postura de no intervención, manteniendo su independencia de criterio respecto de aquellos exiliados pertenecientes a sus propios sectores sociales y académicos. Sin dudas**,** el silencio, en especial frente a la Guerra Civil creó confusión, y muchos lo interpretaron como indiferencia.

Para la conciencia de algunos de sus amigos porteños más cercanos el silencio de Ortega se debió a una pertinaz dignidad personal y, en contrapartida, según señala Marta Campomar: «para otros, como León

[403] Ibidem, p. 136.
[404] Ibidem, p. 137.
[405] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio argentino*, Buenos Aires, Biblioteca Nueva, 2016, p. 30. La autora cita de: ABELLÁN, José Luis, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 2000, p. 77.

Dujovne, en cambio, fue una conducta fallida de un severo profeta sin un pensamiento político para prever futuro.».[406] Estas disonancias, como veremos en seguida, fueron compartidas por otros autores.

Por su parte, en su análisis de «la relación de Ortega y Gasset con la Argentina», al tratar el tercer viaje del filósofo español al país Enrique Aguilar expresó que: «su silencio en torno a la guerra provocó la hostilidad de unos y otros (sólo para unos pocos significó más que cualquier declaración pública).»[407] Esa hostilidad manifiesta se vio, por ejemplo, en la Universidad Nacional de Buenos Aires, que mediante una actitud aberrante y de cerrazón mental y moral no se interesó en aprovechar el valioso aporte de Ortega**,** negándole a una de las mayores cabezas pensantes del mundo hispánico una cátedra como titular de filosofía o un instituto donde poder desarrollar sus estudios e investigaciones, como lo hubiera hecho cualquier país que tuviera capacidad de valoración de su jerarquía intelectual.

No obstante, pese a la discreción de Ortega con el objetivo de evitar confrontaciones perjudiciales, la religión y la política influyeron en forma conjunta en el desencadenamiento de una polarización dañina de su prestigio. Respecto de estos aspectos, Zamora Bonilla afirmó que: «sobre sus silencios o abstenciones recayeron las más agrias críticas desde ambos sectores de la contienda. El republicanismo argentino lo calificó de maestro cobarde, de brindar con su silencio un velado apoyo al bando nacional; y, desde la derecha, de ser el responsable de la Guerra Civil, manteniendo una confortable "equidistancia" después de haber puesto en marcha las turbas revolucionarias que la idolatría del intelectual nunca logró controlar.»[408]

Sin embargo, el no pronunciamiento político de Ortega respondía a otras cuestiones más profundas y difíciles de visibilizar para el observador común. Sin lugar a duda, Ortega era consciente del porqué de su silencio, como así también de las repercusiones que éste provocaba.[409] La realidad de la

[406] Ibidem, p. 32.
[407] AGUILAR, Enrique, "La relación de Ortega y Gasset con la Argentina", *Communio*, Revista Católica Internacional, Buenos Aires, junio de 2001, p. 60.
[408] ZAMORA BONILLA, Javier, "Semblanza Histórica", en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, p. 35.
[409] Sobre su silencio el propio Ortega dice: «Yo también he callado –y radicalmente– durante todo este tiempo, porque en España no podía hablar y fuera de España no quería hablar. Algún día, no en este curso ni en ninguna actividad del Instituto, sino fuera de él, manifestaré por qué callé. No es interesante insinuar el sacrificio que tan largo silencio representa.

abstención del pronunciamiento del filósofo pasaba por otro lado, reflejo fiel de su carácter y exigencia ante tan importante evento.

La interpretación de Marta Campomar permite ver la exigencia que Ortega intentaba imponer a la actividad política. Sobre este aspecto, la investigadora atribuye la abstención a que «Ortega proponía que debía exigírsele a la política que fuera inteligente y pensara con mayor responsabilidad.»[410] Esta abstención fue el primer paso hacia su teoría del ensimismamiento, en la que la inteligencia permitiría repensar los cambios históricos, analizar fenómenos y establecer normas, antes que conducir procesos políticos.

En lo ideológico Ortega deslizó sus críticas hacia la izquierda popular e intolerante y de igual manera atacó a la derecha fascista integrada de liberales rezagados que mediante causas políticas dominantes y emblemas nobles ocultaban y disfrazaban intereses personales o colectivos. Así entonces, debido a su postura fue tildado de fascista por las izquierdas y de liberal desde la derecha.[411] Al intentar elevar el tono político de la República apelando a la cordura democrática y social, con abstracciones sutiles sobre el ser y las circunstancias, batallando contra viejas ideas consolidadas y enfrentando firmes intereses creados con intención de bloquearlo, su discurso austero tendió a ser descalificado, pero no repercutió más allá de su oratoria. Ortega pareció dejar de lado sus preferencias políticas y afirmó que los partidos políticos eran estructuras caducas, obsoletas e inútiles.

La época tenía sus características bien definidas. En los años de la guerra civil era peligroso decir lo que honestamente se pensaba y los riesgos iban desde el ostracismo, la posibilidad de ser enviado a un campo de concentración, o directamente al paredón de fusilamiento. A su vez, la

---

Pero así como no he tenido empeño alguno en hacer ver a mis compatriotas que sé tales o cuales sabidurías --la prueba de ello está en la aparente popularidad e ingravidez de casi todos mis escritos--, *he querido deber demostrarles que sé no existir, tal vez, la única ciencia difícil*. Mas ahora creo inversamente llegado el momento para cancelar esa conducta taciturna y he querido iniciar la nueva faena dentro de España, aunque no se refiere sólo ni siquiera principalmente a España, sino a todo el Occidente y aun al mundo todo». Véase: ORTEGA Y GASSET, José, *Sobre una nueva interpretación de la historia universal. Exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee: A study of history*, "Lección IV", *Obras Completas*, tomo IX, pp. 1512–1513. Las cursivas me corresponden.

[410] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset*, *Luces y sombras del exilio argentino*, ibidem, p. 111.

[411] Luego de analizar una actualidad de ambigüedades Jorge EDWARDS concluyó que en términos políticos la diferencia entre izquierda y derecha «es borrosa». Véase: *Clarín*, "Frente a la pantalla tenemos una actitud pasiva", charla de Mario VARGAS LLOSA y Jorge EDWARDS en la Feria del libro, Buenos Aires, Jueves 4 de mayo de 2017, p. 60.

distorsión propagandista de ambos bandos tergiversaba la perspectiva de la realidad y obnubilaban el entendimiento; de ahí el silencio que hablaba por sí mismo era considerado por Ortega como un gran sanador.

En este contexto, el diario *La Nación* de Buenos Aires recordó que «sus nociones políticas tan discutidas comenzaron en la izquierda y viraron hacia la derecha empujado por desengaños, pero siempre buscando la autenticidad, la libre elección dentro de su "propio" pensamiento democrático con sueños de civilidad democrática.»[412]

De este modo, la traumática experiencia que significó para Ortega el desmoronamiento de todos sus anhelos políticos logró desilusionarlo, y así la impotencia lo condujo al silencio. Pero, a pesar de ello nunca traicionó su propio ideal. Sobre esta actitud orteguiana Mario Vargas Llosa opinó que: «el silencio que guardó en tantos años de existencia, en Francia, en Portugal, en la Argentina, desprestigió a Ortega a los ojos de muchos. Yo creo que fue un acto de gran coraje tratar de mantenerse al margen, sin tomar partido, por dos opciones que le parecían igualmente inaceptables: el fascismo y una república muy poco democrática, dominada por los extremismos sectarios.»[413] Vargas Llosa cree que fue un caro error de su parte volver a España en plena dictadura, creyendo ingenuamente que el régimen se abriría luego de la guerra, pues «a la vez que seguía siendo atacado (y silenciado) con ferocidad por el nacional catolicismo, ciertos sectores falangistas trataban de apropiárselo, sembrando la confusión en torno de él.»[414]

Desde otro punto de vista, hemos visto que Pedro Cerezo Galán se refirió a las tres salidas de Ortega a la política y el consecuente fracaso del filósofo español en este terreno. Luego de analizar las incursiones de Ortega en el campo político, este autor también hizo referencia al desenlace final y expresó que: «el naufragio se produce cuando la única política necesaria se hace inviable. En esto reside la tragedia. […] La guerra civil fue aquel naufragio. En él fracasó estrepitosamente la palabra del intelectual, que no había tenido, durante toda su vida, otro credo político ni otra prédica que "liberalismo y

[412] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio argentino*, ibidem, p. 453.
[413] VARGAS LLOSA, Mario, "El fracaso de Ortega y Gasset", Buenos Aires, *La Nación*, lunes 30 de junio de 2014, p. 19.
[414] Idem.

nacionalización" de la política.»[415] En consonancia con autores ya tratados, Cerezo Galán admite que el silencio fue asumido, consentido en el contexto histórico de su trágico destino personal y el de su nación. Todo había sido dicho de su parte a través de los años. Si bien no había nada más por decir luego de tres décadas de pedagogía política, Cerezo Galán señala un aspecto muy significativo: «pero el silencio de Ortega fue elocuente en otro sentido; vino a mostrar que no había otra palabra política alternativa.»[416] Esta ausencia de voces políticas alternativas, como cabe suponer, potenció el significado del «fuerte» silencio orteguiano, provocando así una abundante cantidad de opiniones diversas y contrapuestas.

Para el cuarto centenario del nacimiento del pensador renacentista Luis Vives, en noviembre de 1940, Ortega disertó sobre su personalidad en el Colegio Nacional de Buenos Aires.[417] Vives, de vocación intelectual, pertenecía al ambiente renacentista en el que se había descubierto América y dedicó su vida a estudiar y escribir, por lo que existe una profunda identidad de vida con Ortega ya que ambos desarrollaron una vida vocacional auténtica. A Ortega le interesaba analizar qué tipo de mundo intelectual y religioso moduló su fe cristiana y, por otra parte, qué tipo de humanismo ejerció él dentro de esa circunstancia.

Sobre este paralelismo de vidas Marta Campomar destaca que: «*apelar a la autenticidad de una conciencia en un mundo en el que se bracea como un náufrago intentando alcanzar la playa de sí mismo, los colocaba a ambos en una posición que iba a contrapelo de lo que, políticamente, se estilaba*. Sus proyectos, gustos y opiniones parecían discrepar con lo vigente, con lo que se usaba y se hacía.»[418] Existía identidad entre ambos, ya que Ortega se identificó sencillamente y sin esfuerzo con este intelectual en auge contra la corriente, en un universo en transformación. Ortega observó con atención el problema de la

[415] CEREZO GALÁN, Pedro, "Ortega y la regeneración del liberalismo. Tres navegaciones y un naufragio", en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., ibidem, p. 644.
[416] Idem.
[417] La Conferencia se publicó en *Obras Completas.* Tomo 9, pp. 515-519. En el archivo de Dos Talas, de Bebe Sansinena existe una copia a máquina de este mismo texto con fecha 12 de noviembre de 1940. Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 866.
[418] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 866–867. Las cursivas son mías.

historiografía argentina, necesitada de transformaciones profundas. Tanto la historiografía nacionalista como la liberal o radical, desconocían por completo este fenómeno.

Un dato significativo de esa hostilidad manifiesta, pero con disimulo por los agresores, fue la casi total desaparición de su abundante bibliografía en los programas oficiales de enseñanza universitaria en casi todos los países de habla hispana. La invisibilización meditada de la obra de Ortega puesta de manifiesto en los ámbitos académicos tiene un correlato a nivel profesional individual. Nos referimos en particular a todos aquellos profesionales de las disciplinas afines a la faena orteguiana, es decir, la filosofía, la sociología y las ciencias políticas. Esta actitud de indiferencia intelectual ha sido claramente expuesta y denunciada por Javier San Martín. Al respecto, este docente e investigador afirma que: «el escaso esfuerzo que se dedica a la lectura e interpretación de la filosofía de José Ortega y Gasset debería ser un auténtico escándalo, del que sería responsable en mayor u menor medida la inmensa mayoría de la clase filosófica profesional.»[419] Esta afirmación dura y certera de San Martín expone a la luz el impacto y las consecuencias causadas por la obra de Ortega, tanto así como la actitud temerosa e irresponsable de quienes continuaron trabajando en las disciplinas académicas mencionadas.

Sin embargo, la indiferencia intelectual académica hacia Ortega no impidió que intelectuales reconocidos se refieran a él con frecuencia. Entre ellos, el ya mencionado Nobel Mario Vargas Llosa ha escrito que «en España, en cambio, y hasta hoy día, nunca se lo ha reivindicado del todo, porque, para unos, es una figura ambigua y reticente, que mantuvo durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra un silencio cobarde que constituía una discreta complicidad con los fascistas, o un conservador de viejo cuño, inadaptado e irremisiblemente enemistado con la modernidad.»[420] Este reconocido escritor lo considera a Ortega como un trabajador infatigable que era prácticamente incapaz de planear y terminar un libro orgánico; a pesar de tener la intuición premonitoria de tantos, nunca llegaría a escribirlos porque la dispersión lo ganaba.

[419] SAN MARTÍN, Javier, *Ensayos sobre Ortega*, ibidem, p. 9.
[420] VARGAS LLOSA, Mario, “El fracaso de Ortega y Gasset”, ibidem, p. 19,

Vargas Llosa escribió un extenso artículo en *La Nación* en junio de 2014 comentando un libro de Jordi Gracia sobre Ortega. En este artículo analítico sobre Ortega, basado en el libro de Gracia, su autor expresa que «la vocación política fue tan importante en Ortega como la intelectual. En su juventud, en su temprana y media madurez, ambas vocaciones se fundían en una sola: quería ser un gran pensador y un gran escritor para cambiar a España de raíz, volverla europea, modernizarla, democratizarla, lo que para él, como para los intelectuales que atrajo la Agrupación al Servicio de la República, significaba llevar a gobernar el país a sus hijos más cultos, inteligentes y decentes, en vez de esa clase política que desprecia por mediocre, falta de ideas y de creatividad, acomodaticia y cínica.»[421]

Como se ha dicho, Ortega encontró en la tarea periodística, a través de diarios y revistas, la mejor manera de cambiar la política en uso, contagiar entusiasmo por ideas y unos valores que deben llegar al gran público a través de la persuasión. El intento incitador orteguiano tuvo sus frutos en el tiempo actual, más aún que en el que él vivió, pues buena parte de sus ideas políticas han sido ratificadas por la realidad. El escritor peruano cree y expresó de ese modo que Ortega y Gasset es uno de los grandes pensadores de nuestra época. No obstante, los problemas planteados por Ortega han crecido en forma exponencial durante las últimas décadas, en particular ante el avance de los medios masivos de comunicación, y en especial por la incidencia de la televisión.[422]

La última intervención pública de Ortega en política antes de su segundo viaje a la Argentina fue a través de los artículos que publicó en *El Sol*, entre el 18 de noviembre de 1927 y el 24 de febrero del año siguiente. A principios de 1930 volvió a tratar temas políticos; entre ellos, el más sobresaliente: «El error

[421] Idem.

[422] Giovanni SARTORI fue el último y tal vez el más fervoroso crítico del imperio avasallante de la cultura de la imagen: es el autor de *Homo Videns*, esa disección impiadosa pero certera de la estupidez propagada por vía televisiva esencialmente. Giovanni SARTORI creía que la televisión no produce pensamiento, que no abre discusiones, que decreta, que se impone, que es una eficiente máquina de jibarizar. Por eso, sostenía que el «Homo videns» no comprende lo que es la democracia, porque su capacidad de entendimiento está reducida por la epidemia imperial de la imagen que lo banaliza todo. El Homo videns «no entiende», no piensa en rigor. Está estimulado por los rayos catódicos que consume desde la infancia y postula opiniones volátiles, elementales y sin sustento. Véase: “Se fue un paladín contra el imperio de la TV. Murió el pensador Giovanni SARTORI. Vinculó el poder de la televisión con el debilitamiento de la democracia”, Buenos Aires, *Clarín*, miércoles 5 de abril de 2017.

Berenguer». Luego de analizar el tema Lasaga Medina afirmó que «por primera vez, Ortega cuestionaba frontalmente la forma de gobierno de la Monarquía y se reclamaba republicano.»[423] En esa oportunidad Ortega manifestó sus ideas que posteriormente se iban a traducir en un accionar político concreto, ideas «por las que iba a luchar en los mítines de los teatros y en los discursos de las Cortes. Más allá de la cuestión simbólica, emocionalmente decisiva, de la nueva forma de gobierno que ansiaban los españoles, el verdadero asunto residía en decidir qué contenidos políticos se iban a pensar, crear y ejecutar en las estructuras vacías de las nuevas instituciones deseadas. Ortega adelantó allí, y en el futuro se mostró bastante fiel, el programa de su actuación política.»[424]

Dos ideas reiteradas por el filósofo fueron la nacionalización del Estado español y la creación de un partido nacionalizador que esté por encima de «derechas» e «izquierdas», pero esta forma de tratar los problemas fue considerada petulante e ingenua**.**[425] Para Ortega la única alternativa posible era la de crear un gran partido nacionalizador, un instrumento que incorporara a todos y no fuera de nadie, para forjar la nueva nación.

Lasaga Medina menciona que Ortega se dispuso a intervenir en política de cuatro formas; ellas fueron: «organizando un grupo de acción pública: La *Agrupación al Servicio de la República*, presentándose a elecciones para diputados en Cortes y ganando dos actas, una por Jaén y otra por León, que fue por la que finalmente fue nombrado para las Constituyentes; tomando parte en las discusiones de la Constitución, otras leyes (a destacar su intervención en el proceso de aprobación del Estatuto catalán) y reglamentos en la Cámara y, sobre todo, escribiendo en los periódicos y dando mítines y conferencias cuando fue necesario.»[426] No obstante, su salida definitiva de la política fue cuando se desilusionó de la República.

---

[423] LASAGA MEDINA, José, *José Ortega y Gasset (1883–1955) Vida y filosofía*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva–Fundación José Ortega y Gasset, 2003, p. 102.
[424] Idem.
[425] Víctor OUIMETTE ha visto acertadamente el motivo principal de ese fracaso: «su incapacidad para subyugar el imperativo intelectual a los caprichos del realismo político, siempre fue la causa de sus retiradas de la política» (Víctor OUIMETTE, "La política de Ortega y *La trahison de cleros*", en: Manuel DURÁN (ed.), *Ortega hoy: Estudio, ensayos y bibliografía sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985, p. 91. Véase en: LASAGA MEDINA, José, *José Ortega y Gasset (1883–1955) Vida y filosofía*, ibidem, p. 106.
[426] Ibidem, p. 104.

En este sentido, Lasaga desliza las críticas que amerita la actitud de Ortega señalando que: «quizá en Ortega primó el filósofo sobre el hombre, en el sentido de aspirar a una pureza y a un deseo de no equivocarse que le impidió comprender esas otras razones "sin-razón" que no eran sino pasiones desbordadas. Quizá fuera simplemente que vio que no se podía hacer nada en aquellas condiciones históricas, sociales, económicas… La lucidez suele ser notoriamente incompatible con la esperanza.»[427] Esta última reflexión de Lasaga Medina sintetiza y refleja la clave profunda que explicaría, posiblemente de la mejor manera, la actuación de Ortega en la arena política.

Como hemos mencionado antes en este mismo capítulo, según Ortega, la política es el arte de conseguir el Gobierno –el poder– y conservarlo; o bien, como el arte mismo de gobernar, es decir, de tener las ideas sobre aquello que hay que hacer en un Estado; de ahí la necesidad de la también ya mencionada pedagogía política, es decir, la enseñanza de sus aspectos claves. Este camino conduce a la «Política» grande, con mayúscula. Sin embargo, el enfoque de los políticos está generalmente referido a cuestiones de organización administrativa y de intereses de partido; en general, de sus propios partidos, o lo que es lo mismo: el empeño puesto en los intereses sectoriales propios colocados por encima de los intereses generales de la sociedad.

En la política, ocupación humana necesaria, priva la eficacia. La nueva política debía ser de mayor calidad que la existente, pero la realidad política, vacía de valores y concentrada en coyunturas de interés exclusivamente sectorial exigía, para recuperar la esperanza en ella, la reversión de una cuestión crucial: la búsqueda de la verdad que yace en lo profundo de la sociedad; éste debía ser el objetivo a perseguir.

Por otra parte, elevarse al campo de acción político requiere no sólo superar la formalidad institucional del debate político, sino también, además de pensamiento, una fuerte dosis de voluntad. Para ello hay que estudiar la sociedad y descubrir sus necesidades, sus ideales y esperanzas, y, a continuación, hallar las formas de irradiación de las conclusiones traducidas en medidas concretas de acción política. Esto implica una honda y dilatada obra de construcción.

[427] Ibidem, pp. 106–107.

El filósofo español aspiraba a una reforma humana ideal en la que tuvieran oportunidad de participación los ciudadanos mejores; de ahí su concepción aristocrática, entendiendo por ello que debían predominar las ideas mejores de la época. Por otra parte, su no adherencia al capitalismo se basó en que éste no dejaba lugar al afloramiento de las mayores virtudes íntimas humanas.

Estas virtudes superiores eran dejadas de lado por la incesante actividad económica en búsqueda del dinero. Por el contrario, la atracción de Ortega fue por el proyecto socialista de base racional que excluía el cerrado imperio cuantitativo, dando lugar al surgimiento y predominio de otros valores más humanos. La racionalidad era la idea clara de Ortega sobre lo que el Estado debía hacer en una Nación, pero, a Ortega le faltaba algo fundamental en política: sistema, pues intervenía desde su posición intelectual de espectador.

Entonces, producto del desconcierto y del hartazgo con la vieja política, Ortega casi siempre votaba en blanco. Este descontento radical basado en sus reflexiones en torno a las dificultades con que se encuentra un intelectual para el ingreso en un partido político rondaba en la difícil cabida que encuentra una filosofía para acceder a un partido determinado; esto es: el modo o manera de cómo concensuar el discurso político con los discursos parlamentarios.

Al manifestar su decepción en un artículo de 1908 publicado en *El Imparcial* el filósofo español se expresó diciendo: «Cierto que la política no es, a mi entender, el arte de hacer felices a los pueblos.»[428] Esta visión comprende, por otra parte, la dificultad radical que el quehacer político encierra en su propia dinámica, ya que para Ortega: «Una política es una complicación incalculable de fines menudos y sagaces, de medios precisos y simples: no es tan sencilla como un ritmo de movimientos reflejos.»[429]

Observando aspectos más específicos y coincidiendo con la visión de otros autores ya mencionados, José Lasaga Medina pensó y rescató la idea de unidad política propuesta por Ortega, que aspiraba a alcanzar la arquitectura comarcal traducida en regiones concretas, para lo cual proponía la creación de

[428] ORTEGA Y GASSET, José, “Asamblea para el progreso de las ciencias”, *Obras Completas*, tomo I, ibídem, p. 249..
[429] ORTEGA Y GASSET, José, “Libros de andar y ver, Una descripción de la política internacional”, *El Imparcial*, 14 junio 1911, *Obras Completas*, tomo I, p. 527.

un partido nacionalizador, pues su visión política al estar por encima de derechas e izquierdas superaba lo sectorial.[430]

En el caso argentino la complejidad política se vio reflejada, como se vio en la Primera parte, en la inautencicidad, componente de la personalidad argentina denominada farolería; rasgo intrínseco de la *elite* que caracterizó a la administración del Estado a cargo de una oligarquía paternalista cuya impronta ha dejado grabada una profunda huella en el ser estatal argentino. Con el transcurrir del tiempo, como se verá en II.2, este factor mencionado permitió el tránsito a la política y al manejo del Estado de la denominada clase media.

## 2. El Estado: máquina amoldable de servicio a una nación, que logra sus fines a costa de la individualidad de los ciudadanos

La afinidad de Ortega al socialismo encontró su límite en la exigencia de las garantías de la libertad individual y se amparó en la prudencia que evitara la dictadura del proletariado. El filósofo conocía la complejidad del alma humana, sabía de la diversidad, limitaciones y contradicciones del hombre. Para Ortega, por un lado los hombres no solo viven en sociedad sino que por otro lado son, además, insociables; esto último era sabido a causa de los intrínsecos impulsos antisociales manifestados a lo largo de la historia humana.

En este punto radica la complejidad trágica de la convivencia humana: en la tensión asociación-disociación que, inevitablemente, genera una permanente inestabilidad social. Esta tensión, en los hechos concretos se producía por la acción recíproca entre una masa y una minoría o *élite*. A juicio de Ortega, esta *élite* era la encargada de regir el cuerpo social previendo el porvenir. El filósofo estaba convencido de que cuando manda la masa, ésta conduce al conjunto social hacia la desorientación. Esta pérdida de brújula es, según su punto de vista, una conocida y recurrente manifestación contemporánea que requiere evolucionar y superarse.

En el plano de lo concreto, los grupos integrantes de un Estado deben tener proyectos integradores; esto es, convivir para *hacer* algo juntos, no sólo *estar*

[430] LASAGA MEDINA, José, *José Ortega y Gasset (1883-1955) Vida y filosofía*, ibidem, pp. 101–103.

juntos. Lo dicho implica, en el campo de la política, estar por encima de programas de tendencias y posturas parciales; por el contrario, es una aspiración mayor de vida en común orientada a un destino auténtico, pleno y sincero. Materializar esta aspiración exige componer un conjunto intelectual con visión de largo plazo, complementada e integrada al necesario aporte de esfuerzo diario. El desafío consiste en evitar la estatización de la vida privada y el intervencionismo del Estado a todo nivel. Si esto sucede, finalmente se anula al individuo de manera autoritaria. En resumen: los excesos de intervención estatal harían del Estado una máquina ortopédica que a la larga fenecería por propia falta de iniciativa, producto de la inhibición de la energía social.

Ortega conocía este nefasto mecanismo funcional. Así entonces, en *España invertebrada* rechazó la idea estática de convivencia nacional y apeló a entenderla dinámicamente; en esta obra expresa la necesidad de comunión, en el sentido de cohesión social necesaria que permita constituir en un Estado en el que sus integrantes vivan juntos para hacer algo en común, desarrollar propósitos afines al beneficio del conjunto social.[431] El aspecto clave es una adhesión comunitaria de incorporación auténtica en la que: «La potencia verdaderamente sustantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, *un proyecto sugestivo de vida en común.*»[432] No obstante, dada su complejidad intrínseca, este proyecto de vida comunitaria y de cohesión social presenta dificultades diversas a la hora de ser materializado. Para lograrlo se requiere, sobre todo, cualidades vinculadas a la inteligencia y a la educación.

Consciente de lo dificultoso del asunto, en otro de sus textos escritos con posterioridad, Ortega se cuestionó con notorio sentido de realidad lo siguiente:

[431] ORTEGA menciona, a modo de ejemplo contrapuesto, que el espíritu romano para organizar un pueblo lo primero que hizo fue fundar un Estado. No concibió la existencia y la actuación de los individuos sino como miembros sumisos de ese Estado. Dice también que el espíritu germano tiene un estilo opuesto; el pueblo consiste para él en unos cuantos hombres enérgicos que con el vigor de su puño y la amplitud de su ánimo saben imponerse a los demás. Véase: *España invertebrada*, "Segunda parte, 6, La ausencia de los mejores", 1922, *Obras Completas*, tomo III, p. 113.

[432] ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada –Bosquejo de algunos pensamientos históricos*, "2. Potencia de nacionalización", *Obras Completas*, tomo III, p. 549. Las cursivas corresponden a Ortega.

«¿Quién sabe si los Estados de tipo moderno sólo son posibles en etapas de gran torpeza psicológica por parte de los ciudadanos?»[433]

Como se ha visto y se ampliará en este mismo capítulo, para el filósofo español el tema del Estado constituyó una ocupación sostenida en el tiempo, abordándola en forma recurrente desde distintos ángulos.

También en *La rebelión de las masas* Ortega admitió como interesante y reveladora la actitud adoptada por el hombre masa ante el Estado; percibió que este hombre masa lo ve y admira, pues al considerarlo cosa suya ve que asegura su vida. Ahí reside el peligro. De esta manera, el Estado ha llegado a constituirse en una máquina formidable, que funciona extraordinariamente, con alta eficiencia por la cantidad y precisión de los medios que dispone.

Si bien el Estado contemporáneo puede considerarse el producto más visible y relevante de la civilización, sin embargo, la desventura humana nacida del apetito de conseguir todo sin esfuerzo, o con el esfuerzo mínimo indispensable y sin riesgo, marca una tendencia que puede resultar fatal al hacer decaer el cuerpo social. Esto equivale, según Ortega, que al violentarse la espontaneidad social por la intervención reiterada del Estado, en última instancia: «La sociedad tendrá que vivir para el Estado; el hombre, *para* la máquina del Gobierno.»[434] De manera que, a través de este intervencionismo estatal el pueblo pasa a ser alimento de una maquinaria devoradora de su entorno, por lo cual, el estatismo como máquina anónima de masas autómatas se convierte en una forma superior caracterizada por la acción directa, finalmente dominada por la violencia.

Posteriormente, Ortega volvió a referirse al tema estatal en 1940 y publicó en *La Nación* un artículo en el que sintetizando estos aspectos advirtió: «La sociedad, para vivir mejor ella, crea como un utensilio el Estado. Luego el Estado se sobrepone, y la sociedad tiene que empezar a vivir para el Estado. A esto lleva el intervencionismo del Estado: el pueblo se convierte en carne y pasta que alimenta el mero artefacto y máquina que es el Estado. El esqueleto se come la carne en torno a él. El andamio se hace propietario e inquilino de la

[433] ORTEGA Y GASSET, José, *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela*, "Ideas sobre la novela, Decadencia y perfección", *Obras Completas*, tomo III, p. 1109.
[434] Ibidem, p. 548. La cursiva corresponde a Ortega.

casa.»[435] El Estado ejerce presión en la sociedad y los individuos que lo componen a través de mando y coacción sobre estos, quiéranlo o no. Es, entonces, lo opuesto a la libertad: resistencias y presiones anónimas traducidas en usos, costumbres y normas a aceptar. En resumen: representa importantes restricciones a su albedrío.

En el «Prospecto del Instituto de Humanidades» de 1948 Ortega dijo que: «entre las cosas humanas es la sociedad la menos patente, la que más se disfraza detrás de otras»[436], por lo que, en este sentido, el Estado es su máscara más evidente. El poder público es simple emanación enérgica de la opinión pública, con abusos y desviaciones de los usos.

Ortega consideró estas alteraciones y, en consecuencia, definió que: «la función de mandar: es disponer por anticipado una acción común de los individuos que forman una colectividad, es estrictamente "organizar".»[437] Ese mandar, como fenómeno social es un uso como otro cualquiera, pero la diferencia radica en el anónimo contenido a cargo de individuos que ejercen, según su propio criterio, mediante su voluntad, la organización de los actos de los demás individuos. De ahí que, en esta superorganización de lenta y continua construcción, los que mandan comienzan organizando el aparato de mandar para, una vez constituido, él organice la vida de los individuos.

De manera entonces que, la existencia del Estado con su superorganización creada recurre al individuo como tal, con sus diversos atributos, pero Ortega advirtió que: «esto no acontecería si la sociedad fuese una realidad que se basta a sí misma, y si la vida humana pudiese transcurrir de manera tolerable ateniéndose sin más a la organización espontánea, anónima e irracional de los usos.»[438] Por ello, debido a los comportamientos sociales y antisociales sostenidos en la sociedad, inserto en ella el individuo está bajo presión; de ahí su deficiencia y alteridad.

Además, Ortega consideró a la sociedad como utopía y expresión de deseos, de donde provino su definición: «el Estado, la Ley son aparatos ortopédicos puestos a la Sociedad, siempre quebradiza. Es siempre y a la vez

[435] Ibidem, p. 549.
[436] ORTEGA Y GASSET, José, "Instituto de Humanidades, Sentido de las nuevas humanidades", *Obras Completas*, tomo VI, p. 638.
[437] ORTEGA Y GASSET, José, "En el fondo, querría lo mejor, ¡Que me enseñen el Estado!", *Obras Completas*, tomo VI, p. 995.
[438] Ibidem, "La sociedad está enferma", p. 996.

Sociedad y lo contrario: Di–sociedad.»[439] El Estado es respuesta al funcionamiento espontáneo y deficiente de la sociedad, que reclama su organización: nace de esa necesidad y evoluciona en frondosa legislación que limita la proyección del individuo, impidiéndole ser y realizarse. Estos riesgos fueron señalados por Ortega.

Llevar adelante la utilidad y adecuación estatal relega la individualidad. Se trata, pues, de obtenerla a su costa, pues la intención última del Estado es lograr racionalizar el comportamiento de los individuos obligando a que ese comportamiento resulte apropiado y conveniente para el conjunto social. En *La rebelión de las masas* el filósofo español señaló los peligros que puede constituir el Estado. Pretender que esté por encima de todo, convertirlo en Estado beneficencia, resulta algo imposible de ser en realidad. Resulta que, a pesar de aspirar a proteger del mejor modo al individuo contra los peligros que lo acechan, en contra de la buena voluntad inicial el resultado final termina siendo la asfixia de aquél, cumpliéndose de esta manera lo que el filósofo español definió como la fábula del oso amigo del hombre.[440]

Ahora bien, la denominada vocación responde a un esfuerzo interior continuado, que al emerger del propio sujeto logra hacerlo feliz. En este sentido, frente a las demás profesiones, la profesión liberal requiere vocación y talento, dos magnitudes humanas variables que permiten a los individuos jerarquizarse en la sociedad. Siguiendo la tendencia social predominante con su manía de igualitarismo, sucederá que los menos dotados buscarán apoyo en el Estado para que éste regimente la profesión, de modo que todos queden económicamente igualados. En resumen, el aparato estatal conformado por un sistema de órganos públicos artificiales creados por la misma sociedad es, a la vez, rígido y de funcionamiento mecánico: responde a necesidades objetivas y por eso su inhumanidad. Como consecuencia de ello, en las sociedades actuales resulta cada vez menos posible andar sobre tierra firme; por el contrario, debido a sus fluidas características, estas sociedades obligan a

[439] Ibidem, p. 997.
[440] "El hombre, tendido, dormía; el oso, amigo del hombre, vigilaba su sueño. Una mosca se posa en la frente del hombre. El oso no puede consentir esta perturbación en el sueño del hombre, su amigo. Con su garra espanta la mosca, pero con ello aplasta la cabeza del hombre." Véase: *Obras Completas*, tomo IX, p. 1000.

moverse en un estado líquido; esto es: en ellas sólo cabe nadar, al menos para no hundirse.

No obstante, anticipándose a sociólogos contemporáneos, Ortega advirtió que «Por tanto, en el elemento líquido se puede trabajar y se puede avanzar.»[441] En estas circunstancias se han visto disminuidas algunas y desaparecido otras vigencias que hasta entonces contribuían al sostenimiento de la sociedad, produciéndose, en consecuencia grandes transformaciones acompañadas de lógicas perturbaciones y turbulencias. Este fenómeno ha provocado un tembladeral institucional, sacudiendo los firmes cimientos en que antes se asentaban las vigencias sociales difusas en el cuerpo social. El Estado ha quedado reducido en su poder y ya no cuenta con posibilidades de perdurar en el tiempo. Ortega analizó este fenómeno y planteó otro nuevo: «por falta de aquellas vigencias difusas, las instituciones políticas viven más bien de un equilibrio inestable y precario que por el momento se ha producido entre fuerzas políticas dispares y antagónicas.»[442] Por lo tanto, un rasgo distintivo social consiste en la ausencia de entusiasmo compensado con una excesiva confianza en el régimen.

Las sociedades, incapaces de aportar ilusiones y renovar expectativas, no logran visualizar instituciones alternativas en que poder asentar sus esperanzas. Sin duda, un fenómeno nuevo respecto del pasado, en el cual ante la pérdida de vigencia y prestigio de un gobierno, otro venía a suplirlo con sus nuevas y esperanzadoras ilusiones. Pero, en realidad, resulta cada vez más difícil hallar figuras nuevas con ideales políticos de prestigio reconocido. En consecuencia, son necesarios nuevos esfuerzos grupales. De lo contrario ocurrirá lo señalado por Ortega: el Estado, incapaz de generar soluciones saludables, «se ve obligado a intervenir en ellos violentamente para lograr pseudo-soluciones de carácter efímero que dañan el porvenir de la producción misma.»[443]

Ortega tenía en claro, como se ha mencionado, que cualquier régimen político debía estar basado en dos pilares fundamentales: liberalismo y democracia, esta última ocupándose del ejercicio del poder público dentro del

[441] ORTEGA Y GASSET, José. “El fondo social del *management* europeo”, *Obras Completas*, tomo IX, p. 561.
[442] Ibidem, p. 562.
[443] Ibidem, p. 564.

conjunto de ciudadanos. El conflicto sobre los alcances y límites de este poder es incumbencia, según el filósofo español, del propio liberalismo, que debiera defender, más allá de quien ejerza ese poder, los límites con que este poder debe ser aplicado. El respeto de los derechos del individuo en vista a la injerencia estatal es requisito previo. Ahora bien, el accionar del mando por parte el Estado es finalmente violencia de mayor o menor calibre, pues **l**as sociedades son imposibles sin la imposición de la energía del Estado**.**

En contraposición a lo expuesto, en su obra *La Escuela de Madrid*, Julián Marías, uno de los más destacados discípulos de Ortega, analizó el comportamiento social en cuanto a su dinámica interna y expresó las funciones a cumplir por el Estado. Al respecto Marías dijo: «la sociedad no se regula espontáneamente como creyó el liberalismo, sino sólo gracias a la faena de imponer un orden a la porción antisocial de la sociedad, y esa "triste faena", por muchas razones terrible, pero inexcusable, se llama *mando*, y es ejecutada por el Estado.»[444] En síntesis, la forma de realidad humana que es la vida colectiva responde a una estructura particularmente determinada.

Al referirse a ella, en sintonía con Ortega, Marías sostuvo que: «una sociedad está definida por la acción recíproca de una masa y una minoría. La minoría selecta, la *élite*, es el núcleo rector, que anticipa el porvenir y dirige el cuerpo social; pero se entiende que esa minoría es minoría *de una masa*, es decir, está definida funcionalmente por su relación con ésta, y su acción es un servicio a ésta; pero claro es que ese servicio consiste en mandarla, en dirigirla, en proponerle un programa o proyecto de vida colectiva.»[445] Cuando la masa olvida su función específica en el conjunto de la sociedad y se inclina hacia la función de mando no sólo invierte su rol sino que da lugar al inicio de un proceso patológico social, aquél que Ortega anticipó en *La rebelión de las masas*, su libro más famoso, aunque no siempre plena y rectamente entendido dentro del sistema de su filosofía. Lo mismo ocurre cuando la *élite* está ausente.

Según Marías «para Ortega, sociología no quería decir un montón de conocimientos empíricos o de construcciones ideológicas, sino la *teoría* de la

[444] MARÍAS, Julián, *La Escuela de* Madrid, ibidem, p. 168. La cursiva corresponde a MARÍAS.
[445] Ibidem, p. 169. Las cursivas corresponden a MARÍAS.

sociedad, el conocimiento teórico de lo que la sociedad es.»[446] Esta visión orteguiana de la sociedad se percibió tempranamente al mezclar sus preocupaciones abstractas de filósofo con aquellas otras correspondientes a los problemas organizacionales del Estado y de la ética social. Ortega veía la sociedad en conjunto y pretendía infundirle un espíritu enérgico y fresco planteando la nacionalización del Estado, en el que, pensando en grande se prioricen los problemas nacionales para alcanzar un republicanismo social; propendía, en definitiva, la separación entre Iglesia y Estado, para lograr un Estado laico, aunque sin disolución total de las órdenes religiosas entonces vigentes.

Para el filósofo la Administración representaba la periferia del Estado, la zona de contacto que hace a la espontaneidad social y los hechos administrativos siempre corresponden más al nivel de la sociedad que al del Estado. En 1930 en *El Espectador* Ortega definió que: «En el Estado la nación se mira a sí misma, o, dicho en otra forma, lo que el Estado sea en una nación, simboliza la idea que esa nación tiene de sí misma.»[447] Retrospectivamente Ortega destacó como rasgo sobresaliente del siglo XIX su entusiasmo por el Estado, que hizo de la política el centro de su interés, lo cual propendió a su perfección. De ahí proviene, según su punto de vista, el peligro de atravesar el delicado límite entre la intervención sensata y el autoritarismo estatal expresado en una intervención excesiva.

Ortega estudió este problema en profundidad a partir de analizar la experiencia sucedida en el Imperio romano y la civilización grecorromana en las diversas fases del proceso, lo cual le permitió extraer conclusiones precisas sobre el problema. Una conclusión significativa sobre la caída del Imperio fue que la causa más inmediata consistió en el «aplastamiento de la espontaneidad social por un Estado desproporcionadamente perfecto.»[448]

Como se advierte, una forma concreta de asfixia estatal consiste simplemente en constituir un Estado absorbente; éste es su talón de Aquiles, pues gradualmente disminuye su eficiencia hasta llegar a la parálisis funcional.

---

[446] Ibidem, p. 277. La cursiva es de MARÍAS.
[447] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador – VII* (1929), "Intimidades, El hombre a la defensiva", *Obras Completas*, tomo II, p. 899.
[448] Ibidem, p. 902.

Este aspecto cobra mayor incidencia al considerar la complejidad de los nuevos tiempos por venir, que permiten percibir dificultades crecientes.

El Estado debe afrontar ahora no sólo a los individuos, sino, además, a nuevos y variados tipos de asociaciones que incluyen, entre otros, a sindicatos y empresas de toda índole. Por esa razón, Ortega fue partidario de un Estado fuerte, de base liberal, pero al mismo tiempo interventor en la vida económica y social. En el contexto de esta radiografía sobre la incumbencia del Estado en el poder público nacional Ortega descreía de soluciones simples y pensaba que la Argentina estaba caminando hacia modelos europeos espurios; desconfiaba de que el problema fuese arrojar el Estado sobre los problemas nacionales cuando éstos lo acecharan y se le vinieran encima. De esa manera la situación se tornaría irrespirable y, como no podía ser de otro modo, afectaría gravemente la vitalidad colectiva.

Resumiendo lo antes dicho, la realidad que irrumpía ante los ciudadanos era un agrandamiento excesivo del Estado, a imitación de las peligrosas corrientes en auge en esa época. En Argentina el tipo de Estado moderno que se estaba configurando era el del poder anónimo del hombre masa, que lo creía propio, por lo que le exigía la resolución de sus diversas necesidades interpretando que debía satisfacer todos sus requisitos. El peligro mayor de esa interpretación reside en la estrangulación de la minoría creadora.

Un elemento adicional a tener en cuenta en este fenómeno dinámico consistía en la gran movilidad inmigratoria que se estaba sucediendo en la Argentina, ya que los inmigrantes demandaban dinero rápido coadyuvando al debilitamiento estatal, careciente de un sistema jurídico firme en un contexto de vaivenes económicos y políticos.

Por el contrario, la construcción de un Estado eficaz e inteligente pasaba por la intención y voluntad de hacer algo en común, pero esto no estaba claro en la cabeza de los responsables de las ejecuciones institucionales. La función congénita del Estado de controlar y apaciguar crisis sociales y sus consecuentes violencias de mayor o menor intensidad no fue sopesada correcta y equilibradamente por el liberalismo, que nunca tuvo la capacidad de ver esos fenómenos con claridad y anticipación.

El proceso de creación de nuevas instituciones en el cual el Estado se amolda debe permitir chequear y verificar el verdadero poder, ya que una

nueva libertad para un individuo puede coartar, reducir o eliminar por completo la libertad existente de otro individuo. Ante el Estado como tal, la sociedad funciona como un músculo obligado a adaptarse, amoldándose a la imposición de sus condiciones y exigencias.

Luego de indagar este comportamiento funcional la investigadora Campomar afirma que: «Ortega no le perdona al liberalismo del siglo XIX, del que siempre sintió el peso de su decadente sistema político, el haber acaparado para sí todo el concepto de libertad.»[449] Al considerar que es la nación la que debe vivir, por un lado puede decirse que la torpeza psicológica de los ciudadanos es causa de la existencia de los Estados modernos, pero también cabe preguntarse por donde pasa la perfección de ese Estado; de ahí el interrogante decisivo que planteó Ortega: «¿cómo hay que organizar el Estado para que la nación se perfeccione?»[450], pues, como se ha dicho, es la nación la que debe vivir. Conformar un Estado rígido y en sí mismo perfecto esfuma la vitalidad de sus ciudadanos y paraliza la vida nacional. En consecuencia, debe encontrarse un equilibrio que proporcione adecuadamente la dirección de ideas y programas. La propuesta de Ortega se resume en que es la vitalidad de las naciones la que triunfa a lo largo de la historia, no la perfección explicita y formal de los Estados.

Al considerarse quienes instrumentan y ejecutan tanto ideas como programas que conforman la maquinaria estatal no puede dejarse de lado al hombre político; él es el encargado de cimentar orgánicamente el aparato estatal, es decir, del intelecto de este hombre dependerá su calidad.

La formidable maquinaria estatal puede lograr ser eficiente si logra precisión de sus partes integrantes. En este caso, lo destacable es ver como el hombre masa admira esta maquinaria anónima que le da «seguridad». Sintiéndola cerca y propia este tipo de hombre cree que así asegura su vida, sin advertir que puede dejar de sostenerlo en cualquier momento.

Esta lógica funcional resulta de carácter precario, pues su tendencia es insostenible en el tiempo, afectando cada vez con mayor frecuencia la menguada energía de la sociedad. A fin de esclarecer aspectos más profundos

[449] Ibidem, p. 863.
[450] ORTEGA Y GASSET, José, *Mirabeau o el político*, “VII”, *Obras completas*, tomo IV, ibídem, p. 276.

Ortega estudió a los romanos, que tuvieron como iniciativa primera fundar un Estado al que los individuos estuvieran sumisos; contrapuesto, como hemos visto antes, al espíritu germano, fundado a partir de un puñado de hombres vigorosos y ánimo amplio y generoso.[451]

Considerando lo mencionado anteriormente, si el propósito consiste en perfeccionar el cuerpo nacional, el enfoque político debería ocuparse de hallar respuestas concretas sobre cómo organizar el Estado para que la nación se perfeccione, ya que ésta es prioridad en cuanto a vitalidad. Resumiendo, se debe ver claramente la cuestión de la importancia organizacional estatal para hallar una solución saludable para el conjunto, y ello implica la intervención oportuna y acertada en los problemas a fin de preservar las potencialidades de la nación.

## II – RELACIÓN ENTRE MASA Y PODER MANIFIESTA EN LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DE ORTEGA Y GASSET

### 1. Ortega y su anticipación del advenimiento del bárbaro moderno. Rebelión y desmoralización radical de la humanidad

La generación española del 98 fue la primera que puede considerarse plenamente europea desde su sensibilidad artística. Los maestros de Ortega de esa época le aportaron un panorama de ésta que le permitió a nuestro filósofo una clara comprensión de la realidad, según sea vista desde la superficie advirtiendo notorios éxitos técnicos y económicos; o desde lo social profundo, en que se advierte un significativo malestar del cual aflora descontento y desorientación. Nietzsche, denominó nihilismo a este fenómeno social.[452]

[451] Véase: ORTEGA Y GASSET, José. *España invertebrada*, “Segunda parte: la ausencia de los *mejores*, 6. La ausencia de los mejores”, *Obras Completas*, tomo III, ibídem, pp. 610–611.
[452] Véase: LASAGA MEDINA, José, “Meditaciones del Quijote en la génesis de la razón vital”, en: SÁNCHEZ MUÑOZ, Rubén y GARCÍA PÉREZ, Sandra (Coordinadores), *Meditaciones sobre la filosofía de Ortega y Gasse*t, VV.AA., Madrid, Editorial Torres Asociados, 2016, p. 71.

Como punto de partida para analizar el fenómeno de masas hay que mencionar que toda formación de muchedumbres se realiza a partir de coincidencias de ideales y propósitos por parte de sus individuos integrantes. Entonces, para la conformación de una minoría, cualquiera que sea, es preciso que previamente algunos individuos se distancien de esas muchedumbres a partir de la no identidad con ellas. Esta diferenciación surge de fundamentos y valores específicos relativamente individuales.

José Molinuevo analizó este fenómeno social a partir de las conferencias de Ortega dadas en Buenos Aires en 1916 y 1928, y en su análisis expresó que: «este ingrediente de juntarse los menos precisamente para separarse de los demás, va siempre involucrado en la formación de toda minoría.»[453] Como consecuencia de este proceso social la muchedumbre, anteriormente anónima y de tránsito inadvertido, a partir de ahora pasa a ser visible, manifestando su presencia en diversos y variados lugares de la sociedad, muchos de ellos de características destacadas.

Este cambio de la masa implica dar un paso adelante: pasar desde el anterior fondo del escenario social a la ubicación en un lugar protagónico. Ese desplazamiento de las masas hacia un lugar de mayor nivel desde el cual imperan refleja el hecho general del crecimiento del mundo y la vida aparejada a él. El fenómeno consiste en que al tomar éstas la posesión de las instituciones, de los poderes y placeres más elevados, de esa manera se han adueñado de la civilización creada a través del tiempo por individuos más selectos y disciplinados. A este imperio de las masas que usufructúan lo ya hecho por la civilización Ortega lo interpretó como un gesto invasor.

En su quinta conferencia dada en Buenos Aires, titulada *El peligro de nuestro tiempo*, definió categóricamente que el mencionado fenómeno se trata de «una toma de posesión, no una creación. Sobre esto, no debe haber duda: las masas no crean nunca nada: reciben, adoptan, repercuten lo creado por los mejores.»[454] Luego de sus investigaciones durante los dos últimos siglos sobre los hombres más lúcidos Ortega advirtió que estos aspiraban al dominio del porvenir a través de la simplificada y frágil idea de progreso, ignorando la

[453] Véase: MOLINUEVO, José Luis (editor), *José Ortega y Gasset. Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, ibidem, pp. 245–246.
[454] Ibidem, p. 270.

incertidumbre en que reside todo vivir individual o colectivo. Este peligro sólo fue percibido por unos pocos individuos.

Poco más adelante, en la misma conferencia Ortega vislumbró otra característica preocupante; entonces dijo que: «la masa, embalada en su triunfo, no siente preocupación alguna por lo que pueda pasar. Desentendida del pasado no prepara el futuro sino que vive de puro presente.»[455] Conciente de esta posibilidad, el filósofo español se interrogó sobre este fenómeno triunfal de las masas, que podría vincularse al rápido y vertiginoso crecimiento poblacional, pues éste era uno de los rasgos constitutivos del siglo XIX, no sólo característico de América sino también de Europa. De ahí que lo denominara la gran centuria paridora, con el correlato lógico de sus consecuencias políticas. Sin embargo, lo significativo no era el aumento de la población sino más bien la vertiginosidad del crecimiento.

Posteriormente, Ortega atribuyó la significación del fenómeno tratado a un cambio mucho más profundo y complejo: una simplificación involutiva del alma humana asociada al fenómeno en cuestión. Este nuevo significado lo llevó a interpretar la significativa mutación humana y a expresar que: «han sido proyectados a bocanadas sobre la historia montones y montones de hombres, *en un ritmo tan acelerado que no podía pensarse en saturarlos de culturas tradicionales. Lejos de eso, lo único que se ha podido hacer ha sido conseguir que el hombre de tipo medio actual europeo tenga un alma más fuerte y más sana que el de las pasadas centurias, pero en cambio mucho más simple, hasta el punto de que, a veces parece un hombre primitivo, aparecido mágicamente, inesperadamente en medio de una viejísima civilización*.»[456] No obstante, el motivo central del fenómeno ascencional de las masas pasa por la confusión de creer que las técnicas de la vida moderna sustituyen a la educación.

Las masas están en la creencia de la necesidad de los instrumentos brindados por el poder, pero vacías de conciencia dejan de lado la sensibilidad de sus usos. Sobre esto Ortega advirtió poco más adelante: «se les ha inoculado el orgullo y el poder de los medios modernos, pero no su espíritu. De

[455] Ibidem, p. 274.
[456] Ibidem, p. 277. Las cursivas son señaladas por MOLINUEVO como enunciado tachado por ORTEGA.

aquí que no quieran nada con el espíritu y que las nuevas generaciones se dispongan a tomar el mando del mundo como si el mundo fuese un paraíso sin huellas antiguas, sin viejos problemas cargados de complejidad.»[457] En correspondencia, se ha hecho patente una supuesta urgencia de simplificación que ha conducido al infantilismo de la vida humana.

Como consecuencia de ello, Ortega agregó luego: «el espíritu parece abandonado. Sus ingentes proyectos y sus vastas utopías ya no producen incandescencias en los corazones y los hombres nuevos de espaldas a todo ello, se ponen a jugar.»[458] De ahí la realidad de masas con poder, pero desentendidas del espíritu, que rechazan las normas y principios antecedentes y, en consecuencia, se resisten a servir al prójimo. En síntesis: la implantación voluntaria de la barbarie.

Debido a ello Ortega se interrogó sobre la actitud y responsabilidad correspondiente a las antiguas minorías durante la escalada social de las masas y puso el acento en su responsabilidad frente al hecho concreto. A partir de ahí no dudó sobre los principios y ausencia de disciplina en que estas minorías se apoyaban, de lo cual concluyó que: «el triunfo de las muchedumbres es siempre síntoma de que las minorías directoras yacían en previa desmoralización.»[459] Para Ortega era positiva una nivelación social, pero estaba en desacuerdo con la pérdida del rol social que venían cumpliendo las selectas minorías que conducían los destinos de la nación, lo cual generaba un desequilibrio estructural más allá de los partidos que ocupaban el escenario político. El filósofo español veía claramente la pérdida de interés por la autoexigencia de estos pequeños pero determinantes grupos.

En el marco del positivismo local, esta pérdida de interés se vio incrementada en el tipo de hombre especialista en alguna disciplina, cuya cultura general descendía sin pausa. Este especialista, ignorante de mucho sólo pretendía conocer sobre su especialidad, lo que acentuaba el proceso masificador general. De modo que, una sociedad con individuos moldeados en un pensamiento débil y uniforme, despojado de variaciones conducía a una simplificación: inevitablemente desembocaría, luego de un período

[457] Ibidem, pp. 277–278.
[458] Idem.
[459] Ibidem, p. 281.

desgastante, en un temerario declive moral. Y el declive moral sostenido en el tiempo conduce irremediablemente a la catástrofe social. En síntesis: un proceso decadente que conllevaba a la disminución generalizada de la actitud vital de la sociedad. Por esta razón, la idea de aristocracia en Ortega giraba alrededor de la selectividad necesaria para conducir la sociedad.

Sin embargo, la realidad indicaba lo contrario: la presencia cada vez mayor de hombres cuyas aspiraciones se reducían a placeres, adquisición de nuevos derechos y, aún lo más significativo: sus aspiraciones de ascenso y mando. Por otra parte, hasta entonces próceres argentinos férreos como Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia y Joaquín V. González habían marcado el rumbo de la excelencia cívica imponiendo su voluntad y promoviendo el ascenso social de los niveles intermedios.

También por su lado, como ya se expuso, la ciencia universal había ampliado sus horizontes con los aportes teóricos en el campo de la física basados en los planteos teóricos realizados por Einstein, que sin lugar a dudas potenciaban vitalidades a través de perspectivas innovadoras y promisorias.

El peligro se había instalado por la gran incertidumbre generada; una creciente pérdida de normas y garantías de convivencia producto derivado de la barbarie de masas en vertiginosos ascenso. Sobre este fenómeno social Marta Campomar afirma que: «era cuestión de ritmos, de una celeridad que no permitía infundirles a las masas en ascenso ciertos principios capitales. Se las había instruido, se les había proporcionado técnica, pero no se las había educado.»[460] Sin duda, esto recordaba y coincidía con la visión de civilización y barbarie que años antes había denunciado Sarmiento.

Ortega cuestionó la obsolescencia del modelo liberal decimonónico encarnado en el nacionalismo argentino de corte agroganadero conservador y observó con dudas a los antiliberales propensos al error, tanto de la izquierda como de la derecha neocatólica. Comprender el comportamiento nacional era tema de análisis minucioso y complejo, porque el hombre argentino pionero, a pesar de contar con importantes recursos mecánicos y avanzada tecnología, había involucionado hacia un simplismo infantil anacrónico. La embestida de la

[460] Véanse detalles de este proceso en: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 655–658.

cultura de masas dejaba ver, ya en las dos primeras décadas del siglo XX, un marcado retroceso de la responsabilidad subjetiva.

En el contexto de una civilización de creciente artificialidad Ortega incitó a la reacción del hombre masa, lo convocó a reaccionar, a sacudirse de su letargo y a revertir la indolencia con que se dejó arrastrar por las tendencias dominantes. Así fue que salió a su encuentro utilizando el periódico como principal herramienta de persuasión, y logró comunicar mediante una prosa clara, amena y rigurosa lo complejo, de forma que fuera entendible para el gran público.

En este sentido, Kovadloff admite: «hasta donde alcanzo a ver, fue Ortega el primero que, en el siglo XX, nos habló con inigualada pertinencia de esa nueva subjetividad en marcha: la del bárbaro moderno.»[461] Ortega puso en evidencia su capacidad de ver e interpretar anticipadamente la situación al señalar el marcado desequilibrio entre la creciente complejidad de los problemas y la simplicidad mental de los individuos. Poco más adelante, este autor agregó que: «Ortega no sólo previó lo que vendría. Anticipó, además, buena parte de las consecuencias de toda índole que resultarían de lo que previó. El vacío moral, por ejemplo, en el que, a fuerza de desaciertos, terminaron cayendo las democracias.»[462] La comprensión de este fenómeno histórico sucedido a principios del siglo XX, con su complejidad intrínseca, consiste en un desafío intelectual, no tanto por el surgimiento de las masas en la vida histórica sino por su aspiración específica.

Como se ha dicho, lo original e inquietante era su ambición de mando. Esta emergencia social humana marcó una época invasiva de espíritus arcaicos que hasta entonces no había logrado ningún tipo de visibilidad histórica y en los que la moralidad como valor esencial se destacaba por estar ausente. El tema fue dado a la luz por Ortega en *La rebelión de las masas.* Antes de editar el libro, había sido expuesto en forma fragmentaria en sendos artículos de periódicos, entre ellos *El Sol*, sobre finales de 1929. Pero Ortega no acertó al otorgarle un carácter transitorio a esta invasión, que Rathenau había denominado «invasión vertical de los bárbaros».

[461] KOVADLOFF, Santiago, “Los bárbaros modernos”, Buenos Aires, *La Nación*, sábado 20 de diciembre de 2008, p. 39.
[462] Idem.

Por su parte, Lasaga Medina no pone en duda la advertencia orteguiana en sí misma como proceso histórico, sin embargo sí cuestiona el aspecto temporal del mismo cuando dice: «quizá en lo único que se equivocó Ortega al realizar este diagnóstico fue en el tiempo que iba a tardar en cumplirse la predicción.»[463] El acierto consistía en marcar la asincronía de inquietudes y valores que en todo pueblo se manifiesta naturalmente entre la minoría reflexiva y la muchedumbre irreflexiva que espontáneamente lo acompaña en una misma constitución social.

En un artículo publicado en *El Imparcial* en el año 1911 Ortega se refirió a la decadencia española y sobre este problema local señaló «la inadecuación entre la espontaneidad de la masa y la reflexión de la minoría gobernante.»[464] Además, con el fin de comprender plenamente la realidad Ortega se interesó en conocer más profundamente al hombre, debido a lo cual se compenetró en indagar estudios de distinta índole antropológica. A partir de estos estudios enriqueció su punto de vista y comprendió que las formas animales primitivas fueron evolucionando hasta la vida actual; anteriormente la vida era tan elemental que su existencia se reducía al tacto.

Advirtió también que con el transcurrir del tiempo el incremento de la complejidad hizo que fueran surgiendo y evolucionando los demás sentidos, lo cual llevó a atravesar una etapa de vacilación e inseguridad durante la transición desde lo táctil a lo abstracto.

En otro artículo, publicado en *El Imparcial* en 1911 Ortega entregó una definición sugerente: «El hombre primitivo es, por decirlo así, el hombre táctil: aún no posee el órgano intelectual merced al cual es reducida la pavorosa confusión de los fenómenos a las leyes y relaciones fijas. El mundo es para él la absoluta confusión, el capricho omnímodo, la tremebunda presencia de lo que no se sabe qué es. La emoción radical del hombre primitivo es el espanto, el miedo a la realidad.»[465] De modo que, confundido por sus instintos, sus miedos lo propulsaron a buscar lo inanimado como elemento de fijeza y seguridad. Luego, en instancias siguientes, el intelecto le permitió reducir el

[463] LASAGA MEDINA, José, *José Ortega y Gasset (1883–1955) Vida y filosofía)*, ibidem, Madrid, 2003, p. 82.
[464] ORTEGA Y GASSET, José, “Observaciones”, *El Imparcial*, 25 marzo 1911, *Obras Completas*, tomo I, p. 512.
[465] Véase: ORTEGA Y GASSET, José, “Arte de este mundo y del otro, IV El hombre primitivo”, *El Imparcial*, 13 de agosto de 1911, *Obras Completas*, tomo I, p. 555.

caos y adquirir mayores grados de orden; como resultado logró nuevas sensibilidades que le permitieron alcanzar a comprender realidades más profundas.

Además, al referirse a la claridad como cualidad humana, en sus meditaciones Ortega admitió que no existe la claridad absoluta en el individuo o en una determinada raza humana. Por ejemplo, en las venas de la cultura mediterránea se destaca la impureza, el caos y la falta de claridad. Así, al analizar las características de la ideología mediterránea el filósofo español concluyó que: «en el pensar, pues, no ha de buscarse la claridad latina.»[466]

La mayor o menor coincidencia de sentido y de estilo de un hombre con los otros hombres y hechos de su época dependerá de su personalidad; por regla general, a más fuerte sea su personalidad menos cuidado tendrá el hombre en coincidir con sus pares. Dicho de otro modo, cuando su personalidad sea débil, se incrementará la necesidad de encontrar coincidencias con los demás.[467] Por el contrario, a mayor fortaleza, sus disidencias expresas y falta de afinidad conducen, inevitablemente, a distanciamientos o rechazos de los hombres entre sí. Respecto de esta actitud humana Nietzsche había estimado que consideraba el valor de un individuo según la cantidad de soledad que éste pudiera soportar; esto es, por la distancia de la muchedumbre a que pudiera estar ubicado su espíritu.

Por otra parte, se ve un rapto positivista en Ortega al sostener un paralelismo entre el comportamiento de las sociedades y la física como materia de estudio. Al partir de esta comparación, naturalmente se ve que la masa organizada en que consiste una nación debe estar estructurada por una minoría selecta de individuos que impone su acción dinámica sobre ella. Por ello en *España invertebrada* el filósofo español afirmó que: «Se trata de una *ineludible ley natural, que representa en la biología de las sociedades un papel semejante al de la ley de las densidades en la física*. Cuando en un líquido se arrojan cuerpos sólidos de diferente densidad, acaban éstos siempre por quedar situados a la altura que a su densidad corresponde. Del mismo modo,

[466] ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote,* "Meditación preliminar, 7. Lo que dijo a Goethe un capitán", *Obras Completas*, tomo I, p. 969.
[467] Para profundizar sobre este aspecto del sincronismo humano véase: ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – II* (1917), "Ensayos de crítica, *Azorín* o primores de lo vulgar, Primera parte, Sinfronismo", *Obras Completas*, tomo II. p. 377.

en toda aspiración humana se produce espontáneamente una articulación de sus miembros según la diferente densidad vital que poseen. Esto se advierte ya en la forma más simple de sociedad: en la conversación.»[468] De acuerdo a esta noción conceptual, si en una nación la masa se niega a ser masa, es decir, seguir a la minoría directora, la nación deviene en desmembramiento, en invertebración social; consecuentemente la sociedad desaparece o, al menos, tiende en esa dirección.

Más adelante, reafirmando el arrebato positivista, Ortega agregó que: «Ni habrá ruta posible para salir de tal situación, porque, negándose la masa a lo que es su *biológica misión*, esto es, a seguir a los mejores, no aceptará ni escuchará las opiniones de éstos, y sólo triunfarán en el ambiente colectivo las opiniones de la masa, siempre inconexas, desacertadas y pueriles.»[469] Las minorías están expuestas a no ser bien entendidas debido a que sus pensamientos no logran ser bien interpretados por la masa, que al hallarse retrasada, conforma de este modo una situación de riesgo y peligro para aquéllas.

Sin embargo, Ortega no creyó en la idea de que todo influye en todo, sino en que en la realidad histórica existe una estructura funcional, un orden entre las cosas. Este orden establece una jerarquía en que unas cosas se subordinan a otras.

Dos años después, en *El tema de nuestro tiempo* el filósofo español señaló que: «no cabe, pues, separar los "héroes" de las masas. Se trata de una dualidad esencial al proceso histórico.»[470] Por otra parte, para Ortega una generación consiste en un cuerpo dinámico entre masa e individuo, y a partir de esa relación se van sucediendo los movimientos históricos, desde una cierta altitud vital desde la cual se vive una determinada potencia histórica. En este sentido, las generaciones nacen unas de otras, sucesivamente.

Más adelante, en el mismo texto, Ortega se refiere al espíritu de cada generación y especifica que: «Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido, ideas,

[468] ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, –Bosquejo de algunos pensamientos históricos, "Segunda parte: la ausencia de los mejores, 2. Imperio de las masas", *Obras Completas*, tomo III, p. 588. Las cursivas me corresponden.
[469] Ibidem, p. 592. Las cursivas me corresponden.
[470] ORTEGA Y GASSET, José. *El tema de nuestro tiempo*, "I. La idea de las generaciones", *Obras completas*, tomo III, p. 686.

valoraciones, instituciones, etc., por la antecedente; la otra deja fluir su propia espontaneidad.»[471] De esta manera cada generación con su particular sensibilidad y vocación tiene una histórica misión, que puede cumplirse o quedar pendiente. En éste último caso, indiferentes a su histórica misión, al dejarla incumplida, la generación es infiel a sí misma. Se trata de aquellas generaciones desertoras que apartándose de su vocación han decidido vivir apoyadas en las condiciones precedentes creadas por las anteriores generaciones. No obstante, es una deserción no impune que acarrea inevitables consecuencias. Ortega se refirió a estas consecuencias advirtiendo que la generación delincuente, arrastrada por la existencia en permanente desacuerdo consigo misma, sin rumbo se halla desorientada y vitalmente fracasada.

Se ha visto que lo largo del siglo XIX la masa fue construyendo un ideal de los derechos que con el tiempo se transformó en realidad, no sólo en las legislaciones sino en el corazón mismo del individuo, aconteciendo como estado psicológico. Inexorablemente, la homogeneidad que arrasa a la individualidad permite el surgimiento del hombre masa, de constitución precaria y rápida, basado en mínimas y uniformes abstracciones. Este proceso evolutivo vertiginoso implica sacrificios de alto costo humano pues conduce al ahogo de la vida por falta de diversidad, es decir, vacía la vida del hombre, su historia y su pasado.

Como es de esperar, sin conciencia de obligaciones, dominado por apetitos y derechos pero sin nobleza, este ser se convierte en el hombre *snob*, carente de destino propio e incapaz de comprender que hay para sí misiones especiales propias. Sin opción, esta actitud del hombre masa lo hace hostil a la libertad, característica esencial del liberalismo, resultándole, en consecuencia, prescindir de ella sin aparente dificultad.

Las características mencionadas llevaron a Ortega a definir que: «La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas. No se entienda, pues, por masa sólo ni principalmente “las masas obreras”. Masa es “el hombre medio”. De este modo se convierte lo que era meramente cantidad –la muchedumbre en una determinación cualitativa: es la cualidad común, es lo

[471] Ibidem, p. 688.

mostrenco social, es el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico.»[472] Como se ha dicho, la formación de la minoría, cualquiera sea, requiere una previa separación, un distanciamiento por razones específicas; esto es, una coincidencia en la discrepancia con la mayoría.

Dicho de otro modo, la minoría necesita para conformarse como tal ideas y deseos que reúnan a sus individuos alrededor de una determinada coincidencia; ésta es, precisamente: no coincidir con la mayoría. Esta coincidencia gira en torno de un claro valor de sí mismo consistente en no creerse superior a los demás, sino, por el contrario, en una mayor autoexigencia, pese a que no siempre se logre alcanzarla.

Luego de estas consideraciones Ortega arribó a otra definición esclarecedora: «la división de la sociedad en masas y minorías excelentes no es, por tanto, una división de clases sociales, sino en clases de hombres, y no puede coincidir con la jerarquización en clases superiores e inferiores.»[473] Por lo demás, es notoria elevación del nivel medio que ha acercado la vida de los hombres: lo que antes sólo alcanzaban las minorías aristocráticas llegó a la vida del hombre medio, implicando un incremento en el denominado nivel de la historia. Este salto hacia la plenitud implicó lograr la satisfacción completa de algún deseo previamente aspirado. No obstante, la renovación de estos deseos evita una satisfacción sostenida y sustentada, por lo que finalmente conduce a la «muerte». La clave de la auténtica satisfacción vital no estaría en alcanzar el logro, sino, en todo caso, en el tránsito hacia él. Ortega vio que la causa y raíz de: todo el bien y todo el mal del presente, y también del inmediato porvenir, radica en este ascenso general del nivel histórico.

La vida, lo que podemos ser, es decisión entre posibilidades. Estas últimas constituyen las circunstancias impuestas en que estamos, nuestro mundo individual y nuestra fatalidad constitutiva en que caemos y en la que debemos orientarnos y movernos, libremente, según nuestra propia y exclusiva decisión, que a la vez es forzada. Como vimos, circunstancia y decisión son los dos elementos radicales que componen la vida, pero Ortega destacó que siempre

[472] ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, I. El hecho de las aglomeraciones”, *Obras Completas*, tomo IV, p. 461.
[473] Ibidem, p. 463.

la decisión es del propio individuo y de su carácter, de forma incesante; las circunstancias nunca deciden. Y como esto es válido también para la vida colectiva, es por esa razón que existe también en esta vida colectiva un horizonte de posibilidades, lo cual da lugar a que la sociedad exprese su carácter.

En el proceso temporal que estudiamos, las masas se adhirieron a decisiones de una u otra minoría, de sus propuestas y programas a través del sufragio universal. No obstante, al actuar en la vida pública el modo natural de intervención de la masa normalmente ha sido la acción directa, tal como un bárbaro emergente, a modo de «invasor vertical». Por lo tanto, al hallarse el poder público en manos de un representante de masas, a su vez ellas son, indirectamente, dueñas del poder público e imponen su voluntad; ésta es voluntad de vivir al día, sin programa de vida ni proyectos.

Dicho de otro modo: fue característico del siglo XX estar a la deriva y emplear los medios que fueron necesarios para esquivar el problema de cada momento. Por su parte, sin hábito de apelación a sí mismo, este tipo de hombre al estar satisfecho tal como es se siente soberano de su vida y contento de pensar lo que buenamente le viene a su cabeza. Ortega desconfió de este hombre resuelto a imponer sus opiniones y a dirigir la sociedad sin capacidad para ello, motivo por el cual dijo: «el hombre medio se encuentra con ideas dentro de sí, pero carece de la función de idear. Ni sospecha siquiera cuál es el elemento sutilísimo en que las ideas viven.»[474] Considerando además que con el transcurrir del tiempo la vida evoluciona y los problemas se hacen más complejos, como así también los medios de resolverlos, las soluciones se hacen más distantes para las cabezas masificadas.

Históricamente, la involución o retroceso a la barbarie, a la ingenuidad y primitivismo comenzó a advertirse desde el último tercio del siglo XIX. El nuevo bárbaro se colocó en posición resuelta de gobernar un mundo con abundantes posibilidades y a la vez fue generador de distorsiones y nuevos vicios humanos; la más acentuada de estas distorsiones fue creer que puede hacerse lo que le de la gana. En particular, el prototipo del hombre masa es el hombre de ciencia, cuya concentración restringida a un exclusivo ámbito de

[474] ORTEGA Y GASSET, José, La rebelión de las masas, “Primera parte, “VIII. Por qué las masas intervienen en todo y por qué sólo intervienen violentamente”, ibídem, p. 510.

conocimiento hizo de él un primitivo, un hombre estrecho convertido en nuevo bárbaro. Este hombre se caracteriza por conocer bien su propio campo, su pequeña parcela de conocimiento, pero a la vez ha perdido la curiosidad por el resto del saber.

No obstante, la ciencia ha progresado gracias al esfuerzo sostenido de estos hombres mediocres. Obviamente, la transformación que dio lugar a la vigencia de lo colectivo sobre lo individual no sucedió de forma súbita, sino que demandó largo tiempo. De modo que en este profundo cambio de la estructura social, de características opuestas a las del siglo XIX, el individuo se encontró ante una realidad que le redujo notoriamente el espacio social, con dificultades mayores para la realización de su obra personal.

Puede afirmarse, por otra parte, que las fuerzas actuantes venían tomando cuerpo y actuando soterradamente debajo del individualismo predominante durante ese siglo. Aunque esto no fue advertido por muchos, sí fue presentido por algunos intelectuales que tomaban cuenta del fenómeno. Entre estos últimos puede mencionarse a Macaulay, Tocqueville y Comte. Por su lado, Stuart Mill se preocupaba por la homogeneidad de mala clase que veía crecer en Occidente y argumentaba que para que lo humano se enriquezca, consolide y perfeccione es necesario experimentar variedad de situaciones, de modo tal que al fallar alguna otras posibilidades queden abiertas. Esto significa, indefectiblemente, que sin variedad de situaciones las cabezas se obliteran, los hombres se vuelven estúpidos y las masas se homogeneizan.[475]

La posibilidad de meditar es el atributo esencial del hombre. Pudiendo éste abstraerse de los elementos de su contorno, el dejar de estar atento a ellos le permite liberarse del exterior, interrumpir la alteración que estos elementos le

[475] En *La libertad*, capítulo I, escribía Stuart MILL: «Aparte las doctrinas particulares de pensadores individuales, existe en el mundo una fuerte y creciente corriente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto por medio de la fuerza de la opinión, como por la legislativa. Ahora bien, como todos los cambios que se esperan en el mundo tienen por efecto el aumento de la fuerza social y la disminución del poder individual, este desbordamiento no es un mal que tiende a desaparecer espontáneamente, sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable. La disposición de los hombres, sea como soberanos, sea como conciudadanos, a imponer a los demás como regla de conducta su opinión y sus gustos, se halla tan estrictamente sustentada por algunos de los mejores y algunos de los peores sentimientos inherentes a la naturaleza humana, que casi nunca se contiene más que por faltarle poder. Y como tal poder no parece hallarse en vía de declinar, sino de crecer, debemos esperar, a menos que una fuerte barrera de convicción moral no se eleve contra el mal, debemos esperar, digo, que en las condiciones presentes del mundo esta disposición no hará sino aumentar». Véase: ORTEGA Y GASSET, José, “Las profesiones liberales”, *Obras Completas*, tomo IX, p. 535.

provocan; en consecuencia, ensimismarse. Ésta es la diferencia más sustantiva entre el hombre y el animal. Al poder pensar y meditar el hombre logra retirarse virtual y provisionalmente del mundo.

A partir de considerar que el mundo es la total exterioridad, el fuera absoluto, en *El hombre y la gente* Ortega definió lo siguiente: «el único fuera de ese *fuera* que cabe es, precisamente, un *dentro*, un *intus*, la intimidad del hombre, su *sí mismo* que está constituido principalmente por ideas.»[476] Por el contrario, el animal siempre tiene que estar atento a lo que sucede fuera de él; de ahí que es pura alteración, no puede ensimismarse. Pero al hombre le ha demandado miles de años educarse y lograr capacidad de concentración.[477] En resumen, los momentos repetidos a lo largo de la historia humana han sido estos: primero el hombre se siente perdido, alterado, luego realiza un esfuerzo para formarse una idea de las cosas ensimismándose, y finalmente el hombre vuelve a sumergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido.

El hombre no está nunca seguro de ejercitar su pensamiento de forma adecuada, en consecuencia, con posibilidades claras de acertar con su pensamiento; de ahí su condición de incertidumbre. Así entonces, cuando cae fuera de sí recae en la animalidad, se despoja y pierde valor su vida.

En la obra citada Ortega reflexionó y se refirió a la relatividad de la razón en materia política; al respecto expresó lo siguiente: «Pues las cosas de la política han llegado en Occidente al extremo que, de puro haber perdido todo el mundo la razón, resulta que acaban teniéndola todos. Sólo que, entonces, la razón que cada uno tiene no es la suya, sino la que el otro ha perdido.»[478] Debe mencionarse también que la periferia de cosas materiales, lo visible y tangible

---

[476] ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente [Curso de 1949–1950]*, "I. Ensimismamiento y alteración", *Obras Completas*, tomo X, p. 180. Las cursivas corresponden a Ortega.

[477] En *El hombre y la gente* Ortega narra lo siguiente: "El padre Schebesta, explorador y misionero, que ha sido el primer etnógrafo especializado en el estudio de los pigmeos, probablemente la variedad de hombres –como ustedes saben– más antigua que se conoce y a la que ha ido a buscar en las selvas tropicales más recónditas, el padre Schebesta, que ignora por completo la doctrina ahora expuesta por mí y se limita a describir lo que ve, dice en su última obra de 1932, sobre los enanos del Congo:

"les falta por completo el poder de concentrarse. Están siempre absorbidos por las impresiones exteriores, cuya continua mutación les impide recogerse en sí mismos, lo que es condición inexcusable para todo aprendizaje. Sentarlos en el banco de una escuela sería para estos hombrecillos un tormento insoportable. De modo que la labor del misionero y del maestro se hace sumamente difícil." Véase: ibidem, pp. 183–184.

[478] Ibidem, p. 194.

solicita constantemente la atención del hombre. Alerta en su propia frontera y asomado hacia afuera, su yo responde a la propia atención; lo demás le es inexistente.

En este sentido, en *¿Qué es filosofía?* Ortega volvió a referirse al proceso atencional. Al definir que vida de acción es atención a la naturaleza, el filósofo español también hizo referencia a que el puro animal es el hombre de acción, pero recalcó, además, que la vida sin verdad no es posible, pues, es lo único que esencialmente necesita el hombre; la verdad es su indispensable e incondicional necesidad. Vivir de falsedades y de mitos es inconveniente y contraproducente, tanto para el hombre individual o colectivo. En realidad esto último, cómo síntoma social típico, es lo que habitualmente sucede y ha sucedido a lo largo de la historia.

Por otra parte, continuando el mismo tema, en la nota preliminar del *Prólogo para alemanes* Ortega advirtió con cierta duda, que: «las masas y las colectividades pueden, en efecto, vivir sin verdad: no son de ella ni menesterosas ni capaces. Lo cual hace sospechar que las masas y las colectividades no son el hombre o son sólo un modo extraño, deficiente, de lo humano. ¿Quién sabe?...»[479]

En realidad sucede que el valor de la inteligencia es escasamente estimado, entonces el hombre necesita realizarse mediante sus iniciativas independientes materializadas a través de su esfuerzo, pero sus proyectos tropiezan con el prójimo que limita y desanima su vida; en consecuencia, el desánimo lo induce a una vida *standard*, de movimientos comunes que derivan en la acción masiva. El plebeyismo, consecuencia de lo anterior, nace de la vulgaridad y conduce al envilecimiento del hombre y, posteriormente, cerrando el círculo, al dominio e imposición de la mencionada vulgaridad. La masificación es también consecuencia de la homogeneidad de situaciones impuestas en el mundo, cuya tendencia es hacia la consolidación.

Al referirse a esta condición humana Sánchez Cámara expresó que: «no es extraño que el mundo se vacíe de proyectos, anticipaciones e ideales. Se produce de este modo el retroceso a la barbarie. No otra es la consecuencia

[479] ORTEGA Y GASSET, José, “Prólogo para alemanes, III”, *Obras Completas*, tomo. VIII, p. 204.

del rechazo de las normas y de los principios de cultura.»[480] Lo tratado hasta aquí está altamente vinculado al politicismo integral, a la actitud política del hombre, que lo conduce a la soledad y lo vacía de intimidad. Son procesos de oscurecimiento intelectual en el cual se «apagan» las luces para que todos los gatos resulten pardos.

Los factores determinantes del fenómeno sucedido durante el siglo XIX fueron: la democracia liberal, la experimentación científica y el industrialismo. Estos factores terminaron situando al hombre medio en la gran masa social ante condiciones sin precedentes; esto sucedió dando vuelta la existencia pública mediante un nuevo orden que tergiversó el tradicional. El resultado es que la vida del hombre medio pasó a ser más fácil, cómoda y segura que en tiempos anteriores. Así, el hombre vulgar se encontró frente a un mundo social más perfecto, mejorado por la técnica, pero sin lograr considerar los esfuerzos inteligentes de individuos que les precedieron.

En consecuencia, las masas beneficiarias tienden a percibirlo como naturaleza y no como resultado de una compleja organización. Creen que su misión es exigua, reducida simplemente a la mera exigencia de derechos. Este tipo de hombre no habituado a apelar a ninguna instancia fuera de sí mismo queda satisfecho tal como es; sólo acepta lo que está por encima suyo y, acto reflejo, aspira a alcanzarlo.

De lo mencionado Ortega dedujo que: «esto nos lleva a apuntar en el diagrama psicológico del hombre-masa actual dos primeros rasgos: la libre expansión de sus deseos vitales, por tanto, de su persona, y la radical ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conducta del niño mimado.»[481] La principal referencia de vida del hombre-masa actual se reduce a la instancia superior creada previamente por otros individuos de mayor autoexigencia, cuyos esfuerzos condujeron al crecimiento extraordinario que la vida humana ha experimentado. Pero en última instancia, sin lugar a paradojas, la reducción sostenida de la autoexigencia de la mayoría de los individuos ha sido y es condición necesaria para la desmoralización radical sufrida por la humanidad.

---

[480] SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio, *De la rebelión a la degradación de las masas*, Barcelona, Ediciones Áltera, 2003, p. 24.

[481] ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, "Primera parte, VI, Comienza la disección del hombre-masa", *Obras Completas*, tomo IV, pp. 497– 498.

## 2. Consecuencias del ejercicio del poder público por parte de las masas. El caso argentino: resultado de la Ley Sáenz Peña

Si por un lado la rebelión de las masas en la actualidad es sinónimo de imperio, degradación y de triunfo, por otro lado al referirse a la actualidad y vigencia de las ideas de Ortega en cuanto a esta rebelión Sánchez Cámara reflexionó y puso en duda la consolidación y permanencia del fenómeno. A partir de considerar el apogeo del relativismo cultural como consecuencia del igualitarismo y del nivel cultural, este autor manifestó su confianza en la no permanencia y consolidación del mencionado fenómeno social**.**

Sánchez Cámara considera y confía en que este fenómeno puede ser transitorio. Respecto a la cuestión referida, a su deseable transitoriedad, manifiesta una opinión esperanzada. Ello se advierte cuando expresa un reflejo de su íntima aspiración y dice: «los efectos de esta victoria de las masas, confiemos en que meramente provisional.»[482] Ahondando esta postura y agudizando la visión, puede asociarse ese relativismo cultural derivado del igualitarismo y nivelación cultural a una apoteosis de la vulgaridad vinculada a la crisis de la educación superior, en base a lo cual es posible admitir que la omnipotencia de las masas no tolera ninguna existencia jerárquica de valores que esté por encima de su arbitrario criterio.

Al establecer una referencia contemporánea, este fenómeno social masivo se relaciona en principio con los medios de comunicación masivos y luego con el avance de las nuevas tecnologías. Las masas tienden a destruir y desconocer cualquier modo de inteligencia, conduciéndola a su desaparición, lo que trae aparejada una crisis moral.

Más adelante, el autor citado arriba a una conclusión categórica y advierte que: «en cualquier caso, la victoria de las masas es pírrica, pues conduce a su propia degradación. Ésta es la realidad, sólo aparentemente paradójica: la rebelión de las masas condujo a su triunfo, y éste, a su propia degradación. Nunca una victoria arrojó tan triste saldo para el vencedor.»[483] De modo que, el predominio de las masas, negadas a ser dirigidas por creerse autosuficientes, está, por otra parte, en directa relación con el relajamiento de las minorías dirigentes.

[482] Ibidem, p. 29.
[483] Ibidem, p. 32.

En 1930 en «Revés de almanaque», luego de analizar la evolución del mundo antiguo Ortega ya se había formulado estas preguntas cruciales: «¿Es posible extender una civilización superior a las clases inferiores sin rebajar su nivel y diluir hasta desvanecerlas sus cualidades? ¿No está condenada toda civilización a decaer tan pronto como penetran las masas?»[484]

Además, cuando la masa no dispone de humildad y entusiasmo por lo superior es probable el resurgimiento e influencia de escritores imbéciles y desaparece el espacio para ideas políticas sofisticadas. Así, en etapas de decadencia y desmoronamiento nacional las masas se niegan a ser masas y para justificar su inepcia reaccionan desconociendo la existencia de hombres sobresalientes.

Ortega consideró erróneo que el valor de las masas dependa del valor de los hombres directores; por el contrario, el valor social de éstos depende de la capacidad de entusiasmo de aquélla. Entonces, el resentimiento de toda excelencia por parte de la muchedumbre, luego de negar el entusiasmo de los mejores hombres se vuelve contra ellos y les recrimina su inexistencia: no hay hombres. Este estado de desviación moral de la masa lleva a ésta, inevitablemente, por el camino del sufrimiento.

En realidad sucede un proceso cíclico de etapas definidas. El propio fracaso inspira en su pensamiento la conciencia del grado de complicación de las cosas y su falta de idoneidad para resolverlas, cayendo por ello en la desorganización. A continuación desaparece el rencor contra la minoría eminente y nace el reconocimiento sobre la necesidad de su intervención específica en la convivencia social, dando lugar a un nuevo ciclo histórico.

De modo que los cambios de tendencias y simpatías influyen en la organización histórica de la sociedad, pero donde menos importa la indocilidad de las masas es en política, siempre y cuando el cauce por donde fluyen las realidades sustantivas del espíritu nacional esté disciplinado.

En resumen, se ha asistido al predominio de una hiperdemocracia en que la masa actúa directamente presionando e imponiendo sus deseos y gustos. El alma vulgar, consciente de su condición vulgar, pasando sobre lo selecto y calificado se anima a afirmar e imponer donde le parezca el derecho a la

[484] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – VIII* (1934), “Revés de almanaque”, *Obras Completas*, tomo II, p. 990.

vulgaridad. La degradación de la valoración de la inteligencia durante las últimas décadas es un fenómeno muy sorprendente, pues las masas detestan a los individuos únicos y admiten sólo aquellos individuos estandarizados, adaptables e intercambiables. En otras palabras, como afirmó Ortega: «cree la masa que tiene derecho a imponer y dar vigor de ley a sus tópicos de café.»[485]

Por otra parte, el hombre medio de cualquier clase social se halla cada día más cómodo en el plano económico y agrega lujos al cada vez más amplio repertorio de su nivel de vida. Sucede entonces que los beneficios convertidos en derechos no se agradecen, se exigen. Así, resuelta a imponer sus opiniones, la masa considera natural dirigir la sociedad, sin autocuestionar su deficiente capacidad ni su falta de ideas para hacerlo.

Es sabido, como fuera mencionado en II.1 de esta Segunda parte, que la rebelión de las masas sucede en simultaneidad con el crecimiento que la vida humana ha experimentado, y es una y misma cosa con la desmoralización radical de la humanidad.

En cuanto a su postura ideológica política y manifiesta, el filósofo español ha revelado enérgicamente y con firmeza que: «a mi, de quien es notorio que sustento una interpretación de la historia radicalmente aristocrática. Es radical, porque yo no he dicho nunca que la sociedad humana *deba* ser aristocrática, sino mucho más que eso. He dicho, y sigo creyendo, cada día con más enérgica convicción, que la sociedad humana *es* aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto que es sociedad en la medida en que es aristocrática, y deja de serlo en la medida en que se desaristocratice. Bien entendido que hablo de la sociedad y no del Estado.»[486] Sin actuar por sí misma e influida y organizada, la intervención directora de la masa en la vida pública al pasar de casual e infrecuente a ser regular da lugar a la acción directa como norma que conlleva, por otra parte, a la desmoralización radical de la humanidad. En definitiva, el mando no se da porque sí, sino que se ejerce a modo de presión sobre los demás; se manda algo a alguien. Las opciones son dos: se manda o se obedece.

---

[485] ORTEGA Y GASSET, José. *La rebelión de las masas*, “Primera parte, I. El hecho de las aglomeraciones”, *Obras Completas*, tomo IV, ibídem, pp. 464–465.
[486] Ibidem, “Primera parte, II. La subida del nivel histórico”, p. 465. Las cursivas corresponden a Ortega.

Con escasa imaginación, carente de orientación, el hombre es incapaz de idearse un proyecto de vida innovador, en consecuencia, no tendrá proyectos para su vida y ésta se convertirá en una acción puramente mecánica, sin vitalidad y vacía de disciplina. Sin embargo, el hombre-masa *cree* que lo sabe todo sin necesidad de razón.

Pero, como es de suponer, los destinos humanos requieren de una sana política con profecías e insinuaciones. En este sentido, en el «Epílogo para ingleses» de *La rebelión de las masas* Ortega advirtió sobre este fenómeno mencionando que: «[…] hay hombres los cuales, por los temas en que habitualmente se ocupan, o poseen almas sensibles como finos registradores sísmicos, reciben antes que los demás la visita del porvenir.»[487] Luego de desatender lo que estos hombres opinaban, aunque no políticos pero sí visionarios del porvenir, perdida la fe en sí mismas las masas comenzaron una búsqueda intentando recuperar su optimismo y, de esa manera, mejorar su ánimo.

Ortega se interrogó acerca del fenómeno observado y luego advirtió la necesidad de revalorización del individuo y de su inteligencia. Posteriormente de hecha esta consideración, poco más adelante agregó y definió que: «Como los políticos, las masas empiezan a estar cansadas. ¿De qué? Pues precisamente de eso, de ser masa. Sienten que su indocilidad ha causado las grandes catástrofes y empiezan, aunque aún muy levemente, a sentir la necesidad de piloto.»[488]

El hombre vulgar ocupando altos y rentables puestos públicos del Estado fue el reflejo del avasallamiento de las multitudes en ascenso en Argentina, un fenómeno social que José Ingenieros retrató en 1913 en *El hombre mediocre*. Este hombre moralmente inferior, molesto con la moral y honestidad del intelecto superior, se caracterizaba por aborrecer a todo aquél que le exigiera excelencia. Como fenómeno social puede ser considerado resultado directo e inevitable de la democracia liberal a través de la Ley Sáenz Peña, que permitió ascender al poder a grandes masas electoras no suficientemente capacitadas para ejercerlo.

[487] Véase: ORTEGA Y GASSET, José, “Las profesiones liberales”, *Obras Completas*, tomo X, ibídem, p. 540.
[488] Ibidem, p. 542.

Esta ley permitió el voto universal masculino, secreto, libre obligatorio e individual marcando una nueva era de transformaciones fundamentales, aunque tras las formas jurídicas se escondía un complejo mecanismo electoral para asegurar la victoria de algunos candidatos en desmedro de otros. Según lo expresado por Ruy Farías: «aunque la sanción de la Ley Sáenz Peña supuso un hito indudable en la conformación del sistema político argentino, iniciando el proceso de sustitución del "gobierno elector" por un nuevo escenario en el que los partidos políticos se vieron obligados a enfrentar una verdadera competencia electoral, las realidades previas a 1912 no desaparecieron entre ese año y 1943, sino que se volvieron más complejas en relación al desafío de la ampliación electoral.»[489]

Por otro lado, motivo de desmoralización para las clases medias intelectuales vulneradas por la vulgaridad del mediocre y de la especialización, este fenómeno fue analizado y discutido en revistas de distintas tendencias políticas, tanto de izquierda como de derecha, entre las que pueden mencionarse: *Inicial*, *Sagitario*, *Valoraciones*, *Síntesis* y *Nosotros.*

Por su parte, Ortega se ocupó de analizar el fenómeno modificador social de invasión de masas en tono relativamente optimista. En relación a lo expuesto, como estudiosa del quehacer intelectual orteguiano Marta Campomar analizó este proceso político social sucedido en la Argentina y expresó que: «en tiempo de masas populares yrigoyenistas en ascenso, *La Nación* seguía los pasos de Ortega sobre la anatomía de las masas con minuciosa atención. Eran masas modernas, según Ortega, que se adelantaban a un primer plano social y ocupaban las artes, las ciencias, y funciones de gobierno, espacios antes reservados a cenáculos minoritarios como el que representaba ese diario. Esas masas antes no intervenían; por su ignorancia, se mantenían alejadas de zonas que ahora invadían con petulancia, queriendo ocupar puestos públicos. Eran los efectos de la hiperdemocracia.»[490] Fueron tiempos en lo cuales las muchedumbres caprichosas acrecentaban la vulgaridad ascendente y no

[489] FARÍAS, Ruy, "Antonio Paredes Rey ¿identidad étnica o integración social? (1883–1918)", en: Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., ibidem, p. 312.
[490] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 655.

respondían a las instituciones, poniendo de esa manera en riesgo la legalidad y la democracia.

A su vez, las minorías selectas que conducían el país atenuaban su rol, produciéndose así un paulatino cambio en la relación de fuerzas. El resultado fue la producción de un hombre medio elemental sin aptitud para la conducción y el gobierno, pero con aspiraciones de ambas funciones. Hasta entonces, argentinos célebres como Mariano Moreno, Joaquín V. González, Juan B. Alberdi o Bartolomé Mitre habían impuesto su voluntad y logrado ser los verdaderos constructores de la patria. Sus aspiraciones incluían el ascenso democrático del nivel medio social. No obstante, la incertidumbre por el futuro colectivo generado por las vertiginosas masas era vista como un peligro en acecho.

Al referirse a los movimientos ascendentes y a los procesos de nivelación social poblacional la autora revela una limitante significativa. Sobre esta carencia Campomar dice que: «era cuestión de ritmos, de una celeridad que no permitía infundirles a las masas en ascenso ciertos principios capitales. Se las había instruido, se les había proporcionado técnica, pero no se las había educado.»[491] Lo habitual y frecuente en la historia humana ha sido el sentimiento de la masa de no sentirse con destino propio; por el contrario, la socialización del hombre ha requerido enormes esfuerzos para lograr compartir y compatibilizar.

De esta manera, conformar una nación organizada requiere de acción dinámica; esto significa articular sostenidamente una minoría con el resto de la población. Constituye, en definitiva, un hecho social primario. Por el contrario, la negación de la masa a ser dirigida conduce al desmembramiento y al caos social.

Sobre estas posibilidades, Ortega intuyó y escribió que: «Probablemente, el origen de esta furia antiindividual está en que las masas se sienten allá en su fondo íntimo débiles y medrosas ante el destino.»[492] Al negarse a seguir a los mejores, al no escucharlos, la masa inconexa impone sus opiniones elementales y erróneas. La decisión de asumir las actividades propias de las

[491] Ibidem, p. 658.
[492] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – VIII* (1934*)*, “Socialización del hombre”, *Obras Completas*, tomo II, p. 1016.

minorías, no solamente en lo que se refiere a placeres, se ha convertido en una actitud general de subversión sociológica, como lo indican las innovaciones políticas recientes. La idea de la masa soberbia que imponía derechos con entusiasmo durante todo el siglo XIX hoy se ha concretado en realidad. En nuestro tiempo domina el hombre masa, él se ha hecho cargo de las decisiones, adueñándose del poder público adhiriendo a la decisión de alguna minoría mediante el sufragio universal.

Así, sin porvenir franco y sin futuro claro no es posible imaginar alguna evolución positiva, por lo que sólo queda como única alternativa vivir sin programa de vida ni proyectos; en consecuencia, sin saber hacia dónde se va, es decir, sin anticipación ni previsibilidad alguna. Además al tratar de entrever cómo es el «fondo» social tropezamos en seguida con la sospecha de que ese fondo social no es algo estable, firme y sólido, donde tranquilamente podamos afirmarnos; en realidad, «La verdad es que las sociedades actuales –y no sólo las europeas– se hallan en un estado móvil, fluido; son, diríamos, materia líquida sobre la cual los pies no pueden afianzarse. Sobre la sociedad actual no se puede andar como sobre una tierra firme; sólo se puede nadar.»[493] Es decir, dentro del elemento líquido es posible accionar y desplazarse. Esta pionera imagen orteguiana, como es posible de comprobar, anticipa al menos medio siglo a la idea de *Modernidad líquida* que luego desarrollara el sociólogo polaco Zigmumt Bauman.

Es necesario comprender que las principales vigencias constituidas en sostén de la sociedad también fueron perdiendo vigor. Otras vigencias han sido sustituidas, de ahí que las instituciones han dejado de estar apoyadas sobre los cimientos firmes de los anteriores principios vigentes.[494] Este fenómeno característico de nuestro tiempo cargado de incongruencias augura continuidad. De este modo se pone en evidencia la falta de entusiasmo e

[493] ORTEGA Y GASSET, José. “El fondo social del *management* europeo”, *Obras Completas*, tomo X, idem.

[494] Ortega dice: «Nada pone mejor de manifiesto lo que pueda haber de verdad en mi concepto de vigencia social como el hecho de que incluso el Estado, que una consideración superficial nos presenta como la vigente por excelencia, necesita también ser respaldado y afirmado por vigencias que existan difusas en el cuerpo social. Sin éstas el Estado es sólo una situación de poder que no cuenta con garantías de perduración.» Véase: ORTEGA Y GASSET, José., ibidem, p. 562.

insatisfacción en la confianza política, evidentemente agravadas al no vislumbrarse nuevos y promisorios sistemas institucionales.

## III – RASGOS FISONÓMICOS SOBRESALIENTES DE LOS ARGENTINOS SEGÚN ORTEGA Y GASSET

### 1. Las *élites* y su concepción social. Rasgos sociales característicos de la época: la postura de Ortega y Gasset

Entender la mentalidad reinante en la sociedad argentina durante el período que nos ocupa requiere indagar en la mentalidad de los integrantes pertenecientes a la oligarquía paternalista. Entre sus integrantes puede mencionarse los liderazgos de Roca y Pellegrini, característica ausente en Juárez Celman, que fue un hombre limitado a acompañar la fuerza mental impulsora sin esforzarse por modificar las estructuras recibidas.

Estos hombres eran tradicionalistas porteños o provincianos, no despectivos del vulgo, de vida llana, de trato con las clases inferiores pero con conciencia de círculo; creían que sólo los de su clase social estaban capacitados para los quehaceres relacionados a la gestión y administración pública. Con cautela consideraban, además, que era necesaria e imprescindible la educación del hombre «inferior», dado que abandonado al goce de la vida vegetativa podría adquirir inquietudes respecto del manejo de la política nacional.

Su actitud e interés básicos fue protegerlo, guiarlo y cuidarlo como creían que debían hacerlo. Por su parte, esta oligarquía paternalista pujó por alcanzar y aferrarse a las posiciones de mayor valía dentro del cuerpo administrativo estatal; por tradición estaba convencida de su natural pertenencia a este grupo específico. No obstante, el riesgo mayor de la *élite* consistía en que sus integrantes se mostraran como hombres comunes: si esta percepción se instalaba el la conciencia colectiva podía destruirse el mito de superioridad del círculo al que pertenecían sus exclusivos integrantes.

La «pose» de la oligarquía paternalista se caracterizó por su inautenticidad frente a la vida y al creerse superior al resto de los humanos manifestó su falta de espontaneidad, base psicológica y reflejo espontáneo de su preocupación defensiva. Ese excesivo énfasis en darse importancia hizo que fueran etiquetados de «faroleros», «engrupidos» y «fanfarrones». Desde su conciencia de clase asumieron poses aparentes, resaltaron su hacienda y, por ser temerosos e inseguros, despreciaron a quienes lograban ascender en lo económico. Por otra parte, declarados profundamente demócratas, con rasgos liberales y antirreligiosos se autopercibieron como miembros exclusivos de la «sociedad». De esa manera, la persistencia de la actitud farolera de la *élite* alcanzó a la administración del Estado infundiéndole intensamente su mentalidad, quedando se esa manera grabada a fuego en quienes lo integraban.

En otro orden de cosas, la situación económica sobre finales de la década de 1880 fue próspera; aparentemente, la riqueza parecía no tener fin. Sin nubes en el horizonte, con clara visión de los negocios públicos y privados, el porvenir se veía pleno de grandeza y prosperidad. Por lo tanto, desde el oficialismo se rechazó firmemente todo vaticinio o advertencia sobre pronósticos que anunciaran tormentas de ruinas y fracasos futuros. Así la *élite* se manifestó «exteriormente» convencida de que el país estaba en el sendero correcto, lo cual le permitió prever y difundir un porvenir venturoso.

Esta impostura tuvo sustento hasta la súbita crisis de 1890, que hundió de la misma manera a millonarios y obreros. En la nueva circunstancia, la farolería que exigía un futuro grandioso incidió en la caída, y luego debió actuar a la defensiva para no exponer el error propio y su auténtica chatura.

Al analizar el espíritu del ser nacional Scalabrini Ortiz se centró en el hombre porteño. Según el autor, este tipo de hombre tiene una muchedumbre en su alma pero a la vez devela debilidad de carácter y vacilación, reflejos de una sociedad de perfil individualista y aglutinado por una raza en formación. Este hombre es muy particular: cuenta con facilidad para salir de apuros en circunstancias difíciles a través de su individualismo intrépido encajado en una independencia sin límites. El autor enfocó la irresponsabilidad constitutiva de este hombre en su hábito de no pedir, para no conceder. En consecuencia, sobre este habitante del corazón mismo de la Argentina, Scalabrini interpretó

que: «el hombre de Corrientes y Esmeralda es un niño que no ha madurado, que pasó de la infancia a la vejez. Le falta reposo, serenidad interior.»[495] Según su punto de vista, la condición vanidosa argentina, entiéndase porteña, proviene de su propia inseguridad. No obstante, al margen de estas apreciaciones de Scalabrini, los potenciales del pueblo argentino, sus capacidades, su ímpetu y decisión de vivir en grande fueron reconocidos por Ortega.

La Argentina puede ser vista como un mundo llano de horizontes sin límites. Este mundo rico en posibilidades permite ir a cualquier parte, sin embargo, el peligro real puede ser hallar la salida. Si en él decae la esperanza, en su lugar pueden surgir la impotencia y el miedo. En la Argentina alcanzar una cierta posición social puede convertirse en puesto de avanzada.

Martínez Estrada estudió con precisión y describió con dureza los rasgos sociales que caracterizan a la nación. Coincide con Ortega y Gasset al afirmar que: «lo que se aprende en la experiencia del cotidiano vivir es la disimulación de la auténtica personalidad y del ineluctable destino.»[496] En su *Radiografía de la Pampa*, este autor cuestionó fuerte y extensamente el ser argentino y atribuyó la hostilidad y crueldad observadas a la necesidad de afirmarse en la vida. Ellas son consecuencia, según Martínez Estrada, del desorden y de la actuación a ciegas. En resumen, esta actitud provocó que los estímulos superiores sean sustituidos por otros estímulos inferiores, y de esa confusión derivó la actitud defensiva.[497] El hombre pampeano, de alma informe y dilatada, sufrió el rigor de la ley sin comprenderla, vivenciándola como traba,

[495] SCALABRINI ORTIZ, Raúl, *El hombre que está sólo y espera*, Editorial Albatros S. R. L., Buenos Aires, 1951, p. 49.
[496] MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, ibidem, p. 269.
[497] MARTÍNEZ ESTRADA ilustró la realidad argentina expresando que: «El estanciero quiere que su hijo estudie medicina; sospecha que el título universitario se parece al de propiedad, que guarda consigo. Un título, imagina, es un payé, un amuleto para triunfar en la vida; y se lo pone en un cuadro como al santo patrón en el nicho. Por eso el hijo, cuya vocación auténtica, cuya tendencia atávica es llenar la hucha, estudia, obtiene después el título y luego se deja llevar, ya inmune, a donde lo orienta esa propensión sofocada. Con el doctorado ejerce venganza en nombre del padre; será una runa inscrita en el puño de la espada. Medicina, ingeniería, derecho, filosofía, diplomacia, son instrumentos de cerrajería. Veterinaria y agronomía, por contrasentido irónico, son novias de juventud. Pero más allá del título están las fuerzas regresivas que lo empujan hacia la juventud del padre. Es doctor; obtendrá cátedras, una banca, un estrado, o un puesto burocrático en que el Estado le pague el rédito del capital invertido en el diploma-finca». Véase: MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, ibidem, p. 265.

persecución y prohibición; de ahí surgió su reacción de burlarla y eludirla, para lo cual previamente debía conocerla bien.

Sin principios íntimos de justicia no fue posible existir en el marco de la ley, derivándose de esa ausencia las desviaciones perjudiciales que bloquearon la integridad y la salud de la sociedad. Este autor bonaerense escribió que: «un pueblo incapaz de vivir con arreglo a principios íntimos de justicia, es indigno de poseer leyes equitativas o, lo que es lo mismo, merece existir fuera de la ley. Un código ha de ser coronamiento de la norma consuetudinaria, un caso de apelación para corregir desviaciones perniciosas a la integridad y salud de la sociedad. No ha de sentirse que existe, en el estado normal, como una víscera sana.»[498]

Otro autor argentino en consonancia con lo anterior es Eduardo Mallea, quien señaló, además, lo nocivo y fraudulento que resultó la sustitución de un vivir por un representar social, actitud claramente visible en los argentinos. Esto se vio manifestado en apariencias sobreactuadas vacías de creencias que le dieran sustento. En efecto, fue la mayoría que constante y trágicamente «representó» al país de un extremo a otro y en los más diversos ámbitos, desde las cátedras universitarias al parlamento, con discursos que exaltaron ampulosamente la personalidad del ejecutante. La seducción más inquietante fue la publicidad.

Estas características del ser argentino observadas y criticadas por Eduardo Mallea provocaron que el escritor los definiera así: «incapaces de pensar con honradez discreta y con limpieza, temen la sigilosa acusación de algún repentino rapto de conciencia y viven públicamente, en la calle, en la escena, dando cuentas a todo el mundo de su inteligencia, instrucción y coraje, a fuerza de puro miedo de ir a advertir ellos mismos, al callarse, que están efectivamente desprovistos de las unas y de lo otro. Imbuidos de tan dilatada suficiencia que prefieren aprender el menor número posible de cosas a fin de permanecer en la convicción de que no hay ninguna que no sepan.»[499] El autor percibió también al hombre argentino como un ser aparente y subordinado a la cuantía de su prosperidad personal cuya ambición lo había proyectado a las más diversas esferas de actividades, desde los ámbitos educativos a todo tipo

[498] Ibidem, p. 300.
[499] MALLEA, Eduardo, *Historia de una pasión argentina*, ibidem, p. 61.

de casillero dentro del conjunto de la administración del país. Cualquiera fuera su función específica, era evidente que este hombre tenía una función adjetiva y no sustantiva en la vida, una actitud en la que anteponía la representación a ser sí mismo.

Un rasgo constitutivo del ser argentino a considerar es la avaricia. El punto de partida para comprenderla es que el pueblo argentino en gran parte es descendiente del pueblo español, por lo que de ahí surgen los rasgos de su carácter. Una característica común en ambos es la avidez de adquirir, cuyo correlato es la incapacidad de retener. Por su lado, los gigantescos y extravagantes emprendimientos españoles no eran de fácil abastecimiento económico, y aún más difícil fue sostenerlos en el tiempo.

En sí misma, la avaricia adquisitiva consiste, según Carlos Octavio Bunge, en recoger mucho con poco trabajo, esto es: aspirar a mucho ingreso con poco esfuerzo, o, dicho de otro modo, la ley del mínimo esfuerzo aplicada en el terreno económico. Este autor destacó que todo español «tiene adentro un rey» como modo expresivo de su propia autovaloración. Además, hizo centro en la arrogancia ibérica como característica distintiva que expresa un sentimiento anárquico e individualista. Bunge lo definió del siguiente modo: «es que la arrogancia ibérica, desenvolviéndose libremente, tiende a hacer de cada individuo una autoridad individual. Y donde cada uno quiere ser autoridad, no pueden ser muy acatadas las autoridades sociales…»[500] Luego el autor se interrogó sobre cómo hacer para frenar las tendencias caóticas de esa arrogancia que dificultan la unidad.

Siguiendo su razonamiento, la solución consiste en imponer la uniformidad de creencias. Otro aspecto señalado fue la tendencia de achacar al gobierno por la propia infelicidad, pero luego de preguntarse sobre el origen de la desgracia de los hombres y sus crisis, insistió en que lo desordenado de sus pasiones se traduce a la vida diaria en incapacidad para el trabajo. No obstante, Bunge puso énfasis en que: «la forma sin duda más repulsiva de la avaricia española es la criminal rapacidad de los gobernantes, que tantas veces no omitieron medio de enriquecerse intensamente a costa del pueblo, con vergonzosos latrocinios y prevaricatos. No presenta, como la de España, la

[500] BUNGE, Carlos Octavio, *Nuestra América*, ibidem, p. 69.

historia de ninguna nación europea tantos validos y favoritos de una venalidad que hoy nos parece inverosímil.»[501] En resumen, desde su punto de vista, la avaricia del hombre argentino sería descendencia directa del modo económico de ser del hombre español.

En el siglo XX la Argentina se incorporó rápidamente con éxito en el mercado mundial pero dejó de lado el esfuerzo sostenido que demandaba concretar el desarrollo y la integración de su economía interna. Estaba en vigencia la idea de un progreso indefinido basado en lo anteriormente mencionado. Con la divisa fuerte gran parte de la clase adinerada y propietaria de grandes extensiones de tierras se habituó a los viajes permanentes al exterior, en particular a Europa. Muchos de ellos pasaban allí más tiempo que en su propio país y allí fue donde educaron y vincularon a sus hijos. Al grupo humano que conformaba esta suerte de situación forzada y que trataba de aparentar un *status* más elevado que el real, reflejo de una posición equivocada en la sociedad, Arturo Jauretche lo denominó «medio pelo». Según el autor, este grupo estaba conformado por los empobrecidos de la clase alta y los recientemente enriquecidos.

Jauretche destacó que: «los ricos argentinos con la divisa fuerte contaban entre los ricos del mundo; ellos dieron la imagen internacional que la clase alta asimilaba confundiendo su propia riqueza con la del país, la concentración en sus manos de toda la capacidad de consumo superfluo.»[502] Esta fue una clara manifestación de que la clase alta nacional olvidó su propio origen, cayendo así en la comodidad inmediata producto del desarrollo comercial impulsado por políticas que posteriormente llevaron al país al descontrol económico.

En particular, la crisis de los años treinta provocó que las metrópolis proyectaran mayores dificultades sumadas a las ya existentes, lo que agravó la situación económica nacional de orientación claramente dependiente. De modo que, en una economía argentina de perfil monoproductivo y sin posibilidades de sustituir productos, al achicarse drásticamente el mercado el efecto mayor se produjo en la clase media. En este contexto de dependencia, la exportación e importación tanto como los fletes y seguros, no estaban en manos nacionales sino de corporaciones extranjeras.

[501] Ibidem, p. 77.
[502] JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, ibidem, p, 84.

Por entonces, aquellos argentinos intermedios se concentraban preferentemente en la zona norte de la ciudad de Buenos Aires y sus lindes con la Provincia de Buenos Aires. Sus símbolos distintivos eran la estancia, el yate y los colegios privados. Jauretche se refirió a ellos con dureza diciendo que: «la propia inestabilidad del "medio pelo" determina que su posición vertical dependa, como en el trompo, de la velocidad de giro. Carente de base, parado sobre la punta, si se detiene cae.»[503] En estas características mencionadas se resume, según el autor citado, la clave de las crisis sucesivas de la Argentina.

El desarraigo es un factor altamente influyente en el ser argentino. El hombre argentino es de orígenes diversos y no cuenta con una herencia específica sino múltiple y diversa, de características universales. Esta diversidad originaria le otorgó facilidad natural para ver el universo desde distintos ángulos. En consecuencia su óptica de vida se conforma de puntos de vista variados, los cuales le facilitan movilidad y variedad de criterios.

Al analizar ciertos desprendimientos dolorosos que gravitan sobre el alma y la conducta del argentino, producto en parte por lo antes mencionado, el escritor argentino Víctor Massuh arriesgó una hipótesis decisiva: «el desarraigo produjo ya su obra maestra: el individualismo argentino.»[504] Por otra parte, en concordancia con autores ya tratados, deben considerarse otros costados del desarraigo. Entre las virtudes del hombre argentino pueden destacarse el dinamismo y la inteligencia, que le facilitan gran movilidad interior y receptividades diversificadas, pero a la par de estos aspectos positivos existen otros negativos, entre ellos: el don de crítica y disconformismo, la negación y la rebeldía. Por lo tanto, sin ataduras ni vínculos firmes con el pasado, a este hombre le resultaba dificultoso el compromiso con causas nuevas, ajenas a él y a sus intereses inmediatos.

En particular, el desarraigo es sinónimo de discontinuidad, de impedimento a la necesaria sedimentación que requiere la constitución de un cuerpo tradicional; esta discontinuidad hace de barrera a la cristalización de toda tradición. Además, el desarraigo condiciona al hombre a permanecer en un continuo estar comenzando obras aisladas, a un permanente empezar, es decir, a una actitud reiterada de inauguración. Al analizar el supuesto ser

[503] Ibidem, p. 350.
[504] MASSUH, Víctor, *La Argentina como sentimiento*, ibidem, p. 74.

argentino este autor afirmó que: «los argentinos no podemos vivir en la discontinuidad, en el corte de las raíces o con ellas en el aire, indiferentes al pasado, empezando siempre de nuevo como si se tratara del primer día de la creación. Ésta es la máxima expresión de nuestra debilidad. No por otra razón parecemos con frecuencia divididos, mutuamente desconfiados, convertidos en una suma de fragmentos sin unidad posible. Acaso a merced, por desgracia, de que la cohesión y la unidad nos sean compulsivamente impuestas desde fuera.»[505] Esta definición integra en su interior aspectos decisivos relacionados al interés por develar las cuestiones principales de la investigación.

Siguiendo al autor citado, en apariencia el hombre argentino se asemeja al hombre europeo. En lo profundo, sin embargo, se diferencia de él radicalmente. La diferencia esencial es su estado «a la defensiva», pues, como expresaron autores ya mencionados, sin autenticidad ni profundidad de pensamiento, el argentino muestra una fachada que no se corresponde con su interior. Este hombre no es atacado, sin embargo se defiende; defiende su puesto social y profesional, por ejemplo creando cátedras universitarias.

El perfil descripto correspondía a diversos sectores sociales, entre ellos el sector positivista universitario. El vertiginoso crecimiento económico, el progreso y la vitalidad fueron acompañados de inestabilidad social. Ortega percibió las calidades positivas de este proceso ascensional como así también el narcisismo vinculado a la deserción de la propia identidad.

Scalabrini Ortiz analizó la fisonomía argentina en su libro *El hombre que está solo y espera*, donde describió al hombre porteño de Corrientes y Esmeralda habitué de las calles de Buenos Aires y de sus cafés. Este hombre porteño, vértice del torbellino argentino, se diseminaba por toda la geografía nacional. Intrépido, monótono y con personalidad dotada de multiplicidad de recursos, era, a la vez, inmune a todo lo no engendrado por él. Así, encerrado en su inercia, sólo le cabía esperar en su propia celda.

Por otra parte el autor abordó aspectos de infraestructura y mostró como la construcción de los ferrocarriles permitieron la integración del interior del territorio al conjunto nacional, fundando pueblos y fomentando el desarrollo y crecimiento de las industrias, entre ellas el agro y la ganadería. A diferencia de

[505] Ibidem, p. 79.

Ortega, para Scalabrini «la pampa no promete nada a la fantasía; no entrega nada a la imaginación. El espíritu patina sobre su lisura y vuela.»[506] Pero, en coincidencia con el filósofo español manifestó su desacuerdo con las políticas del siglo XIX en que la generación del 80 con tal de impulsar exclusivamente lo económico se desentendió de lo social, en especial de las dimensiones éticas y morales necesarias para el desarrollo integral de la reorganización nacional.

Este descuido hizo que la exclusiva prosperidad económica fuera insuficiente por no tener presente al hombre en su totalidad. El argentino era un hombre pragmático basado en intuiciones básicas y pálpitos simples, no le daba importancia a programas que requerían manejo de habilidades tácticas sofisticadas. Además, cabe mencionar algo de suma importancia: la ausencia de estrategias que consideraran el manejo del tiempo. Por lo tanto, en la práctica diaria los obreros trabajaban en mataderos precarios, frigoríficos o almacenando trigo en silos. La ciudad capital Buenos Aires funcionaba como cabeza ordenadora del país y en ella reinaba el consumismo estimulado preferentemente desde París y Londres.

Por ejemplo, en tiempos de Yrigoyen el potencial argentino estaba encerrado en su éxito comercial capitalista sin dimensión espiritual, es decir, un mercantilismo puro no cohesionante y desprovisto de valores culturales. De esta manera, el nuevo orden masificado hacía que la vida misma se industrializara desplazando la creación y el arte, lo cual permitía entrever que detrás del evidente progreso la vida no estaba bien constituida.

En el fondo, la pasividad argentina provenía de una psicología de larga data que expuso la pereza, la indisciplina y la holgazanería como modo de vida monótono y melancólico. Estas facetas, a su vez, evidenciaban otro rasgo decisivo de personalidad determinante de su futuro: la ausencia de iniciativa.

También la imprecisión y la mentira, como se verá en III. 2 de esta Segunda parte, fueron una forma de actuar inconsistente que dejó expuesta la falta de sentido preciso del tiempo y el desprecio por la planificación. En consecuencia, brotaban el azar y la incoherencia.

Con instituciones débiles y corrupción por doquier estos hombres eran desordenados y superficiales desde su origen y debido a ellos la Pampa se

[506] SCALABRINI ORTÍZ, Raúl. *El hombre que está solo y espera*, ibidem, p. 37.

convirtió en una barbarie deshonesta colmatada de rapiña y barbarie, sin lugar posible para el intelectual.

El escritor bonaerense Martínez Estrada, conocedor del hombre de campo satisfecho y con ideales de grandeza, tampoco coincidió con Ortega en que la Argentina tenía resortes de gran nación. Este autor puso el acento en la Administración Pública corrupta heredada de la gestión colonial; para él éste era el talón de Aquiles de la nación y a partir de ahí descartaba todo tipo de mito positivo. Martínez Estrada atribuyó a la conquista y a la colonización la rapiña, el desengaño, la barbarie, la lucha por la tierra y el desprecio de la inteligencia. Así, todo reflejo narcisista y defensivo rondaba alrededor de la carne, del cereal y las finanzas. El Estado, reflejo de caprichos conservadores, era un aparato insensato que se había adueñado de las haciendas: «el Estado ofrecía mucho, lo que sólo podía cumplir mediante actos de coacción; por eso comenzó a actuar desplegando su poder a mansalva. En un mundo que carecía de formas, el Estado-Ejército-Patriarca tenía forma perfecta; donde faltaban los frenos éticos, mercantiles y religiosos, era dechado de orden y garantía del porvenir. La administración pública, con su presupuesto elástico, que jamás ajustó el cálculo de gastos al de recursos, ofrecía mensualmente un estipendio a quienes se colocaban bajo su protección.»[507]

Sobre la improvisación generalizada de un país invertebrado y desequilibrado en la distribución de su población, la improvisación propiciaba la miseria y la ignorancia. Además, la no exigencia de vocación, honestidad ni aptitudes era correspondida con puestos públicos de alta paga a funcionarios improvisados y desesperados por aferrarse a un sueldo.

Martínez Estrada contradijo el alto módulo que Ortega asignó al hombre argentino y el déficit moral nacional lo atribuyó a la inmigración errónea y sin calificación, a la mera aspiración de subsistencia del hombre argentino medio. Coincidió con Ortega en que en este tipo de hombre caracterizado por su vulgaridad, la maldad insolente y burlona provenía de su inseguridad interior. El hombre argentino de clase media vive sin un presupuesto preestablecido, en la incertidumbre de lo imprevisto, y el pobre no conoce ni aplica el concepto de ahorro; para ellos todo es imprevisto y la vida transcurre con carácter

[507] MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, ibidem, p. 160.

provisional. Martínez Estrada describió detalladamente su visión negativa del hombre que habitaba el territorio argentino.

Desde otro ángulo, pero en coincidencia con lo anterior, ya en 1913 en su libro *El hombre mediocre* José Ingenieros reconoció que el avasallamiento de las multitudes en ascenso no era novedad en Argentina. Este médico y escritor advirtió que el hombre vulgar, producto del clientelismo político, ocupaba las altas esferas del poder público en puestos rentables del Estado. De este modo, las multitudes sumisas, rutinarias y prejuiciosas nivelaban hacia abajo la vida cultural de todo un país inundado de mediocracia y fanatismos.

En el capítulo VII de su obra, al analizar *La mediocracia* este autor de libros clásicos sobre la sociología argentina comentó y afirmó críticamente lo siguiente: «Platón, sin quererlo, al decir de la democracia: "*es el peor de los buenos gobiernos, pero el mejor entre los malos*", definió la mediocracia. Han transcurrido siglos y la sentencia conserva su verdad. En la primera década del siglo XX se ha acentuado la decadencia moral de las clases gobernantes. En cada comarca, una facción de vividores detenta los engranajes del mecanismo oficial, excluyendo de su seno a cuantos desdeñan tener complicidad en sus empresas. Aquí son castas advenedizas, allí sindicatos industriales, acullá facciones de parlaembalde. Son gavillas y se titulan partidos. Intentan disfrazar con ideas su monopolio del Estado. Son bandoleros que buscan la encrucijada más impune para expoliar a la sociedad.»[508] Para el autor este hombre era hijo de hiperdemocracias urbanas y aborrecía al hombre superior porque le exigía excelencia.

Por las razones expuestas, además, le irritaba la aristocracia moral y la honestidad verdaderamente democrática del intelecto superior. En resumen, era lógica consecuencia de masas moralmente inferiores, deshonestas y sin códigos de convivencia que conviniera emular. A modo de contraste, Ingenieros expresó su pensamiento y dijo también que: «Sin ideales sería inconcebible el progreso. El culto del "hombre práctico", limitado a las contingencias del presente, importa un renunciamiento a toda imperfección. El hábito organiza la rutina y nada crea hacia el porvenir; sólo de los imaginativos espera la ciencia sus hipótesis, el arte su vuelo, la moral sus ejemplos, la

[508] INGENIEROS, José, *El hombre mediocre*, ibidem, Las cursivas corresponden al autor.

historia sus páginas luminosas.»[509] Al resumir su mirada sobre la sociedad argentina definió que la burocracia utilitarista destruía lo imaginativo, la ciencia y todo lo que fuera de alto vuelo, despreciando de esa manera la originalidad, la espiritualidad y la cultura. En pocas palabras, la burocracia funciona como una máquina de podar que anula en los ciudadanos todo brote de dignidad; atenúa su individualidad uniformándolos, inhibiéndolos y paralizándolos. Mediante sus expresiones Ingenieros atribuyó a la irresponsabilidad y desidia en el modo de organizar el Estado las repercusiones negativas que en el futuro vendrían a perjudicar severamente al conjunto de la nación.

Por su lado y con otras palabras, en *La rebelión de las masas*, también Ortega atribuyó que la desmoralización de las clases medias intelectuales, avasalladas por la ignorancia y la vulgaridad, era consecuencia y responsabilidad de la democracia liberal. Del mismo modo, sindicó el desgobierno de las masas populares y los efectos nefastos de la especialización, que redujo la inteligencia al mero pragmatismo.

Como se mencionó a modo de introducción en II.2 de esta Segunda parte, los modelos políticos implementados y sus consecuencias sociales fueron debatidos en las revistas argentinas de distintas tendencias y posturas ideológicas, entre ellas las progresistas *Sagitario* e *Inicial*, pero también en las más conservadoras como *Nosotros*, *Síntesis* o *Valoraciones.*

El problema se planteaba en términos de elección; unas defendían un modelo, otras elegían el opuesto. Ortega, explorador y analista sofisticado, avanzó sobre versiones vinculadas a diversas cuestiones. En «La Pampa promesas», texto de 1929 y publicado en *El Espectador*, estudió e indagó sobre el paisaje considerándolo organismo que ejerce funciones intransferibles; allí analizó su estructura, su anatomía y su fisiología. No obstante, Ortega considera que la elección es cosa mucho menos frecuente de lo que se supone.

La fisonomía de la pampa consiste en un paisaje monótono donde la mirada, sin obstáculos intermedios, corre directamente al último plano del horizonte. Al comenzar por su fin, el vacío intermedio se refleja en el espíritu como una espontánea y continua promesa. Desde ese horizonte geométrico

[509] Ibidem, p. 16.

vacío y promisorio el hombre gobierna y ejecuta su vida presente. De ahí proviene, según el filósofo español, el descontento del alma criolla, el hueco de su propia vida: «Porque ese atributo de fugacidad que el hombre ha descubierto en la vida procede de nuestra falta de atención al presente.»[510]

Poco más adelante Ortega reconoció que la Argentina contribuyó a hacer su vida y habló con fervor y sin elogios pues consideró que alabarla equivalía a dañarla. Entonces señaló un problema llamativo y enigmático: «Se habla mucho de este país, se habla demasiado, es éste ya un problema curioso: la desproporción entre lo que aún es la Argentina y el ruido que produce en el mundo, se habla casi siempre mal. Se enumeran sus defectos, se llega a hacer del argentino un símbolo de humanidad deficiente, pero insistiendo tanto en las faltas, en lo que el argentino no es, nadie se ha ocupado de descubrirnos que es.»[511] Como es de suponer, de este problema se derivan significativos rasgos del alma argentina.

Posteriormente, en «Por qué he escrito “El hombre a la defensiva”» Ortega acudió al elogio y dijo con firmeza que: «es la Argentina “el pueblo con resortes históricos más fuerte que hoy existe”.»[512]

Ortega se refirió también a la mengua de la vitalidad en las juventudes y planteó a los argentinos jóvenes el desafío de aspirar a constituir una generación ejemplar a partir de una férrea disciplina interior que permitiera dejar atrás la inercia reinante. Esto significaba, en síntesis, que el individuo debía exigirse mucho más a sí mismo e incrementar su nobleza. El propósito final era intentar la obliteración prematura de su intelecto, pues la esperanza sólo puede mantenerse a partir de un repertorio de ideas claras y firmes.

Por otra parte, como buen psicólogo Ortega vio en la actitud de atacar la manifestación de una debilidad, una preocupación defensiva; entonces expresó que: «El hombre fuerte no piensa nunca en atacar: su actitud primaria es simplemente afirmarse.»[513] De acuerdo a su interpretación, el ataque es cosa secundaria para este hombre, y en todos los casos es simple respuesta a un

[510] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador VII* (1929), “Intimidades, La Pampa…promesas”, *Obras Completas*, tomo II, p. 894.
[511] Ibidem, pp. 896–897.
[512] ORTEGA Y GASSET, José, “Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*”, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de abril de 1930, *Obras Completas*, tomo IV, p. 374.
[513] ORTEGA Y GASSET, José, “El deber de la nueva generación argentina”, Buenos Aires, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de abril de 1924, *Obras Completas*, tomo III, p, 259.

prójimo que optó por ofenderse ante la enérgica paz de su afirmación. Este aspecto es central en la vida intelectual, ya que si un hombre se halla pleno de ideas nuevas sobre las cosas no le cabe ocuparse de combatir ideas ajenas.

En síntesis, se han presentado aquí algunos de los rasgos definitorios que reflejan el alma del pueblo argentino, desde los más favorables como su intelectualidad y creatividad hasta lo más negativo de su personalidad. Destacamos entonces la avaricia e inseguridad, causas que dan lugar a su actitud defensiva. A continuación veremos otros aspectos complementarios de los ya señalados.

La oligarquía paternalista con su obsesión de protección produjo un tipo humano dotado de apariencias progresistas y de prosperidad, con una necesidad permanente de ficción basada en la exaltación y la elocuencia. Esta potente necesidad de imposición se apoyó en la desconfianza y la sorna, dejando de lado la inteligencia.

Eduardo Mallea analizó el fenómeno argentino comparándolo con el proceso social paralelo sucedido en Norteamérica. De ahí concluyó que este fenómeno alejado de la moral más bien se aferró a una teología mística que produjo, posteriormente, una libertad diversa. El caso argentino se caracterizó por un ímpetu más osado y elevado hacia Dios, en detrimento de los preceptos austeros del norte.[514]

La independencia de España generó nuevos bríos en todos los ámbitos que tuvieron como consecuencia el surgimiento de nuevas clases. Estas clases pasaron a reemplazar a las anteriores, apareciendo de ese modo nuevos funcionarios y comerciantes, como así también clérigos, abogados y militares que, en conjunto, lograron constituir la nueva oligarquía directora.

El escritor Lucas Ayarragaray estudió este proceso de cambio en la sociedad tanto así como sus continuidades. En su libro *La anarquía argentina y el caudillismo* expresó con claridad y firmeza los hábitos del argentino de ese tiempo, definiéndolos del siguiente modo: «el ciudadano del nuevo régimen le continuó en su espíritu de ranciedad: levantarse al alba, recogerse al crepúsculo, asistir a la misa, laborar pocas horas, reposar muchas, merendar al hartazgo y sestear y vagar de tertuliano o paseante en tendejones y plazas. De

[514] Véase: MALLEA, Eduardo, *Historia de una pasión argentina*, ibidem, pp. 63-65.

este conjunto de burgueses rutineros y egoístas que “nada sabían sino de su comercio a saber, comprar por cuatro para vender por ocho”, gente pacata y de ideas menguadas, la cual se enriquecía a la manera árabe acumulando en escondrijos las piezas de oro y plata, surgió la minoría criolla directora. Estos regatones meticulosos fueron los últimos vástagos del audaz y pródigo aventurero español.»[515] Como puede verse, una cruda realidad, atribuida por el autor a la herencia y continuidad del proceso social antecedente.

Producto de la arrogancia española mezclada con la incuria nativa, entre los rasgos comunes derivados de los hispano-americanos pueden destacarse tres de ellos que son constantes de una tipificación; son los siguientes: la pereza, la tristeza y la arrogancia. En una extensa introducción al libro *Nuestra* América, de José Octavio Bunge, José Ingenieros analizó esta conjunción característica y atribuyó a ella el nacimiento de la pereza, la notoria inacción, la relativa falta de disciplina general, la ausencia de método de organización y el desprecio por la higiene en el trabajo.

Por otra parte, en *Las fuerzas morales* Ingenieros abordó el concepto de progreso en términos positivos. En ese libro definió que todo progreso es variación e implica rebeldía. Debido a que el progreso es característico de todas las actividades sociales, puede ser considerado entonces como un rasgo universal. Según el autor, una de las manifestaciones de reunir en conjunto estos caracteres ha sido la típica «mentira criolla», cuyos dos elementos más distintivos son la exageración pronunciada y el desprecio y ausencia de precisión. Es, por así decir, el popular «mas o menos» tan empleado y compenetrado en la imprecisa mentalidad argentina. Ingenieros definió el fenómeno del siguiente modo: «es un continuo engaño de acomodamiento a una inacción instintiva; el dejar-hacer transformado en dejar-fingir; un amable sistema de disfrazar la vida para rehuir toda responsabilidad, todo trabajo.»[516] A diferencia, la mentira europea, es un estímulo permanente hacia la acción, hacia la realización.

En su obra Bunge destacó dos neologismos típicos argentinos: en primer lugar «atorrar», cuyo significado es descansar y vagar alternativamente sin rumbo y sin objeto; y luego «macanear», que significa simplemente la «mentira

[515] AYARRAGARAY, Lucas, *La anarquía argentina y el caudillismo*, ibidem, pp. 62–63.
[516] INGENIEROS, José, “Introducción”, en: BUNGE, Carlos Octavio, ibidem, 1918, p. 14.

criolla». Poco más adelante, en su prólogo Ingenieros señaló otro rasgo significativo del carácter argentino: «la pereza individual no es un sentimiento sin causa; es una representación mental de la inercia orgánica. Nace de la falta de actividad; es una desviación de la fisiología, una enfermedad.»[517] El prologuista concluyó la caracterización endógena definiendo la fórmula sociológica de la pereza hispano-americana a partir del determinismo geográfico, dado que la abundante riqueza del ambiente natural permite que haga falta poco trabajo para satisfacer las necesidades de subsistencia. Allí se origina el derecho a la pereza.

Así presentada, la psicología de los españoles es, en principio, violenta y confusa bajo un rasgo dominante que, según Bunge, es la arrogancia; su génesis se pierde en la noche de los tiempos, hallándose más en la raza que en la geografía.[518] Este autor estudió la arrogancia española desde sus orígenes y después afirmó con crudeza su personal visión. Entonces describió que hasta la toma de Numancia sólo fue espíritu guerrero, tornándose una inclinación marcada hacia lo económico durante la colonización de América. En tiempos de Felipe II la arrogancia española, firmemente ofensiva y combativa desafiaba al universo.

A modo de ejemplo, Bunge recordó precisamente que: «la conquista de América la había acostumbrado a realizar las fabulosas hazañas de los libros de caballería, lo imposible… Y ello es que era un vértigo de grandeza: era *la locura española, que esencialmente consistía en intentar empresas imposibles para los recursos de que se disponía…* He aquí en esta desproporción entre lo que se pretende y lo que se puede, la característica de lo que se llama hoy el "quijotismo español", la *fanfarronería*, la baladronada de los españoles.»[519]

Además, como prueba de la verbosidad española, de su arrogancia y de la desproporción de este rasgo característico español alojado más en la lengua que en la espada, el autor marcó el contraste entre la ambición de «retar» al

[517] Ibidem, p. 18.
[518] «En efecto, las tres grandes penínsulas del mediterráneo, Grecia, Italia y España, han tenido que luchar continuamente contra invasiones extranjeras, pues fueron siempre asequibles y codiciadas por la extensión de sus costas indefensas, la benignidad de su clima y lo fértil de sus tierras. […] la posición de España era aún más crítica que las de Italia y Grecia, porque surge entre el África y la Europa como un amable *intermezzo*, como un generosísimo jardín que tiende a sus vecinos puentes de plata en el breve estrecho de Gibraltar.» Véase: BUNGE, Carlos Octavio, ibidem, p. 59.
[519] Ibidem, p. 96. Las cursivas corresponden a BUNGE.

mundo con sus grandes aspiraciones y la pequeñez de no poder desalojar a los ingleses de Gibraltar. Desde el siglo XVIII hasta principios del XIX los hombres españoles de pensamiento fueron, muchos de ellos, simples parlanchines sin manifiesta procura de esfuerzo por profundizar en las cosas, esto debido a que el público sólo apreciaba la superficie de ellas.

Un dato significativo, cuyas connotaciones constituyen un aporte relevante para nuestra investigación, lo acerca Carlos Bunge cuando dice que: «para elogiar la capacidad de un sujeto cualquiera, el español, especialmente el andaluz, no le calificaba de "inteligente", sino de "listo, vivo".»[520] Esto supone que en un contexto de indolentes, puede resultar cómodo y práctico descollar al más activo de la turba de ciudadanos apáticos. Es decir, a la hora de pensar e impulsarse por sí mismos, el delegar la carga de su propia responsabilidad equivale a delegar su soberanía. Esta delegación, obviamente, recae en el más «apto», que es, a la vez, el más temido y apreciado.

Así resulta que ante la ausencia de mérito las amistades ocupan un lugar sustituto en el proceder moral, conducente, por esa razón, al retroceso y a la injusticia social. De ahí que el autor manifestó convencido lo siguiente: «en la pereza colectiva hallo la clave del *caudillismo* o *caciquismo* hispanoamericano, curioso fenómeno institucional.»[521] Así, la sociedad caciquista promovió al mejor sin importarle la inexistencia de cualidades superiores, dando lugar a las complicidades y alianzas espurias.

Lo mencionado está en relación directa con lo que años después señaló Arturo Jauretche respecto de las consecuencias distorsivas que tuvieron impacto en la sociedad argentina. Este autor definió que: «en principio, decir que un individuo o un grupo es de medio pelo implica señalar una posición equívoca en la sociedad; la situación forzada de quien trata de aparentar un status superior al que en realidad posee.»[522] Sin dudas, una definición que revela el proceder ficticio y alejado de su propia realidad de un sector representativo del conjunto social nacional, propenso a la autoestima exagerada.

[520] Ibidem, p. 97.
[521] Ibidem, p. 224. Las cursivas corresponden al autor citado.
[522] JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, ibidem, p, 18.

Cabe reconocer en el arranque sobrador histórico del hombre argentino un cierto infantilismo que Ortega atribuyó a su mentalidad inmadura con ausencia de panorama abierto a lo internacional y a los próximos cambios que se avecinaban. Esta actitud poco deliberada le impedía ver, entre otras cosas, las turbulencias sociales en potencia, causa del estancamiento que vendría. Entonces privaba la inoperancia e indiferencia en todo aquello fuera de la órbita del dinero y de los negocios. La ausencia de madurez marcaba el camino ideal para acabar mal si no se avanzaba por la principal senda de riqueza; se requería ir más allá de los recursos naturales, por más abundante que éstos eran.

Además, faltaban disciplina y generosidad. En particular, el extendido mito en Buenos Aires sobre las «vacas sagradas» auguraba una prosperidad ilusoria, ya que la realidad pasaba por la dependencia económica europea traducida en servilismo cultural de una sociedad que se había habituado al confort y al consumismo al estilo de París y Londres. Así, cerrados en su éxito comercial, a los argentinos les resultaba difícil crecer como nación espiritual y quedaban reducidos a un mero polo proveedor de materias primas. En el fondo, el capitalismo hacía la suya: nivelaba, destruía e industrializaba la vida, dejando de lado al individuo creador. Debajo del progreso y de la prosperidad fugaz todo era mal presagio.

Marta Campomar exploró opiniones de distintos autores que opinaron sobre esta época de la nación y menciona que: «Keyserling no atribuye la pasividad sudamericana o argentina a la herencia española como Carlos Octavio Bunge con su teoría de la pereza del indio y español. El alemán hacía referencia a esta obra de Bunge (que era un clásico de los sudamericanos), pero discrepaba con su autor con respecto a la pereza, que no era característica ni del gaucho ni del colono. Residía más bien en el “no me da la gana” primordial que subsistía en las esferas sociales superiores, en la holgazanería que produce el “otium cum dígnate” del acomodado.»[523] En definitiva, como puede apreciarse, revela las distintas maneras de ver y definir el carácter general del hombre argentino del que nos estamos ocupando.

[523] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 631.

La pasividad fue producto de la indisciplina, la imprevisión y el abandono. El hombre argentino, sin sentido del tiempo ni capacidad de ejecución quedó reducido al impulso inmediato no planificado, de cuya actitud brotaban el azar y lo incoherente. Mallea, en consonancia con Ortega, en el prefacio de su libro *Historia de una pasión argentina* adjudicó la responsabilidad a los políticos y a los incapaces que desde las instituciones se apoderaron del país dejando la sociedad a la deriva. La sociedad burguesa porteña hacía gala de su poderío material viviendo de apariencias tras sus caretas y actitudes defensivas en tiempos de fraudes sociales, de nacionalismos huecos y sin principios.

Después de considerar los rasgos sociales negativos, a fin de erradicarlos, Mallea apeló a la evolución mental del hombre argentino. Entonces reveló que para él el único remedio o solución debe venir a través de una categórica, radical y decisiva movilización de las conciencias de los ciudadanos. Al igual que Ortega, este autor consideró la riqueza y flexibilidad del hombre argentino, pero no creyó que estuviera dotado de capacidad social transformadora, pues vio que la débil raíz colectiva excluyente de un plasma social original generaba una sociedad superficial arraigada sólo al materialismo de progreso económico, indefinido y sin límites.

No obstante, Mallea vislumbró la diferencia entre una Argentina visible, compuesta de porteños fraudulentos, y el interior del país, más puro y dotado de mayor autenticidad. Como observador agudo de la sociedad argentina, en su tránsito cotidiano entre ciudadanos Mallea miró detenidamente y detectó que: «estos hombres con que a diario me encontraba, que llenaban los claustros de las facultades, los laboratorios de la ciencia, las instituciones de sustentación del arte, los paraninfos magistrales, no pocas escuelas, no pocas academias, que se desparramaban y corrían como una espesa ola inundando las bancas del Parlamento, los clubs exclusivos, las oficinas de la administración nacional, tenían una función adjetiva y no sustantiva en nuestro mundo, una función en la que lo importante era ante todo representar, no ser.»[524] De esa manera, este autor advirtió el impacto que la distorsión generalizada tendría en la organización de la sociedad argentina, su incidencia directa en su bienestar general, y a la vez presagió las consecuencias futuras.

[524] Ibidem, p. 62.

Con no menos crudeza, en su grotesca visión de la nación, para Martínez Estrada la Argentina era servil, viciosa y vieja desde su nacimiento. Tenía un Estado que se había apropiado de las haciendas públicas, dominado por caprichos de conservadores autodenominados liberales, y por otra parte trabajadores ineptos, corruptos, sin vocación ni formación técnica para su función, pero que cobraban buenos sueldos en puestos públicos.

Para este autor, un factor decisivo también fue la inmigración, compuesta de pobres ciudadanos luchando por sobrevivir; de ahí se desprendía su permanente actitud de extorsión al prójimo. Los que llegaban al país eran deshonestos, hambrientos, superficiales y avaros, todo lo cual constituía en sí mismo un límite evolutivo. Lo mencionado sucedía en el amplísimo y extendido territorio argentino.

En esta vastedad, según la síntesis de Martínez Estrada, la Pampa es un interminable lugar de dispersión. En resumen, una visión que desmitificaba la gran utopía americana de una sociedad que parecía estar más cerca del desvío político que del ideal de alto módulo; aquél que vio y describió Ortega. Además, al no pensar ni sentir el argentino también adulteró la lengua anexando groserías. La crítica intelectual provino de publicaciones escritas, entre ellas de la *Revista Martín Fierro*. Entonces surgieron definiciones específicas, como por ejemplo «guarango», que era el gracioso improvisador complacido en mortificar al prójimo; y «chanta», que era el malo insolente, burlón de la inferioridad de los demás y con aspiraciones de gloria, ambos contemplados en el hombre mediocre de Ingenieros y también por Ramos Mejía y Bunge. En síntesis, estos personajes nefastos conformaron la base del déficit moral nacional.

En las generaciones ascendentes son manifiestas las exigencias de honestidad intelectual y política en quienes pretenden influirlas, en cambio, en las generaciones decadentes se rinde culto a los discursos vacíos sin contenidos sólidos. Por lo tanto, sólo cabe esperanza en aquellos dotados de ideas claras, luminosas y firmes. Al tratar estos aspectos de la personalidad, Ortega cerró su artículo «El deber de la nueva generación argentina» con su conocida expresión: «me parecería un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer éstas se ocupase

en combatir las ideas de otros. *La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas*.»[525]

Sin embargo, el avasallamiento de las multitudes ascendentes ocupando altas esferas en la administración pública, producto del clientelismo político, constituyó la tiranía del engranaje nivelador que José Ingenieros retrató a principios del siglo XX en *El hombre mediocre*. Este tipo de hombre, de códigos frágiles e irritado por la moral generó una mediocracia plena de fanatismos igualitarios que pretendía amalgamar a los individuos en multitudes sumisas, rutinarias y prejuiciosas. Ingenieros manifestó su mirada de la siguiente manera: «siempre hay mediocres. Son perennes. Lo que varía es su prestigio y su influencia. En las épocas de exaltación renovadora muéstrense humildes, son tolerados; nadie los nota, no osan inmiscuirse en nada. Cuando se entibian los ideales y se reemplaza lo cualitativo por lo cuantitativo, se empieza a contar con ellos. Apercíbense entonces de su número, se mancornan en grupos, se arrebañan en partidos. Crece su influencia en la justa medida en que el clima se atempera; el sabio es igualado al analfabeto, el rebelde al lacayo, el poeta al prestamista. La mediocridad se condensa, conviértense en sistema, es incontrastable.»[526] Así fue que durante la primera década del siglo XX este «hombre práctico» y utilitarista que no necesitaba cultura ni instituciones degradaba la originalidad, combatía lo imaginativo, las inquietudes de alto vuelo y se oponía a los valores superiores.

En este contexto de análisis Marta Campomar menciona una medida política que traería aparejada una profunda transformación social. La escritora comentó el tema diciendo con énfasis: «la revista *Nosotros* se haría eco del dilema que planteaba la gran vulgarización, resultado inevitable de la Ley Sáenz Peña que permitió el ascenso al poder de grandes masas que elegían los ineptos.»[527] El cambio fue radical y de alto impacto. La rebelión de las masas, producto de la democracia liberal, fue un desafío para las clases altas tradicionales, pero constituyó, además, un motivo desmoralizador para los intelectuales atropellados por la mediocridad sin educación. También acecharon la brutalidad y la cerrazón que caracterizaban a la especialización.

---

[525] ORTEGA Y GASSET, José. *Obras Completas*, tomo III, idem. Las cursivas me pertenecen.
[526] INGENIEROS, José, *El hombre mediocre*, ibidem, p. 138.
[527] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, p. 652.

Ortega pensó los problemas argentinos y propuso soluciones. Por ejemplo, entre ellas, en su artículo «Por qué he escrito "El hombre a la defensiva"», publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 13 de abril de 1930 resumió la complejidad reinante a un único y decisivo aspecto: «Ahora bien, yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia argentina es su reforma moral.»[528] Este aspecto era y sigue siendo central, pues el hombre argentino desmoralizado, fuera de su radical autenticidad, al no estar en posesión de sí mismo no vive su vida y así no crea ni fecunda su destino.

## 2. Descripción de Ortega y Gasset de la estructura mental del hombre argentino. Los aspectos más destacados

Ortega y Gasset visitó la Argentina tres veces: en 1916, 1928 y 1939. Fue a partir de sus escritos sobre los argentinos de 1929 y publicados en *El Espectador* que Ortega y Gasset interactuó casi en exclusividad con intelectuales argentinos, dejando de lado personas de otros grupos. En un momento cumbre de la Argentina en el mundo los dos ensayos críticos sobre el carácter de los argentinos, los ya mencionados «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva», fueron recibidos con asombro y reprobación. Sobre ellos Mariano Grondona dijo que: «al describir el carácter de los (aparentemente) triunfantes argentinos, Ortega había profetizado en 1929 el rumbo declinante que tomaría nuestro país en las décadas siguientes.»[529] Analizando el carácter triunfalista de los argentinos, Ortega previno el rumbo declinante que tomaría la nación. Al año siguiente se hizo presente la crisis económica mundial y en el país sucedió el primer golpe militar que abrió un incierto panorama de inestabilidad política y económica.

El viajero busca en sus andanzas renovación espiritual. Ortega vertió sus impresiones de viajero fugaz sobre el alma colectiva argentina basándose en unos pocos datos. Luego de sus observaciones expresó lo siguiente: «Pues bien, señores, yo no he sido entre vosotros sino un entusiasta que pasa. No

[528] ORTEGA Y GASSET, José. "Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*", ibidem, p. 375.
[529] GRONDONA, Mariano, "Los argentinos según Ortega y Gasset", Buenos Aires, *La Nación*, domingo 3 de diciembre de 1995, p. 1.

tengo otra virtud que ésta de arder ante las cosas y producir en torno mío algunas contaminaciones.

Y me he encontrado con un pueblo lleno de afanes, libre de envidias, que, sintiendo rebosar dentro su optimismo, está presto a verterlo, liberal, sobre el transeúnte, a poco pretexto que le dé. Yo no creo que exista en parte alguna un público de sensibilidad más pronta y limpia de prejuicios, de mayor perspicacia, que el que encontrará en la Argentina todo el que venga con un poco de pureza y otro poco de arte en su corazón. No asesta alabanza mía convencional y reflexiva, porque al punto añado que es un problema para mí explicarme el desequilibrio que existe entre esa sensibilidad difusa y anónima, pero exquisita, y la producción ideológica y artística de este pueblo, que es más reducida y menos densa de lo que tiene ya obligación de ser.»[530] Como se observa, Ortega advirtió una marcada brecha entre dos aspectos destacados, explicados posteriormente con mayor dedicación y detalles.

El pueblo criollo absorbió hombres de distintos orígenes, razas y religiones en la unidad de un Estado, lo cual requería una capacidad específica diferente de la necesaria para constituir una nación. Esta capacidad de atracción rompió el hermetismo tradicional de una raza. Sobre este aspecto, Ortega advirtió: «Porque ello trae el peligro de que esa facilidad en la recepción del extraño, esa porosidad de la sociedad, produzca en ésta falta de cohesión, y la vida de un pueblo como éste sería desordenada, inquieta, turbulenta, brutal e insolidaria, menguas todas éstas que impiden las grandes obras del esfuerzo aunado y común.»[531] El talento socializador del Estado está más asociado a los abusos administrativos que a los usos, que son los que realmente califican a un pueblo.

Un hecho central de la vida argentina, como se ha mencionado en II.3 y III.1 de la Primera parte, es la gran desproporción entre la preocupación económica y el resto de las actividades; este exclusivismo económico fue fomentado en gran parte por el aluvión inmigratorio sediento de riquezas.

Como auténtico hidalgo, Ortega reivindicó la importancia de las aristas morales por sobre lo económico. En cuanto al panorama local señaló un aspecto decisivo: «Más un pueblo que ve claro delante y quiere con decisión su

[530] ORTEGA Y GASSET, José. "Conferencia", *Obras Completas*, tomo III, pp. 233–234.
[531] Ibidem, p. 235.

porvenir, como el argentino, sabe muy bien lo que ha de hacer para corregir ese defecto original. Y eso que ha de hacer no podrá consistir en otra cosa que en dedicar tanta mayor energía al cultivo superior de las actividades sobre-económicas, cuanta mayor es su desproporción frente a las utilitarias.»[532] En este sentido, Ortega se refirió a la Universidad como institución principal para el fomento reflexivo que luego eleve al hombre a una cultura superior, ya que la educación es el principal pilar de una nación.

Pero, al observar la tendencia práctica de la Universidad argentina reflexionó e hizo notar que durante el siglo XIX y en lo que iba del siglo XX el peso de las naciones en la Historia estuvo en relación directa al peso de sus universidades. A partir de esto se interrogó si en la conciencia pública argentina existe la resuelta visión de esta realidad. El hombre desarrolla la técnica, pero la potencialidad humana construye al hombre mediante el entusiasmo previo de éste, de ahí que no pueda esperarse nada del hombre satisfecho, pues íntimamente éste no siente la falta de algo. En resumen, el hombre y su historia es producto del descontento. El pragmatismo expresa la adaptación del sujeto a la verdad establecida; de ahí su natural escepticismo, posible de superar mediante la filosofía.

Invadido por la curiosidad del atraso que observó en la Universidad argentina Ortega expresó con asombro que le costaba entender que todavía en 1916 en la Facultad de Filosofía de Buenos Aires hubiese una cátedra que expusiera con devota convicción la momia de Spencer. La filosofía plantea con calma las cuestiones; es necesaria para rumiar pausadamente las cosas a fin de verlas con mayor claridad. Ortega manifestó su afecto profundo hacia el adolescente pueblo argentino y a manera de consejo incitador dijo con énfasis: «¡Argentinos, a las cosas, a las cosas! Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos. No presumen ustedes el brinco magnífico que dará este país el día que sus hombres se resuelvan de una vez, bravamente, a abrirse el pecho a las cosas, a ocuparse y preocuparse de ellas directamente y sin más, en vez de vivir a la defensiva, de tener trabadas y paralizadas sus potencias espirituales, que son egregias, su curiosidad, su

[532] Ibidem, p. 237.

perspicacia, su claridad mental secuestradas por los complejos de lo personal.»[533]

El argentino seducido por el promisorio futuro avizorado en su horizonte fijó la vista en la lejana línea horizontal y entrevió ilimitadas posibilidades por delante, pero omitió lo intermedio: no tuvo en cuenta el presente y los esfuerzos cotidianos que conlleva; embriagado cayó en el error simplista de lo inmediato. En el primero de sus artículos mencionados Ortega describió así el paisaje argentino: «Mas la Pampa vive de su confín. En ella lo próximo es pura área geométrica, es simplemente tierra, mies, algo abstracto, sin fisonomía singular, igual acá que allá. No hay razón alguna para fijarse en este sitio más que el aquél o en otro cualquiera: el cobertizo, la vivienda parecen hechos para despegar la mirada, para que no se los vea. Esta indiferencia del primer término, del lugar donde estamos y próximo a nuestros pies, empuja sin más la mirada hasta el último término, porque el ojo busca algo interesante que ver y en la Pampa no hay nada particular que interese.»[534] Pero también hizo notar que las generosas y espontáneas promesas de la Pampa muchas veces no se cumplen. Entonces, el hombre reducido al vacío geométrico, a la monotonía de su primer término no sabe como vivir, pues la permanente aspiración produce descontento y disconformidad.

El criollo no asiste a su vida efectiva, sino que desatento al presente pasa la vida fuera de sí, instalado en la otra vida prometida. Sus defectos hacen de él un símbolo de humanidad deficiente difícil de entender. Por esa razón Ortega describió el alma argentina y al finalizar el artículo especificó que: «Y, en efecto, una de las cosas menos frecuentes en la Argentina es hallar alguien que tenga puesta su vida primariamente a vivirla y sólo secundariamente a esta o a la otra meta parcial dentro de la vida. De esta peculiaridad, que enunciada así tiene un aspecto abstruso, se derivan no pocos rasgos del alma argentina, por lo menos los que más extrañan al transeúnte europeo.»[535] Lanzados a andar por la historia, a los argentinos les falta mucho para lograr ser un pueblo adulto y edificarse como nación; debieron luchar poco más de un siglo en la

[533] ORTEGA Y GASSET, José. “Meditación del pueblo joven”, *Obras Completas*, tomo IX, p. 343.
[534] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador VII* (1929), “Intimidades, La Pampa…promesas”, *Obras Completas*, tomo II, 891.
[535] Ibidem, p. 897.

pampa inicial desprovista de los materiales necesarios, de ahí que su historia parezca de extraordinaria *perfomance*.

En el segundo artículo, siguiendo la misma línea de análisis Ortega expresó esta reflexión: «La verdad es que la Argentina actual no debía existir, quiero decir, que las meras fuerzas de mecánica histórica que la han favorecido no bastan para explicar su existencia. No basta una ancha tierra fértil para que un pueblo se organice, sobre que en la tierra argentina la fertilidad está negativamente compensada por no pocos defectos geográficos.»[536] Más que los adelantos económicos lo sorprendente era la idea de Estado que la nación había alcanzado. Impresionado desde su primer viaje Ortega había visto un Estado rígido y alejado de la espontaneidad social, dotado de una fuerte autoridad sobre individuos y grupos particulares, aquello que desarrollamos en el capítulo III de la Primera parte. En el fondo, Ortega discrepaba con esta forma de organización estatal porque consideraba que los hechos administrativos corresponden más al nivel de la sociedad. Esta impresión inmediata le llevó a decir y hacer notar con claridad la incongruencia que existía entre la realidad social argentina y su idea del Estado, destacando un curioso desequilibrio Este manifiesto desfase producto de la reflexividad nacional trajo aparejadas cosas buenas y otras tantas malas y peligrosas; todas ellas revelaban la magnífica idea que el pueblo tenía de sí mismo y expresaban su voluntad y proyecto de alto módulo.

El pueblo argentino no se contentaba con ser una nación entre otras, quería un futuro soberbio, pero ello implicaba superar un inconveniente esencial: la distancia entre el proyecto y lo que aún era. Sin resolverlo, de puro mirar el proyecto la Argentina cayó en el error de creer en su perfección, y de ese modo no logró el efectivo progreso. Otra característica del hombre argentino es que le resulta difícil la comunicación profunda; sobre ello dijo Ortega: «Sin embargo, cuando tenemos delante a un argentino típico notamos que algo nos impide comunicarnos con él.»[537] Sin duda, esta observación da lugar a pensar que penetrar la intimidad del hombre argentino no es tarea fácil.

---

[536] ORTEGA Y GASSET, José. *El Espectador VII* (1929), *"*Intimidades, El hombre a la defensiva", *Obras Completas*, tomo II, p, 898.
[537] Ibidem, p, 904.

Luego de agudizar el análisis sobre la intimidad del argentino, más adelante Ortega también advirtió sutilmente lo siguiente: «Notamos como si aquel hombre, presente ante nosotros, estuviese en verdad ausente y hubiese dejado de sí mismo sólo su persona exterior, a la periferia de su alma, lo que de ésta da al contorno social. En cambio, su intimidad no está allí. Lo que vemos es, pues, una máscara y sentimos el azoramiento acostumbrado al hablar con una careta. No asistimos a un vivir espontáneo. Su comportamiento nos parece en parte demasiado pueril para ser sincero. En suma, notamos falta de autenticidad.»[538] Este comportamiento es atribuido a que sus palabras y gestos no nacen de un fondo vital íntimo, sino que es producido expresamente para el uso externo, y esto impide, en consecuencia, acceder a su íntimo fondo personal; en definitiva, puede afirmarse que tanto las palabras como los gestos funcionan como una coraza.

La percepción de esta actitud le llevó a Ortega a convencerse y afirmar que el argentino actual es un hombre a la defensiva. Dado que no se abandona en una relación normal, sino por el contrario, se hermetiza y dispone a la defensa, ello le demanda mucha energía, lo cual resulta extraño puesto que nadie lo asedia ni ataca. Así, paralizando su espontaneidad, dedica gran parte de su vida a impedirse a sí mismo vivir con autenticidad, vive pasivamente en un gesto fingido. Vivir, por el contrario, es una operación centrífuga que se hace desde dentro hacia afuera.

La sociedad argentina se ha formado, según lo expuesto anteriormente, bajo los flujos de inmigraciones compuestas de miles de hombres llegados sin disciplina y con el exclusivo y anómalo objetivo del apetito individual de hacer fortuna. He ahí, en su formación aluvional, una justificación de la actitud defensiva basada en el constante peligro de los apetitos inmoderados que lo rodean, que lo fuerzan a vivir en constante estado de alerta multiplicando la audacia. El individuo no guiado por su necesidad interna no se adhiere a su profesión o actividad, en consecuencia, a pesar de la inteligencia que pueda poseer tampoco le es posible adscribirse a su figura social, que por otra parte nunca es definitiva. Por lo tanto, lo frecuente es que sea hoy una cosa y mañana otra, lo que revela un manifiesto impedimento de estabilidad.

[538] Ibidem, p, 905.

Ortega consideró aquella sociedad dividida en dos partes con diferentes estados evolutivos: en primer lugar un núcleo perfectamente nacionalizado y en su derredor una periferia de reciente emigración. Para que se convierta en nación orgánica debía diluirse esta dualidad que provocaba irremediablemente un carácter extrínseco y frívolo a la relación entre el individuo y su situación en toda actividad. Así entonces, el individuo «[…] no ve su profesión como un destino vital, sino como algo que ahora le pasa, como mera anécdota, como papel. De esta manera la vida queda escindida en dos: su persona auténtica y su figura social o papel. Entre ambos no hay comunicación efectiva. Ya esto bastaría para explicar por qué nos es difícil la comunicación con este hombre: él mismo no se comunica consigo.»[539] A fin de comprender este funcionamiento psicológico que compone la dualidad del alma individual y dispersa argentina se requiere, según Ortega, realzar la importancia de la vocación, que en su fondo refleja la llamada interna de la vida.

El hombre argentino no pone espontáneamente su vida en ninguna ocupación particular. Es un hombre bien dotado que no se entrega a nada, atento no a lo que efectivamente constituye su vida sino a una figura ideal que de sí mismo posee, de ahí su narcisismo.

Ortega vislumbró que el argentino típico reduce su vocación a ser ya el que imagina ser. De este modo, vive entregado no a una realidad, sino a una imagen. Y una imagen sólo se puede vivir contemplándola. Así, la exaltación del yo que predomina en la sociedad argentina puede facilitar logros, sin embargo la constante visita a sí mismo deja fuera de alcance social las cualidades superiores. El argentino es demasiado narciso observó Ortega, «Pero lo grave del narcisismo no es que desatienda a los demás sino que lleva a desatender a la propia persona real, la auténtica vida. Se acostumbra el individuo a negar su ser espontáneo en beneficio del personaje imaginario que cree ser. Lleva a la más extraña insolidaridad consigo mismo.»[540] De la manera expuesta Ortega y Gasset describió la estructura mental del hombre argentino, pero existen otros aspectos de relieve que se tratan a continuación.

Después de publicar estos ensayos Ortega recibió una andanada de ataques e insultos por parte de los jóvenes escritores argentinos que

[539] Ibidem, p. 913.
[540] Ibidem, pp. 919–920.

manifestaron su enojo por lo que habían leído en los ensayos «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva». Su autor admitió posteriormente que se había fijado el resuelto propósito de provocar esa violenta repercusión; su meditada publicación generó una variada gama de efectos que se desarrollarán en IV.2.

Después de describir públicamente los rasgos sobresalientes de los argentinos, al año siguiente en otro artículo Ortega reconoció que la Argentina contribuyó a hacer su vida, y en la medida de sus posibilidades, como escritor pretendió contribuir a hacer la vida de la Argentina, no sin cuestionar como hacerlo. En otro texto posterior, en términos aclaratorios, pero sin dudar, expresó y aclaró: «Pero además, quien conozca la Argentina actual sabe que nada puede hacerle tanto daño como alabarla, como interesarla en la opinión ajena sobre ella, antes bien, es preciso empujarla hacia sí misma, recluirla en su inexorable ser. Esto se propone "El hombre a la defensiva".»[541] Según su autor, este artículo no es una obra literaria sino de una obra «operante», en sentido reactivo, que actuase inclusive sobre aquellos que estuvieran en desacuerdo con el contenido de la misma. Conscientemente su propósito explícito fue morigerar la alabanza a la Argentina pues consideraba excluyente una única manera de colaboración con el país: poner el hombro allí donde hacía falta.

Ortega estaba convencido del estado de desmoralización del hombre argentino pues veía que éste no se hallaba en su propio quicio, lo cual reducía su vitalidad y eficiencia. Al no estar en posesión de sí mismo, fuera de su radical autenticidad el hombre no vive su vida, por esa razón no resulta creativo y su destino se restringe. Ortega se refirió a lo moral no en el sentido de lo que el hombre *debe* ser, sino simplemente en el sentido inexorable de cada hombre o pueblo de llegar a ser *el que es*. En consecuencia, aclaró convencido: «En este sentido, el hombre argentino está desmoralizado y lo está en un momento grave de su historia nacional, cuando, después de dos generaciones en que ha vivido de fuera, tiene que volver a vivir de su propia sustancia en todos los

[541] ORTEGA Y GASSET, José. "Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*.", *La Nación*, de Buenos Aires, 13 de abril de 1930, *Obras Completas*, tomo IV, idem. Las cursivas corresponden a Ortega.

órdenes: económico, político, intelectual.»[542] Por lo tanto, esta rectificación radical requiere que el argentino alcance el fondo de su auténtico ser, y para lograrlo debe retraerse a la rigorosa disciplina de ser sí mismo que le permita alcanzar las virtudes y modos de ser fertilizadores de su existencia.

En general, los pueblos americanos arrastran en el seno profundo de sus almas colectivas un fondo de inmoralidad que debieran sustituir por un enérgico repertorio de reacciones morales a fin de obtener mayor claridad. En este contexto de análisis Ortega señaló que la Argentina poseía no pocas de las dotes más raras para pretenderlo. La substancia del ensayo orteguiano aspiraba a operar sobre el alma argentina, más allá de los desacuerdos e insultos que generó, sobre todo en los jóvenes literatos, como se verá en el último capítulo de esta Segunda parte.

La esperanza de Ortega estaba puesta en las próximas generaciones de jóvenes; aspiraba a que pensaran de otro modo y fueran de vida más auténtica. Esta expectativa estaba fundada en que los argentinos no se compenetran plenamente en su quehacer, sino que, según el filósofo, interpretan su puesto público o profesión como una estación intermedia y transitoria, producto de la ambición desmedida hacia el horizonte embriagador de la promesa que vislumbraban. Inevitablemente, este salto por encima de lo real y del esfuerzo cotidiano inautenticaba toda actividad y vocación, dejando de lado su natural talento de gran porte.

En resumen, su centro de accionar era la improvisación, que extendida al plano colectivo requería el apoyo desmedido del Estado. Éste era el instrumento que le garantizaba inmediatez, reduciendo el tiempo y esfuerzo que otro pueblo debía dedicar para lograr lo mismo. Por esa razón Ortega consideró a la Argentina factoría y no nación, es decir, una sociedad integrada por individuos audaces e incompetentes que sin amar oficios o puestos de trabajo expresaban espontáneamente su obsesión egoísta individual y concreta manipulando el Estado en su propio beneficio.

Años después, en *Ensimismamiento y alteración* Ortega admitió la gran alteración de una época en que el hombre perdía su esencial atribución de meditar para reencontrarse consigo mismo y poder de ese modo diferenciar

[542] Ibidem, p. 375.

con claridad lo que cree de lo que no cree, aquello que estima de lo que detesta. En este marco de pensamiento reconoció que: «La Argentina goza, por fortuna todavía, de la tranquilidad de horizonte que permite escoger la verdad, recogerse en la reflexión. Son muy pocos los pueblos que a estas horas […], que en el último tiempo gozaban ya de esa tranquilidad.»[543]

La nación argentina era un pueblo joven de grandes pasiones y sin inhibiciones, algunas sanas y otras nocivas para la marcha del país; entre ellas la envidia, dificultad importante a la hora de hacer nación. Mientras la envidia exista y reine en el conjunto social es difícil lograr hacer algo serio y de relieve. En este sentido, en una conferencia brindada en la ciudad de La Plata, en 1939, Ortega expuso así las características del panorama social que había percibido durante sus estadías en la Argentina: «Las calles y los salones de Buenos Aires y los círculos académicos están llenos de rebaños de panteras magníficas que caen sobre el transeúnte: son las pasiones de Buenos Aires, los motores del pueblo joven. El argentino que suele inhibir defensivamente su espontaneidad creadora, deja en cambio, indómitas y sin bozal sus pasiones.»[544] Ortega intentó que el argentino reflexionara y rectificara su rumbo; lo provocaba haciéndolo pensar sobre sí mismo, sobre su actitud y conducta, tanto individual como social.

Entre nosotros, como un viajero que al paso arroja una piedra en las tranquilas aguas de un estanque, dejó caer ideas críticas con la intención de que las cabezas se movilizaran con mayor agilidad en el transcurrir del tiempo. Los artículos mencionados, partes de un mismo ensayo, fueron finamente provocativos; aguijonazos pretendiendo remover conciencias aletargadas reposadas sobre la epidermis de un proceso insospechado que generaría futuras hondas turbulencias.

Luego de un detenido análisis de estos dos artículos publicados en *El Espectador* de Madrid Marta Campomar advirtió que: «más que un ataque a nuestra sociedad es una forma de sacudir la conciencia de esa Argentina pujante y satisfecha de sí misma, pero que en el fondo vivía de apariencias y

[543] ORTEGA Y GASSET, José. *Ensimismamiento y alteración*, *Obras Completas*, tomo V, p. 671.
[544] ORTEGA Y GASSET, José, *Meditación del pueblo joven*, *Obras Completas*, tomo IX, pp. 361–362.

vanidades, del escalafón público.»[545] La provocación intelectual de Ortega respondía a su propia autoexigencia y pretendía inducir a una Argentina más auténtica, acorde a su vitalidad de pueblo joven con potencial de excepción. Crecer implicaba quebrar la trayectoria filosófica política antecedente, superar de algún modo la tendencia influyente del siglo XIX y apostar al movimiento transformador de personas e instituciones.

En el ensayo desdoblado que estamos tratando, Ortega resumió la impresión que le causó la Argentina y sus hombres. Ante sus ojos el paisaje pampeano representaba una anomalía por estar desprovisto de los habituales accidentes geográficos que componen un paisaje: relieves montañosos, bosques y ciudades no existen o no se divisan por su lejanía, en consecuencia, fuera del alcance visual de los habitantes. En este paisaje la mirada avanza directamente hacia el último plano que es el horizonte, confín que conforma el marco de referencia única. La modelación geográfica ya descripta del paisaje, despojada de obstáculos intermedios ejerció, según Ortega, un fuerte impacto sobre el alma argentina. Es, en este sentido, un potente determinismo geográfico que gravitó en su ser; sin alternativas intermedias el confín impactó directo, fue referencia inicial y órgano de promesas vacías. De esa lejanía inalcanzable proviene la actitud irrefrenable de sostenidas promesas; un desdoblamiento existencial del hombre que lo instala en el futurismo individual y concreto de cada cual. De ese vacío inmenso surgieron las promesas incumplidas, base del descontento doloroso del alma criolla fascinada por la ilusión irrealizable que no le permite vivir en el inmediato y concreto presente. El excitante futuro pleno de posibilidades sustituye al día a día de trabajo duro y paciente que desconcentra al hombre de su concreta realidad presente, conformando así la base de su dualidad existencial. En consecuencia, el hombre argentino prioriza su personaje y no su verdadero ser.

Sobre este ensayo desdoblado Grondona dice que: «si en “La Pampa… promesas” Ortega había detectado una dualidad entre el horizonte todopoderoso y la débil realidad circundante ahora, en “El hombre a la defensiva”, una nueva dualidad separa al hombre fingido, al “personaje”, de la

[545] CAMPOMAR, Marta, “Nos provocaba”, entrevista en *La Maga Colección*, Buenos Aires, diciembre de 1997, p. 37.

íntima y secreta personalidad.»[546] Víctima de su ambición, el argentino preocupado en demasía por su figura o puesto relegó su ser íntimo, desplazó su necesidad interna en pos de aquellos marginando de ese modo su auténtica vocación. De modo que, lejos de ser un fin para el que se ha preparado, un oficio fue y es visto como mero peldaño intermedio de una interminable escalera; de ahí la transitoriedad e improvisación permanente que generan el sobresalto y la inseguridad, propias de la actitud defensiva. Al no adscribirse a una actividad definitiva evidenció como principal interés el acrecentamiento económico y el ascenso en la escala social. Pero el individualismo afecta lo colectivo, reflejándose en el sobredimensionado y rígido Estado donde la nación se mira a sí misma como Narciso en el lago, motivo y razón del inevitable ahogo.

En *La rebelión de las masas*, Ortega atribuyó que la desmoralización de las clases medias intelectuales, avasalladas por la ignorancia y la vulgaridad, fue consecuencia y responsabilidad de la democracia liberal. Del mismo modo, sindicó el desgobierno de las masas populares y los efectos nefastos de la especialización, que redujo la inteligencia al mero pragmatismo. Aunque no destinado a la Argentina, las características sociales mencionadas alcanzan de pleno al hombre argentino.

Ortega, explorador y analista sofisticado, avanzó sobre diversas cuestiones. En «La Pampa… promesas» estudió e indagó el paisaje, considerándolo organismo que ejerce funciones intransferibles; allí analizó su estructura, su anatomía y su fisiología. En la Pampa, su fisonomía de singular monotonía la mirada corre directamente al último plano del horizonte y el ojo no encuentra en su intermedio algo particular que le interese. Al comenzar por su fin, el vacío intermedio impacta en el espíritu humano; la lejanía provoca al hombre el efecto de estar delante de sí mismo y desde ese horizonte geométrico promisorio este hombre gobierna y ejecuta su vida presente.

De ahí proviene, según el filósofo español, el descontento del alma criolla, el hueco de su propia vida, su falta de atención al presente. Poco más adelante Ortega reconoció que la Argentina contribuyó a hacer su vida y habló con fervor, sin elogios, pues consideró, como se ha dicho, que alabarla equivalía a

[546] GRONDONA, Mariano, “Los argentinos según Ortega y Gasset, de ayer a hoy”, ibidem, p. 50.

dañarla. Como es de suponer, de este problema se derivan significativos rasgos del alma argentina. Por otra parte, en «El hombre a la defensiva» Ortega acudió al elogio y al potencial que era la Argentina por sus potentes resortes históricos.

Ortega se refirió también a la mengua de la vitalidad en las juventudes y planteó a esos argentinos el desafío de aspirar a ser una generación ejemplar, a partir de una férrea disciplina interior que permitiera dejar atrás la inercia reinante. Esto significaba, en síntesis, que el individuo debía exigirse mucho más a sí mismo e incrementar su nobleza. El propósito final fue evitar la obliteración prematura de su intelecto, pues el filósofo español era consciente de que la esperanza sólo puede mantenerse a partir de un repertorio de ideas claras y firmes. Por otra parte, como buen psicólogo Ortega vio en la actitud de atacar la manifestación de una debilidad, una preocupación defensiva, basándose en que en las generaciones ascendentes son manifiestas las exigencias de honestidad intelectual y política, en cambio, en las generaciones decadentes se rinde culto a los discursos vacíos sin contenidos sólidos. Por lo tanto, sólo cabe esperanza en aquellas generaciones dotadas de individuos poseedores de ideas luminosas.

Como afirmó Ortega, la actitud natural del hombre fuerte no es atacar, pues éste descansa en su voluntad y deseo, fuentes de su verdadera expresión ofensiva. Al tratar estos aspectos de la personalidad, Ortega cerró su artículo «El deber de la nueva generación argentina» apelando a que el hombre fuerte, aquél repleto de ideas nuevas, deje de combatir las ideas de los otros y en su lugar exponga las ideas propias. El filósofo español valoró la fecundidad de la ignorancia cuando ésta es consciente de sí misma: la docta ignorancia es la base de la ciencia, pero se requiere tener claro los problemas para poder resolverlos; de ahí que la seguridad de las soluciones depende de la claridad con que logren verse los problemas. Darse cuenta de un problema es, en definitiva, advertir algo que no sabemos lo que es; por tanto, la ventaja consiste en saber que no sabemos algo.

Luego de estas reflexiones preliminares, en el artículo «Incitaciones. Carta a un joven argentino que estudia filosofía» publicado en 1924, Ortega reconoció que la esperanza y la confianza favorecen la impresión favorable que una generación nueva produce. En particular, al referirse a la juventud argentina

Ortega dijo críticamente: «la juventud argentina que conozco me inspira –¿por qué no decirlo?– más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no se reúne esta pareja de calidades: fuerza y disciplina. La nueva generación goza de una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica; por eso espero en ella. Pero, a la vez, sospecho que carece por completo de disciplina interna --sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza: por eso desconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas.»[547] Por otra parte, su formación filosófica le impidió confiar en gente enfática, en general del hombre americano, y en particular del argentino propenso al narcisismo.

Ortega destacó una característica significativa: este hombre más sensible que preciso y bien predispuesto a recibir ideas nuevas es, sin embargo, inseguro y carente de criterios precisos por falta de disciplina. Esta manifiesta desproporción deriva en inseguridad en el tratamiento de las ideas, que en ocasiones alcanza la petulancia. La sensibilidad, por ser función receptiva se relaciona con la periferia de la psique, en tanto el criterio opera en áreas más centrales y personales de la consciencia, funciona en forma centrípeta desde el interior de ésta. En consecuencia, a mayor potencia intelectual más rigurosa debe ser la disciplina interior.

Ortega manifestó su desacuerdo con el hombre argentino al ver que en él sucede todo lo contrario: éste, preocupado por reformar lo exterior, trátese del Estado o de la Universidad, no considera el difícil esfuerzo que requiere la previa reforma de su intimidad. Las actividades creadoras, por ejemplo la ciencia, requieren para su mejor *perfomance* una actitud deportiva y lúdica, de mero aspecto superficial. Esta ausencia de solemnidad, sin forzado desde el exterior, deja de lado la obligación y dota espontáneamente al hombre de una rigorosa «seriedad» interior.

Las ocupaciones de una época dependen de las cosas del mundo y pueden ser de tono «serio» como lo son la política, la economía y la industria, o de tono «alegre». En general, la «seriedad» del político y del magistrado contrasta con la «alegría» creativa de la ciencia y de la filosofía, ésta última nacida de una

[547] ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – IV* (1925), “Incitaciones, Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, *Obras Completas*, tomo II, p. 574.

actitud relajada de reflexión e intercambio de pensamientos. Del análisis de estas cuestiones provino la siguiente expresión de Ortega: «yo espero mucho de la juventud intelectual argentina; pero sólo confiaré en ella cuando la encuentre resuelta a cultivar muy en serio el gran deporte de la precisión mental.»[548]

## IV – REACCIONES DE LOS INTELECTUALES A LAS EXPRESIONES DE ORTEGA Y GASSET SOBRE LA FISONOMÍA DE LOS ARGENTINOS

### 1. La respuesta de Ingenieros y del sector positivista a las expresiones de Ortega

La potencia del espíritu define la creación y riqueza de un idioma. Si el espíritu del hombre es gran potencialidad creará un idioma multiforme y sugestivo; si es pobre, el idioma creado será enteco, reptante, de baja moralidad y energía. Ortega creyó profundamente en la fecundidad que reside en la ignorancia consciente de sí misma, al punto de considerar la ciencia como un docto ignorar.

Luego de observar parte de la juventud argentina y percibir en ella sensibilidad ante la ciencia y las letras mediante posturas enfáticas, superficiales e imprecisas Ortega entregó una clara y contundente definición: «En las revistas y libros jóvenes que me llegan de la Argentina encuentro, respetando algunas excepciones, demasiado énfasis y poca precisión.»[549] El filósofo español estaba convencido de la importancia de emplear criterios certeros y seguros basados en el rigor, la autodisciplina y la seguridad en el manejo de las ideas.

[548] Ibidem, p. 577.
[549] Idem.

Como respuesta, estas críticas le valieron hostiles ataques e insultos de los jóvenes escritores argentinos, en especial por sus conocidos y ya tratados ensayos «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva». Pero estos ataques no lo tomaron por sorpresa. Ortega fue consciente de que dar a luz estos escritos era imprescindible y ello provocaría reacciones en el público argentino; reacciones que previamente él estaba dispuesto a aceptar. Al considerar previsiblemente la lógica acción-reacción admitió que era propio de quien no sea por completo inocente, al querer la causa quiere por añadidura las variadas consecuencias de sus efectos. De manera que, con estos dos ensayos que juntos conformaron *Intimidades*, «había tocado una zona sensible y enferma: única razón para explicarse la descarga de críticas que encendió.»[550]

A pesar de estas críticas, Ortega agradeció y reconoció al país una deuda sustancial de sí mismo. No obstante, fue consciente del daño que podía acarrear alabarlo; lo importante para él era recluirlo en su inexorable ser y provocar la reflexión, pues lo notó desmoralizado e infecundo. Ortega entendió que para modificar la moral colectiva el pueblo debía volver a su propio fondo auténtico, a vivir de su propia sustancia en los órdenes económico, político e intelectual. Esto implicaba que para aspirar a tener un porvenir era clave la actitud de plantearse su propia intimidad como problema.

Años después, en *Meditación del pueblo joven* reconoció abiertamente que esa hostilidad lo tenía sin cuidado; en esa oportunidad Ortega dijo: «conozco su secreto que el argentino ignora. ¿Cómo no voy a conocerlo si he vivido siempre teniéndola en frente, más aún, si he vivido anticipando esa hostilidad, contando de antemano con ella y cuidando que mi vida efectiva la haga imposible, quiero decir, le quite el suelo bajo los pies, la impida ser auténtica?»[551] Sabía que el argentino solía inhibir defensivamente su espontaneidad creadora y, en consecuencia, liberaba sus pasiones sin dejar de lado la envidia. Ortega, que desde 1923 colaboró con 234 artículos en *La Nación*, sentenció el 13 de abril de 1930 que el problema mas sustantivo de la existencia argentina era, como mencionáramos, su reforma moral.

[550] Ver: AGUILAR, Enrique, “La relación de Ortega y Gasset con la Argentina”, ibidem, p. 56.
[551] ORTEGA Y GASSET, José, *Meditación del pueblo joven*, *Obras Completas*, tomo VIII, ibídem, p. 350.

Aún hoy, estas observaciones orteguianas siguen siendo materia de estudio por sus repercusiones en la sociedad argentina, ocupando, además, la atención de investigadores y académicos en diversas partes del mundo. Como se verá más adelante, el eco generado por Ortega abarcó gran parte del siglo XX y continuó hasta el presente, mediante estudios que abarcan variados aspectos. Este éxito sorprendió y sigue haciéndolo por el calibre de los temas tratados y por su brillantez expositiva, contagiosa y accesible.

En ese tiempo en que Ortega divulgó sus puntos de vista la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, sumida en el positivismo, comenzaba a tender puentes de comunicación a las nuevas tendencias filosóficas, especialmente alemanas, que se abrían camino en Europa. De manera que, al transponer el cerrado ámbito universitario, la filosofía se hizo un espectáculo público cuyo impulso favoreció a la Universidad, pues desde entonces comenzó a conocerse a Husserl y la fenomenología. Además, Ortega también divulgó a Brentano, Meinong, Freud, Hartmann, Scheler, Dilthey, Rickert y Simmel. En resumen: estas innovaciones intelectuales favorecieron a la corriente renovadora compuesta, entre otros, por Alberini, Korn y Francisco Romero. Un dato significativo de la trascendencia filosófica de Ortega fue que para su visita de 1928 sus libros se habían traducido a diversas lenguas.

A principios del presente siglo, Roberto Aras ha señalado que: «quizá ningún otro intelectual europeo haya aportado un caudal tan amplio de recursos para que los argentinos pudieran repensar y definir su identidad americana, señalando con máxima sinceridad sus capacidades, pero también sus íntimos obstáculos, como lo hizo Ortega.»[552] Sus dos ensayos de 1929 penetraron hondo en el alma argentina, fueron severas críticas a las fallas del alma criolla, recibidas con asombro por escritores argentinos: mostraban el carácter que anunciaba un destino al confundir, en su euforia, el presente y el futuro. Este error provenía de la distorsión interpretativa de la distancia entre realidad e idealidad.

Pero con anterioridad, la reacción fue mayoritariamente negativa; muchos, en vez de escuchar y aprender se ofendieron, entre ellos varios de sus propios amigos. Eugenio Pucciarelli, Francisco Romero, Manuel Gálvez, Raúl

[552] ARAS, Roberto, “Las ideas de Ortega y Gasset siguen vigentes”, Buenos Aires, *La Nación*, jueves 15 de septiembre de 2005, p. 10.

Scalabrini Ortiz y Jorge Luis Borges, por nombrar algunos, fueron algunos de los ofendidos. Sin embargo, en 1930, en plena vehemencia anti-orteguiana por «El hombre a la defensiva», Ortega le había enviado un ejemplar de *La rebelión de las masas* a Francisco Romero, que junto a *Misión de la Universidad*, le parecieron a este último escritor dos libros admirables, y su autor merecedor de un altísimo respeto intelectual.[553] En un contexto de triunfo aparente, el declinante rumbo anunciado que tomaría el país fue reprobado.

Ortega influyó, además, en destacados intelectuales como César Pico, Marcelo Sánchez Sorondo, Juan Carlos Agulla, Máximo Etchecopar, José M. Saravia, Julio Mafud, Nicanor Costa Méndez, Gustavo Cirigliano, Jaime Perriaux, Carlos Floria y Julián Marías.

Como respuesta lúcida, sincera y dolorosa a las críticas recibidas Ortega buscó y halló en el género periodístico el canal adecuado para difundir sus ensayos. De esa forma difundió el artículo «Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*.» Esta publicación tuvo el intento de modificar estructuras mentales, objetivo que nunca alcanzó. No obstante, artículo tras artículo, con el tiempo logró conformar libros enteros. En el fondo, estos artículos proponían al argentino el desafío de asumir una modificación sustancial de perspectiva. Ese cambio de perspectiva, como es de suponer, era sumamente necesario para torcer positivamente el rumbo equivocado que la Argentina había tomado, y que, como no podía ser de otra manera, tantos inconvenientes acarrearía a su futuro.

A principios del siglo XX el positivismo reinaba en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires mediante grupos de resistencia autodidactas. Ortega, que al llegar encontró un ambiente de cortesía, se encargó de señalar el desfase de esta corriente filosófica respecto a las nuevas corrientes filosóficas de ese tiempo. Haciendo una interpretación no clasista de la sociedad intentó que los valores de excelencia se conviertan en valores sociales de convivencia, pues el filósofo español sabía que el repertorio de anhelos y de deseos predeterminaba el futuro.

Al analizar el fenómeno migratorio de los pueblos nuevos y su pluralidad de caracteres, sobre finales del siglo XX José Luis Molinuevo puso énfasis no en

[553] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 672–676.

la *atracción* sino en la *retención*. Sobre este fenómeno el autor mencionado destaca un rasgo característico sugestivo al decir: «lo misterioso de Argentina no es su poder de atracción sino su magia de retención. Pero esta retención sería imposible si el individuo al trasladarse no asciende su nivel vital.»[554]

Cuando en 1923 Ortega publicó en *La Nación* su artículo literario «Ocaso de las revoluciones», en el que propuso un radical cambio en el modo de pensar y una evolución progresiva y ascendente en los cambios de vida que dejaba de lado las utopías revolucionarias, rompió con las formalidades e hipocresías escolásticas en que él mismo habría crecido. Esta ruptura dio lugar a polémicas y rechazos entre los jóvenes argentinos. Muchos de ellos se hallaban involucrados en la reforma universitaria y eran propensos a las revoluciones violentas.

Como se ampliará en IV. 2, estas controversias se dieron a través de las revistas *Sagitario*, *Inicial* y *Revista de filosofía*, dirigida por José Ingenieros. Por entonces, en la América hispana era válido todo movimiento colectivo violento contra el poder vigente, mientras que en Europa los movimientos marxistas, fascistas y bolcheviques habían perdido vigencia debido a la maduración espiritual. Esta evolución evitaba el derramamiento de sangre.

En ese tiempo el médico y sociólogo José Ingenieros lideraba las juventudes intelectuales universitarias argentinas y, según sus exploraciones históricas realizadas recientemente, Marta Campomar afirma que: «ya estaría coqueteando a favor de esa otra gran revolución contemporánea, la Revolución Soviética.»[555] Ortega, por su parte, rechazaba una verdad filosófica última y consagrada.

Su concepción filosófica proponía, según reveló en 2013 Zamora Bonilla, en afirmación de Ortega frente a Spengler, que «la verdad descubierta era ubicua y ucrónica.»[556] Indudablemente, su propósito era sacudir el ya adquirido pensamiento estático y convencional. La consecuencia de su propuesta, percibida por muchos como arrogancia académica, fue una lluvia de críticas desde el sector positivista.

---

[554] MOLINUEVO, José Luis (editor), *Meditación de nuestro tiempo*, ibidem, p. 259.
[555] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACION,* ibidem, p. 81.
[556] ZAMORA BONILLA, Javier, “La razón histórica”, ZAMORA BONILLA, Javier (editor), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Editorial Comares, Granada, 2013, p. 99. El autor cita de *Las Atlántidas*, III, 770–773.

Por su lado, Ingenieros rescataba como exclusivo foco de democracia liberal y de renovación científica a generaciones como la suya, innovadas y portadoras de una nueva sensibilidad, en tanto que, a diferencia del médico sociólogo argentino, desde su postura intelectual Ortega insistía en la necesidad de desarrollar ciencia pura y objetiva en forma disciplinada.[557] Estas discrepancias, que posteriormente en 1929 dieron lugar al artículo «El hombre a la defensiva», fueron aprovechadas por los jóvenes positivistas repletos de susceptibilidades. Estos se despacharon a voluntad con sus críticas al filósofo español, que abogaba por el pensamiento y sentimiento ecuménico a largo plazo.

No obstante, Ingenieros, ya fallecido en 1925, seguía vigente en la universidad a través de la corriente positivista cientificista que enfrentaba a Ortega. Uno de sus argumentos opositores se fundó en la actitud de Ortega ante la dictadura de Primo de Rivera, exigiéndole al filósofo gestos políticos concretos contra el régimen. Esta actitud opositora luego dio lugar, o al menos incidió en el «ensimismamiento» de Ortega.

El activismo exigido se ve reflejado en la siguiente observación de Marta Campomar: «José Ingenieros, en un artículo de su *Revista de Filosofía* insinúa que Ortega es ambivalente en su conducta hacia el régimen, dejando de ser líder progresista de juventudes.»[558] Lo más suave que se dijo entonces fue que no era capaz de distinguir entre el porteño y el hombre del interior y que sus errores de apreciación provenían de que sólo se dignaba frecuentar a un reducido y recatado grupo mundano: los altos círculos sociales de Buenos Aires que frecuentaban lugares distinguidos.

Aníbal Ponce, director de la *Revista de Filosofía*, impulsó las críticas intentado relegar a Ortega a la categoría anticientificista de poeta creador de metáforas. Sobre las criticas al filósofo español, Marta Campomar agregó: «esta sensación de que Ortega todavía no había dado al mundo un sistema filosófico de envergadura, original y sistemático, fue también expresada por

[557] Véase: “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, publicada en *La Nación* en diciembre de 1924.
[558] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio argentino*, ob. cit., p. 111. La autora se refiere al texto de José Ingenieros, “Un ocaso de Ortega y Gasset”, Ed. *Revista de Filosofía*, Año IX, n.° 3, Mayo de 1923, pp. 326–333.

Alejandro Korn en 1927. Nada menos que desde la revista *Nosotros* dejaba caer su decepción.»[559]

El escritor Pedro Luis Barcia ha analizado a Ortega y su lectura de la pampa a partir de las adhesiones y rechazos que, en general, provocó la obra del filósofo español. A fin de reflejar profundamente los distintos aspectos de la obra de Ortega, este autor se ocupó en 2004 de divulgar lo que él denominó la «prehistoria de las reacciones», luego se encargó de desmenuzar los ensayos argentinos de Ortega «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva» y el gran caudal de escritos que estos ensayos generaron.

Sin ocuparse de todas las reacciones, remitiéndose sólo a los trabajos firmados y dejando de lado los anónimos, ordenándolos cronológicamente, Barcia realizó un pormenorizado recorrido de las opiniones vertidas. A fin de sustentar conceptualmente la línea de análisis mantenida en esta investigación se han seleccionado los principales aportes realizados. Se presentan los siguientes: Roberto Giusti insinuó nostalgia sentimental contenida respecto de «La Pampa…promesas», artículo orteguiano sobre el modo de vida argentino, y argumentó que las observaciones de Ortega en «El hombre a la defensiva» eran acertadas, pero puso en duda las conclusiones orteguianas respecto de la psicología del hombre argentino.[560] Este escritor analizó con fino humor el texto y se interrogó sobre si el «amigo» filósofo no tuvo que soportar en Buenos Aires uno o dos guarangos auténticos y luego de ello cae en la generalización equivocada. No obstante, reconoció la agudeza, seriedad y honradez el mayor desvío erróneo orteguiano.[561]

---

[559] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACION*, ibidem, p. 165. La cursiva me corresponde.

[560] Dice GIUSTI: «Niego que sea cierta la conclusión de Ortega sobre nuestro narcisismo, cuya dimensión no excede gran cosa la ilusión de todos los mortales. Una vez más, su pensamiento ha sido arrebatado en las espirales de su admirable vuelo dialéctico, y poco a poco, ascendiendo de un argumento a otro, ha perdido de vista la tierra que antes pisaba sólidamente. Además, al filósofo lo descarría el espíritu de sistema que ha aprendido en la escuela germánica. Empezó como poeta por una metáfora sobre la Pampa, y sobre ella, trabajando con paciente destreza, ha urdido una metafísica del argentino, con simétrica coincidencia entre el paisaje, la sociedad y el individuo. El narcisismo que Ortega cree descubrir, "paréceme un ente de razón y no un fenómeno observable".» Véase en: BARCIA, Pedro Luis, "Ortega y su lectura de la Pampa. Adhesiones y rechazos", en: Nuevohacer Grupo Editor Latinoamericano, *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibídem, p. 38.

[561] «El guaranguismo, como el exhibicionismo, falsa ostentación, rastacuerismo, estridencia e impertinencia, hasta descender en la grosería y la incivilidad, es un defecto que se encuentra en todas las sociedades y más acusado allí donde es más fácil la ascensión del plebeyo a la riqueza. Por eso no podía faltar en la Argentina; pero tampoco falta en Europa, donde los *nouveaux riches* no son tipos exclusivos de la posguerra. Ortega argumenta que la existencia

Entretanto, el entrerriano Juan Álvarez subrayó los desaciertos de Ortega, pero no las coincidencias con él. Señaló que la falta de intimidad del trato se debió a cuestiones personales particulares y a la falta de información de Ortega, de ahí provenían las generalizaciones. Señaló, además, entre otras cuestiones la modalidad social poco accesible de Ortega, la generalización intelectual y la simplificación. Enfatizó el moverse orteguiano en un círculo áureo sin voluntad de trascenderlo y, en consecuencia, coincidiendo con otros autores, que el filósofo no trató al argentino estándar. Respecto de las idas y vueltas de sus ensayos, «Álvarez lo llama, finalmente, "avestruz gambeteador".»[562]

Manuel Gálvez coincidió con Giusti en la falta de espontaneidad y de generosidad de Ortega. De manera que parte de su prestigio en Buenos Aires se debió a su parquedad y reserva, a su actitud «cuidada» y de permanente «espectador» que pregunta sin disimulo. Cuestionó, además, el narcisismo que Ortega atribuyó al argentino. Gálvez justificó esta discrepancia argumentando que el argentino medio, aquel que trabaja, no vive en torno a su persona sino dedicado a producir. No obstante, reconoció la excelencia y utilidad del trabajo orteguiano, pero en su contra admitió que lo desfavoreció la preocupación sistemática. Gálvez señaló el siguiente error inicial en Ortega: «ha querido partir de lo que llama el empaque y reserva de los argentinos y de su dificultad para dialogar confidencialmente con el extranjero. Y ha querido hacer converger a esta observación todas las demás, de manera que, explicada ella, quedaran explicados los argentinos. Pero el error del punto de partida ha afectado a todo su ensayo. Además, es preciso establecer que algunos de los defectos observados por Ortega y Gasset son universales, producto de esta

---

de la palabra, sin equivalente, según él, en otras lenguas, muestra que el fenómeno denominado por aquélla, tiene aquí una preponderancia insólita en los demás pueblos. ¿Y por qué no admitir lo contrario? Que, precisamente, al aparecer ese defecto en ciertas capas de nuestra burguesía rápidamente enriquecida, como no podía menos de acontecer chocó tanto a la general discreción y mesura de la masa, que ésta lo aisló y fijó mediante un vocablo de nuevo cuño. Los argentinos no son todos *macaneadores*, ni todos *lateros*, ni menos todos *otarios.* Esos tipos se dan entre nosotros, pero no impunemente para ellos. Descubiertos que son, enseguida se les cuelga el rótulo tan nuestro. Así le ocurre al *guarango*. Si la mayoría lo fuésemos, tal como somos frívolos e imprevisores, no nos daríamos cuenta y no habríamos inventado la palabra diferenciadora.» En: BARCIA, Pedro Luis, "Ortega y su lectura de la Pampa. Adhesiones y rechazos", *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV. AA., ob. cit., pp. 38-39.

[562] ÁLVAREZ, Juan, "Los guarangos argentinos y la filosofía del horizonte", *La Prensa*, Buenos Aires, jueves 27 de marzo de 1931, p. 16, en: BARCIA, Pedro Luis, "Ortega y su lectura de la Pampa. Adhesiones y rechazos", ibidem, p. 41.

época.»[563] En definitiva, Gálvez cuestionó el recato de Ortega y su tendencia a generalizar. En este caso, a su criterio, esa inclinación generalista perjudicó al conjunto de la nación. También consideró contraproducente el achacar defectos universales como si fueran exclusivos de los argentinos.

Finalmente Barcia resume y expone sus conclusiones personales respecto de la recepción de Ortega en la Argentina, las reacciones de los intelectuales más destacados, como así también las declaraciones de Ortega respecto del *Homo argentinus*, todo de acuerdo a los criterios por él mismo seleccionados.[564] Más adelante, en IV. 2 de esta Segunda parte se tratarán las conclusiones en forma resumida.

Otras expresiones y opiniones, reacciones todas al pensamiento y acciones de Ortega se desarrollan a continuación. Desde la revista *Martín Fierro*, alentadas por Borges, Rojas Paz, Scalabrini Ortíz y Marechal, las denominadas Nuevas Generaciones Literarias se expresaban contra Ortega.[565] El conocido literato Juan Gálvez percibió elogios demasiado generosos y omisiones de defectos graves del hombre argentino y acusó a Ortega desde *La Nación* de elitista restringido a un círculo reducido e ignorar a sectores sociales medios, más responsables y no elitistas, aunque con el pasar del tiempo fue reconociendo la razón de las observaciones de Ortega.[566] Según Gálvez, la actitud defensiva a la que se refirió el filósofo español sería también reacción hacia la propia personalidad de Ortega. Este autor pensaba que Ortega no era espontáneo, sino parco y reservado, de maneras frías, reservadas y con gesto de observador indisimulado respecto del público masivo.

Ortega respondió los ataques e insultos de los escritores argentinos luego de leer el artículo «Quiromancia de la Pampa», escrito por Victoria Ocampo en

---

[563] GÁLVEZ, Manuel, "Los argentinos según Ortega y Gasset", Buenos Aires, *La Nación* Revista semanal, 15 de junio de 1930, a. I, n.° 50, pp. 14 y 37; 13 de julio de 1930, a. I, n.° 54, pp. 5 y 36 y 17 de agosto de 1930, a. II, n.° 59, p. 16. Fue recogido en: GÁLVEZ, Manuel. *La Argentina en nuestros libros*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1935, pp. 107-149. Véase: BARCIA, Pedro Luis, "Ortega y su lectura de la Pampa. Adhesiones y rechazos", ibidem, p. 56.

[564] Ibidem, pp. 59–62.

[565] MARECHAL le denominó «chauffeur» insuperable de nuevas generaciones españolas que juegan bonitamente con los vocablos y proclaman el sentido deportivo del arte.

[566] GÁLVEZ opinaba que el argentino no era reservado con el extranjero como decía Ortega, sino un ciudadano abierto. Las reservas provenían del sector de las elites, con sus pretensiones aristocráticas imitando las maneras frías adoptadas de Europa. En una sociedad de apariencias donde lo español era atraso y lo inglés lo distinguido permitían suponer a GÁLVEZ que estas modalidades *snob* eran sinónimo de distinción y distanciamiento del *gentleman* frente al guarango popular.

*La Nación* en diciembre de 1929, en el que resaltó el «macaneo» criollo y marcó el acierto de «El hombre a la defensiva». Lo esencial era lo ético más que el éxito material. Algunos intelectuales que esperaban de Ortega una actuación «revolucionaria» se sintieron decepcionados.

Por ejemplo, el catalán Francisco Cambó lo acusó de individualista, ambiguo diletante de la política eludiendo problemas concretos, en particular los de orden económico. Por su parte, Alfonso de Laferrère, quien consideraba gran estadista a Cambó, a Ortega lo veía como un malabarista de la palabra.

No obstante, la crítica orteguiana hacia el hombre argentino fue tenue comparada con la de escritores de la talla de Mallea o Martínez Estrada, que derribaban mitos desde adentro. En sentido contrario opinaba Gabriela Mistral, quien insinuó que Ortega era uno de los españoles más finos, pero resaltaba que estaba viciado por la burguesía**.**

En su segunda visita al país en 1928, en el nuevo ambiente argentino Ortega encontró numerosos detractores a su modo de hacer filosofía, incluso en aquellos que él había iniciado en la disciplina. Los artículos «La pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva» en los que acusaba de «guaranguismo» a los argentinos ameritaron respuestas críticas, ente ellas la Manuel Gálvez que argumentó la visión simplificada del filósofo español, su reserva y el ocultamiento de su intimidad.

Algo había cambiado respecto de su primera visita en 1916. Javier Zamora Bonilla menciona una rotura de la relación de encantamiento entre Ortega y la Argentina surgida a partir de la primera visita, Sobre ello dice que: «a muchos argentinos, Ortega les pareció, en este segundo viaje, un “hombre amargo y desilusionado con el país”.»[567]

Los artículos dirigidos a la vulnerabilidad de los argentinos contenían el desafío de un cambio de perspectiva; eran una incitación al ascenso de su vitalidad moral, una radical reforma de ésta entendida como destino colectivo, pues desde los años 20 las falencias argentinas giraban en torno a la nación inmoral, con un Estado autoritario e hipertrófico compuesto de una burocracia ineficiente.

[567] ZAMORA BONILLA, Javier. *Ortega y Gasset*, ibidem, p. 279.

En este contexto, Marta Campomar afirmó que: «las llamadas Nuevas Generaciones Argentinas [habían asumido el compromiso de transformar y aportar nuevas simientes que traerían cambios decisivos e irreversibles] que habrían seguido a Ortega de cerca desde *La Nación* y la *Revista de Occidente*, asumieron ante algunas de sus propuestas un rol crítico que a Ortega no le disgustó. Todo lo contrario, los alentó a la acción reflexiva pero podando el énfasis latino, dejando de lado la excesiva retórica y la beligerancia que escondían la ignorancia y el narcisismo criollo.»[568] Era necesario dejar de lado personalismos y enfrentarse con la realidad. También eran tiempos de alteración y crisis que imposibilitaban sostener ideologías.

En Argentina los estudiantes de filosofía habían dejado de lado el idealismo deslumbrante que Ortega les había inspirado en el 1916 por la indiferencia, desprecio e incomprensión de 1939. En sentido estricto, en el fondo el filósofo español nunca logró modificar estructuras de pensamiento; contrariamente a su propósito, el resultado fue un narcisismo argentino más acentuado, que se sentía halagado y desafiante ante las duras observaciones vertidas por el ilustre profesor visitante. De acuerdo a lo mencionado, puede afirmarse que en 1940 el pueblo argentino estaba compuesto de muchos objetores individualistas intentando imponer sus ideas con el objetivo de asfixiar al intelectual.

En su primera visita de 1916 a la Argentina Ortega había llegado con ideas propias de la escuela alemana más moderna cuyos puntos de vista filosóficos y psicológicos bien estructurados eran desconocidos en el medio local. Por entonces, Laclau era una figura valiosa en la historia cultural y científica argentina. Este intelectual publicó en 1923 un artículo en la *Revista de Filosofía* en la que mencionó críticamente la calurosa adhesión de Ortega al neo-vitalismo de Driesch-Von Uexküll. Luego, entre 1926 y 1928, a través de diversos artículos en la *Revista de Filosofía*, y también en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* en forma explícita, o indirectamente, antagonizó con las ideas de orteguianas. Por lo demás, Laclau reconoció la vibración intelectual y el placer estético de las conferencias de Ortega, no sin admitir que podían conducir al diletantismo y a la superficialidad estéril.

[568] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACIÓN*, ibidem, p. 41.

Por su parte, Gregorio Bermann**,** uno de los más radicalizados científicos comprometidos con el materialismo positivista, rechazó de plano el pensamiento orteguiano acerca del problema gnoseológico, expuesto sin la claridad suficiente en sus «lecciones» de 1916. Reprochó también su idealismo, acusándolo de matar al positivismo dando lugar a un sobre positivismo. Sin embargo, a pesar de sus críticas, reconoció como virtud la honestidad intelectual y la profunda sinceridad de Ortega consigo mismo. Para Bermann, los objetivos de Ortega fueron siempre excitar, inquietar y sugerir que todo es fuente de creación, sólo que sin ofrecer soluciones eficaces.

La reacción antipositivista que desempeño Ingenieros en la historia del pensamiento argentino se dio debido a su enorme solidez y claridad de pensamiento. Por estas razones, Ingenieros fue dominante en el ambiente intelectual y científico argentino. Sus obras *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* (1918) y *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia* (1923) hacían ver la presencia de un pensador profundamente formado en el pensamiento filosófico moderno, especialmente el francés, con capacidad de transferir en forma crítica y coherente sus conocimientos a un público positivista entrenado en el oficio del pensar. Sin embargo, a pesar de su impronta intelectual, Ingenieros reaccionó tardía y moderadamente ante la postura de Ortega, dejando entrever el impacto que en él produjo la nueva filosofía. Esto quedó manifiesto ante la necesidad de recurrir al seudónimo de Julio Barreda Lynch para replicar conceptos orteguianos. Así, mediante esa máscara, se opuso e intentó descalificar la negativa idea de las revoluciones, una concepción sobre acciones políticas directas que para el maestro español no eran la panacea para curar las imperfecciones sociales. Importa señalar, además, que Ingenieros no discutió ni polemizó con Ortega; quizás por sentirse derrumbado ante los nuevos postulados filosóficos.

En torno a esta controversia Julio Contreras, otro estudioso reciente de las reacciones que a través del tiempo produjeron las posturas filosóficas orteguianas, afirmó que el máximo representante de la ciencia nacional quedó situado en un plano de inferioridad, y luego agregó que: «de allí en adelante el positivismo en sentido estricto se retiró del gran escenario. Sobreviviría en círculos menores, revistas de circulación exclusiva, pera ya no en el nivel de

preeminencia detentado hasta entonces.»[569] La presencia de Ortega en 1916 y 1928 generó una «pelea» en diversos medios gráficos y los mayores medios encargados de reflejar las discrepancias intelectuales fueron *Nosotros* y la *Revista de Filosofía*. Pero no se quedaron atrás la revista de la Universidad de Buenos Aires llamada *Verbum* y posteriormente aquéllas que ya mencionamos: *Síntesis*, *Sagitario*, *Liberalis*, *Valoraciones* y *Proa*, a las que le siguieron *Sur*, *Realidad*, *Imago Mundi*, etc.

Por su lado Ortega incitaba con delicadeza, de manera dialogante, abierta y cuidadosa; pero del otro lado provenían discursos ideológicos fuertes y sin consideración. En realidad, no se medían los términos utilizados, términos que, por lo demás, reflejaron resentimientos personales. En ese contexto la *Revista de Filosofía* tuvo una actitud moderada y ecléctica respecto a Ortega, publicando artículos de Palcos, Orgaz, Ponce, Laclau y Bermann, aunque sin dudas Ingenieros fue el protagonista central y muy crítico de la gestión colonial española. Este médico y sociólogo, al ser sorprendido e inquietado, optó por el silencio y se mantuvo en un segundo plano.

Así, Ortega se enfrentó con la corriente positivista de base biologista determinista de principios darwinistas que conformaron la sociología sustentada por Ingenieros. Como se vio en I.1 de la Primera parte, esta sociología gobernada por el fenómeno biológico experimental otorgó un aire bacteriológico a la historia, que así aparecía como una materia en que la evolución de las especies tenía como principal objetivo la supervivencia.

Ingenieros publicó artículos persuasivos en Argentina y en revistas europeas de Roma, París y Madrid referidos a sociología, historia, antropología, etnografía y psicología. Sus estudios comparativos de América del Norte y del Sur como ramas derivadas de las civilizaciones europeas dieron lugar a la teoría de una Europa clerical y atrasada y otra protestante de avanzada capitalista. Desde una óptica propia de tendencia anglófila, según Marta Campomar «Ingenieros encuentra, a comienzos de siglo, un rinconcito

[569] CONTRERAS, Julio Rafael, “Esa noble vibración espiritual”, en *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibidem, p. 99.

de poder imperial para Argentina, declarando que podía ser el Río de la Plata el centro de irradiación de una raza neo latina que no fuera la ibérica.»[570]

Luego de la guerra del 14 Ortega percibió un profundo cambio de sensibilidad, una nueva manera de sentir la vida en todo el mundo occidental. Estos cambios observados en la inestabilidad del mundo le permitieron advertir que el éxito económico argentino de principios de siglo XX no sería permanente; entonces, había que estar atentos a los cambios internacionales. De ahí la importancia de rescatar mentes lúcidas capaces de interpretar los nuevos enfoques y disciplinas; había que dejar de lado lo obsoleto y superficial del servilismo utilitarista a que adhería el positivismo, que todo lo medía por el desenvolvimiento económico. Para lograrlo, era necesario superar la influencia de leyes biológicas y económicas, lo que a su vez exigía pensar en forma independiente.

Las teorías historicistas superadoras fueron expuestas en *La Nación*, diario en que Ortega publicó en 1923 su artículo *Ideas del tiempo nuevo*, una propuesta de un nuevo paisaje vital dirigido a la mentalidad cerrada en lo porteño. El método de observar la periferia y fijar un horizonte permitía ver la curvatura de las tendencias reinantes, cosa ausente en la mentalidad porteña. La Argentina, por su origen de conformación excéntrica dentro de un mundo ya formado, perdía perspectiva y tendía a sentirse centro del mundo, pero lo bueno no residía en el ayer sino en el mañana. El desafío era la inversión de la dinámica vital que implicaba la estructura de un nuevo horizonte, nunca definitivo.

En ese tiempo Einstein con su teoría había abierto el alma occidental hacia nuevos horizontes, de lo cual se había advertido Ortega, dejándolo plasmado en su artículo «El sentido histórico de la Teoría de la Relatividad», también de 1923. Esta teoría significaba ni más ni menos que la multiplicación de puntos de vista de la realidad, o, lo que es lo mismo, la superación de las normas de

[570] CAMPOMAR, Marta, "El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibídem, p.116. La autora menciona que entre otras publicaciones Ingenieros publicó artículos en: *L'Humanité Nouvelles* de París, en 1893 "De la barbarie al capitalismo"; en *Avanti* de Roma, 1905 sobre "Política e socialismo nell' Argentine"; en *Le Mouvement Socialiste* de París 1906, "Les causes économiques de l'évolution argentine" y en *La España Moderna* de Madrid, en 1906, "La evolución política argentina y sus bases económicas".

interpretación intelectual establecidas hasta entonces. La evolución que implicaban las nuevas normas ensanchaba el mundo.

En Ortega este cambio dio lugar al desarrollo de su doctrina perspectivista, que comprendía un radio más amplio de realidad. En resumen: Ortega planteó una movilización de la pupila del hombre argentino hacia distancias históricas múltiples, hacia un mundo cóncavo que consideraba la profundidad ausente en el mundo anterior. De ese modo se superaría la cerrazón mental y cultural. Pero, tal como se explicó en la Primera parte, esta concepción de la realidad chocaba con la visión progresista, biologista y evolucionista que componía la sociología de Ingenieros.

Este ejercicio movilizador, que historiadores positivistas no habían tomado en cuenta, amplió el punto de vista criollo desde su propia esencia cultural. Entonces, era necesario ensanchar la hermenéutica, hacer nuevas y más amplias interpretaciones, superar el positivismo dogmático, destructor de vitalidades, que no dejaba lugar a rebeldías y nuevas sensibilidades. Luego de estudiar este proceso en que coexistían múltiples realidades y en el que no era posible un escenario único para la especie, como sostenía Ingenieros, Marta Campomar arguyó que: «Ortega es consciente que en Argentina abunda esta clase de historiadores bloqueados por el anticolonialismo o por valoraciones históricas que se miden por la lucha de clases, la supervivencia de los mejores, los factores económicos, o por la utopía de la libertad.»[571] Por otra parte, en los artículos «Sobre Estados Unidos» Ortega abordó el aspecto de la ceguera argentina y de sus insuficientes criterios, que existían aún en las mejores mentes.

Como era de esperar, las revistas argentinas bullían con ideales de acción política y social desde donde se juzgaba con dureza la conducta orteguiana como pura intelectualidad. La reacción argentina a Ortega frecuentemente se redujo a un sector acotado. Era el grupo académico que estudiaba filosofía. Entre sus integrantes de mayor reconocimiento que participaban escribiendo artículos críticos juzgando la filosofía orteguiana en las revistas se hallaban Romero, Dujovne, Korn, Alberini, Sánchez Reulet y Virasoro. Estos académicos

[571] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibidem, p. 136.

también acusaban la falta de sistema filosófico, que nunca había madurado en Ortega.

A continuación Campomar agregó que en este escenario: «los protagonistas que se cruzan con Ortega ya no son los mismos. Se destacan así nombres como los de José María Ramos Mejía, Octavio Bunge, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Joaquín V. González, Estanislao Zeballos, Emilio Ravignani, Ricardo Levene, Emilio Coni, Roberto Giusti y, desde el lado español, Rafael Altamira, Adolfo Posada, en historia económica Luis Olariaga, Ots Capdequí en historia colonial, Sánchez Albornoz, y Ramiro y María de Maeztu, entre otros.»[572] La autora citada continuó su extenso análisis de la situación creada y más adelante se refirió detalladamente al «malintencionado ataque de Ingenieros desde su *Revista de Filosofía* sobre el pragmatismo político de Ortega.»[573]

Como se mencionó, las respuestas críticas a los ensayos de Ortega fueron abundantes y variadas. Francisco Romero no creyó que la Pampa prometiera nada, sino que era un horizonte que invitaba a marcharse. Giusti lo consideró «poeta espectador». Ponce opinó que su visión de la Pampa sólo era realidad en su *Kodak* de filósofo, y con estilo de puro churrigueresco. Ricardo Güiraldes interpretó que el horizonte vital servía al extranjero de punto de referencia poco serio para explicar un pueblo en que su mayoría no conocía la Pampa. Roberto Giusti ubicó a Ortega como paisajista de Castilla. Gálvez lamentó los provocativos artículos en su contra, pero al mismo tiempo sospechó que el punto de vista orteguiano estaba concentrado sólo en la élite porteña, especialmente vinculado al sector al que pertenecía Victoria Ocampo. También que Ortega desconocía al hombre medio argentino y que el guarango no representaba a la Argentina en su totalidad, sino a un sector exclusivo. El taquígrafo Leopoldo Hurtado se mostró sensible a la técnica de la oratoria y al estilo de la escritura de Ortega y, por su parte, Maeztu alegó que había que superar las frías abstracciones de la inteligencia, pero coincidió con Ortega en la visión de la estructura social sudamericana y que ésta requería unidad de identidades espirituales más hondas.

---

[572] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 51–52.
[573] Ibidem, pp. 529–531. Se cita de p. 530.

En resumen, sobre Ortega llovieron agresivas respuestas de intelectuales contestatarios y de críticos mesurados, pero también variadas opiniones favorables. Lo que Ortega no cosechó con sus análisis fue indiferencia.

## 2. Reacciones de escritores, académicos y periodistas: un despliegue de prejuicios, insultos, verdades y elogios

La prensa argentina reflejaba reacciones y opiniones contrastadas. Algunos criticaban a Ortega por ser crítico del fascismo, otros por cuestionar al liberalismo. El izquierdismo lo catalogaba de elitista integrado a la «sociedad patricia», de no defender a las clases obreras populares, y el positivismo por ser objetor del cientificismo. Su nombre causó una intensa lucha entre distintos sectores ideológicos. Fue acusado de haber sido el intelectual que introdujo el caos en España por haber influido activamente para la caída de la monarquía, hecho que le ocasionó la ruptura con el diario *La Nación* en 1937. La derecha argentina, en la que Ortega provocaba fuertes reacciones contradictorias, lo acusaba de haber motivado la Guerra Civil en España y de haber destruido la monarquía. Un caso particular fue el ataque derechista de Alfonso de Laferrère desde el diario *La Nación* en julio de 1937.[574] En noviembre de 1940 el diario argentino *Bandera Argentina*, de derecha, en un artículo titulado «Lo nacional y lo argentino» expresó reflexiones sobre *El Hombre y la Gente* diciendo que las conferencias de Ortega representaban un rico avance en el conocimiento de los hombres y las cosas. Ese mismo año *La Nación* rescató conceptos de su conferencia y reconoció su erudición, agudez y exactitud.

Todas estas opiniones surgieron como reacciones nacionalistas a los cursos de Ortega en Amigos del Arte. Por su parte, *Orientación Española* en una sección anónima titulada «Meridiano de Buenos Aires» resaltó las sagaces observaciones sobre el estilo de vida llevado por Ortega. Otras fuentes recogieron los cursos de Amigos del Arte enfatizando la percepción orteguiana como visión inédita, original y profunda sobre las relaciones entre individuo y

[574] Véase el artículo “La idolatría del intelectual”, Buenos Aires, *La Nación*, 11 de julio de 1937.

nacionalidad.[575] En general, en tiempos de posguerra, la división de aguas de las editoriales escindía ideologías para utilizar y manipular el pensamiento de toda una generación. En este contexto histórico, Ortega, no fue una excepción.

Lo que molestaba también era el ecumenismo orteguiano que afectaba las aspiraciones europeístas de escritores, poetas y artistas argentinos que encontraban en Francia, Italia, Inglaterra y Estados Unidos su referencia intelectual.

Como hemos visto en el apartado anterior, la corriente positivista y cientificista dirigida por José Ingenieros, antiguo contrincante a la hora de captar juventudes, se enfrentaba con la filosofía orteguiana desde la *Revista de Filosofía*. Su director Aníbal Ponce desprestigió a Ortega como filósofo, relegándolo a la categoría de poeta, creador de metáforas y no de metafísica, acusándolo de anticientificista. Alejandro Korn atribuyó a Ortega no haber aportado al mundo un sistema filosófico de envergadura, original y sistemático. Para Roberto Giusti el artículo «La Pampa… promesas» tenía mucha nostalgia sentimental por una Argentina que Ortega nunca vivenció integral y plenamente.

Desde la *Revista Martín Fierro* las llamadas Nuevas Generaciones Literarias alentadas por Borges, Pablo Rojas Paz y Scalabrini Ortiz dieron rienda suelta contra Ortega. A estas críticas cargadas y acomplejadas de inferioridad Ortega respondió con su artículo «El hombre a la defensiva».

Marta Campomar menciona que: «a Ortega se le vino encima una avalancha de escritores y periodistas, cada uno desplegando sus prejuicios, insultos y verdades, entre los cuales figuraban protagonistas de *Martín Fierro*. Otros se limitaron a corregir errores de apreciación sobre el guarango con más objetividad. Pocos dándole la razón a Ortega.»[576] Años después, en *La Nación*, Enrique Aguilar y Roberto Aras rescataron expresiones de Alejandro Korn, quien sostuvo que «gracias a Ortega algunos despertaron de su letargo dogmático. Por su parte, Rodolfo Rivarola le reconoció haber estimulado el interés por la filosofía, como no ocurrió jamás antes de ahora, en nuestra

[575] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, ibidem, pp. 854–857.
[576] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACION*, ibidem, p. 169.

tierra.» [577] En el mismo artículo estos autores también mencionan palabras de Ezequiel de Olaso, quien atribuyó, a partir del segundo viaje a la Argentina y debido a sus ensayos «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva», que Ortega se convirtió en «el profeta de nuestra decadencia».[578]

Dado que la circunstancia cumple el papel de dintorno y define una existencia, ampliándola o recortándola, al tratar de ver qué es lo que Ortega ha dado de sí a la Argentina, de acuerdo al criterio de José L. Molinuevo existen como posibilidad dos puntos de partida igualmente válidos; ellos son: enfocar la relación desde la perspectiva de la presencia de Ortega en la Argentina, o de ésta en la obra de Ortega. No obstante, este autor propone una «perspectiva itinerante» a partir no de lo que Ortega *ha sido* a través de una estructura narrativa, sino, por el contario, de lo *por hacerse*. De ese modo planteó que: «se trata de llegar a Ortega desde la Argentina como circunstancia suya. La argentina es en Ortega la posibilidad vital del encuentro y la dificultad existencial del desencuentro.»[579] Al provenir de una generación convulsionada por la guerra y educada en los valores del siglo XIX surgió en Ortega el drama de la desorientación de tener que vivir en el siglo XX, que le fue completamente distinto.

En consecuencia, fue parte de una generación cuyas vidas truncadas por el exilio debió trazar su propio itinerario, hacer su propio mapa de vida. De ahí su propuesta de salvarnos en las cosas y que su modo de expresión fuera el ensayo, empleando como método la meditación y la pregunta.

El ensayo fue empleado por Ortega como tanteo de la circunstancia, por lo que lo circunstancial de los resultados hizo que los textos sean inacabados, provisionales y fragmentarios. Pero, sin embargo, igualmente dotados del sentido de continuidad que les dio el método aplicado. Estas exploraciones circunstanciales y provisionales, sostenidas en el tiempo, dieron lugar a los libros y al conjunto de la obra literaria de Ortega.

Además, a Ortega no se le perdona fácilmente su talento deslumbrante manifestado en escritos y palabras atractivos. Su excelencia suscitó rencor y agresiones en muchos, aunque esto no disminuyó el prestigio y la admiración

[577] Véase: AGUILAR, Enrique y ARAS, Roberto, “La Argentina, interpelada por Ortega y Gasset”, Buenos Aires, *La Nación*, lunes 13 de junio de 2016, p. 19.
[578] Idem.
[579] MOLINUEVO, José Luis, *Ortega y la Argentina*, ibidem, p. 95.

logrados. Siempre políticamente independiente, desde 1920 hasta el comienzo de la guerra civil fue mirado con hostilidad por el nuevo régimen. Esa hostilidad hizo que desapareciera casi por completo en los programas oficiales de enseñanza, que quedara prácticamente «sin voz». Este silenciamiento fue un claro y firme intento de relegarlo al pasado.

En este sentido, según palabras de Julián Marías «Ortega ha "estorbado" casi siempre. Concitó grandes hostilidades en varios campos, opuestos pero coincidentes en ello. Sus actitudes políticas –aunque fuesen secundarias en el conjunto de su figura– desconcertaron a muchos, por su independencia e inteligencia: solía ser «incómodo» para casi todos.»[580] Así, al considerar que muchos hallazgos filosóficos no hubieran sido posibles sin él, reside en el esfuerzo por lograrlos su fecundidad como pensador.

No obstante, los intelectuales no siempre se comportan como tales, no se ocupan siempre de los grandes problemas, sino que habitualmente tratan otros temas sin verdadera vocación. Sin embargo, como afirma Julián Marías, «la misión del intelectual es mirar y decir lo que ha visto, pase lo que pase.»[581] Los hechos políticos, económicos y sociales sucedidos durante las primeras décadas del siglo XX fueron observados por Ortega a partir de su primera visita a la Argentina. De ahí que sus expresiones de lo que vio generaron las más variadas manifestaciones de intelectuales; versiones de distinta índole, contrapuestas algunas y coincidentes otras, como ya se vio y se amplía a continuación.

En 1929, ante la avalancha de juicios nacionalistas infundados, desde la redacción de *La Nación* Gálvez se distanció del periodismo sensacionalista y de los exagerados ataques de resentimiento populista contra Ortega; en consecuencia, se ocupó de corregir ciertos prejuicios orteguianos. Si bien muchas personas cultas lo aprobaban, Ortega habría omitido defectos nacionales que estaban a la vista, entre ellos el de considerar un único tipo de argentino: el reducido círculo aristocrático; al resto lo conocía muy poco.

Sobre esta omisión, lo que el fino observador español registró no correspondía, como era su creencia, al conjunto del pueblo argentino sino al

[580] MARÍAS, Julián, "Ortega: cuarenta años de ausencia", Buenos Aires, *La Nación*, domingo 22 de octubre de 1995, p. 12.
[581] MARÍAS, Julián, "Los intelectuales de hoy no se ocupan de los grandes problemas", Buenos Aires, *La* Nación, viernes 6 de junio de 1997, p. 13.

sector que él trató, que era el perteneciente a la oligarquía paternalista. Al abordar este tema, Marta Campomar coincide con la observación anterior, reconoce el efecto distorsivo provocado por la generalización orteguiana y lo hace explícito en su libro *Ortega y Gasset en La Nación*; su descripción es la siguiente: «la óptica orteguiana reducida a las clases sociales que contienen bellas damas inteligentes que agasajan a los visitantes, es lo que suele enturbiar el microscopio del extranjero.»[582] De todas maneras, la prensa sensacionalista reaccionó buscando camorra ante la excelencia, con lo cual, al atacar a un escritor aristocrático lograba atraer sobre sí la atención pública. Así los integrantes de esta prensa de baja calaña aprovecharon para obtener rédito publicitario y, a la vez, mostrarse como patriotas.

Al analizar la psicología criolla desplegada desde *Martín Fierro* Ortega vio una falla ética en la confusión entre el *deber ser* nacional con lo que en realidad *es*. La convicción de Ortega residía en la cuestión ética más que en la material. Por su parte, el conde Keyserling fue aún más duro que Ortega en cuanto al análisis del criollo pedante al incluir a la mujer criolla simuladora y ladina, a la que vio representada en Victoria Ocampo. Desde las revistas *Valoraciones* y *Síntesis* el escritor Waldo Frank expresó que Argentina era un ideal hispano romántico, sin capacidad de autodisciplina y creación de valores culturales propios.[583] Sin duda, Ortega era uno de los españoles más finos, pero también, por su trato asiduo y estrecho con la burguesía, como contrapartida recibía de ella su influencia.

En lo político y presionado desde la España de Primo de Rivera, por su lado Ortega exigía mayor responsabilidad para generar normas y analizar fenómenos. No obstante, a fin de hacerlo reaccionar ante la dictadura «José Ingenieros, en un artículo de su *Revista de Filosofía* insinúa que Ortega es ambivalente en su conducta hacia el régimen, dejando de ser líder progresista de juventudes.»[584] Desde Argentina, según *España Republicana*, de Ortega se esperaba la actuación del «verdadero revolucionario», por lo que ante la falta de estridencias demagógicas, decepcionado este diario republicano lo tildó de «platónico». Ésta, sin dudas, era una cuestión sensible. Ante la compleja

[582] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en LA NACION*, ibidem, p. 172.
[583] Véase: Ibidem, pp. 186-189.
[584] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio* argentino, ibidem, pp. 326–333.

situación, el catalán Francisco Cambó lo acusó a Ortega de volar en solitario sin abordar problemas concretos, tanto económicos como empresariales. Este líder catalán consideraba esenciales los problemas regionales y ponía su atención en el flirteo ambiguo orteguiano, que a futuro le valió el mote de «malabarista de la palabra», según palabras esgrimidas por Alfonso de Laferrère.[585]

Mientras tanto Ortega obtenía apoyo a partir de intentar elevar el tono político de la Republica apelando a la cordura democrática y social. Así las cosas, las críticas tanto de derecha como de izquierda se apoyaban en la sensación de que sus premisas filosóficas eran insuficientes para la acción política; estas facciones esgrimían que el filósofo se quedaba en la oratoria. De modo que, una vez colocado en el ojo de la tormenta Ortega fue calificado de artista filosófico. En el marco de esta situación, las izquierdas anticapitalistas dudaban a quién beneficiaría el aristocrático pensamiento orteguiano, y, por otra parte, las derechas disconformes lo acusaban de ideador inútil e inestabilizador institucional. Estas últimas interpretaban que Ortega contribuyó al derrocamiento del antiguo régimen monárquico y, en consecuencia, al caos republicano. Pero, al margen de lo dicho, debe considerarse que tanto las derechas como las izquierdas sufrían el defecto de encerrarse en sí mismas.

El diario argentino *Noticias Gráficas* también acusó a Ortega de «mago de la palabra», de elocuencia fofa, vacía y brillante; para este periódico el filósofo español dejaba la sensación de que charlaba mucho pero no decía nada. Su amigo argentino Máximo Etchecopar tradujo el pensamiento orteguiano expresando que Ortega además de teorizar sobre la posibilidad de unidad europea para balancear el ascenso norteamericano en la región «no descartaba la otra versión, la de una Sudamérica que quedaba sumida en su caciquismo y turbulencias sociales sin grandes cambios en el horizonte. La Argentina estaba estancada en su sueño progresista, y especulaba con lucrar de la guerra europea, confiada en su destino de nación próspera irreversible.»[586] El filósofo evitaba extremos revolucionarios y también le afectaba personalmente no ser requerido por la Universidad, así como la

[585] Ibidem, p. 126.
[586] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio argentino*, ibidem, p. 405.

inoperancia e indiferencia argentina en todo lo no fuese hacer dinero o generar negocios.

Uno de los efectos de estas controversias fue que sus colegas dejaron de dirigirle la palabra y le retiraron el saludo, desestímulo suficiente como para pensar en el regreso. A pesar de ello Ortega olfateaba que la oligarquía iba camino a terminar mal, pues no tomaba en cuenta cambios internacionales ni las modificaciones sociales que se daban en el mundo. Según Marta Campomar, «para Etchecopar, esta situación "anómala", de dejar partir a una descollante personalidad, expresaba el hondo malestar, el sordo descontento y grave desarreglo que vivía la sociedad argentina en los '40.»[587] Frente a esa artillería de improperios e imbecilidades producto de la degradación social porteña, y ante el desprecio por el pensamiento, Ortega decidió cortar amarras definitivamente con los argentinos.

Para Perriaux, escritor maravillado por el universo mental de quien había sido su maestro y con quien compartía su tiempo, la realidad era que: «le temían, porque era pensador vital, sencillo, de poca técnica enrevesada, que amoldaba el idioma filosófico a la lengua castellana para darle más elasticidad al pensamiento filosófico en español.»[588] Por su parte, Luzuriaga presentó a Ortega como «un maestro que intentó crear una nueva modalidad de cultura española y de convivencia humana ampliando el horizonte mental y enriqueciendo la concepción del mundo.»[589]

Entre los testimonios disponibles en los archivos de la Fundación Ortega y Gasset de Madrid existe un Memorandum que data del mes de septiembre de 1945. Se trata de un documento significativo correspondiente al Foreign Office británico que trata sobre Ortega. Este documento histórico, según el diario *The Times*, reconoce el intelecto pragmático y universalista de Ortega, su libertad, originalidad de pensamiento y capacidad de comunicar interpretaciones complejas de forma inteligible para el hombre común.[590] Este dato es aportado por Campomar, quien en la investigación citada acompaña otros datos y testimonios de sumo interés. Veamos los siguientes: El diario *New York Times*

[587] Ibidem, p. 46.
[588] Ibidem, p. 421.
[589] Ibidem, p. 444.
[590] El documento figura bajo el título "Memorando of a Conversation held by Press Attaché with Señor Ortega y Gasset", September 5th, 1945. (F. O. 371/49590. Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset*, *Luces y sombras del exilio* argentino, ibidem, p. 447.

mencionó que Ortega fue un intelectual independiente acostumbrado a toda clase de divergencias, de criterio independiente, criticado por aquéllos en quienes había creído y por los que no creían en él. El *The Canadian Forum*, editado en junio de 1956 en Toronto, Ontario, puso énfasis en el carácter periodístico de Ortega, razón por la cual se le negaba a su obra valor filosófico profundo. En esta publicación mencionó lo que sigue: «su libro *La Rebelión de las Masas* en el que se anticipó con una definición del fenómeno de la cultura de masas, advirtiendo los peligros de su gran democratización *ad infinitum.* De ahí su impopularidad como pensador demoledor de ritos populares.»[591]

A nivel personal, mencionó que el español Guillermo de Torre dejó de lado sus discrepancias conceptuales con Ortega y admitió la gran envergadura intelectual y emocional, la actualidad y penetración de sus juicios, su estilo conciso, claro y directo y su aspiración de anticipar e influir en el rumbo de los tiempos. También Borges destacó sus diferencias con Ortega, pero reconoció que junto a Unamuno, ambos ensancharon y enriquecieron el diálogo español.[592]

Otro hecho muy significativo fue –y sigue siéndolo en la actualidad– la «ausencia» de Ortega y su obra en las universidades, su no inclusión en los programas de estudio de las cátedras. A esta sintomática omisión se refirió Máximo Etchecopar, luego de diez años de la desaparición física del filósofo, en un ateneo realizado ante público de jóvenes.[593]

Desde los años 60 Julián Marías, discípulo y amigo de Ortega, se ocupó de difundir su docencia por el extranjero. Marías destacó que en un contexto ortodoxo durante muchos años no se podía siquiera nombrar a Ortega en una universidad. Con el transcurrir del tiempo, durante el pontificado de Juan XXIII y el Concilio Ecuménico de 1960 las cosas empezaron a relajarse. Marías describió el fenómeno para los lectores de *La Nación* señalando que: «el ostracismo de Ortega no vino sólo por el flanco de las derechas católicas; también desde la izquierda se hacían gestos desdeñosos para relegar el pensamiento de Ortega al pasado y se simplificaba el sistema de sus

[591] Idem.
[592] Ibidem, pp. 455-456. La autora recoge las impresiones de G. de TORRE de las siguientes fuentes: G. de Torre, "Ortega su experiencia americana", *Ciclón* –revista de La Habana-, Vol. II, Enero, n.° 1, 1956 y G. de TORRE, *Fiel de la balanza*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970, p. 57.
[593] Ibidem, p. 478.

conceptos extrayendo sus textos de las circunstancias históricas y de su análisis original.»[594] A pesar de ello, era posible acceder a Ortega a través de la compra de sus libros, vendidos cada vez en mayor cantidad con el transcurrir del tiempo.

Campomar desarrolló un extenso análisis de la controversia desatada alrededor de Ortega. En su largo periplo literario menciona artículos críticos de Díaz–Plaja, Carlos Duelo Cavero y Paulino Garagorri publicados en *La Nación* durante los años 60 y textos de Mariano Grondona en *La Prensa*. Oscar Abdala y Carlos Roverta son otros autores mencionados, además de diversos coloquios desarrollados en la Universidad del Salvador, en los que participaron Carlos Floria, R. P. Moyano y Grondona.

La autora citada incluyó como testimonio el reconocimiento como pensador profundo y luminoso que a diez años de la muerte de Ortega realizó el jesuita Ismael Quiles; este jesuita admitió lo estimulante y valorable de sus estimaciones. Desde España, dentro de la ortodoxia de los dominicos, el padre Santiago Ramírez cuestionó su laicismo: El jesuita argentino Joaquín Iriarte lo impugnó, pero a la vez reconoció el gran aporte estilístico de sus ideas y sus tesis avanzadas. Roberto Giusti, desde la Academia de Letras y la revista *Nosotros* puso en relieve el estilo del complejo pensamiento filosófico y sociológico de Ortega. Álvaro Melián Lafinur recordó el gran impacto filosófico sucedido durante los años del conflicto internacional. Francisco Romero reconoció la personalidad extraordinaria de Ortega, que había vivificado y renovado el pensamiento sudamericano con temas hondos, novedosos e incitadores muy bien expuestos, además de su inteligencia disciplinada y amplia. La revista *Sur* de Victoria Ocampo le dedicó dos tomos que constituyen su publicación principal del año 1983; allí traduce las ponencias de un *Symposium* sobre Ortega como filósofo del futuro organizado en la Biblioteca el Congreso de Washington, en 1983. En un texto de esa misma revista, desde su óptica anglosajona William Woodruff en 1983 lo veía como un pensador demasiado eurocéntrico e hispánico, pero remarcó que su filosofía no iba dirigida al especialista, sino al individuo educado, lo que explicaría el rechazo demostrado por los filósofos e historiadores profesionales hacia el pensador

[594] Ibidem, p. 479.

español.[595] Posteriormente, como se expuso en I. 1 de esta Segunda parte, Javier San Martín se hizo eco de esto refiriéndose duramente a la responsabilidad que les cabe a estos profesionales.

Para el primer centenario del nacimiento de Ortega, Pucciarelli al analizar el destino de América expuso las graves dificultades en que se debatía la Argentina y mencionó a Ortega como el gran pensador interesado por la vida nacional, que sin dudas necesitaba de reformas radicales y urgentes.[596] La crisis argentina no era ni económica, ni política, ni social, sino moral e intelectual: faltaban normas para vivir e ideas para orientarse; en consecuencia, inevitablemente la reforma debía ser ética y moral.

Pedro Barcia admitió en Ortega una grave limitación estimativa, coincidente con los propios ensayistas argentinos que reducían el país a la pampa. Según se dijo en IV. 1 de esta Segunda parte, Barcia realizó un estudio ceñido a las reacciones provocadas en los más destacados intelectuales locales sobre los rasgos caracterizadores del *homo argentinus* ateniéndose a cinco criterios que consideran la cuestión y seleccionando las voces del contracanto. Para ello tomó tres textos como disparadores; ellos son: *Conferencia* (1916), que contrastó con la *Réplica* (1917) de Joaquín Castellanos, a la que considera la más significativa y completa de las respuestas, y luego, en un segundo momento, «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva» (1929), sobre los que consignó y comentó las opiniones de Victoria Ocampo, Roberto Giusti, Juan Álvarez, Emilio Coni, Manuel Gálvez y Ezequiel Martínez Estrada.

El autor reconoció que las reacciones generadas, con sus adhesiones y rechazos, deben enmarcarse en la constelación compleja de reacciones que supone la recepción orteguiana en la Argentina, considerada desde 1916 a nuestros días.[597] Al considerar la realidad geográfica este autor dice que fue inicialmente descripta por dos jesuitas: el italiano José Gervasoni en 1729 y el alemán Florián Paucke en 1750. Posteriormente el franciscano fray Pedro de Parras; John Miers y Alexander Cadleugh en 1819, todos ellos haciendo

[595] Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio* argentino, ibidem, pp. 479-486.
[596] PUCCIARELLI, Eugenio, "Ortega y el conocimiento absoluto", *Ortega y Gasset y el destino de América Latina*, Buenos Aires, Ed. Fundación Banco de Boston, Artes Gráficas Faija Hnos., 1983, pp. 11–21.
[597] Véase: BARCIA, Pedro Luis, "Ortega y su lectura de la Pampa. Adhesiones y rechazos", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., ibidem, p. 59.

referencia a la llanura pampeana y su omnipresente horizonte. Después de 1820 las primeras asociaciones condicionantes entre hombre y medio natural fueron hechas por Francis Bond Head y reiteradas por Chas Brand, observaciones que preludian el *Facundo*, de Sarmiento (1845), que consumó su influyente visión reduccionista, simplificadora y deformante en una idea: la totalidad del país era la Pampa. Estos estudios previos fueron tema que ocupó e influyó la atención de Ortega.[598]

En el desarrollo de su investigación, entre otras observaciones Barcia menciona las siguientes: «una de las primeras voces que opinaron sobre las estimaciones de Ortega fue la del director de *Nosotros*, Roberto Giusti. Lo hizo en dos entregas de su revista, tituladas: «Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset»[599], en enero y febrero de 1930. Giusti opinó y puso en duda las observaciones de Ortega sobre el narcisismo argentino, pues se había basado en una metáfora para urdir su metafísica. Agradeció, por lo demás, el aporte de un pensador de la talla de Ortega y la calidad de su diagnóstico, valorando su agudeza, seriedad y honradez. Pero, por otra parte, al referirse al guaranguismo observado por Ortega cree que éste se equivocó gravemente por estar mal informado, o por dejadez de su parte al no verificar su uso. Al respecto, acotó con humor: «¡Vaya uno a saber si nuestro culto y fino amigo no tuvo que soportar en Buenos Aires uno o dos guarangos auténticos, de esos que tampoco faltan en la universidad, y ahora salimos pagando justos por pecadores!»[600] Otro argentino, de apellido Álvarez, acotó que guarangos y nuevos ricos hay en todas partes, aunque los nombres que se les da varíen, y Gálvez argumentó que los ensayos argentinos de Ortega, previamente aplicados al hombre castellano, desbarató todo intento de definición de nuestra índole; en consecuencia: «Ortega se constituye en su principal argumentación en contra de sí.»[601] Como demuestra el trabajo de investigación realizado por Pedro Luis Barcia, las ideas divulgadas por Ortega no resultaron para nada indiferentes, sino que fueron numerosas y variadas.

El autor citado continuó su análisis pormenorizado sobre las controversias de la época respecto a Ortega y abordó también el caso del ingeniero e

[598] Ibidem, p. 31.
[599] Ibidem, p. 32.
[600] Ibidem, p. 39.
[601] Ibidem, p. 47.

historiador Emilio Ángel Coni con su famoso artículo «El hombre a la ofensiva», publicado en *Nosotros* en abril de 1930. En este artículo, al detenerse Coni en el reducido círculo al que accedió Ortega se preguntó ¿a qué argentino se ha referido?, ¿al porteño?, ¿al provinciano?, ¿al de la ciudad o al del campo? Luego se encargó de la opinión de Gálvez, quien señaló varios errores, entre ellos la ignorancia de los antecedentes por parte de Ortega que ya señaláramos; el filósofo se habría ceñido a la información, opinión y sentimientos aportados por bellas e inteligentes damas que vivían espiritualmente en Europa, sin haberse tomado la molestia de conocer el interior del país.

Además incluyó, como hemos mostrado previamente en el desarrollo de los capítulos III de la Primera parte y en III. 1 de esta Segunda parte, la visión de país con sus críticas ácidas que se había formado Ezequiel Martínez Estrada. Este escritor había destacado lo irrisorio de explicar a un pueblo a través de ver el paisaje de una sola región. Por otra parte, coincidió con los anteriores en que las observaciones de Ortega se basan en el trato con unas pocas personas, en alusión específica a Victoria Ocampo, que como se mencionó, había escrito «Quiromancia de la Pampa», en 1929. Además, este reducido grupo humano se distinguía por haber pasado la mayor parte de su vida en el extranjero, con las connotaciones que ello implica en cuanto a la conformación de opiniones**.** En consecuencia, ese distanciamiento del interior nacional por parte de Ortega, influyó en Martínez Estrada haciendo que éste reduzca al filósofo español a un mero artista de la meditación.[602] Finalmente Barcia, explayándose sobre su criterio de análisis aportó su propio resumen y conclusiones; entre ellas destacamos las siguientes: la coincidencia entre los intelectuales en el carácter observador, espectador sin disimulos y distante de las cosas y personas, lo llevó a Ortega a invertir la explicación de la gente; una generalización abusiva, a nivel nacional, a partir de casos particulares o regionales, que le hizo perder de vista dos contextos vitales: el epocal y el personal; una actitud estimativa reductiva del todo por la parte: la Pampa como la Argentina; la concepción abusiva del condicionamiento geográfico de una región sobre las restantes, como única plasmadora de los rasgos espirituales del argentino y el

[602] Ibidem, pp. 47–59.

desconocimiento de Ortega respecto de las interpretaciones e indagaciones de la índole nacional argentina previas a él.

Barcia también destacó que son más las diferencias de opinión que las coincidencias de nuestros intelectuales con Ortega en cuanto a los rasgos de la psicología argentina y que son mayoría los intelectuales agradecidos para con Ortega, más allá de si coinciden o discrepan con sus apreciaciones.[603]

Tanto Ortega como Ingenieros no fueron ajenos a la influencia del pensamiento e ideas de Joaquín Costa. La visita de Ortega a la Argentina sintetizó una forma de vida y pensamiento contrapuesta a la vigente en el país, en el que el autodidactismo era la forma dominante de la cultura. Cumplió la función de espejo social. Tanto los biólogos, zoólogos, antropólogos y sociólogos e historiadores habían sido esforzados autodidactas y conformaron una mínima base académica, de solvencia insuficiente. Algunos de ellos lograron complementar su formación realizando viajes al exterior. De estas deficiencias formativas derivó el revisionismo que condujo a la reforma universitaria de 1918 y el comienzo del eclipse positivista.

En este contexto se insertó Ortega, que al chocar con las estructuras materialistas provocó ilusión y asombro en algunos, mientras que simultáneamente generó, como vimos, polémicas discusiones. De ello surgieron actitudes contrapuestas: silencio, recelo y decepción.

Las ideas de Ortega se difundieron profusamente a través de la cátedra y de la prensa, mediante periódicos y revistas culturales y literarias. Julio Contreras se ha encargado de analizar la composición de las reacciones que provocó la actividad literaria de Ortega en el medio local, en particular las revistas que trataron el tema. Luego, a partir del tipo de respuesta literaria realizó una clasificación tipológica.

De este análisis de caracteres comunes, según Contreras resulta que: «el material de interés de las revistas puede clasificarse en tres órdenes: las informaciones, las crónicas y las referencias a las visitas y actividades de Ortega.»[604] En un principio, la elegancia del mensaje recibido generó natural complacencia en algunos que apreciaban, además, la facilidad de expresión y

[603] Véanse las conclusiones completas en: BARCIA, Pedro Luis*,* ibidem, pp. 59–62.

[604] CONTRERAS, Julio Rafael, “Esa noble vibración espiritual. Ortega y el incipiente medio científico argentino del primer tercio del siglo XX. El papel de las revistas”, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV. AA., ibidem, p. 81.

soltura del exponente foráneo. Estas personas valoraban en Ortega el abordaje con lenguaje accesible de temas profundos. Pero luego del impacto inicial, otros se sintieron incómodos, aunque no lo manifestaran explícitamente. De ahí que nacieran disidencias y creencias antagónicas, roces y controversias en el mundo académico y de la política, leves y respetuosas sólo al principio. Estas disidencias se debieron a que los escritos de Ortega hirieron susceptibilidades y enervaron ciertos orgullos nacionalistas.

Considerando lo anterior, Contreras afirmó específicamente que: «en la palestra de las revistas culturales es donde se manifiestan las primeras reacciones. Se alzan las voces tempranas de Alberto Palcos y de Joaquín Castellanos.»[605] Este último, de profesión jurista y activo político salteño, reaccionó objetándole a Ortega su atrevimiento de interpretar sueltamente una realidad que le era desconocida tanto así como su falta de entrega social. Por su parte, el joven universitario profesor de psicología y filosofía de orientación biológica, Alberto Palcos, manifestó así su resuelto disenso en la revista *Nosotros*: «la suya es la reacción del especialista ante la invasión de su campo particular por quien viene como generalista y carga con elementos nuevos incluso en la que él creía que era su área reservada.»[606] Desde otro ángulo, el matemático y biólogo argentino Narciso Laclau, admirador de Maurice Barrés y conocedor afín de las ideas filosóficas de Henri Bergson, protagonizó la mayor de las disidencias dadas en la década del 20, luego de la primera visita de Ortega en 1916.

Contreras reveló que Laclau: «en 1923 publicó un artículo titulado “Un ensayo de Ortega y Gasset” en la *Revista de Filosofía*, en la que mencionó críticamente *“la calurosa adhesión de Ortega al neo-vitalismo de Driesch-Von Uexküll”.*»[607] En el mencionado artículo Laclau advirtió que el filósofo español suscitaba vibración espiritual, mezcla de placer estético y filosofía, pero simultáneamente sospechó de la actitud filosófica y literaria de Ortega, por verla superficial y estéril.

Otro caso de disenso fue el del científico alemán Georg Nicolai radicado en Argentina desde 1921, radicalizado político y profesor en la Universidad de

[605] Ibidem, p. 83.
[606] Ibidem, p. 85.
[607] Ibidem, p. 88. Las cursivas corresponden a CONTRERAS.

Córdoba. Amigo personal de Einstein, este científico trató de extrapolar conceptos absolutos de la física a la biología y se refirió repetidamente a las ideas de perspectivismo y relativismo de Ortega, argumentando que de su falta de formación en matemática y física nacía el endeble concepto de aquellas ideas. Ortega, con actitud prudente no contestó estos cuestionamientos.

Contreras mencionó, además, que el filósofo y médico Gregorio Bergman, el más radicalizado de los científicos comprometidos con el materialismo positivista, realizó cuestionamientos gnoseológicos y acusó a Ortega de matar al positivismo para dar lugar a un sobre positivismo, pero posteriormente, reflexionó y dio lugar al agradecimiento. Ortega tampoco contestó ni nombró a Bermann.

Luego de analizar estas y otras visiones controversiales, Contreras extrajo conclusiones sobre las disidencias y polémicas suscitadas por las opiniones y publicaciones de Ortega, sólo agresivas después de su muerte en 1955. Estas críticas y refutaciones de tono disidente y dialogante, injustas o arbitrarias contribuyeron a la maduración de su pensamiento afectando sólo lo marginal y no lo central se su sistema. Aún así, los sectores ideológicos dominantes en general callaron; sólo manifestaron discretamente sus disidencias durante los años en que Ortega estuvo en la Argentina. Finalmente, Contreras reconoció que no hubo reacciones oficiales condenatorias, al menos fuera del período 1946-1955, tratándose de casos anecdóticos más que significativos y nunca auspiciados por el poder político, lo cual indica que los diarios y revistas culturales constituyeron la gran palestra de la difusión, discusión, y contraste de las ideas de Ortega.[608] En definitiva, más allá de cualquier balance, la relación de Ortega con la Argentina desde su primera visita dio lugar a una relación permanente con su clase culta, a la que movilizó y potenció, razón por la cual constituyó un punto de inflexión para la cultura del país al marcar huellas en su futuro. No obstante, existen otros puntos de vista divergentes. A continuación se exponen algunos de ellos.

Ortega, satirizado como «conductor de hombres», fue burlado con hostilidad permanente por los integrantes de *Martín Fierro.* Humorísticamente Gómez de la Serna sugirió que este gran pensador era símbolo de fugacidad y cuestionó

[608] Ibidem, véase p. 102.

su silencio en tiempos de Primo de Rivera. Rojas Paz, quien siempre rechazó la influencia orteguiana, cuestionó con resentimiento sus metáforas. Entre otros intelectuales, entre ellos Marechal, Rojas Paz, Scalabrini Ortiz, Francisco Luis Bernárdez y también Eduardo González Lanuzza contestaban con dardos críticos. Las razones de estas reacciones le resultan obvias a Marta Campomar, quien afirmó enfáticamente: «lo que más dolía a esta generación de emancipados argentinos era la indiferencia del español hacia sus libros que, a veces, recibían la limosna de algún comentario.»[609]

Por su parte, Marechal exigió respeto para sí, pero él mismo no lo aplicó con su adversario. También Borges, recreador de literatura de orilleros y malevos se sintió tocado e incluido por el mote de guarango, pues en clara alusión a Ortega, consideraba que la poesía arrabalera pampeana no era sentida por el filósofo español.[610] Por el contrario, los *Anales de la Cultural* registran otras versiones opuestas. Por ejemplo, en ellos el prestigioso tucumano Alberto Rougés reconoció el gran interés despertado por Ortega en la filosofía al intentar atravesar lo aparente y vulgar.[611] En los *Anales* consta que Ernst Robert Curtius manifestó reconocer que Ortega era uno de los más selectos intelectos europeos con influencia en Hispanoamérica, y Luis Echevarri desde *El Sol* de Madrid marcó la influencia de Ortega al ampliar el círculo de las nuevas generaciones literarias argentinas.[612] El diario *La Nación* también testimonió la importancia del segundo viaje de Ortega argumentando que había permitido continuar la docencia entre los jóvenes argentinos.[613]

A continuación, en los *Anales* constan cruces de opiniones, entre otras, de León Dujovne destacando la figura múltiple y rica de Ortega y el dinamismo de su inteligencia movilizadora y la calurosa bienvenida dada al filósofo por la revista *Humanidades*, que valoraba el estilo y el influjo literario modernizador. En tanto que Alberini, para quien los estudiantes habían aprendido una nueva

[609] CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural* Española, ibidem, p. 481.
[610] En 1963 La editorial argentina Emecé Editores publicó en Buenos Aires “El lenguaje de Buenos Aires”, ensayo de BORGES sobre “El idioma de los argentinos”, demostrando hasta donde llegaba su interés en este asunto. Véase: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural* Española*,* ibidem, p. 483.
[611] *Ibidem*, pp. 511–512. La autora cita de *Anales*, Cap. XXXII, “Segundo viaje a la Argentina de Don José Ortega y Gasset”, 1928, t. III, Segunda Parte, p. 186.
[612] Ibidem, p. 513.
[613] Idem.

manera de filosofar, advertía que se quería desprestigiar a Ortega por caprichos positivistas y razones políticas desmesurados.

En su obra *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española* Marta Campomar destaca, entre otras apreciaciones, que para Alberini «los retóricos de la acción, que deformaron expresiones de Ortega acerca de una nueva sensibilidad y desvirtuaron su sentido del concepto cultura y vida, no eran más que la prole caduca de la difusa mentalidad positivista del 80. Ortega venía ahora a liberarlos de esa pesadilla, y "de la intrépida liviandad mental de nuestros positivistas".»[614] Y retomando el malintencionado ataque de Ingenieros desde su *Revista de Filosofía* respecto del pragmatismo político de Ortega, Alberini exigió a Palcos como continuador de Ingenieros, a Aníbal Ponce y a otros detractores una mayor seriedad en sus discursos.

El martinfierrista porteño Pablo Rojas Paz, adversario declarado de Ortega, intervino en 1930 en la contienda desde la revista *El Hogar* con su artículo «El enigma de los argentinos» criticando con sarcasmo a los que se dedican a la filosofía y nada más. Jóvenes rosarinos también atacaron a Ortega por sus aires de gran señor, malabarista verbal que molestaba al hombre medio provincial. Para José Gabriel, periodista, ex alumno de Ortega en 1916 y antiguo admirador de su teoría de la nueva sensibilidad, Ortega se habría convertido en «un amargo brutal». Por su parte, Ernesto Giráldez se pronunció diciendo que no había comprendido muchos de nuestros defectos; no los ha visto.[615] De forma inconsciente**,** los impugnadores de Ortega seguían influyendo y generando discusiones.

Leopoldo Hurtado insistía en que gracias a la *Revista de Occidente* se anticipó muchos años la llegada de estas ideas originales e interpretó que la difusión orteguiana era un elegante regalo civilizador y original; no obstante, argentinos sin nivel de comprensión eran incapaces de evaluarlas. Estas apreciaciones desautorizaban al sector positivista. Sobre las expresiones de este autor Marta Campomar expresó que: «Hurtado se muestra sensible a la técnica de la oratoria y al estilo de la escritura orteguianos y acusa a los

[614] Ibidem, p. 530.
[615] Ibidem, p. 569. La autora cita de Ernesto GIRÁLDEZ, "El guaranguismo de Ortega y Gasset", *La Vida Literaria*, n.° 18, enero, 1930.

reformistas universitarios de formar parte de esas nuevas generaciones que insultan a Ortega con charlatanería mesiánica, de cultura rentista orientada hacia los puestos públicos.»[616] Otro martinfierrista que indagó en las modalidades y fisonomías del alma porteña fue Raúl Scalabrini Ortiz en su libro *El hombre que está solo y espera*, en el que definió a este hombre intolerante, indulgente e individualista como centro de la nación, cargado de recursos para resolverlo todo, pero hombre monótono al fin, hundido en su inercia. Scalabrini advirtió el mismo fenómeno que Ortega.

Giusti también admitió que la visión orteguiana contenía aciertos y equívocos, haciendo hincapié en la importancia del factor geográfico e histórico, que Ortega no había considerado. Para este autor, el aluvión inmigratorio con su afán de lucro inmoderado y prácticamente sin ningún imperativo social dio forma a una psicología argentina desorganizada y desmoralizada. La inmoralidad provenía de la inmigración, del «hacer la América» que no fue un proceso ideal, sino un fenómeno de masas inmigrantes hambrientas en que «el hombre de aluvión» con su excesivo afán de riqueza no educó a los hijos en el deber sino en la especulación; ello constituía el principal problema.

La autora citada señaló que a diferencia de Ortega, Coni en sus apreciaciones no otorgó valores, ideales y resortes vitales a un pueblo egoísta y materialista sino que trazó un perfil psicológico derrochador, egoísta y amoral del argentino. Campomar afirmó que «Coni no creía que en su país el progreso económico y material equivaliera a progreso moral, como sutilmente había insinuado Ortega.»[617] En 1930 se destacan dos puntos de vista. Por un lado la nórdica Tina Spangerber publicó en *La Razón* el artículo «Ortega y Gasset y los Argentinos», en que se esfuerza para evitar confusión entre ciencia e insultos. Esta articulista «analiza a Ortega como un europeo de inteligencia castiza que arriesga una visión compleja de los grupos sociales, en especial del terrateniente, de donde provienen muchos de sus amigos acaudalados y el ambiente mismo de *La Nación.*»[618] Spangerber pensaba que la vida en estos

[616] Ibidem, p. 570.
[617] Ibidem, p. 587.
[618] Ver: CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural* Española, ibidem, p. 587.

países sudamericanos era de posibilidades, de oferta, renovación y aventura, causa por la que el argentino no vivía su vida o la vivía superficialmente.

El otro punto de vista fue el de Américo Castro, calificado por Borges de fracasado, quien, desde *La Nación*, enfrentó a los martinfierristas y su desprecio por la lengua española en su artículo titulado «Sobre el carácter argentino e hispanoamericano (con motivo de una discusión)» publicado en *La Nación* en agosto de 1930**.** Para este autor Argentina no había superado nunca en su convivencia jurídica el rudo primitivismo antiestatal, tal como ocurría en España. El sentido de intereses colectivos no había calado en la población; faltaba conciencia colectiva, sin la cual no puede haber Estado ni democracia.[619]

El debate continuó en la tribuna abierta de *Amigos de Arte*, vinculado a *La Nación.* La trilogía compleja compuesta por Paul Morand, Keyserling y Frank se ocupó de la problemática sudamericana en general con espíritu crítico. Algo a destacar es que Keyserlig sondeó más a fondo que Ortega en la psicología primitiva del continente, con un Estado ciego derivado de lo primigenio español; de ahí infería las causas de la vida pasiva e indisciplinada y sin impulso interior del argentino.

Otro interesado en el tema tratado fue Brandan Caraffa, que desde *La Nación* en junio de 1933 acusó a Ortega de un elitismo cerrado y de razonamiento positivista. Hasta aquí es posible advertir la diversidad de posturas e interpretaciones, pero la interpretación de Caraffa sugiere incluso la necesidad de definir y debatir el concepto «positivismo».

Luego de su primera visita en 1916 y la segunda en 1928, la tercera estadía de Ortega en la Argentina, extendida desde mediados de 1939 hasta febrero de 1942, fue un trago amargo para el filósofo. En este último período tuvo un magro reconocimiento público y debió tolerar malos humores, contratiempos, mezquindades y también grandes decepciones. De modo que, durante su última estadía en Buenos Aires Ortega no pudo evitar exponerse al sufrimiento físico y moral. Así lo atestiguan los testimonios epistolares que permitieron revelar su sufrida intimidad.

[619] Ibidem, pp. 587–590.

El profesor Enrique Aguilar indagó la relación de Ortega con la Argentina y en un artículo publicado en la revista *Communio* sintetizó los tres viajes realizados por el filósofo. En su estudio abordó las relaciones de amistad de Ortega durante la última estadía, entre ellas con María Elena Ramos Mejía, Carmen Gándara y Victoria Ocampo.[620] El aporte de datos significativos y testimonios revelados por el autor posibilitan conocer las condiciones adversas

[620] Véase AGUILAR, Enrique, *Communio*, Revista Católica Internacional, ibidem, pp. 59–63.

# CONCLUSIONES

Las dos partes principales de esta investigación se desarrollaron en torno a los objetivos generales planteados en el proyecto de la tesis. En la Primera parte se abordaron los aspectos más destacados de la cultura filosófica vigente en Argentina entre 1880 y la llegada al país de Ortega y Gasset en 1916. Compuesta de cuatro subpartes, cada una de ellas responde a un objetivo específico. En la primera se analizó la influencia del positivismo en la mentalidad social de la época; en la segunda se describieron los rasgos característicos del hombre masa argentino de principios del siglo XX; a continuación se explicó como la exagerada preocupación económica determinó la marginación filosófica y limitó la conformación de un Estado moderno y, por último, se expuso el método histórico, la noción de mundo y sus leyes estructurales según Ortega y Gasset. En la Segunda parte se desarrolló el análisis de la filosofía de Ortega y Gasset y sus mensajes a los argentinos, analizándose sus influencias y reacciones. Ésta también se dividió en cuatro subpartes: la primera de ellas consideró la concepción política de Ortega y Gasset, su idea sobre el Estado y sus funciones; luego se planteó la relación entre masa y poder manifiesta en la sociología política del filósofo español; en tercer lugar se caracterizaron los rasgos fisonómicos sobresalientes de los argentinos según Ortega y Gasset y, finalmente, se estudiaron e interpretaron las reacciones de intelectuales a las expresiones de Ortega sobre la fisonomía de los argentinos.

Iniciamos la Primera parte analizando el positivismo y la influencia de su visión biológica en las clases gobernantes de principios de siglo XX. Los cambios de tendencias y valores sucedidos en el ámbito internacional en torno a 1880 fueron percibidos por algunos argentinos que luego imprimieron la conformación de una nueva cultura política en el país. Así se pasó de una sociedad tradicional a una sociedad moderna en la que predominaron los intereses materiales sobre principios abstractos. El principal exponente, José Ingenieros, filósofo de visión biológica determinista, desarrolló una sociología de principios darwinistas en la que los individuos debían adaptarse social y colectivamente a fin de organizar la convivencia. Por su lado, Ortega luego de

formarse en las principales universidades alemanas, confrontó su tesis del sentido histórico como factor de comprensión cultural integral frente al positivismo fisiológico y al psicologismo experimental de los argentinos. Vimos que su perspectivismo movilizó ideas y sentimientos y dio lugar a la apertura cultural, histórica y etnográfica. La falta de respeto por la diversidad cultural en el campo de la antropología era un aspecto mundial de gravedad para el filósofo español, pues consideraba que el positivismo y el cientificismo fallaban debido a que el hombre no era naturaleza sino historia; un pueblo estaba constituido por su mitología. Ortega manifestó su desacuerdo con el predominio determinista de estas ciencias sobre la filosofía, señaló las limitaciones del hombre cartesiano y desautorizó de plano al positivismo universitario y al de la escuela de Ingenieros por considerarlos resabios del siglo XIX y constituir una filosofía aldeana. El positivismo de viejo cuño divinizó lo sensible, se negó a admitir como hecho cuanto no era fenómeno táctil o visual y había quedado obsoleto en Europa, sin embargo, advertimos que la juventud argentina no era consciente de ello. En 1916 Ortega comenzó su enfrentamiento con esta corriente de pensamiento a través de sus conferencias dadas en la Institución Cultural Española; allí arremetió contra el utilitarismo biologista y psicologista de laboratorio y desnudó al positivismo revelando sus limitaciones. También resaltó la necesidad de una disciplina intelectual, moral y estética. Por su parte, a fin de remediar estos males Ortega propuso una hermenéutica ensanchada que facilitara y enriqueciera las interpretaciones, oponiéndose de ese modo a los compartimientos estancos que el siglo XIX pretendió instalar en el pensamiento, a su pura ambición de modernidad y a las peligrosas supersticiones de sus integrantes. La clase dominante, ligada al accionar positivista, simplificó su concepción de la sociedad y subordinó todos los valores a la dimensión económica. En este contexto histórico quedó claro que la denominada generación del 80, de base ideológica liberal, se constituyó en un mero agente intermediario de los cambios económicos y generó un proceso de alienación cultural que tuvo efectos negativos sobre el conjunto de la población, con secuelas económicas y sociales perdurables en el tiempo. Sin embargo, por entonces, con abundante disponibilidad de dinero los argentinos aspiraban a ser y vivir a lo grande. Ortega advirtió el peligro de la aparente seguridad derivada de la prosperidad evidente y rechazó de forma categórica la

modernidad del siglo XIX: no dudó en que la superación del novecentismo era la clave para un futuro mejor, con mayor sensibilidad que la positivista. Para ello debía procurarse una educación omnímoda de la población, enmarcada en el nuevo contexto histórico superador de los antiguos esquemas de pensamiento.

En segundo lugar describimos los rasgos característicos del hombre masa argentino de principios del siglo XX, y, a fin de comprenderlos, tomamos como punto de partida las condiciones del determinismo histórico geográfico en que este tipo de hombre tuvo que desenvolverse. Luego, en ese contexto analizamos los principales aspectos y descubrimos que la masa inmigrante venida a estas tierras tuvo como único interés hallar riquezas y, por otro lado, que la élite gobernante fue apoyada por la oligarquía paternalista con la finalidad de mantener la cohesión de grupo y así mantenerse en el poder. No obstante, las luchas intestinas en la revolución de 1880 condujo a la promulgación de la Ley Sáenz Peña, que abrió el sufragio a todos los argentinos, excluidas las mujeres, y tuvo consecuencias políticas irreversibles: dio el golpe de muerte a la élite. Por otra parte, entendimos que la monotonía de la geografía pampeana influyó en la forma de ser y actuar del argentino; según los autores tratados, de allí proviene la modelación de su carácter, su desorden y superficialidad que lo hacen inestable e inseguro. Así, la estrechez de pensamiento práctico que considera sólo lo inmediato no le dejó lugar a ideas más fecundas a largo plazo. A la vez, la natural riqueza de las tierras pampeanas facilitó la rápida convicción de un futuro económico auspicioso e ilimitado que encandiló y redujo la visión del hombre: éste interpretó el portentoso presente exclusivamente para el consumo inmediato. También influyó la ascendencia histórica de los conquistadores y su relacionamiento con los nativos. Entender el carácter y la forma de pensar del argentino requiere reconocer y comprender que la influencia del caos colonial y la anarquía ahogaron posibilidades de gobierno ordenado a las muchedumbres aventureras poco preparadas que envió España a estas tierras en la época de la Conquista. Destacamos un dato: mientras la minoría docta creía en la ley, la masa creía en la fuerza; ello facilitó que el caudillo de espíritu elemental e idea única estuviera presente detrás de todas las máscaras constitucionales, partidistas y gubernativas. De ese modo, la organización institucional alrededor

de un jefe que tuviera en su puño la suma del poder público constituyó el temperamento sentimental y pasional de la política criolla. Distintos autores atribuyeron la estructura organizacional política de tipo piramidal al caciquismo español, no respetuoso del mérito social. Descubrimos ensayos referidos a las multitudes argentinas en los que se perfila un historicismo antihispano visceral, basado en la psique del español y la arrogancia castellana. El trasfondo de impunidad de la sociedad hispana poblada de burocracias parasitarias, clientelistas, deficitarias y de excesiva tolerancia a la corrupción bloqueó la posibilidad de sana administración y justicia ecuánime: en consecuencia, la hipertrofia del ampuloso sistema criollo no exigió esfuerzo eficaz a nadie. En este sentido, Ortega reflexionó críticamente respecto de la conformación de la sociedad de su propio país y consideró que España era sólo pueblo; allí no existían, o eran insuficientes los individuos egregios. El hombre español rechazaba lo trascendente, era un materialista extremo. Este déficit social histórico tuvo su fundamento en un puñado de usos constitutivos desde la herencia colonial, entre ellos el caudillismo provincial, el personalismo presidencialista, el individualismo narcisista y la gestión pública deshonesta e ineficiente compuesta de burocracias rentistas y sin vocación de servicio. La concentración de poder llevó a inevitables revueltas sociales que degeneraron en golpes de Estado. Así, en 1810 el país comenzó a desarrollar una personalidad propia propensa al autoengaño. Otro rasgo que advertimos fue el pretendido afrancesamiento en los modales y en el lenguaje, reflejos de una pretendida cultura europea que la oligarquía paternalista quería aparentar como inherente al comportamiento social de su clase. Un aspecto decisivo del carácter de esta élite, impuesto y consolidado a través del tiempo en la sociedad fueron los gastos administrativos, siempre deficitarios y progresivamente crecientes. La distorsión perceptiva constituyó la ilusión como estado permanente de la inteligencia, y así la debilidad e impotencia del hombre argentino se manifestó en inautenticidad y simulación, rasgo que Ortega observó y desarrolló en su ensayo «El hombre a la defensiva». Además, comprendimos que la actitud inteligente es aquélla que enfrenta los problemas, en tanto que la «viveza» tiene el arte de eludirlos y da la impresión de haberlos resuelto. Pero la «viveza criolla», débil intelectual por naturaleza, tomando atajos y basándose en el engaño produjo dirigentes endebles y

contradictorios. Esta habilidad mental para manejar los efectos de un problema sin resolverlos trajo aparejada como derivación negativa una excesiva y permanente lucha por el dinero.

A continuación nos ocupamos de entender cómo la exagerada preocupación económica marginó la filosofía y limitó la conformación de un Estado moderno. En principio consideramos el miedo primitivo, la inseguridad y la transitoriedad existencial como origen de la inmoralidad económica. Advertimos que, previo a la constitución de la Argentina como nación, quedaron expuestos los marcados contrastes entre la abundante riqueza natural por un lado y la desdeñosa actitud humana por otro. Buenos Aires fue esencialmente comerciante desde sus orígenes; nació y creció con un marcado y firme instinto del negocio. La idea moderna del progreso referida exclusivamente a su lado material dejando de lado valores superiores desencadenó una patente desigualdad social, que sin intereses económicos homogéneos determinó la desorganización política de base personalista caudillista durante las primeras décadas de la vida política argentina (1810–1830). En ese período se advierte la influencia del pragmático positivismo local. Para gobernar la Argentina moderna, la clase dominante debió apelar a la ambivalencia: predicó el liberalismo sin democracia efectiva. Ortega intuyó el peligro de esas masas que sacrificaban valores como la honradez y la moral el enriquecimiento a corto plazo. Consideramos el miedo profundo y las inseguridades existenciales como causas originarias de la exagerada preocupación económica que limitó la conformación de un Estado argentino moderno y sólido. Debido a la carencia moral el país logró expansión económica, pero no desarrollo. Observamos que la primera calidad «reconocida» para acceder a las más altas posiciones formales era la habilidad en los negocios, o la capacidad jurídica. Otra habilidad destacada fue el éxito electoral, que otorgaba reconocimiento social, pero era efímero y desaparecía ante la derrota. Este fenómeno fue significativo, dado que la maquinaria política estuvo montada sobre el fraude electoral y el apoliticismo de las Fuerzas Armadas. Al estar enrolada en políticas de corto plazo la Argentina conformó un círculo vicioso que la condicionó a la perjudicial lógica de enriquecimiento–empobrecimiento. Con rumbo equivocado, luego del progreso impetuoso alcanzado desde su organización constitucional entre 1853 y 1930 el país dilapidó en las décadas siguientes sus capitales político y económico

acumulados: perdió la democracia a partir de la revolución militar de 1930 y luego de la reforma bancaria de 1946 comenzó a emitir dinero sin respaldo generando inflación, perdiendo por ello la estabilidad monetaria y el crecimiento económico. Interpretamos también que, producto de la falta de pensamiento estratégico para contemplar el conjunto del panorama internacional, la estrecha creencia local en la prosperidad basada en la exclusiva posesión de recursos naturales permitió suponer una relativa ventaja comparativa, pero ésta era de carácter transitorio. Los dirigentes políticos no vieron que la solución de los problemas requiere una mayor dedicación del cultivo de actividades «sobre económicas», ya que lo excesivamente práctico eclipsa lo espiritual; lo útil es sólo un medio, no un fin en sí mismo, y la búsqueda de una visión integral y multidimensional del hombre requería una mirada más amplia. Esa falta de visión integral y de pensamiento estratégico dominantes condujo al utilitarismo exacerbado y propició una crisis de valores. Un país que se estaba articulando, como la Argentina en esos momentos, necesitaba un Estado que administre bien los recursos económicos. La generación que asumió el desafío de modernizarlo contó con un plan destinado a modificar profundamente la sociedad argentina: sus pilares fueron la educación, la inmigración y el desarrollo económico. También advertimos que las razones profundas de búsqueda de apoyos en el Estado se remontan a los orígenes de la población, porque el miedo primitivo no pudo ser reemplazado por seguridad. En síntesis, hubo ilusión de prosperidad que el Estado acompañó, sin embargo, el desarrollo económico lo logran solamente Estados duros o fuertes, aquéllos cuya ética pública es sólida. De manera que, el Estado argentino, contracara de una sociedad indisciplinada que lo creyó suyo, imposibilitó una verdadera democracia debido a individuos obsesionados en anteponer su futuro concreto a la verdadera construcción de una nación.

En el final de la Primera parte analizamos el método histórico, la noción de mundo y sus leyes estructurales según Ortega y Gasset. Iniciamos el apartado analizando la teoría de la estructura de la vida y del mundo como necesidad previa de la historia. Vimos que la finalidad de la historia es descubrir e interpretar el sentido de los hechos en una coexistencia más amplia de la vida pasada. La historia necesita una previa teoría de la estructura de la vida para acceder progresivamente en el tema del solapamiento de pasado y de futuro.

Entender al hombre en su esencia peregrina requiere superar conceptos estáticos de interpretación y pensar a través de nociones dinámicas que superen las ilusiones ópticas distorsivas. Por ese motivo, Ortega resaltó la necesidad de añadir a la antigua razón el sentido histórico, es decir, acceder a la razón histórica. La vida humana genera su propio imperativo ético porque vivir supone atender simultáneamente a dos mandatos: fidelidad al propio yo o vocación y fidelidad al mundo en el que ese yo vive. Ortega desarrolló una teoría de la perspectiva y de la cultura que permitió hallar en la inmensa perspectiva del mundo el lugar acertado para cada circunstancia, en lo que ella tiene de limitación y peculiaridad. Estas circunstancias son todo lo que nos rodea; todo lo que no soy yo se me presenta como circunstancia, y frente a ella debo hacerme cargo. Por ello, la vida humana resulta ser tarea, misión, obra de la imaginación. Para Ortega vivir es tratar con el mundo y actuar en él. Pero la vida no nos es dada hecha, sino que, queramos o no, tenemos que irla decidiendo nosotros, instante tras instante. La circunstancia cumple el rol del dintorno que define una existencia, es su auténtica periferia y representa lo que podemos ser, nuestra potencialidad vital. Las personas y cosas aparecen como resistencias. Circunstancia y decisión son dos elementos radicales de que se compone la vida. La circunstancia, lo que de nuestra vida nos es dado e impuesto constituye lo que llamamos el mundo. La vida no elige su mundo, sino que vivir es encontrarse, desde luego, en un mundo determinado e incanjeable, ante el cual tiene que decidir nuestro carácter. Ortega estableció dos principios fundamentales para la construcción de la historia: 1) El hombre constantemente hace mundo, forja horizonte; 2) todo cambio del mundo, del horizonte, trae consigo un cambio en la estructura del drama vital. Luego trazó una suerte de línea divisoria entre la porción patente del mundo y su parte latente, estableciendo una diferenciación esclarecedora: más allá del horizonte está lo que del mundo no nos es presente en el ahora, lo que de él nos es latente. Finalmente aparece la dimensión de profundidad espacial, y, entonces, el mundo se convierte automáticamente en una perspectiva. Según Ortega, la articulación de circunstancia y perspectiva que es el mundo toma al individuo como centro. Mundo es la arquitectura del contorno, la unidad de lo que me rodea, el programa último de lo que me es posible. Así, la vida del hombre cambia porque cambia el mundo, con lo que el tema de la Historia queda

referido al estudio de las formas o estructuras que ha tenido la vida humana en su evolución. Para Ortega la vida de un hombre es una ecuación precisa entre su vocación y el mundo que lo rodea. El hombre construye el mundo en que debe vivir, construyéndose a su vez a sí mismo con los materiales que encuentra en su interior. De ahí que, desde que nace el hombre es un fabricante de universos. Este aspecto de la realidad le permitió a Marías afirmar qué hay historia por qué hay variación continua de las vidas humanas. Lo patente –una breve isla de presente manifiesto– está rodeado de un océano de latencia: lo que está más allá, lo recóndito, lo olvidado, lo futuro, lo posible. En este marco de pensamiento Ortega intentó iniciar al argentino en un plano del mundo que adquiere profundidad por ser cóncavo. Ya en el mundo la arquitectura y anatomía de la existencia humana tienen a las creencias como cimiento; verdaderas o falsas, constituyen el pilar de apoyo de sus acciones. Mundo es contorno, arquitectura de ideas y creencias constitutivas del continente necesario para vivir. De ahí que, para entender a un hombre y comprender su vida debemos intentar saber cuáles son sus ideas, conocerlas lo más completamente posible. Luego, a mayor conocimiento de los pensamientos de un hombre, mayor y más clara será la noción que tengamos de su vida y de su mundo. El hombre vive siempre desde ciertas creencias que constituyen el subsuelo sobre el que se levantan los edificios ya un poco artificiales de sus ideas y opiniones. Visto de ese modo, hay ideas *con* que nos encontramos llamadas ocurrencias, e ideas *en* que nos encontramos, que parecen estar ahí ya antes de que nos ocupemos en pensar. Éstas últimas son las creencias y de ellas depende la estructura de la vida, de ahí que los cambios más decisivos en la humanidad son los cambios de creencias. Por todo lo anterior, el hombre se destaca como el ente que se hace a sí mismo, pues, como afirmó Ortega, por ser una entidad infinitamente plástica puede hacer de él lo que quiera.

En la Segunda parte de la investigación abordamos los mensajes de Ortega y Gasset a los argentinos. Al analizar sus influencias y reacciones nos interesó conocer, en primer lugar, su concepción política y su idea sobre el Estado y sus funciones, para lo cual tomamos inicialmente la idea de política concebida como faena de gobernar, como arte e idea de lo que el Estado debe hacer en una nación. Ortega entendía la política como el imperio de la mentira, que

sometía sistemáticamente la teoría a la utilidad y había invadido por completo el espíritu del hombre. Para el filósofo, la efectiva realidad histórica consistió en la Nación y no en el Estado. En su concepción, la actuación política debe tener constantemente dos dimensiones: la de hacer eficaz la máquina del Estado y la de estructurar y aumentar la vida nacional en lo que es independiente de éste. Ortega entendió la política como arquitectura completa; construcción integral del edificio social, desde sus cimientos. Vimos también que el filósofo español se dispuso a intervenir en política y con ese fin organizó la Agrupación al Servicio de la República, presentándose a elecciones para diputados en Cortes. Ortega participó en las discusiones de la Constitución y puso en práctica su pedagogía social escribiendo en periódicos, dando mítines y conferencias. El propósito de la nueva política era recuperar la esperanza hallando la verdad yacente en lo profundo de la sociedad, lo que requería, además de pensamiento, una fuerte dosis de voluntad. Había que estudiar la sociedad y descubrir sus necesidades, sus ideales y esperanzas, para luego tomar medidas concretas de acción política. Esto implicaba una honda y dilatada obra de construcción basada en la racionalidad, idea que Ortega tuvo en claro; sin embargo, no disponía de sistema pues intervenía desde su posición intelectual de espectador. Luego exploramos la idea de Estado como máquina amoldable de servicio a una nación, que obtiene sus fines a costa de reducir la individualidad de los ciudadanos. En este sentido, Ortega consideraba que los grupos integrantes de un Estado deben tener proyectos integradores; esto es, convivir para *hacer* algo juntos, no sólo *estar* juntos. Ello implica estar por encima de programas, de tendencias y de posturas parciales; por el contrario, es una aspiración mayor de vida en común orientada a un destino auténtico. No obstante, materializar esta aspiración exigía componer un conjunto intelectual con visión de largo plazo y bien dispuesto a realizar el aporte de esfuerzo diario. El desafío orteguiano consistió en evitar la estatización de la vida privada y el intervencionismo del Estado a todo nivel, pues, si esto sucedía, finalmente se anulaba al individuo de manera autoritaria y de ese modo se inhibía la energía social. La potencia verdaderamente sustantiva e impulsora debía ser un proyecto sugestivo de vida en común, que requería inteligencia y educación. Sin embargo, la desventura humana nacida del apetito de conseguir todo sin esfuerzo, o con la dosis mínima y sin riesgo,

marca una tendencia que puede resultar fatal si hace decaer al conjunto del cuerpo social. El respeto de los derechos del individuo es requisito previo irrenunciable en vista de la injerencia estatal, pero, por otra parte, las sociedades son imposibles sin la imposición enérgica del Estado. Al respecto, Ortega fue partidario de un Estado fuerte, de base liberal, pero al mismo tiempo interventor en la vida económica y social. Un elemento adicional a tener en cuenta en Argentina era la gran movilidad inmigratoria, pues los inmigrantes demandaban dinero rápido y ello coadyuvaba al debilitamiento estatal. A pesar de ello, la construcción de un Estado eficaz e inteligente con voluntad de hacer algo en común no estaba claro en la cabeza de los gobernantes. Entonces, Ortega planteó un interrogante decisivo: ¿cómo hay que organizar el Estado para que la nación se perfeccione? En resumen, la formidable maquinaria estatal sólo puede ser eficiente si logra precisión de sus partes integrantes, pero como el hombre masa admira esta maquinaria anónima que le da seguridad, según Ortega, resulta indispensable ver con claridad su organización a fin de preservar las potencialidades de la nación.

Con la finalidad de comprender la relación entre masa y poder manifiesta en la sociología política de Ortega y Gasset nos ocupamos de ver cómo el filósofo español anticipó el advenimiento del denominado bárbaro moderno y previó que su rebelión conduciría desmoralización radical de la humanidad. En principio, en el fenómeno de masas toda formación de muchedumbres se realiza a partir de coincidencias de ideales y propósitos por parte de los individuos integrantes. Para la conformación de una minoría, cualquiera que sea, es necesario el distanciamiento previo de algunos individuos de esas muchedumbres a partir de la no identidad con ellas. Este cambio de la masa implica dar un paso adelante, que Ortega interpretó como un gesto invasor, una toma de posesión y no una creación, ya que, desde su punto de vista, las masas no crean nunca nada, sino que reciben, adoptan y repercuten lo creado por los mejores. Desentendidas del pasado, sin preparar el futuro y viviendo de puro presente, las masas como fenómeno triunfante fue un hecho vinculado al rápido y vertiginoso crecimiento poblacional sucedido durante el siglo XIX. Por otra parte, fue síntoma evidente de que las minorías directoras yacían en previa desmoralización. Según Ortega, a las masas se les inoculó el orgullo y el poder de los medios modernos, pero no su espíritu, que pareció abandonado. Ortega

cuestionó la obsolescencia del modelo liberal decimonónico encarnado en el nacionalismo argentino de corte agroganadero conservador, y, en el contexto de una civilización de creciente artificialidad incitó a la reacción del hombre masa, lo convocó a sacudirse de su letargo y a revertir la indolencia con que se dejó arrastrar por las tendencias dominantes. El filósofo habló de la nueva subjetividad en marcha del bárbaro moderno y previó lo que vendría: el vacío moral en el que, a fuerza de desaciertos, terminaron cayendo las democracias. Ortega definió que masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas, es «el hombre medio» en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico. Para el filósofo la división de la sociedad en masas y minorías excelentes no es una división de clases sociales, sino en clases de hombres. En particular, consideró que el prototipo del hombre masa es el hombre de ciencia, cuya concentración restringida a un exclusivo ámbito de conocimiento hizo de él un primitivo, un hombre estrecho convertido en nuevo bárbaro. Así, la vida del hombre medio pasó a ser más fácil, cómoda y segura que en tiempos anteriores, por lo que el hombre vulgar se encontró frente a un mundo social mejorado por la técnica, pero sin considerar los esfuerzos inteligentes precedentes. En consecuencia, las masas beneficiarias tendieron a percibir los beneficios como naturaleza y no como resultado de una compleja organización. En el caso argentino, el ejercicio del poder público desembocó en la Ley Sáenz Peña, que permitió ascender por primera vez al poder a grandes masas electoras. Esta ley permitió el voto universal masculino, secreto, libre, obligatorio e individual y marcó una nueva era de transformaciones fundamentales. Sin embargo, tras las formas jurídicas implementadas se escondía un complejo mecanismo electoral que permitía asegurar la victoria de algunos candidatos en desmedro de otros. Ortega, que siempre fue partidario del sufragio universal, en tiempo de masas populares yrigoyenistas en ascenso analizó detenidamente y divulgó minuciosamente la anatomía de las masas: éstas eran modernas y poco formadas; antes se habían mantenido alejadas y ahora se adelantaban a un primer plano social, ocupando las artes, las ciencias y los puestos públicos.

Con la intención de conocer los rasgos fisonómicos sobresalientes de los argentinos indagamos la postura de Ortega y Gasset respecto de la concepción social de las élites y los rasgos sociales característicos de la época.

Entendimos la mentalidad reinante en la sociedad argentina de la época luego de explorar la mentalidad de los integrantes pertenecientes a la oligarquía paternalista. Estos hombres eran porteños y provincianos tradicionalistas, de trato dado con las clases inferiores pero con conciencia de círculo; creían que sólo los de su clase social estaban capacitados para la administración pública y se aferraron a las posiciones de mayor valía dentro del cuerpo administrativo estatal, infundiéndole de esa manera su mentalidad. La «pose» de la oligarquía paternalista se caracterizó por su inautenticidad frente a la vida, pues se creían superiores al resto. La falta de espontaneidad fue base psicológica de su preocupación defensiva y el excesivo énfasis en darse importancia los hizo engrupidos y fanfarrones que resaltaban su hacienda. De manera que, en la próspera situación económica acontecida sobre finales de la década de 1880 la riqueza parecía no tener fin y la élite exteriorizó su convicción que el país estaba en el sendero correcto. Entonces, previó un porvenir venturoso, hasta que sucedió la súbita crisis y hundimiento de 1890 y la farolería debió actuar a la defensiva en su intento de no revelar el error propio y su auténtica chatura. La sustitución de un vivir por un representar social del hombre argentino evidenció un ser aparente, individualista y anárquico subordinado a la cuantía de su prosperidad personal y a la avaricia. El individualismo argentino vinculado al desarraigo logró que en un país invertebrado y con población desigualmente distribuida la improvisación propiciara la miseria y la ignorancia. Además, a las multitudes sumisas, rutinarias y prejuiciosas, que nivelaban hacia abajo la vida cultural, les faltó exigencia de vocación y honestidad. En «La Pampa promesas» Ortega consideró al paisaje como un organismo que ejerce funciones intransferibles: desde el horizonte geométrico vacío y promisorio el hombre gobierna y ejecuta su vida presente; de ahí proviene, según el filósofo español, el descontento del alma criolla, el hueco de su propia vida. Posteriormente, en «Por qué he escrito *El hombre a la defensiva*» Ortega elogió con firmeza a la Argentina y destacó sus fuertes resortes históricos. Por otra parte, vimos que de la arrogancia española mezclada con la incuria nativa derivaron la pereza, la tristeza y la arrogancia criolla. También que la típica «mentira criolla» se caracteriza por la exageración pronunciada, el desprecio y la ausencia de precisión, y que en el arranque sobrador histórico del hombre argentino existe un cierto infantilismo que Ortega atribuyó a su mentalidad

inmadura de espaldas al panorama internacional y a los cambios que se avecinaban. Así, el hombre argentino, careciente de sentido del tiempo y sin capacidad de ejecución quedó reducido a impulsos no planificados de los que brotó el azar y la incoherencia. Ortega y Gasset analizó y describió la estructura mental del hombre argentino y en el artículo antes mencionado también profetizó el rumbo declinante que tomaría nuestro país en las décadas siguientes. La desatención al presente, la incapacidad de comunicación profunda, la falta de autenticidad, el excesivo narcisismo y su obsesión egoísta por manipular el Estado en su propio beneficio constituyeron los rasgos sobresalientes de este hombre. Por otra parte, la juventud argentina le inspiró a Ortega más esperanza que confianza. Al respecto, el filósofo señaló que es imposible hacer nada importante en el mundo sin fuerza y disciplina interna; su ausencia deriva en dispersión y volatilización de los recursos. Tampoco bastaba curiosidad para ir hacia las cosas; hacía falta rigor mental para hacerse dueño de ellas. En resumen, Ortega manifestó su desacuerdo con el hombre argentino y expresó que en él sucede todo lo contrario a lo expuesto: al estar preocupado por reformar lo exterior, trátese del Estado o de la Universidad, éste hombre no alcanzó a percibir y considerar el difícil esfuerzo que requiere la previa reforma de su intimidad.

En el último apartado se analizaron las reacciones de intelectuales a las expresiones de Ortega y Gasset sobre la fisonomía de los argentinos. En primer lugar consideramos la respuesta de Ingenieros y del sector positivista y a continuación revisamos las diversas reacciones de escritores, académicos y periodistas; estas últimas constituyeron un despliegue de prejuicios, insultos, pero también constatamos verdades y elogios. Las hostiles respuestas de jóvenes escritores argentinos, entre los cuales figuraban protagonistas de *Martín Fierro*, no sorprendieron a Ortega. Sus ensayos «La Pampa… promesas» y «El hombre a la defensiva», mediante los que aludió a la parte sensible y enferma del argentino, causaron profunda irritación. Las controversias se dieron a través de las revistas, en especial la *Revista de Filosofía*, dirigida por José Ingenieros, médico y sociólogo líder de las juventudes intelectuales universitarias. Pudimos comprobar que Ingenieros no discutió ni polemizó con Ortega, pero insinuó que el filósofo era ambivalente en su conducta hacia el régimen. En general, la *Revista de Filosofía* tuvo una

actitud moderada y ecléctica respecto a Ortega a través de la publicación de artículos de Palcos, Orgaz, Ponce, Laclau y Bermann. Ingenieros, estratega del malintencionado ataque, al ser sorprendido e inquietado por los nuevos postulados filosóficos optó por el silencio y se mantuvo en un segundo plano. Su director Aníbal Ponce desprestigió a Ortega como filósofo y lo acusó de anticientificista. Se dijo que no era capaz de distinguir entre el porteño y el hombre del interior y que sus errores de apreciación provenían de su exclusivo contacto con los altos círculos sociales de Buenos Aires, por lo que se lo tildó de elitista. También se dudó de sus conclusiones respecto de la psicología del hombre, sobre todo el narcisismo argentino. Según sus detractores, la falta de espontaneidad e intimidad del trato de Ortega se atribuyó a cuestiones personales de parquedad y reserva. Su prestigio en Buenos Aires se atribuyó a su actitud «cuidada». Fue acusado de individualista, ambiguo diletante de la política, malabarista de la palabra y poeta espectador, pero a la vez fue reconocido como uno de los españoles más finos, aunque viciado por la burguesía. Reprocharon su idealismo, lo acusaron de matar al positivismo para dar lugar a un sobre positivismo, aunque se le reconoció su honestidad intelectual y sinceridad. Resumiendo, sobre Ortega llovieron opiniones contrastadas: desde agresivas respuestas de intelectuales contestatarios y críticos mesurados hasta variadas opiniones favorables; nunca resultó indiferente. Ortega causó una intensa lucha entre distintos sectores ideológicos, por ser crítico del fascismo y también por cuestionar al liberalismo. Sus actitudes políticas desconcertaron a muchos y fue acusado de introducir el caos en España por influir activamente en la caída de la monarquía. Se cuestionó su estilo de vida y su independencia e inteligencia incomodó a casi todos. Molestó su ecumenismo y no se le perdonó su talento deslumbrante, pero se le reconoció el estímulo que imprimió a la filosofía. Su universo mental maravilló y le temieron porque fue un pensador vital que enriqueció la concepción del mundo. Le fueron reconocidas la actualidad y penetración de sus juicios concisos, claros y directos. Finalmente, podemos destacar que más allá de su coincidencia o discrepancia con sus apreciaciones, la mayoría de los intelectuales le están agradecidos y lo reconocen como uno de los selectos intelectos europeos con más influencia en Hispanoamérica.

# APÉNDICES

## Apéndice n.° 1: Ortega y Gasset, José, «El deber de la nueva generación argentina», *La Nación*, Buenos Aires, 6 de abril de 1924 (Fragmentos)

»Una juventud que aspire a ser no consecuencia, repercusión, eco del pretérito en decadencia, sino al contrario, iniciación de un proceso ascensional y constructor –el proceso en que se crea esa enorme cosa que es un gran pueblo– tiene que sentirse sitiada por el vulgo inerte. Esta sensación de aislamiento ha sido siempre el máximo estímulo, la genial incitación que mantiene tenso el ánimo de las minorías selectas, las cuales son selectas –entiéndase bien–, ante todo y sobre todo porque se exigen mucho a sí mismas.

»La nobleza en el hombre, como en su hermano mayor el animal, es, ante todo, un privilegio de obligaciones. El caballo de raza lo es, ante todo, porque tiene obligación de correr más que el vulgar o resistir más largamente.

»El joven exento de una vigorosa disciplina tenderá a preferir como ejemplares aquellas actitudes que es más fácil imitar. De aquí que en las generaciones decadentes los jóvenes rindan culto fervoroso al aspaviento. Por el contrario, en las generaciones ascendentes es la mocedad un juez terrible, insobornable, que exige a quien pretenda influir sobre él la más impecable honestidad

»Para el buen aficionado a los secretos psicológicos nada más curioso que sorprender en la manía de atacar un síntoma de debilidad, una preocupación defensiva. El hombre fuerte no piensa nunca en atacar: su actitud primaria es simplemente afirmarse.

»Me parecería un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer éstas se ocupase en combatir las ideas de otros. La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas.

## **Apéndice n.° 2: Ortega y Gasset, José, «La Pampa… promesas» (1929)** (Fragmentos)

»La Pampa, en cuanto paisaje, posee una estructura anómala. Todo paisaje tiene primero y último término. Del discanto entre ambos resulta su música.

»La Pampa vive de su confín. En ella lo próximo es pura área geométrica, es simplemente tierra, mies, algo abstracto, sin fisonomía singular, igual acá que allá. No hay razón alguna para fijarse en este sitio más que el aquél o en otro cualquiera: el cobertizo, la vivienda parecen hechos para despegar la mirada, para que no se los vea. Esta indiferencia del primer término, del lugar donde estamos y próximo a nuestros pies, empuja sin más la mirada hasta el último término, porque el ojo busca algo interesante que ver y en la Pampa no hay nada particular que interese.

»La Pampa se mira comenzando por su fin, por su órgano de promesas, vago oleaje de imaginación donde la inverosimilitud forma su espumoso rompiente que el primer término, tiritando de su propia miseria, de no ser sino atroz y vacía realidad, afanoso absorbe.

»Acaso lo esencial de la vida argentina es eso –ser promesa. Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables. El que llega a esta costa ve ante todo lo de después –la fortuna si es *homo economicus*, el amor logrado si es sentimental, la situación si es ambicioso. La Pampa promete, promete, promete… Hace desde el horizonte inagotables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías –y desde lejanías. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo, muy adelante en el horizonte de sí mismo y desde allí gobierna y ejecuta su vida de aquí, la real, presente y efectiva. La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría el futurismo concreto de cada cual. No es el futurismo genérico de un ideal común, de una utopía colectiva, sino que cada cual vive desde sus ilusiones como si ellas fuesen ya la realidad.

»Pero esas promesas de la Pampa tan generosas, tan espontáneas, muchas veces no se cumplen.

»Todo es un ir hacia más allá, un aspirar, un anunciar que algo va a ser. La Pampa se extenúa en gestos promisorios. Ella no está en su material consistencia, sino en sus incesantes alusiones.

»En rigor, el alma criolla está llena de promesas heridas, sufre radicalmente de un divino descontento –ya lo dije en 1916–, siente dolor en miembros que le faltan y que, sin embargo, no ha tenido nunca.

»Si yo pudiese asomarme al alma de cualquier viejo criollo creo que sorprendería su secreta impresión de que se le ha ido la vida toda en vano por el arco de la esperanza, es decir, de que se le ha ido sin haber pasado. No se trata de la sensación universal que a nadie ha faltado del fracaso mayor o menor que arrastra su vida. La cosa es más delicada.

»Si se me entiende con fino oído, yo diría que el criollo no asiste a su vida efectiva, sino que se la ha pasado fuera de sí, instalado en la otra, en la vida prometida. Por eso, cuando al llegar la vejez mira atrás, no encuentra su vida, que no ha pasado por él, a la que no ha atendido y halla sólo la huella dolorida y romántica de una existencia que no existió. Encuentra, pues, en rigor, el vacío, el hueco de su propia vida.

»No se ha ejecutado aún el más ligero intento de definir el alma argentina. Se habla mucho de este país, se habla demasiado –es este ya un problema curioso: la desproporción entre lo que aún es la Argentina y el ruido que produce en el mundo–, se habla casi siempre mal. Se enumeran sus defectos, se llega a hacer del argentino un símbolo de humanidad deficiente, pero insistiendo tanto en las faltas, en lo que el argentino no es, nadie se ha ocupado de descubrirnos que es.

»La persona que al llegar a Buenos Aires dijese que no iba a nada determinado, sino simplemente a vivir, lo pasaría muy mal. Casi nadie lo creería, en torno suyo crecería universal suspicacia, y por el delito de no ir a nada se le imputarían los más inconfesables propósitos. De modo que se puede ir a la Argentina para todo, con tal de que no sea para nada.

»¿Cómo se puede entender que aun hombre sorprende que otro se proponga simplemente vivir? Sólo de una manera: si el que se sorprende, él mismo no vive. Y, en efecto, una de las cosas menos frecuentes en la Argentina es hallar alguien que tenga puesta su vida primariamente a vivirla y sólo secundariamente a esta o a la otra meta parcial dentro de la vida.

## **Apéndice n.° 3: Ortega y Gasset. José, «El hombre a la defensiva» (1930)** (Fragmentos)

»Porque más, mucho más que todos los adelantos económicos, urbanos, etc. de la Argentina, sorprende el grado de madurez a que ha llegado allí la idea del Estado. Recuerdo que la advertencia de esto fue la impresión más inesperada y fuerte que de la vida pública argentina recibí en mi primer viaje y que el reciente no ha hecho sino confirmar. Yo presumía hallar un Estado aún blando, vago, de aristas poco acusadas, y apenas diferenciado del gran protoplasma social. Encontré un Estado rígido, ceñudo, con grave empaque, separado por completo de la espontaneidad social, vuelto frente a ella, con rebosante autoridad sobre individuos y grupos particulares.

»Para mí es una cosa clara que entre la realidad social argentina y su idea del Estado hay un curioso desequilibrio y como anacronismo. Esta va muy por delante de aquella, y pareja incoincidencia acusa en conjunto muchas cosas buenas y malas, plausibles y peligrosas. En el Estado la nación se mira a sí misma, o, dicho en otra forma, lo que el Estado sea en una nación, simboliza la idea que esa nación tiene de sí misma. En este punto no hay inconveniente en aceptar la tesis de Hegel, previa extirpación de sus raíces metafísicas, El Estado es la reflexividad nacional.

»El anormal adelanto del Estado argentino revela la magnífica idea que el pueblo tiene de sí mismo. Y como se trata de una nación incipiente, esta idea no es una memoria de antiguas hazañas cumplidas, sino más bien una voluntad y un proyecto. Pues bien, el pueblo argentino se proyecta a sí mismo en alto módulo.

»El hombre superior no lo es tanto por sus dotes como por sus aspiraciones si por aspiraciones se entiende el efectivo esfuerzo de ascensión y no el creer que se ha llegado.

»El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras: quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no, pero es sobremanera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial.

»¿De dónde ha venido a la Argentina esta magnánima voluntad? ¿Ha actuado en ella en ella desde sus primeros pasos, o ha surgido en una revuelta de su camino histórico? No conozco suficientemente el pasado de esta República para intentar contestarme a mí mismo estas preguntas. Lo que sí creo es que esa alta idea de sí propio animada en este pueblo es la causa mayor de su progreso y no la fertilidad de su tierra ni ningún otro factor económico. La aspiración hacia lo alto es una fuerza de succión que moviliza todo lo inferior y automáticamente produce su perfeccionamiento.

»Pero la altanería de los proyectos tiene algunos inconvenientes. Cuanto más elevado sea el módulo de vida a que nos pongamos, mayor distancia habrá entre el proyecto –lo que queremos ser– y la situación real –lo que aún somos–. Mientras llevemos clara lo partida doble que es toda vida –proyecto y situación– sólo ventajas rinde la magnanimidad. Pero si de puro mirar el proyecto de nosotros mismos olvidamos que aún no lo hemos cumplido, acabaremos por creernos ya en perfección. Y lo peor de esto no es el error que significa, sino que impide nuestro efectivo progreso, ya que no hay manera más cierta de no progresar que creerse óptimo. La idea magnífica que de nuestro posible ser tenemos solidificándose sobre nosotros, nos hermetiza para recibir nutrimiento del contorno y para dejar salir fuera en actos, ensayos, efusiones, nuestra intimidad que se está haciendo.

»Pero no extrañe excesivamente que si es uso entre los que hablan de la Argentina señalar lo que le falta, comience yo por subrayar lo que le sobre, y en lo que podía parecer una ventaja absoluta vea yo un posible defecto y un verosímil peligro.

»Ese curioso desequilibrio entre la realidad social de la república con nombre de metal precioso, y la idea de sí misma que su Estado expresa, me sirve de instrumento para penetrar en el alma individual del hombre argentino.

»Sin embargo, cuando tenemos delante a un argentino típico notamos que algo nos impide comunicarnos con él.

»Delante de esos hombres notamos que es difícil la comunicación porque su intimidad es radicalmente distinta de la nuestra.

»La velocidad con que intentamos deslizarnos en la intimidad del hombre platense sirve sólo para que choquemos violentamente con su superficie y nos hagamos daño. Ha sido una ilusión óptica.

»Afinemos ahora un poco la descripción del extraño fenómeno. ¿Qué notamos después de ese choque inicial? Notamos como si aquel hombre, presente ante nosotros, estuviese en verdad ausente y hubiese dejado de sí mismo sólo su persona exterior, a la periferia de su alma, lo que de ésta da al contorno social. En cambio, su intimidad no está allí. Lo que vemos es, pues, una máscara y sentimos el azoramiento acostumbrado al hablar con una careta. No asistimos a un vivir espontáneo. Su comportamiento nos parece en parte demasiado pueril para ser sincero. En suma, notamos falta de autenticidad. La palabra, el gesto no se producen como naciendo directamente de un fondo vital íntimo, sino como fabricado expresamente para el uso externo. Por la palabra que oímos y el gesto que vemos no conseguimos deslizarnos hasta el fondo personal, sino que nos quedamos en ellos como ante algo que fuese sólo fachada.

»Detrás del gesto y la palabra no hay –parece– una realidad congruente y en continuidad con ellos.

»El argentino actual es un hombre a la defensiva. En la relación normal el argentino no se abandona; por el contrario, cuando el prójimo se acerca hermetiza más su alma y de dispone a la defensa. Nos encontramos con un hombre que ha movilizado la mayor porción de sus energías hacia las fronteras de sí mismo. Si intentamos hablar con él de ciencia, de política, de la vida en general, notamos que resbala sobre el tema –como dirían los psiquiatras alemanes: que habla por delante de las cosas. Es natural que sea así, porque su energía no está puesta sobre aquel asunto, sino ocupada en defender su propia persona. Pero… ¿en defenderla de de quien, de qué, si no la atacamos? He aquí la peculiaridad que nos sorprende. Que el atacado se defienda es lo más congruente, pero vivir en estado de sitio cuando nadie nos asedia es una propensión superlativamente extraña.

»En vez de estar viviendo activamente eso mismo que pretende ser, en vez de estar sumido en su oficio o destino, se coloca fuera de él y, cicerone de sí mismo, nos muestra su posición social como se muestra un monumento.

»Pero los monumentos no viven, sino que perpetúan un solo gesto rígido y monótono. Esta actitud defensiva obliga al argentino a no vivir, ya que vivir es una operación que se hace desde dentro hacia afuera y es un brotar o manar continuo desde el secreto fondo individual hacia la redondez del mundo.

»Sólo una larga convivencia nos permite descubrir bajo esa máscara rígida el flujo de un ardiente lirismo vital. Mas el argentino ocupa la mayor parte de su vida en impedirse a sí mismo vivir con autenticidad. Esa preocupación defensiva frena y paraliza su ser espontáneo y deja sólo en pie su persona convencional.

»En efecto, no se olvide lo más elemental: la sociedad argentina se ha hecho y vive cada vez más bajo los embates de la inmigración. Miles y miles de hombres nuevos llegan a su costa atlántica sin otro contenido que un feroz apetito individual, anormalmente exentos de toda interior disciplina. Gente desencajada de sus sociedades nativas donde hubieran vivido, sin darse cuenta, moralizados por un tipo de vida colectiva e integral. Pero el emigrante no es un italiano, ni un español, ni un sirio. Es un ser abstracto que ha reducido su personalidad a la exclusiva mira de hacer fortuna. Todos los hombres aspiran a lo mismo, pero en el alma de los que viven inscritos en sociedades antiguas ocupa esa aspiración mucho menos espacio y no es la radical norma de sus actos, sino que se haya mediatizada por otras muchas normas y aspiraciones. La hipertrofia de aquélla se produce a costa de éstas que, dejan libre la audacia.

»La influencia que en la vida entera de la Argentina, en lo moral y aun en lo sentimental, adquieren las crisis económicas, sería inconcebible en una nación europea. Pero me parece un error explicar ese monstruoso influjo señalando simplemente la diferencia de constitución entre la economía de aquel país y las nuestras. La causa decisiva es psicológica y consiste, a mi juicio, en que dentro de cada individuo –no en la objetividad de los hechos económicos– ocupa el afán de riqueza un lugar completamente anómalo. Esta exorbitación del apetito económico es característica e inevitable en todo pueblo nutrido por el torrente migratorio.

»Hay, pues, una relativa justificación para la defensividad del argentino. La porción de riqueza o posición social, el rango público de cualquier orden que un individuo posee está en constante peligro por la presión de apetitos en torno, que ningún otro imperativo modera. Donde la audacia es la forma cotidiana del trato, es forzoso vivir en perpetua alerta.

»Esto era multiplicar la audacia de los audaces: cualquier individuo puede, sin demencia, aspirar a cualquier puesto, porque la sociedad no se ha

habituado a exigir competencia. Como esta incompetencia es muy general –dejo todo el margen de excepciones que se crea justo–, el tanto por ciento de personas que ejercen actividades y ocupan puestos de manera improvisada resulta enorme.

»Ello es que el individuo no ha llegado a aquel puesto, oficio o rango por una necesidad interna, en virtud de un pasado que lo iba previniendo y como modelando para él, sino que súbitamente se encuentra dentro de él, como la cara en la careta. No habiendo la profesión, la actividad y posición que se vive nacido de la persona, sino más bien sobrevenido en torno a ella, no hay adherencia entre el individuo y su figura social.

»Sino que no se ha adscrito nunca a la actividad que ejerce, no la ha aceptado como su vital destino, no la considera jamás definitiva, sino a manera de etapa transitoria para lo único que le interesa: su avance en fortuna y jerarquía social.

»El individuo que es periodista, o industrial, o catedrático, no lo es ante sí mismo; no lo es irrevocablemente, no ve su profesión como un destino vital, sino como algo que ahora le pasa, como mera anécdota, como papel. De esta manera la vida queda escindida en dos: su persona auténtica y su figura social o papel. Entre ambos no hay comunicación efectiva. Ya esto bastaría para explicar por qué nos es difícil la comunicación con este hombre: él mismo no se comunica consigo.

»La estructura pública de la Argentina fomenta este dualismo del alma individual; pero es evidente que si no hubiese en el modo de ser nativo una propensión de igual tendencia, aquel influjo exterior quedaría mitigado y acaso compensado.

»Yo creo que son sobremanera insólitas en la Argentina las vocaciones profesionales; o dicho inversamente: que el argentino típico no tiene puesta su vida, de manera espontánea, a ninguna ocupación particular.

»El argentino es un hombre admirablemente dotado, que no se entrega a nada.

»El argentino vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho es su persona, sino a una figura ideal que de sí mismo posee.

»El argentino típico no tiene más vocación que la de ser ya el que imagina ser. Vive, pues, entregado, pero no a una realidad, sino a una imagen. Y una

imagen no se puede vivir sino contemplándola. Y, en efecto, el argentino se está mirando siempre reflejado en la propia imaginación. Es sobremanera Narciso. Es Narciso y la fuente de Narciso. Lo lleva todo consigo: la realidad, la imagen y el espejo.

»El egoísmo es una falta de atención a los demás seres y cosas. Pero lo grave del narcisismo no es que desatienda a los demás sino que lleva a desatender a la propia persona real, la auténtica vida. Se acostumbra el individuo a negar su ser espontáneo en beneficio del personaje imaginario que cree ser. Lleva a la más extraña insolidaridad consigo mismo.

»El guarango es agresivo, no por natural exuberancia de fuerzas, sino, al revés, para defenderse y salvarse. Necesita hacerse sitio para respirar, para poder creer en sí, dará codazos al caminar entre la gente para abrirse paso y crearse ámbito. Iniciará la conversación con una impertinencia para romper brecha en el prójimo y sentirse seguro sobre sus ruinas.

»Guarango es todo el que anticipa su triunfo.

# BIBLIOGRAFÍA CITADA


- ABELLÁN, José Luis, *Ortega y Gasset y los orígenes de la transición democrática*. Madrid, Ed. Espasa Calpe, 2000.
- ABELLÁN GARCÍA, José Luis, "Ortega y Gasset, adelantado de la posmodernidad", en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., Madrid, Editorial Tébar, 2005.
- AGUILAR, Enrique, "Nacionalidad y nacionalismo en el pensamiento de Ortega y Gasset", en: Ortega y la Argentina, Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997.
- AGUILAR, Enrique, "La relación de Ortega y Gasset con la Argentina", en: *Communio*, Revista Católica Internacional, año 8, n.° 2 Esperanza e Ilusión, Buenos Aires, junio de 2001.
- AGUILAR, Enrique y ARAS, Roberto, "La Argentina, interpelada por Ortega y Gasset", en: *La Nación*, Buenos Aires, lunes 13 de junio de 2016, p. 19.
- ÁLVAREZ, Juan, "Los guarangos argentinos y la filosofía del horizonte", en: *La Prensa,* Buenos Aires, jueves 27 de marzo de 1930, p. 16.
- ARAS, Roberto, "Las ideas de Ortega y Gasset siguen vigentes", en: *La Nación*, Buenos Aires, jueves 15 de septiembre de 2005, p. 10.
- AYARRAGARAY, Lucas, *La anarquía argentina y el caudillismo*, Buenos Aires, Ed. Talleres Gráficos Argentinos, 1935.
- BALLISTRIERI, Carlos Alberto, "Realidad, método e instrumento en la trayectoria filosófica de Ortega y Gasset", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.
- BARCIA, Pedro Luis, "Ortega y su lectura de la Pampa. Adhesiones y rechazos", en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV.AA., Buenos Aires, Ed. Nuevohacer-Grupo Editor Latinoamericano, 2004.
- BAUMAN, Zygmunt, *Identidad*, Buenos Aires, Ed. Losada, 2005.
- BEYHAUT, Gustavo, CORTÉS CONDE, Roberto, GOROSTEGUI, Haydée y TORRADO, Susana, "Los inmigrantes en el sistema ocupacional argentino", en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, VV. AA., Buenos Aires, EUDEBA, 1965.
- BUNGE, Carlos Octavio, *Nuestra* América, Buenos Aires, Ed. La cultura argentina, 1918.

• CAMPOMAR, Marta, “Nos provocaba”, entrevista en *La Maga* Colección, Buenos Aires, diciembre de 1997.

• CAMPOMAR, Marta M., *Ortega y Gasset en LA NACION*, Buenos Aires, Ed. El Elefante Blanco, 2003.

• CAMPOMAR, Marta M., “El pensamiento de Ortega, entre la dinámica del tiempo americana y la europea”, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV.AA., Buenos Aires, Ed. Nuevohacer–Grupo Editor Latinoamericano, 2004.

• CAMPOMAR, Marta M., *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación Ortega y Gasset, 2009.

• CAMPOMAR, Marta, *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio argentino*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2016.

• CARBALLO, Marita, “La felicidad como política de Estado”, *La Nación*, Buenos Aires, jueves 15 de octubre de 2015, p. 27.

• CEREZO GALÁN, Pedro, “*Meditaciones del Quijote* o el estilo del héroe”, en: *Ortega y la Argentina*, Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997.

• CEREZO GALAN Galán, Pedro, “Ortega y la regeneración del liberalismo. Tres navegaciones y un naufragio”, en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV. AA., Madrid, Editorial Tébar, 2005.

• CEREZO GALÁN, Pedro, “Cervantes y *El Quijote* en la aurora de la razón vital”, en: J. Lasaga, M. Márquez, J. M. Navarro y J. San Martín (Eds.), *Ortega en pasado y en futuro*. *Medio siglo después*, VV. AA., Madrid, Ed. Biblioteca Nueva–Fundación José Ortega y Gasset, 2007.

• *CLARIN*, “Se fue un paladín contra el imperio de la TV. Murió el pensador Giovanni SARTORI. Vinculó el poder de la televisión con el debilitamiento de la democracia”, Buenos Aires, miércoles 5 de abril de 2017.

• *CLARIN*, “Frente a la pantalla tenemos una actitud pasiva”, charla de Mario VARGAS LLOSA y Jorge EDWARDS en la Feria del libro, Buenos Aires, Jueves 4 de mayo de 2017, p. 60.

• CONTRERAS, Julio Rafael, “Esa noble vibración espiritual” Ortega y el incipiente medio científico argentino del primer tercio del siglo XX. El papel de las revistas, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV.AA., Buenos Aires, Ed. Nuevohacer–Grupo Editor Latinoamericano, 2004.

• CORNBLIT, O., GALLO, E. (H) y O’CONNELL, A., “La generación del 80 y su proyecto; antecedentes y consecuencias”, en: DI TELLA. Torcuato S., GERMANI, Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores. *Argentina, sociedad de masas*, VV.AA., Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

• DE IMAZ, José Luis, *Los que mandan*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

• de TORRE, G., “Ortega su experiencia americana”, *Ciclón* –revista de la Habana–, Vol. II, Enero, n.° 1, 1956.

• de TORRE, G., *Fiel de la balanza*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1970.

• DEVOTO, Fernando y BARBERO, María Inés, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Ed. Biblioteca Política Argentina / Centro Editor de América Latina, 1983.

• DEVOTO, Fernando, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003.

• DI TELLA, Guido y ZYMELMAN, Manuel, “Etapas del desarrollo económico argentino”, en: DI TELLA, Torcuato S.; GERMANI, Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores. *Argentina, sociedad de masas*, VV. AA., Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

• ECHEVERRÍA, Esteban, Dogma socialista, en: PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860 - 1930)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965..

• ETCHECOPAR, Máximo, “Ortega y los argentinos”, en: *Ortega y la Argentina*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1997.

• FARÍAS, Ruy, “Antonio Paredes Rey ¿identidad étnica o integración social? (1883-1918)”, en: Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., Editorial Complutense, Madrid, 2010.

• FLORIA, Carlos Alberto y GARCIA BELSUNCE, César A., *Historia de los argentinos*, Buenos Aires, Ed. Larousse Argentina, 1992.

• GÁLVEZ, Manuel, “Los argentinos según Ortega y Gasset”, en: *La Nación*, Buenos Aires, Revista semanal, 15 de junio de 1930, a. I, n.° 50, pp. 14 y 37; 13 de julio de 1930, a. I, n.° 54, pp. 5 y 36 y 17 de agosto de 1930, a. II, n.° 59, p. 16. Fue recogido en: Gálvez, Manuel. *La Argentina en nuestros libros*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1935.

• GARCÍA, Juan Agustín, *La ciudad indiana*, Buenos Aires, Ediciones ALPE, 1953.

• GARCÍA LOSADA, Matilde Isabel, “La filosofía en la Argentina en las primeras décadas del siglo XX. José Ingenieros (1877-1925)”, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., Ed. Grupo Editor Latinoamericano, 2004.

• GARCÍA MORENTE, Manuel, “La historia como filosofía aplicada”, en: *La Nación*, Buenos Aires, martes 4 de septiembre de 1934, p. 6.

• GARCÍA PINTO, Roberto. *Al paso de las Ideas*, Salta, Fundación de Canal 11 de Salta, 1989.

• GARCÍA SEBASTIANI, Marcela, “Antonio Atienza y Medrano: institucionalista en otras tierras”, en: Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• GERMANI, Gino, “Hacia una democracia de masas”, en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI. Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, VV. AA., Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

• GIRALDEZ, Ernesto, “El guaranguismo de Ortega y Gasset”, *La Vida Literaria*, n.° 18, enero, 1930.

• GIUSTI, R., “Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset. *La Pampa… promesas* y *El hombre a la defensiva*”, *Nosotros*, números 248–249, correspondientes a enero y febrero de 1930.

• GRONDONA, Mariano, *La corrupción*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1993.

• GRONDONA, Mariano, *La Argentina como vocación*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1995.

• GRONDONA, Mariano, “Los argentinos según Ortega y Gasset”, *La Nación* Cultura, Buenos Aires, domingo 3 de diciembre de 1995. pp. 1 y 2.

• GRONDONA, Mariano, “Los argentinos según Ortega y Gasset, de ayer a hoy”, en: MOLINUEVO, J. L. (coordinador), *Ortega y la Argentina*, VV.AA., Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997.

• GRONDONA, Mariano, *Las condiciones culturales del desarrollo* económico, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1999.

• HALPERÍN DONGHI, Tulio, “Introducción”, en: DI TELLA, Torcuato S., GERMANI Gino, GRACIARENA, Jorge y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, VV. AA., Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

• INGENIEROS, José, “Introducción”, en: BUNGE, Carlos Octavio, *Nuestra América*, Buenos Aires, Ed. La cultura argentina, 1918.

• INGENIEROS, José, *Sociología argentina*, Obras Completas, Volumen 8, Buenos Aires, Elmer Editor, 1957.

• INGENIEROS, José, *Las fuerzas morales*, Buenos Aires, Ed. Bureau, 2005.

• INGENIEROS, José*, El hombre mediocre,* Buenos Aires, Ed. Beeme, 2008.

• JAURETCHE, Arturo, *El medio pelo en la sociedad* argentina, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor S. R. L., 1973.

• JULIÁ. Santos, “Ortega, intelectual en política”, en: José LASAGA (ed.) con la ayuda de Azucena LÓPEZ COBO y Margarita MÁRQUEZ PADORNO, *El Madrid de José Ortega y Gasset*, VV.AA., Madrid, Ed. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales–Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

• KORN, Alejandro, *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1961.

• KOVADLOFF, Santiago, “Los bárbaros modernos. A 80 años de La rebelión de las masas”, en: *La Nación*, Buenos Aires, sábado 20 de diciembre de 2008, p. 39.

• *LA NACIÓN*, “La Argentina está mucho mejor en el enfoque de Julián Marías”, martes 3 de octubre de 1995, p. 12.

• LANATA, Jorge, “La deuda eterna”. *Clarín*, Buenos Aires, sábado 12 de mayo de 2018, p. 2.

• LANDES, David, *La cultura es lo que importa. Cómo los valores dan forma al progreso humano*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 2001.

• LASAGA MEDINA, José, *José Ortega y Gasset (1883–1955) Vida y filosofía*. Capítulo IV Un viaje y dos libros (1928–1930), Madrid, Ed. Biblioteca Nueva–Fundación José Ortega y Gasset, 2003.

• LASAGA MEDINA, José, *Figuras de la vida buena* (Ensayo sobre las ideas morales de Ortega y Gasset), Madrid, Enigma Editores–Fundación José Ortega y Gasset, 2006.

• LASAGA MEDINA, José, “Meditaciones del Quijote en la génesis de la razón vital”, en: SÁNCHEZ MUÑOZ, Rubén y GARCÍA PÉREZ, Sandra (Coordinadores), *Meditaciones sobre la filosofía de Ortega y Gasset*, VV. AA., Madrid, Editorial Torres Asociados, 2016.

• LUNA, Félix, Breve historia de los argentinos, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1997.

• MALLEA, Eduardo, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, ed. Espasa-Calpe Argentina S. A. Colección Austral, 1951.

• MANES, Facundo, “Las patas cortas de la Argentina”, en: *La Nación*, Buenos Aires, miércoles 11 de febrero de 2015, p. 25.

• MARECHAL, Leopoldo, *Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1970.

• MARÍAS, Julián, *La escuela de Madrid*, Madrid, EMECÉ Editores–Biblioteca de la Revista de Occidente, 1959.

• MARÍAS, Julián, *El método histórico de las generaciones*, Madrid. Ed. Revista de Occidente, 1967.

• MARÍAS, Julián, *Antropología filosófica*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1970.

• MARÍAS, Julián, Ortega, *Circunstancia y vocación*, Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1973.

• MARÍAS, Julián, *Sobre Hispanoamérica*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1984.

• MARÍAS, Julián, *Cervantes clave española*, Madrid, Ed. Alianza, 1990.

• MARIAS, Julián, “Ortega: cuarenta años de ausencia”, en: *La Nación*, Buenos Aires, domingo 22 de octubre de 1995, Sección 6° Cultura, p. 6.

• MARÍAS, Julián, Ortega. Diálogo con *La Nación* Cultura, “Los intelectuales de hoy no se ocupan de los grandes problemas”, Buenos Aires, Viernes 6 de junio de 1997, p. 13.

• MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, Ed. Losada S. A., 1942.

• MASSUH, Víctor, *La Argentina como sentimiento*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.

• MOLINUEVO, José Luis (editor), *José Ortega y Gasset. Meditación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1996.

• MOLINUEVO, José Luis, “Ortega y Argentina: La modernidad alternativa”, en: *Ortega y la Argentina*, Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997.

• MORÓN ARROYO, Ciriaco, “La idea de lo social en Ortega. Neokantismo: La cultura como ideal de las sociedades”, en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV.AA., Madrid, Editorial Tébar, 2005.

• NUÑEZ SEIXAS, Xosé M., “Periodismo, patriotismo *regional* y estrategias de liderazgo: Fortunato Cruces, José R. Lence y los gallegos de Buenos Aires (1900-1936)”, en: Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), *Patriotas entre naciones*. *Élites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940)*, VV. AA., Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• ORTEGA Y GASSET, José, “Asamblea para el progreso de las ciencias, II”, *El Imparcial*, 10 agosto 1908, *Obras Completas*, tomo I, Ed. Taurus, diez tomos, edición en formato digital pdf, septiembre de 2020.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Observaciones”, *El Imparcial*, 25 marzo 1911, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Libros de andar y ver, Una descripción de la política internacional”, *El Imparcial*, 14 junio 1911, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Arte de este mundo y del otro, IV El hombre primitivo”, *El Imparcial*, 13 de agosto de 1911, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, “La guerra, los pueblos y los dioses”, *Summa*, 15 de diciembre de 1915, *Obras completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, “Meditación preliminar, 7. Lo que dijo a Goethe un capitán”, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote*, “Meditación preliminar 20. Flaubert, Cervantes, Darwin”, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Una respuesta a una pregunta”, *El Imparcial*, 13 septiembre 1911, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Nuevo libro de Azorín”, *El Imparcial*, 11 julio 1912, *Obras Completas*, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Vieja y nueva política*. (Conferencia dada en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914), “Diferencia radical entre la Liga de Educación Política Española y los partidos actuales”, *Obras Completas*, tomo I.

– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – I* (1916), “Confesiones de El Espectador, Nada moderno y muy siglo XX”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – I*, “Confesiones de El Espectador, Verdad y perspectiva”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – II* (1917), “Confesiones de El Espectador, Democracia morbosa”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – II* (1917), “Ensayos de crítica, Azorín o primores de lo vulgar, Primera parte, Sinfronismo”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – IV* (1925), “Incitaciones, Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – VI* (1927), “Sobre el fascismo, II. Ilegitimidad”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador VII* (1929), “Intimidades”, “La Pampa…promesas”, Obras Completas, tomo I.
– ORTEGA Y GASSET, José, El Espectador – VII (1929), “Intimidades”, “El hombre a la defensiva”, Obras Completas, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, El Espectador – VII. “Cuaderno de bitácora: La profundidad de Francia”, 1930, Obras Completas, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – VIII* (1934), “Revés de almanaque”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El Espectador – VIII* (1934), “Socialización del hombre”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Personas, obras, cosas*, “La pedagogía social como programa político, Pedagogía social”, *Obras Completas*, tomo II.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Brindis en el banquete de la revista Hermes”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Fe de erratas”, *El Sol*, 25 de marzo de 1923, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, “El deber de la nueva generación argentina”, Buenos Aires, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de abril de 1924, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, “El sentido histórico”, *El Sol*, 10 de julio de 1924, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Dinámica del tiempo. Los escaparates mandan”, *El Sol*, 15 de mayo de 1927, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, “I. La idea de las generaciones”, *Obras completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*. “II. La previsión del futuro”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, “III Relativismo y Racionalismo”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, “V. El doble imperativo”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, “VII. Las valoraciones de la vida”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, “Primera parte: Particularismo y acción directa, 8, Acción directa”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, “Segunda parte, 6, La ausencia de los mejores”, 1922, *Obras Completas*, tomo III.

– ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, –Bosquejo de algunos pensamientos históricos, “2. Potencia de nacionalización”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, –Bosquejo de algunos pensamientos históricos, “Segunda parte: la ausencia de los mejores, 2. Imperio de las masas”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Introducción a una estimativa– ¿Qué son los valores?, 4. Los valores son cualidades irreales residentes en las cosas”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, La deshumanización del arte e ideas sobre la novela, “Invitación a comprender”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Las Atlántidas*, “El horizonte histórico”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Las Atlántidas*, “Los ámbitos culturales”, *Obras Completas*, tomo III.
– ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, I. El hecho de las aglomeraciones”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, II. La subida del nivel histórico”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, VI. Comienza la disección del hombre-masa”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, VII. Vida noble y vida vulgar, o esfuerzo e inercia”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Primera parte, “VIII. Por qué las masas intervienen en todo y por qué sólo intervienen violentamente”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, “Prólogo para franceses”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Mirabeau o el político*, “I”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Mirabeau o el político*, “VII”, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Misión de la Universidad*, “IV. Cultura y ciencia”, *Obras Completas*, tomo. IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Por qué he escrito El hombre a la defensiva”, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de abril de 1930, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, “No ser hombre de partido. I. ¿Quién es Usted?”, *La Nación*, Buenos Aires, 15 de mayo de 1930, *Obras Completas*, tomo IV.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Ensimismamiento y alteración*, Obras Completas, tomo V.
– ORTEGA Y GASSET, José, “Vives, II. Sobre la volatilización de una fe”, *Obras Completas*, tomo V.
– ORTEGA Y GASSET, José, “En el fondo, querría lo mejor, ¡Que me enseñen el Estado!”, *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, *En torno a Galileo*, “Lección III. Idea de la generación”, *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, *En torno a Galileo*, “Lección VII. La verdad como coincidencia del hombre consigo mismo”, *Obras Completas*, tomo VI.

– ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio romano*, "Concordia y creencia", *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio romano*, "Del Imperio Romano, Los auspicios o religión y negligencia", *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como sistema y del Imperio Romano*, "I Historia como sistema", *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, "Instituto de Humanidades, Sentido de las nuevas humanidades", *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, "Pasado y porvenir para el hombre actual", *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Teoría de Andalucía y otros ensayos*, "Guillermo Dilthey y la idea de la vida, IV La idea fundamental de Dilthey", *Obras Completas*, tomo VI.
– ORTEGA Y GASSET, José, "Prólogo para alemanes, III", *Obras Completas*, tomo. VII.
– ORTEGA Y GASSET, José, ¿Qué es filosofía?, "Lección II", *Obras Completas*, tomo VIII.
– ORTEGA Y GASSET, José, ¿Qué es filosofía?, "Lección III", *Obras Completas*, tomo VIII.
– ORTEGA Y GASSET, José, "El fondo social del management europeo", *Obras Completas*, tomo IX.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Juan Vives y su mundo*, *Obras Completas*, tomo IX.
– ORTEGA Y GASSET, José, "Las profesiones liberales", *Obras Completas*, tomo IX.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Meditación del pueblo joven*, *Obras Completas*, tomo IX.
– ORTEGA Y GASSET, José, *Sobre una nueva interpretación de la historia universal. Exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee: A study of history*, "Lección IV", *Obras Completas*, tomo IX.
– ORTEGA Y GASSET, José, "Vistas sobre el hombre gótico", *Obras Completas*, tomo IX.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente* [Curso de 1949-1950], "I. Ensimismamiento y alteración", *Obras Completas*, tomo X.
– ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente*, "II. La vida personal", Obras Completas, tomo X.

• OUIMETTE, Víctor, "La política de Ortega y La trahison de cleros", Manuel DURÁN (ed.), *Ortega hoy: Estudio, ensayos y bibliografía sobre la vida y obra de José Ortega y Gasset*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985, p. 91, en: LASAGA MEDINA, José, *José Ortega y Gasset (1883–1955) Vida y filosofía*, Madrid, Biblioteca Nueva–Fundación José Ortega y Gasset, 2003.

• PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J., *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

• PORTER, Michael E., 2 "Actitudes, valores, creencias y la microeconomía de la prosperidad. Las fuentes de la prosperidad: ventajas comparativas versus ventajas competitivas", en: HUNTINGTON, Samuel P., HARRISON Lawrence

E. y colaboradores, *La cultura es lo que importa. Cómo los valores dan forma al progreso humano*, VV. AA., Buenos Aires, Ed. Planeta, 2001.

- PUCCIARELLI, Eugenio, "Ortega y el conocimiento absoluto", en: *Ortega y Gasset y el destino de América Latina*, Ed. Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, Artes Gráficas Faija Hnos, 1983.

- RAMOS MEJÍA, José M., *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Ed. La Cultura Popular, 1934.

- RAMOS MEJÍA, José María, *Los simuladores del talento*, Capítulo primero. Los aparatos para las simulaciones del talento, Buenos Aires, Editorial TOR S. R. L., 1955.

- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA / ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de La Mancha*, Edición del IV Centenario, Madrid, 2004.

- RODRIGUEZ HUÉSCAR, Antonio, "Reflexiones sobre Ortega y la política", *Revista de Occidente*, n.° 72, mayo de 1987.

- SAIITÁ, Sylvia, "La cultura, 1930-1960", en: Alejandro CATTANUZZA (Coordinador), *Argentina, mirando hacia adentro*, tomo IV. 1930/1960, VV.AA., *América Latina en la historia contemporánea,* dirigida por Jorge GELMAN, Madrid, Ed. Fundación MAPFRE–Taurus, 2012.

- SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio, *De la rebelión a la degradación de las masas.* Cultura, normas e ideales, Contra la degradación de la cultura, Barcelona, Ediciones Áltera, 2003.

- SAN MARTÍN, Javier, *Ensayos sobre Ortega*, Introducción, Madrid, Ed. Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1994

- SARMIENTO, Domingo F., *Juan Facundo Quiroga*, *Obras completas*, Buenos Aires, ed. Luz del Día, 1948-1956 (52 tomos), t. VII, en: PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, A. J. *Mentalidades Argentinas (1860–1930)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1965.

- SCALABRINI ORTÍZ, Raúl, Política británica en el Río de la Plata, Buenos Aires, Editorial Reconquista, 1940.

- SCALABRINI ORTIZ, Raúl, *El hombre que está sólo y espera*, Las vidas que se escurren, Buenos Aires, Editorial Albatros S. R. L., 1951.

- TOCQUEVILLE, Alexis de, *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 2015.

- VARGAS LLOSA, Mario, "El fracaso de Ortega y Gasset", en: *La Nación*, Buenos Aires, lunes 30 de junio de 2014, p. 19.

- ZAMORA BONILLA, Javier, *Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Plaza y Janés, 2002.

• ZAMORA BONILLA, Javier, “Semblanza Histórica”, en: Fernando H. LLANO ALONSO y Alfonso CASTRO SÁENZ (eds.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, VV.AA., Madrid, Editorial Tébar, 2005.

• ZAMORA BONILLA, Javier, “La razón histórica”, ZAMORA BONILLA, Javier (editor), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Editorial Comares, Granada, 2013.

• ZIMMERMANN, Eduardo, “Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina 1890–1916”, Buenos Aires, *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales*, vol. 31, enero-marzo de 1992.

• ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1994.

# OTRA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA NO CITADA


- ABAD PASCUAL, Juan J, “Ortega contra el idealismo”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- ABELLÁN GARCÍA, José Luis, *Historia del pensamiento español*, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 7 vols., 1979,

- ABELLÁN GARCÍA, José Luis y MALLO, T., *La Escuela de Madrid*, Ed. Asamblea de Madrid, 1991.

- ACEVEDO GUERRA, Jorge, *Ortega, Renan y la idea de nación*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 2014.

- ADAYA LEYTHE, Ángel Federico, “Metáfora y vida, metáfora viva”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- AGUILAR, Enrique, *Sobre el liberalismo en Ortega*, Buenos Aires, Instituto Torcuato di Tella, 1986.

- AGUILAR, Enrique, “Ortega y la Restauración”, Tucumán, *La Gaceta*, Suplemento Literario, 5 de noviembre de 1989.

- AGUILAR, Enrique, “Historicismo, liberalismo e instituciones: un aspecto en la crítica de Ortega al racionalismo político”, Madrid, *Revista de Occidente,* n° 108, mayo 1990.

- AGUILAR, Enrique, “Ortega y la tradición liberal”, Buenos Aires, *Libertas*, n.° 17, octubre 1992.

- AGUILAR, Enrique y ARAS, Roberto, “Ortega y Gasset, un español universal”, en: La Nación, Buenos Aires, viernes 14 de noviembre de 2003, p. 19.

- AGUILAR, Enrique y ARAS, Roberto, “A 100 años de las Meditaciones de Ortega y Gasset”, en: *La Nación*, Buenos Aires, viernes 18 de julio de 2014, p. 29.

- AGUILAR, Gonzalo, “El cuerpo y su sombra. Los viajeros culturales en la década del ’20”, Buenos Aires, *Punto de Vista,* n.° 59, 1997.

- ALEMANY, Luis, “Ortega y Gasset, en profundidad”, *El Mundo*, Madrid, miércoles 19 de octubre de 2005, p. 30.

- ALBERDI, Juan Bautista. Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según la constitución de 1813, Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, 1854.

• ALBERDI, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, Ed. La cultura argentina, 1928.

• ALBERINI, C., "Ortega y Gasset en la Facultad de Filosofía", Buenos Aires, *Síntesis,* año II, n.° 19.

• ALLENDE, Andrés R., *Las reformas liberales de Roca y Juárez Celman*, Buenos Aires, Revista *Historia*, n.° 1, 1957.

• ÁLVAREZ, Luis X. y SALAS, Jaime de (eds.). *La última filosofía de Ortega y Gasset en torno a* La idea de principio en Leibniz, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2003.

• AMAYA, Carlos, "José Ortega y Gasset: España Invertebrada: Bosquejo de algunos pensamientos históricos", Buenos Aires, *Valoraciones,* año I, septiembre, 1923, pp. 43–46.

• ANALES DE LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA, Buenos Aires, 1947, 1953.

• APTER, David, "A Comparative Method for the Study of Politics", Chicago, *American Journal of Sociology*, vol. 64, n.° 3, nov. 1958.

• ARANGUREN, José Luis, *La ética de Ortega*, Madrid, Ed. Taurus, 1958.

• ARANOVICH, Ricardo, "Recepción en el futuro: El pensar orteguiano como fundamento de la psicoterapia", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• ARAQUISTAIN, Luis, "Los escritores y la política", Revista *Nosotros,* n.° 132, mayo 1920, pp. 118–122.

• ARAS, Roberto E., "Ortega y los universitarios argentinos", II. Ortega en la Cátedra Universitaria, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, VV. AA., Buenos Aires, Ed. Nuevohacer-Grupo Editor Latinoamericano, 2004, pp. 197–230.

• ARAS, Roberto E., "*La Generación Receptiva*–Presencia de Ortega en los Estudios Sociales de la Identidad Argentina después de 1955", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• ARAS, Robert E., "Ortega, profeta del destino latinoamericano: la identidad como autenticidad", *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación. Ensayos*, ISSN–e 1668–0227, 2014, n.° 47, pp. 25–36.

• ARAS, Roberto E., *El mito en Ortega*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2008.

• ARAS, Roberto E., “José Ortega y Gasset – Máximo Etchecopar: epistolario (1942-1952)”, Revista de estudios orteguianos, ISSN 1577–0079, 2017, n.° 34, pp. 35–77.

• ARIAS ARGÜELLES-MERES, Luis. *Buscando un Ortega desde dentro: Una nueva biografía sobre el filósofo que fue “un acontecimiento”*, Oviedo, Septem Ediciones, 2005.

• ARON, Raymond, *Las etapas del pensamiento sociológico,* Buenos Aires, Editorial Siglo Veinte, 1976.

• ASENJO, Carmen e GABARÁIN, Iñaki, “Viaje a la Argentina, 1916. Primera Parte”, Madrid, *Revista de Estudios Orteguianos,* n.° 1, noviembre de 2000.

• ASTRADA, Carlos, “El Centauro y los centauristas. La originalidad del señor Ortega y Gasset (1939)”, *Daimon: Revista internacional de filosofía.* (Suplemento 8), Murcia, Universidad de Murcia, 2020, pp. 197-199.

• AUZA, Néstor, *Los católicos argentinos. Su experiencia política y social*, Buenos Aires, Ed. Diagrama, 1962.

• AYALA, Francisco, *Tratado de Sociología*, Vol. II: Sistema de Sociología, Buenos Aires, 1947.

• AYARRAGARAY, Lucas, *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires, Ed. Talleres Rosso, 3° edición, tomo I, 1937.

• AZORÍN, “La generación del 98”, Madrid, *Clásicos y modernos*, 1913.

• BAJTIN, Mijaíl, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Ed. Taurus, 1989.

• BALESTRA, Juan, *El Noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires, Ed. Fariña, 3° ed., 1959.

• BALLISTRIERI, Carlos, “Cuando el bienestar es una elección”, *El Fénix*, Benito Juárez, sábado 25 de noviembre de 2000, p. 2.

• BAQUÉ, Santiago, “Influencias de Alberdi en la organización política del Estado argentino”, *Revista de Filosofía,* Buenos Aires, 1915.

• BARCIA, Pedro Luis, “Martínez Estrada y su estimación del período y la herencia hispánicos en la Argentina”, *Actas del Segundo Congreso Internacional sobre vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada,* Bahía Blanca, Ed. Fundación Martínez Estrada, 1996.

• BARCIA, Pedro Luis, “Transmigración de un estereotipo cultural de Buenos Aires a París: del guarango al rastacuero”, en: *La Argentina y el Mundo del siglo XX,* Actas de las Jornadas Internacionales, Bahía Blanca, 12 al 14 de noviembre de 1997, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1998; el capitulillo “El guarango de Ortega y Gasset”.

• BARRANTES MARTÍN, Beatriz, “Encuentros y desencuentros en la búsqueda de la identidad argentina: Victoria Ocampo y Herman von Keyseling”, *Cartaphilus: Revista de Investigación y Crítica Estética*, ISSN–e 1887–5238, 2007, vol. 1.

• BARREDA LYNCH, J., “El ocaso de Ortega y Gasset”, Buenos Aires, *Revista de Filosofía*, mayo 1923, pp. 326-333.

• BARRENECHEA, E., Mariano. “Los intelectuales y la realidad social”, Buenos Aires, *Nosotros,* n.° 207, agosto–octubre 1926.

• BASTIDA FREIJEDO, Álvaro, “Razón vital de la logoterapia. Un diálogo entre Ortega y Víktor Frankl”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad Líquida*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 2015.

• BENEDICT, Ruth, *Patterns of Culture,* Boston-New York, Riverside Press, 1936, traducida al español por León DUJOVNE: *El hombre y la cultura*.

• BENITEZ, Antonio, “Lógica y teoría en Ortega”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• BERDIAEFF, Nicolás, “La misión de los intelectuales”, Buenos Aires, *Sur,* julio 1938, pp. 10–17.

• BERMANN, G., “Filosofía invertebrada”, *Revista de Filosofía,* Buenos Aires, año 10, n.° 2, pp. 161–174.

• BERNÁRDEZ, Francisco Luis. “Ortega en la política”, *Mundo de las Españas*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1967.

• BIAGINI, Hugo. E., “Acerca del carácter nacional”, en: BIAGINI, H. (ed.): *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1985.

• BIAGINI, Hugo E., “Ortega en la Argentina”, Buenos Aires, *Todo es Historia*, n.° 220, agosto de 1985.

• BIAGINI, Hugo E., “La impronta de Ortega”, *Filosofía americana e identidad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1989, pp. 179–187.

• BIAGINI, Hugo E., (comp.). *La inteligencia española en el París americano*, Sevilla, Diputación Provincial, 1993.

• BIAGINI, Hugo. E., “La presencia cultural española”, III. Ortega en la Cátedra social, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV. AA., Buenos Aires, Ed. Nuevohacer–Grupo Editor Latinoamericano, 2004, pp. 255–277.

• BLANCO ALFONSO, Ignacio, *El periodismo de Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2005.

• BORGES, Jorge Luis, “El lenguaje de Buenos Aires”, Buenos Aires, EMECÉ Editores, 1963.

• BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel, “La política argentina entre las dos guerras mundiales”, Madrid, *Revista de Occidente,* n.° 37, junio 1984.

• BOTANA, Natalio R., *La tradición republicana*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1984.

• BRIOSO, Jorge, “El otro, el mismo: ética y estética de la intimidad en la filosofía de Ortega”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• CABAÑAS AGRELA, Leticia, “Ortega y la lógica de la construcción de los mundos posibles en Leibnitz”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• CACCIATORE, Giuseppe y MASCOLO, Armando (eds.), *La vocazione dell’arciere. Prospettive critiche sul pensiero di José Ortega y Gasset*, Bérgamo, Ed. Moretti & Vitali, 2012.

• CACHO VIU, Vicente, “El compromiso público de Ortega y Gasset en la España de su tiempo”, *Ortega y la Argentina*, coord. por José Luis Molinuevo Martínez de Bujo, ISBN 84–375.0437–6, Madrid, 1997, pp. 151–165.

• CACHO VIU, Vicente, *Los Intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Octavio Ruiz–Manjón, Ed. Biblioteca Nueva, 2000.

• CAMPOMAR, Marta y ZAMORA BONILLA, Javier, “Avelino Gutiérrez (1864–1946). La ciencia y la cultura en las dos orillas”, en: *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “Controversias americanistas: el colonialismo de Ortega y Gasset”, Madrid, *Revista de estudios orteguianos.* ISSN 1577–0079, 2000, n.° 1, pp. 171–197.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “El exilio argentino en la correspondencia de Ortega y Gasset: la crisis de las etimologías”, Madrid, *Revista de estudios orteguianos*, ISSN 1577–0079, 2010, n.° 20, pp. 101–157.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “Nuevas y viejas generaciones argentinas: entre el positivismo de José Ingenieros, el vitalismo de Ortega y Gasset y la renovación de Eugenio d’Ors”, Madrid, *Revista de estudios orteguianos*, ISSN 1577–OO79, 2003, n.° 7, pp. 195–246.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “Ortega Y el proyecto editorial de Espasa Calpe Argentina”, Madrid, *Revista de Occidente*, ISSN 0034–8635, 1999, n.° 216, pp. 99–116.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “Ortega y Gasset entre la polémica de la ciencia española en la Argentina”, Madrid, *Revista de estudios orteguianos*, ISSN 1577–0079, 2008, n.° 16–17, pp. 175–224.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “Ortega y Gasset en su exilio argentino: continuidades y rupturas”, *Daimon: Revista internacional de filosofía.* (Suplemento 8), Murcia, Universidad de Murcia, 2020, pp. 55-69.

• CAMPOMAR FORNIELES, Marta, “Un viajero imaginario por la Argentina”, Madrid, *Circunstancia: revista de ciencias sociales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, ISSN–e 1696.1277, 2005, n.° 6.

• CANTO, P., *El caso Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Ed. Leviatán, 1958.

• CANTÓN, Darío, *El parlamento argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, Ed. del Instituto, 1966.

• CANTÓN, Darío, *Materiales para el estudio de la Sociología Política en la Argentina*. Buenos Aires, Ed. del Instituto, 1969, tomo II.

• CARAFFA, Brandan, “Sobre La Rebelión de las Masas”, *La Nación,* Buenos Aires, 11 de junio de 1933.

• CÁRCANO, Miguel Ángel, “Ensayo histórico sobre la presidencia de Roque Sáenz Peña”, en: *Historia Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, vol. I, sección 2.ª, pp. 135–193.

• CARELLI. Luis María, *El concepto de futuro en el pensamiento de Ortega y Gasset.* Tesis doctoral dirigida por Francisco López Frías. Barcelona, Universidad de Barcelona, 1993.

• CARPINTERO, H.; MIRANDA, E. y HERRERO, F., Ortega y Germain. “Una relación significativa en la influencia de Ortega en la reconstrucción de la psicología española de la posguerra”, Madrid, *Revista de Estudios Orteguianos*, 2000, I, pp. 67–93.

• CASADEVALL, Domingo F., *Esquema del carácter porteño*, Buenos Aires, Ed. C.E.A.L., 1967.

• CASTELLANOS, J., “Ensayo de una réplica; con motivo de conceptos emitidos por el señor Ortega y Gasset en su última conferencia, sobre la vida argentina”, Buenos Aires, *Nosotros*, 1917ª, 25 (95): 327–339.

• CASTELLÓ MELIÁ, Juan Carlos, *La hermenéutica narrativa de Ortega y Gasset*, Granada, Ed. Comares, 2009.

• CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, Ed. Trotta, 2002.

• CASTRO MONTERO, Ángeles; DE CRISTOFORIS, Nadia (Coordinadoras), *Entre Europa y América: Circulación de ideas y debates entre las dos guerras mundiales*, Buenos Aires, Ed. FOGA, 2014.

• CASTRO MONTERO, Ángeles (Coord.), *Españoles en el diario* La Prensa. *Pérez de Ayala, Jiménez de Asúa, Azorín y Maeztu*, Buenos Aires, Ed. Bergerac–FOGA, 2012.

• CAVALLO, Domingo, *Volver a crecer. Un replanteo de las reglas de juego para el crecimiento económico de la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana-Planeta, 1985.

• CEREZO GALÁN, Pedro, *La voluntad de aventura. Aproximamiento crítico al pensamiento de Ortega y Gasset*, Barcelona, Ed. Ariel, 1984.

• CEREZO GALÁN, Pedro, *José Ortega y Gasset y la razón práctica*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón, 2011.

• CIRIGLIANO, Gustavo. J., *Educación y política. El paradojal sistema de la educación argentina*, Buenos Aires, Ed. Librería del Colegio, 1969.

• *CLARÍN Cultura*, "Bauman: adiós a una voz de alerta frente a la globalización", Buenos Aires, martes 10 de enero de 2017, p. 52.

• *CLARÍN*, "Homenaje a Ortega y Gasset, *un argentino imaginario*", Buenos Aires, martes 4 de noviembre de 2003, p. 29.

• COBALLEDA COLLADO, Miguel, *Ortega y Toynbee. Un estudio comparativo de sus procedimientos gnoseológicos*, S/e. Salamanca, 1976.

• CONI, Emilio Ángel, "El hombre a la ofensiva", Buenos Aires, *Nosotros,* año XXIX, v. 68, n.° 251, abril de 1930.

• CONIL PAZ, Alberto y FERRARI, Gustavo, *Política exterior argentina, 1930–1932*, Buenos Aires, Ed. Huemul, 1964.

• CORNBLIT, O. E., GALLO, E. y O'CONELL, A., "La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias", trabajo presentado al *Seminario Interdisciplinario sobre el Desarrollo Económico y Social en la Argentina*, Buenos Aires, 1961.

• COSSIO, Carlos, "Análisis de la No–vulgaridad", Buenos Aires, *Nosotros,* n.° 204, mayo 1926, pp. 54–72.

• COSTA, Joaquín, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Buenos Aires, Ed. Alianza, 1973.

• CRESPO SÁNCHEZ, Javier, "La respuesta del joven Ortega ante la crisis posthegeliana de la filosofía", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• *CRÍTICA*, "Los lectores se arrebatan un nuevo libro de Ortega y Gasset. La Rebelión de las Masas. Impresionante teoría política", Buenos Aires, 11 de noviembre 1930.

• CUADERNOS ORTEGUIANOS, *Otros Textos (de José Ortega y Gasset que no figuran en sus Obras Completas)*, Institución Ortega y Gasset, Buenos Aires, 1999.

• CÚNEO, Dardo, *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Alpe, 1956.

• CURCÓ COBOS, Felipe, "La recepción del pensamiento de Ortega en la filosofía mexicana (de Gaos a Salmerón: los discípulos en México)",

Comunicación presentada al Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955-2005: La recepción de su obra, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- CHAGUACEDA ALONSO, Francisco José, “El arco y la alegría”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- CHECA, Juan Manuel, “La metáfora en Ortega y en Kuhn”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*. Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- *CRITERIO*, “A vueltas con la realidad: *El hombre a la defensiva*”, Buenos Aires, T. X, n.° 119, 12 de junio de 1930, p. 768.

- CUCCORESSE, Horacio Juan, “El pensamiento económico-social de Carlos Pellegrini y la organización del trabajo”, en *Trabajo y Comunicaciones,* La Plata, Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1967, n.° 17.

- DAHL, Robert A., *Análisis sociológico de la política*, Capítulo IV, Barcelona, Ed. Fontanella, 1968.

- DANZER, Gerhard, “Ortega y Gasset als Diagnostiker des Massenzeitalters”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- De ELIZALDE, Luis, *Estudios de Historia Argentina*, Buenos Aires, Ed. DEA, 1977.

- De HUMBOLDT, Guillermo, “Ideas para un ensayo de determinación de los límites que circunscriben la acción del Estado [1972]”, en *Escritos Políticos,* México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1943.

- De IMAZ, José Luis, *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, Instituto de Sociología, Universidad de Buenos Aires, 1962.

- De IMAZ, José Luis, Nosotros mañana, Buenos Aires, EUDEBA, 1968.

- De IMAZ, José Luis, *Las raíces del pensar*, Buenos Aires, Ed. EMECÉ, 1990.

- DELLEPIANE, Antonio, “El Panamericanismo. Concepto y Programa”, *Nosotros,* julio 1916, pp. 5–12.

- De LUNA, Joaquín, “Modernismo o Liberalismo”, *La Nación,* Buenos Aires, diciembre de 1933.

- De OLASO, Ezequiel, “La lección del filósofo”, *La Nación,* Buenos Aires, 8 de mayo de 1983.

- De RUGGIERO, Guido, *Historia del liberalismo europeo* [1925], Madrid, Ediciones Pegaso, 1944.

• De SALAS, Jaime, “Leibniz y Ortega y Gasset”, Buenos Aires, *Anales del Seminario de Metafísica*, n.º extraordinario de homenaje a Sergio Rábade, 1992, p. 536.

• De SALAS, Jaime, *Razón y legitimidad en Leibniz. Una interpretación desde Ortega*, Madrid, Ed. Tecnos, 1994.

• De SALAS, Jaime, “El quijotismo de Ortega y el héroe en las *Meditaciones del Quijote*”, Madrid, *Revista de Occidente*, n.º 288, mayo 2005, pp. 78–79.

• De SALAS, Jaime, “El Estado de la cuestión”, Buenos Aires, *Diálogo filosófico*, n.º 63, septiembre/diciembre 2005, p. 397.

• De SALAS, Jaime, “Las Meditaciones del Quijote y el problema identitario”, Buenos Aires, *Revista de Occidente*, n.º 396, mayo 2014, p. 52.

• De SALAS, Jaime, “Filosofía, concepto y acción política en *Meditaciones del Quijote*”, Buenos Aires, *SCIO*, *Revista de Filosofía*, n.º 10, noviembre 2014, p. 40.

• De SALAS, Jaime, “Historia, creencia y convención en Hume y en Ortega”, Buenos Aires, *Araucaria*, n.º 40, 2.º semestre 2018, pp. 403–419.

• De SALAS, Jaime, “Sobre la distinción entre ideas y creencias en Ortega y Gasset”, en: MARGARIDA I. ALMEIDA AMOEDO, J. J. de BARROS DIAS y António SÁEZ DELGADO (dir.), *J. Ortega y Gasset, leituras críticas no cincuentenário da morte do autor*, Évora, Universidade de Évora, 2007, p. 150.

• De SALAS, Jaime, “Sobre el concepto de *escolasticismo* en Ortega y el problema de la comunicación: comentario al epígrafe 20 de *La idea de principio en Leibniz*”, en: Roberto R. ARAMAYO y Concha ROLDÁN (eds.), *Mundos posibles. El magisterio de Antonio Pérez Quintana*, Madrid, Ed. Plaza y Valdés, 2013, p. 94.

• De SALAS, Jaime, “Algunas notas sobre Ortega como intelectual público”, en Esmeralda BALAGUER y Carlos X. ARDAVÍN (eds.), *Meditaciones orteguianas*, Valencia, Ed. Nexofía / La Torre del Virrey, 2018, p. 134.

• De TORRE, Guillermo, “Las últimas versiones de España”, Buenos Aires, *Síntesis,* octubre 1929, pp. 147–158.

• De TORRE, Guillermo, “Una interpretación novelesca de los argentinos”, Madrid, *Revista de Occidente*, XXX-VIII, 1932, pp. 334–337.

• De TORRE, Guillermo, *La ventura y el orden*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1943, pp. 61–85.

• De Zan, Julio, “La presencia de Ortega y Gasset en Argentina y América”, *Actas del III Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Salamanca, del 27 de septiembre al 1 de octubre de 1982 / Antonio Heredia Soriano (dir. congr.), ISBN 84–7481. 275-5, 1983, pp. 115–126.

• DÍAZ GÓMEZ, Carlos, “Cajal y Ortega: el espejo de la emulación y la orden de caballería”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega*

*medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- DIEGUEZ, Héctor, "Argentina y Australia: algunos aspectos de su desarrollo económico comparado", Buenos Aires, Revista *Desarrollo Económico*, enero–marzo 1969, vol. 8, n.° 32.

- DÍAZ ÁLVAREZ, Jesús M., "Virtualidades y opacidades de la teoría orteguiana de las masa y las minorías", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- D'OLHABERRIAGUE RUÍZ DE AGUIRRE, Concha, "El mito orteguiano del origen del hombre", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- D'OLHABERRIAGUE RUÍZ DE AGUIRRE, Concha, *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*, Culleredo, Ed. Espiral Maior, 2009.

- DOMÍNGUEZ - ADAME LANUZA, Mª Concepción, "Del ensimismamiento orteguiano al desprendimiento zambraniano", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- DOMÍNGUEZ, Atilano, MUÑOZ, Jacobo y SALAS, Jaime de (coords.), *El primado de la vida. (Cultura, estética y política en Ortega y Gasset)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.

- DONOSO, Armando, "Simples conversaciones con Ortega y Gasset", *Atenea: revista de ciencias, artes y letras.* ISSN 0716–1840, Concepción, 2009, n.° 500 (Sep. Dic.), pp. 351–378.

- DUJOVNE, León, "El pensamiento histórico de José Ortega y Gasset", Buenos Aires, *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* Quinta época, año II, n.° 1, pp. 193–234.

- DUJOVNE, León, "Waldo Frank y Spengler", Buenos Aires, Síntesis, octubre 1929, pp. 159–169.

- DUJOVNE, León, *La concepción de la Historia en la obra de Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Colección Rueda Filosófica, Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1968.

- EARLE, Peter G., "The Exaspering Colony", Madrid, *Hispania*, ISSN 0018–2133, 1987, vol. 70, n° 3, pp. 475–487.

- ECHEVERRÍA, Esteban, "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 17", incluido en *Dogma Socialista y otras páginas políticas*, Buenos Aires, Ed. Estrada, 1956.

• *EL ECO DE TANDIL* Sección Espectáculos, “Adiós a una figura clave de la filosofía española. Murió Julián Marías”, Tandil, viernes 16 de diciembre de 2005, p. 20.

• ELORZA, Antonio, *La razón y la sombra. Una lectura de Ortega y Gasset*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1984.

• ERRO, Carlos Alberto, Medida del criollismo, Buenos Aires, Editorial Porter Hermanos, 1929.

• ERRO, Carlos Alberto, “Los intelectuales argentinos del pasado y presente”, Buenos Aires, *Realidad,* noviembre–diciembre 1947, vol. II.

• ESTEBAN ENGUITA, José Emilio, “Notas sobre el concepto de cultura en *El tema de nuestro tiempo*”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• ETCHEBEHERE, Pablo, “La Argentina desde la perspectiva de José Ortega y Gasset”, Buenos Aires, *Studium: filosofía y teología*, ISSN 0329–8930, 2005, tomo 8, fasc. 16, pp. 275–289.

• ETCHECOPAR, Máximo, “Ortega, nuestro amigo”, en: *Historia de una afición a leer. Ortega, nuestro amigo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.

• ETCHECOPAR, Máximo, *Ortega en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Academia de Ciencias, Institución Ortega y Gasset, 1983.

• ETCHECOPAR, Máximo, “Crónica sucinta de una apasionada amistad: la de Ortega con Argentina y los argentinos”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Ejemplar dedicado a: Homenaje a José Ortega y Gasset), ISSN 0011–250X, Buenos Aires, 1984, n.° 403–405, pp. 375–390.

• ETCHEPAREBORDA, Roberto, “La crisis del 90”, Buenos Aires, *Revista de Historia*, n.° 1, Primer trimestre, 1957.

• ETCHEPAREBORDA, Roberto, “Aspectos políticos de la crisis de 1930”, Buenos Aires, *Revista de Historia,* n.° 3, 1958, pp. 9–11.

• ETCHEPAREBORDA, Roberto, “La segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen y la crisis de 1930”, en: *Historia Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, vol. I. pp. 356–357.

• FAENA, Claudia, “Edificio Ortega y Gasset 1710”, Buenos Aires, *Summa+*, ISSN 0327–9022, 1997, n.° 27, pp. 50–51.

• FAYT, Carlos J., *Sufragio y representación política*, Buenos Aires. EUDEBA, 1963, pp. 65–90.

• FERNÁNDEZ, J. R., “Apuntes sobre Ortega y Gasset”, Buenos Aires, *Nosotros*, año XI, n.° 93, pp. 25–31.

• FERNÁNDEZ AGIS, Domingo, *El desarrollo del pensamiento político de Ortega y Gasset*, Santa Cruz de Tenerife, Ed. Idea, 2007.

• FERRATER MORA, José, *La filosofía de Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Ed. Sur, 1958.

• FERRATER MORA, José, *Ortega y Gasset. Etapas de una filosofía* Madrid, Ed. Seix Barral, 1973.

• FERREIRO LAVEDÁN, María Isabel, *Teoría social de Ortega y Gasset: los usos*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2005.

• FILLOL, T. R., *Social Factors in Economic Development: the Argentine Case*, Massachusetts, Ed. MIT Press, 1961.

• FLORIA, Carlos Alberto, *La imagen del sistema político nacional a través de una encuesta de la época*, Buenos Aires, Departamento de Graduados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, U.N.B.A., septiembre de 1969.

• FLORIDA, Carlos Alberto, "La Argentina ideológica", Buenos Aires, Revista *Criterio,* 1966.

• FOGA 20 AÑOS, *Los Ortega en la Argentina – 1916. Exposición*, Buenos Aires, septiembre de 2016.

• FOGA – Centro Cultural Borges, *José Ortega y Gasset. Sus viajes a la Argentina*, Buenos Aires, Catálogo para la muestra, 2003.

• FONK, Béatrice, "Argentinidad y europeismo en Ortega: dos miradas complementarias", Madrid, *Revista de estudios orteguianos*, ISSN 1577–0079. 2013, 2014, n° 29, pp. 115–130.

• FOX, Innman (ed.), *Meditaciones sobre la literatura y el arte*, Madrid, Ed. Castalia, 1988.

• FRANCESCHI, Gustavo, "Cien años de República", Buenos Aires, *Revista eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, n.° 113, 1910. Reproducido en la revista *Criterio,* tomo 73, Buenos Aires, 1960, pp. 728–734.

• GABILONDO, Ángel. Elogio de la ética de la paciencia, *Clarín*, Buenos Aires, miércoles 6 de agosto de 2008, p. 27.

• GABRIEL, J., "Las lecciones sobre filosofía de José Ortega y Gasset", Buenos Aires, *Revista P. B. T.,* enero de 1917 y *Revista de Filosofía,* Buenos Aires, año 3, vol. 5, n.° 2, pp. 304–308.

• GABRIEL-STHEEMAN, Luis, *Función retórica del recurso etimológico en la obra de José Ortega y Gasset*, La Coruña, Ed. Toxosoutos, 2000.

• GALBRAITH, J. K., *El crac del 29*, Barcelona, Ed. Seix–Barral, 1965.

• GALBRAITH, J. K., "1929 and 1969. Financial genius is a short memory and rising market", en: New York, *Harper's Magazine,* noviembre 1969.

• GALFIONE BOSIO, María Carla, "Filosofía y política en los orígenes. Lecturas de Ortega y Gasset", Buenos Aires, *Anacronismo e irrupción: Revista de teoría y filosofía política clásica y moderna* (ejemplar dedicado a: Política de los saberes), ISSN–e 2250–4982, 2018, vol. 8, n.° 14, pp. 209–233.

• GALÍNDEZ, Bartolomé, *Historia política argentina. La revolución del 80*, Buenos Aires, Coni, 1945.

• GÁLVEZ, Manuel, *La Argentina en nuestros libros*, Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1935.

• GALLO, Ezequiel, ”La tradición del orden social espontáneo: Adam Ferguson. David Hume y Adam Smith”, Buenos Aires, *Libertas*, n.° 6, mayo de 1987.

• GALLO, Ezequiel, “Notas sobre el liberalismo clásico y el nacionalismo decimonónico›”, Buenos Aires, *Libertas,* n.° 10, mayo de 1989.

• GALLO, Ezequiel, La declinación del federalismo argentino (1850-1930), Circunstancia: revista de ciencias sociales del *Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset*, ISSN–e 1696-1277, n.° 9, Madrid, 2006.

• GALLO, Ezequiel (h.) y SIGAL, Silvia, “La formación de los partidos políticos contemporáneos: la U.C.R. (1890-1916)”, en: DI TELLA, Torcuato S.; GERMANI, Gino; GRACIARENA, Jorge y colaboradores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1971.

• GÁMEZ MILLÁN, Sebastián, “Desde Ortega: a partir de Meditaciones del Quijote y alrededor del ser humano como novelista de sí mismo”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• GAOS, José, *Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset*, ed. de José LASAGA MEDINA, Madrid, Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2013.

• GAOS, José, *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de Historia de la Ideas en España y la América española*, México, Ed. Imprenta Universitaria, 1957.

• GARAGORRI, Paulino, *Introducción a Ortega*, Madrid, Alianza Editorial, 1970.

• GARBARÁIN, I., “Estrategias Comunicativas del intelectual público: Ortega en la Argentina (1916)”, en: VV. AA., *El lenguaje de la literatura. (Siglos XIX y XX)*, Salamanca, Editorial Ambos Mundos, 2004.

• GARBARÁIN, GAZTELUMENDI, Iñaki y ASENJO, Carmen, “Viaje a la Argentina”, Madrid, Revista de estudios orteguianos, ISSN 1577–OO79, 2000, n.° 1, pp. 29–66.

• GARBARÁIN, GAZTELUMENDI, Iñaki, “Ortega y la Argentina (1916). Cien años de un viaje”, Madrid, *Revista de Occidente.* (Ejemplar dedicado a: José Ortega Spottorno 1916-2002. Una vida en libros), ISSN 0034–8635, 2016, n.° 426, pp. 69–84.

• GARCIA ALONSO, Rafael, “El placer estético”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• GARCIA ALONSO, María, OSSENBACH, Gabriela y VIÑUALES, Inés (Coordinadoras), *Rafael Altamira en Argentina. España y Argentina en tiempos del primer centenario de la independencia*, Madrid, Ed. UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia), Centro de Estudios de Migraciones y Exilios, FOGA (Fundación Ortega y Gasset Argentina), 2013.

• GARCÍA-GÓMEZ, Jorge, *Caminos de la reflexión: la teoría orteguiana de las ideas y las creencias en el contexto de la Escuela de Madrid*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2009.

• GARCIA PEREZ, Sandra, SANCHEZ MUÑOZ, Rubén (Coordinadores), *Meditaciones sobre la filosofía de Ortega*, México, Ed. Torres Asociados, 2016.

• GARCÍA PINTO, Roberto, "Los pasos de Ortega en la Argentina›", Madrid, *Revista de Occidente*, 1984, n.° 37, pp. 74–98.

• GARCÍA SEBASTIANI, Marcela, "Justo López de Gomara: entre el periodismo, la cultura y el negocio de la política de los españoles en la Argentina", en: *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–940)*, VV. AA., Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• GARRIGUES WALKER, Antonio, "El discurso político argentino es antiguo", *La Nación*, Buenos Aires, miércoles 3 de mayo de 2006, p. 12.

• G. C. H. "The revolt of the masses", Londres, *G.K'S Weekly,* 25 de julio 1932.

• GERCHUNOFF, Pablo y Llach, Lucas, "Ilusión y desencanto de cuatro generaciones argentinas", Madrid, *Revista de Occidente*, ISSN 0034–8635, 2003, n° 260, pp. 107–142.

• GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1962,

• GERMANI, Gino, "Apéndice a Seymour LIPSET y Reinhard BENDIX", *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963.

• GIL VILLEGAS, Francisco, *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el* Zeitgeist *de la modernidad (1900–1929)*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1996.

• GIUSTI, Roberto, "Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset. La Pampa… promesas", Buenos Aires, *Nosotros*, año XXIV, 67, n.° 248, enero de 1930, pp. 5–13.

• GIUSTI, Roberto, "Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset. El hombre a la defensiva", Buenos Aires, *Nosotros*, año XXIV, 67, n.° 249, 145–160, febrero de 1930.

• GIUSTI, Roberto, "Homenaje a José Ortega y Gasset", Buenos Aires, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 1955, 30 (117–118): 348–350.

• GIUSTINIANI, Eve, "Sobre el "silencio político" de Ortega: una lectura contextualizada de Del Imperio Romano (1941)", Comunicación presentada al

*Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- GÓMEZ-MARTÍNEZ, José Luis, "Presencia de América en la obra de Ortega y Gasset", *Quinto Centenario,* n.° 6, Madrid, Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, 1983.

- GÓMEZ PELLÓN, Eloy, "Ortega y Gasset y la antropología social", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- GONZÁLEZ, Joaquín V. "La tradición nacional", en: Obras Completas, Buenos Aires, edición oficial dirigida por la Universidad Nacional de La Plata, 1935-1937 (25 tomos), vol. XVII.

- GONZÁLEZ, Joaquín V. "Mitre", en Obras Completas, Buenos Aires, edición oficial dirigida por la Universidad Nacional de La Plata, 1935–1937 (25 tomos), vol. XXI.

- GONZÁLEZ, Joaquín V., "Las grandes fuerzas históricas", en: *Obras Completas*, Buenos Aires, edición oficial dirigida por la Universidad Nacional de La Plata, 1935-1937 (25 tomos), vol. XXII.

- GONZÁLEZ, Santiago y otros, *El 80*, Buenos Aires, Centro Editor América Latina, 1968.

- GONZÁLEZ ARRILI, Bernardo, *Buenos Aires del 900*, Buenos Aires, Ed. C.E.A.L., 1967.

- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, *Conservadurismo heterodoxo. Tres vías ante las derechas españolas: Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2009.

- GONZÁLEZ FISAC, Jesús, "Sobre el origen terminológico de la filosofía: "Áletheia"", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- GONZÁLEZ - SANDOVAL BUEDO, José, "El método de la Razón Vital como cambio de vuelta: recursos estilísticos", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- GONZÁLEZ - SANDOVAL BUEDO, José, *Ortega y la filosofía española*. Murcia, Sociedad de Filosofía de la Región de Murcia, 2004.

- GONZÁLEZ Y GALÁN, Fernando, "*La nueva sensibilidad* de Ortega en la Revista de Filosofía de Ingenieros", Madrid, *Revista de estudios orteguianos*, ISSN 1577–0079, 2013, n.° 26, pp. 129–162.

- GRACIA, Jordi, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Taurus, 2014.

• GRAHAM, John T., *A Pragmatist Philosophy of Life in Ortega y Gasset*, Missouri, University of Missouri Press, Columbia / Londres, 1994.

• GRANELL, Manuel, "Ortega y su filosofía", Madrid, *Revista de Occidente*, 1960.

• GRAY, Rockwell, *José Ortega y Gasset: el imperativo de la modernidad*, Madrid,
Ed. Espasa Calpe, 1994.

• GRONDONA, Mariano, *La Argentina en el tiempo y en el mundo*, Buenos aires, Ed. Primera Plana S. R. L., 1967.

• GRONDONA, Mariano, "La renovada influencia de Ortega y Gasset", *La Nación*, Buenos Aires, sábado 8 de octubre de 2005, pp. 1 y 16.

• GUEREÑA, Juan Luis, "Cultura y política en los años diez: Ortega y la *Escuela Nueva*", Madrid, *Cuadernos Hispanoamericanos,* n° 403–405, enero-marzo 1984.

• GUTIÉRREZ DÍAZ, José Manuel, "Ortega y la filosofía española: Una filosofía de la cultura y su circunstancia española", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• JIMÉNEZ, Juan Ramón, "Recuerdo a José Ortega y Gasset", Madrid, *Revista de Estudios Orteguianos*, n.º 6, mayo de 2003, pp. 225–234; originalmente en *Clavileño*, n.º 24, noviembre-diciembre de 1953, pp. 44–49.

• HALPERÍN DONGUI, Tulio, *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Ed. Alianza, 1969.

• HARO HONRUBIA, Alejandro de, "El socialismo neokantiano del joven Ortega: Una breve aproximación a su primera etapa filosófica", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• HARO HONRUBIA, Alejandro de, Élites y masas. Filosofía y política en la obra de José Ortega y Gasset, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2008.

• HERNÁNDEZ, Justo, "La psicología en la weltanschauung orteguiana", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• HERRERA GUILLÉN, Rafael, "Don Quijote como destino", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• HUIZINGA, J., “Problemas de historia de la cultura” (1929), en: *El concepto de la historia,* México, 1946.

• HUNTINGTON, Samuel P. y HARRISON, Lawrence E., *La cultura es lo que importa*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 2000.

• ISAACSON, José, “Masa y rebelión”, *La Nación*, Buenos Aires, domingo 21 de octubre de 1990, sección 4ª, pp. 1 y 2.

• INGENIEROS José, La simulación en la lucha por la vida, Buenos Aires, Ed. Edicol, 1902.

• INGENIEROS, José, *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Edición Renacimiento, 1913.

• INGENIEROS, José, “La filosofía social de Esteban Echeverría y la leyenda de la Asociación de Mayo”, Buenos Aires, *Revista de Filosofía,* marzo 1918.

• JALIF de BERTRANOU, C. A., “Jorge Federico Nicolai (1874–1964)”, en H. BIAGINI (ed.): *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1985, pp. 500-518.

• JAURETCHE, Arturo, *Manual de zonceras argentinas*, Buenos Aires, Corregidor, 1968, 6.ª edición.

• JULIÁ, Santos, “Ortega y la presentación en público de *la intelectualidad*, Madrid, *Revista de Occidente*, n.º 216, mayo 1999, p. 57.

• JULIÁ, Santos, Historias de las dos Españas, Madrid, Ed. Taurus, 2004.

• KAUFFMANN, Robert Lane, “Ortega y Gasset y la reivindicación del ensayo”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• KEYSERLING, H., “Perspectivas sudamericanas”, Buenos Aires, *Sur,* otoño 1931, pp. 7–15.

• KEYSERLING, H., Meditaciones sudamericanas, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1993.

• KING, John, *Sur: Estudio de la revista argentina en el desarrollo de una cultura, 1931–1970*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1989.

• KLAPPENBACH, Hugo Alberto, “La recepción orteguiana, Alberini y la renovación de la psicología argentina a partir de los años veinte”, La Rioja, *Revista de historia de la psicología*, ISSN 0211–0040, 1999, vol. 20, n° 1, pp. 87–95.

• KOPRINAROV, Lazar, *El argumento de la libertad. La filosofía política de Ortega y Gasset*, Sopia, Ed. Iztok-Zapad, 2012.

• KORN, Alejandro. “Filosofía argentina”, en *Obras, III,* La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1940, pp. 259–280.

- KORN, Alejandro, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Ed. Solar, 1983.
- LACLAU, N. C., “Biología y pedagogía”, Buenos aires, *Revista de filosofía,* 1923a, año IX, n.° 4.
- LACLAU, N. C., *Ensayos de filosofía biológica*, Buenos Aires, Colegio Libre de Estudios Superiores, 1931.
- LAFERRERE, Alfonso, “La idolatría del intelectual”, *La Nación,* Buenos Aires, 11 de julio 1937.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro, *La generación del noventa y ocho*, Madrid, Ed. Diana Artes Gráficas, 1945.
- *LA MAGA*, El Filósofo que vio grandezas posibles y miserias reales, Buenos Aires, *La Maga* Colección, diciembre de 1997, pp. 36 y 37.
- LAMAS, Mario, “Contra los intelectuales en la política”, Buenos Aires, Revista *Nosotros,* 1927, pp. 285–287.
- *LA NACIÓN*, “José Ortega y Gasset”, Buenos Aires, 19 de octubre de 1955.
- *LA NACIÓN* Cultura, “Julián Marías: el presente no es un instante, es lo que está vivo”, Conferencias, Buenos Aires, domingo 21 de agosto de 1994, p. 13.
- *LA NACIÓN*, “Julián Marías: la Argentina tiene siempre el mismo sabor”, Reflexiones, Buenos Aires, jueves 25 de agosto de 1994, p. 20.
- *LA NACIÓN*, “Julián Marías y una visión responsable hacia el futuro”, Reflexiones, Buenos Aires, miércoles 27 de septiembre de 1995.
- *LA NACIÓN*, “La Argentina está mucho mejor en el enfoque de Julián Marías”, entrevista, Buenos Aires, martes 3 de octubre de 1995, p. 12.
- LA NACION Cultura, “Para Julián Marías, la Argentina es insustituible”, diálogo, Buenos Aires, Martes 3 de junio de 1997, p. 14.
- *LA NACIÓN*, “Los intelectuales de hoy no se ocupan de los grandes problemas”, diálogo con Julián Marías, Buenos Aires, viernes 6 de junio de 1997, p. 13.
- *LA NACIÓN* Cultura, “El siglo XXI heredará grandes plagas y creaciones asombrosas”, entrevista a Julián Marías, Buenos Aires, jueves 20 de agosto de 1998, pp. 11-12.
- *LA NACION*, “Recorrido por los viajes de Ortega a la Argentina”, Buenos Aires, miércoles 5 de noviembre de 2003, p. 11.
- *LA NACION*, “Evocaron el valor literario de Eduardo Mallea y su amor al país”, viernes 14 de noviembre de 2003, p. 12.
- *LA NACION*, “Ortega y Gasset hoy sigue enseñando”, nota realizada durante la 32° Feria Internacional del Libro, Buenos Aires, jueves 27 de abril de 2006, p. 13.

• *LA NACIÓN*, Zygmunt Bauman. “Lo líquido como imagen de una época”, Sección Cultura, Buenos Aires, martes 10 de enero de 2016, p. 22.

• *LA NACIÓN*, “Hoy, en la Argentina ningún sector está pensando un país a largo plazo”, entrevista a Agustín Salvia, Director del Programa Observatorio de la Deuda Social Argentina, UCA (Universidad Católica Argentina), Buenos Aires, domingo 1.° de julio de 2018, Ideas, 5.

• LA RUBIA PRADO, Francisco, *Una encrucijada española: ensayos críticos sobre Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2005.

• LASAGA MEDINA, José, “Don Juan o el héroe del esfuerzo inútil. Sobre el Don Juan de Ortega y Gasset”, Madrid, *Revista de Occidente*, n.° 48–49, pp. 189–209.

• LASAGA MEDINA, José, “Ortega como intelectual: el mismo y el otro”, Buenos Aires, *Revista de filosofía*, ISSN 0185–3481, 2017, vol. 49, n.° 143, pp. 9–39.

• LASAGA MEDINA, José, “Un paisaje crepuscular. Ortega en la Argentina 1939–1942”, Madrid, *Revista de* Occidente, (Ejemplar dedicado a: Berlanga con Azcona), ISSN 0034–8635, 2017, n° 428, pp. 137–141. (Es reseña de *Ortega y Gasset: luces y sombras del exilio argentino*, CAMPOMAR, Marta, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2016).

• LARRAÍN ACUÑA, Hernán, *La génesis del pensamiento de Ortega*. Buenos Aires, Ed. Compañía General Fabril Editora, 1962.

• LEDESMA, Felipe, “Ateísmo orteguiano”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• LEVENE, Ricardo, *Historia Argentina Contemporánea, 1862–1930*, en: Academia Nacional de la Historia, vol. I, parte I, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1965.

• LEVENE, Ricardo, *Lecciones de Historia Argentina*, Buenos Aires, Lajoune Editores, 1937.

• LÊVÊQUE, Jean-Claude, “La presencia de la filosofía de Dilthey en la *segunda navegación* orteguiana”, Comunicación presentada al Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• LÊVÊQUE, Jean-Claude, *Forme della ragione storica. La filosofía di Ortega y Gasset come filosofía europea*, Turín, Ed. Trauben, 2008.

• LÓPEZ DE GOMARA, Justo, “Entre el periodismo, la cultura y el negocio de la política de los españoles en la Argentina“, en *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–940)*, VV. AA., Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• LLANO ALONSO, Fernando H. “Reforma territorial y política nacional desde la perspectiva teórica de José Ortega y Gasset”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Ed. Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• LLANO ALONSO, Fernando H. y CASTRO SÁENZ, Alfonso (eds.) *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Tébar, 2005.

• LLANO ALONSO, Fernando H., *El Estado en Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Dykinson, 2010.

• LÓPEZ CAMPILLO, Evelyne, *La* Revista de Occidente *y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Ed. Taurus, 1972.

• LÓPEZ DE LA VIEJA, M.ª Teresa (ed.), *Política de la vitalidad*, España invertebrada *de José Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Tecnos, 1996.

• LÓPEZ DE LA VIEJA, M.ª Teresa (ed.), *Política y sociedad en José Ortega y Gasset. En torno a “Vieja y nueva política”*, Barcelona, Ed. Anthropos, 1997.

• LÓPEZ FRÍAS, Francisco, *Ética y política. En torno al pensamiento de José Ortega y Gasset*, 2.ª ed., prólogo de Julián Marías, Barcelona, Ed. Promociones Publicitarias Universitarias, 1985.

• LÓPEZ, Lucio V., *La gran aldea* (costumbres bonaerenses), Buenos Aires, Ed. Estrada, 1952.

• LÓPEZ VEGA, Antonio, “Ortega y Gasset y Marañón: historia de una amistad, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• LOZZIA, Luis Mario, “Un libro sitiado por el tiempo”, *La Nación*, Buenos Aires, domingo 21 de octubre de 1990, sección 4ª, pp. 1 y 3.

• LUQUE, Mónica Georgina, *La idea de universidad: estudios sobre Newman, Ortega y Jaspers*, Córdoba, Universidad Católica de Córdoba, 1993.

• LUNA, Félix, *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1997.

• LUSARRETA, Pilar de, *Cinco dandys porteños*, Buenos Aires, Ed. Kraft, 1943.

• LUZURIAGA, Lorenzo, “Totalismo y liberalismo en la educación”, Buenos Aires, *Realidad,* noviembre-diciembre 1948, tomo IV.

• LYNCH, Enrique, “La perspectiva y la crítica del conocimiento”, Madrid, *Cuadernos Hispanoamericanos,* n.° 403–405, enero-marzo 1984.

• MADRID CASADO, Carlos M., “A vueltas con Ortega y la Física”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

- MAFUD, Julio, *El desarraigo argentino*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1959.
- MAJFUD, Julio, "Ortega y Gasset: crisis y restauración de la Modernidad", Sevilla, *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, ISSN–e 2340–2199, ISSN 1575–6823, 2006, vol. 8, n.° 16, pp. 55–79.
- MANN, Thomas, "Europe's political future", Nueva York, *Herald Tribune,* 13 noviembre, 1931.
- MARAÑON, Gregorio, "Ortega y Gasset, Europa, España", *La Nación*, Buenos Aires, diciembre de 1955.
- MARIAS, Julián, *Los Estados Unidos en escorzo*, Buenos Aires, Ed. EMECÉ, 1956.
- MARIAS, Julián, "Meditaciones del Quijote. Comentario de Julián Marías", Biblioteca de Cultura Básica de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, *Revista de Occidente*, 1957.
- MARAVALL, J. A., *La cultura del barroco*, Barcelona, Ed. Ariel, 1990.
- MARIAS, Álvaro, "Mi padre filósofo", *La Nación* Cultura, Buenos Aires, domingo 23 de febrero de 2003, p. 2.
- MARIAS, Julián, "Ortega: Historia de una amistad". *La Nación* Artes, Letras, Bibliografía, Buenos Aires, domingo 6 de noviembre de 1955, p. 1.
- MARIAS, Julián, "La idea de circunstancia", *La Nación* Artes, Letras, Bibliografía, Buenos Aires, domingo 10 de marzo de 1957, p. 1.
- MARÍAS, Julián, *Antropología metafísica*, Madrid, Revista de Occidente*,* 1970.
- MARÍAS, Julián, "Breve antología orteguiana para desmemoriados", *La Nación,* Buenos Aires, 26 de diciembre de 1980.
- MARÍAS, Julián, *Ortega. Las trayectorias*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.
- MARIAS, Julián, *Breve tratado de la ilusión*. Madrid, Ed. Alianza, 1990.
- MARIAS, Julián, "Dos amigos argentinos de Ortega", *La Nación*, Buenos Aires, viernes 26 de julio de 2002, p. 17.
- MARIAS, Julián, "El hombre Ortega", *La Nación*, Buenos Aires, domingo 8 de abril de 1956, sección Artes, Letras, Bibliografía, p. 2.
- MARIAS, Julián, "El profesor universitario", *La Nación*, Buenos Aires, lunes 12 de diciembre de 1983, p. 9.
- MARIAS, Julián, *Esquema de nuestra situación*, Buenos Aires, Ed. Columba, 1970.
- MARIAS, Julián, "Hay que defenderse" *La Nación*, Buenos Aires, jueves 17 de agosto de 1995, p. 7.

• MARIAS, Julián, “No hay que intentar contentar a los que no se van a contentar”, *La Nación*, Buenos Aires, viernes 15 de septiembre de 1995, p. 7.

• MARIAS, Julián, “La figura del mundo entre dos milenios”, *La Nación*, Cultura, Buenos Aires, domingo 15 de octubre de 1995, p. 6.

• MARIAS, Julián, “Ortega: cuarenta años de ausencia”, *La Nación* Cultura Buenos Aires, domingo 22 de octubre de 1995, p. 6.

• MARIAS, Julián, “La transición española”, *La Nación*, Buenos Aires, viernes 3 de noviembre de 1995, p. 9.

• MARIAS, Julián, “Lo esencial suele ser invisible”, *La Nación*, Buenos Aires, miércoles 2 de abril de 2003, p. 15.

• Mc. CLINTOCK, Robert, *Man and his circunstances. Ortega as educador*, Nueva York, Ed. Teachers College Press, 1971.

• MÁRQUEZ-PADORNO, Margarita, *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado*, Madrid, Ed. Fundación José Ortega y Gasset-Biblioteca Nueva, 2003.

• MARTÍN, Francisco José, *La tradición velada: Ortega y el pensamiento humanista*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1999.

• MARTÍNEZ CASTELLÓ, José Miguel, “Repensar nuestra circunstancia: justicia y globalización desde Ortega y Gasset”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel, “El guaranguismo de Ortega y Gasset”, recogido en el volumen colector de trabajos dispersos del autor *Leer y escribir,* México, Editorial Joaquín Mortiz, 1969, pp. 91–96.

• MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel, *¿Qué es esto?* (Catilinaria), Buenos Aires, Ed. Lautaro, 1956.

• MARTIRÉ, Eduardo, “El noventa”, en *Lecciones y Ensayos*, Buenos Aires, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, números 1/2, 1961.

• MASSÓ LAGO, Noé, *El joven José Ortega. Anatomía del pensador adolescente*, Castellón, Ed. Ellago, 2006.

• MASSOT, Vicente, “La encrucijada argentina”. Madrid, *Revista de Occidente*, (Ejemplar dedicado a Argentina: diagnóstico de una crisis), ISSN 0034–8635, 2002, n.° 251, pp. 5–18.

• MATAMORO, Blas, 2La Argentina como enigma”, Madrid, *Revista de Occidente*, ISSN 0034–8635, 2012, n.° 371, pp. 83–93.

• MATIENZO, José N., “El pensamiento de Alberdi sobre política americana”, Buenos Aires, *Revista de Filosofía,* marzo 1916.

• MEDINA ECHAVARRÍA, José, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, estudio producido para CEPAL, Publicación mimeografiada de las Naciones Unidas, Buenos Aires, Consejo Económico y Social, 1962

• MEDIN, Tzvi, *Entre la jerarquía y la liberación*. *Ortega y Gasset y Leopoldo Zea*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1998.

• MEDIN, Tzvi, *Entre la veneración y el olvido. La recepción de Ortega y Gasset. I (1908–1936)*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2014.

• MEDIN, Tzvi, *El cristal y sus reflexiones: nueve intérpretes españoles de Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2005.

• MEDIN, Tzvi, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1994.

• MENÉNDEZ ALZAMORA, Manuel, *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Ed. Siglo Veintiuno de España, 2006.

• MICHELS, Robert, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligarcas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1969.

• MOLINARI, Ricardo, "Una carta", Buenos Aires, Revista *Martín Fierro,* 10 junio–julio 1927, p. 356.

• MOLINUEVO, José Luis, *El idealismo de Ortega*, Madrid, Ed. Narcea, 1984.

• MOLINUEVO, José Luis (comp.), Algunas notas de José Ortega y Gasset, Madrid, *Revista de Occidente,* n.° 156, 1994.

• MOLINUEVO, José Luis, *Para leer a Ortega*, Madrid, Ed. Alianza, 1997.

• MONNER SANZ, J. M., *El problema de las generaciones*, Buenos Aires, Ed. EMECÉ, 1970.

• MONFORT PRADES, Juan Manuel, *Filosofía de la cultura en Ortega y Gasset. Entrevistas con expertos*, Saarbrücken, Editorial Académica Española, 2014.

• MONSERRAT MOLAS, Josep, "Una recepción crítica de Ortega en Cataluña: Joan Tusquets (1928)", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• MONTORO, A., *José Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1957.

• MORATINOS LAGARTOS, Luis Alberto, "El europeísmo orteguiano: recepción y valoración", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• MORENO, Alejandra, “Ortega y el clasicismo”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• MORÓN, Guillermo, *Historia política de José Ortega y Gasset*, México, Ediciones Oasis, 1960.

• MORÓN ARROYO, Ciriaco, *El sistema de Ortega y Gasset*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1968.

• MOYA, Juan Carlos, “El anarquismo argentino y el liderazgo español”, en *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• MUJICA LÁINEZ, Manuel, “Aspectos de la generación del 80”, *La Nación,* Buenos Aires, 10 de diciembre de 1939.

• NAVARRO de San Pío, Juan, “Construir paisaje con la circunstancia”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• NELSON, Ernesto, “Qué es la América Latina”, Buenos Aires, *Nosotros*, diciembre 1916, pp. 289–296.

• NICOLAI, J. F., “La base biológica del relativismo científico y sus complementos absolutos”, Córdoba, *Revista de la Universidad de Córdoba,* 1925a.

• NICOLAI, J. F., “Sentido Filosófico de la teoría de la relatividad”, Buenos Aires, *Revista de Filosofía*, 1925b, XXII, pp. 1–26.

• NIETZSCHE, Friedrich, *Genealogía de la moral*, (Traducción de A. Sánchez Pascual), Madrid, Alianza Editorial, 1981.

• NIGRIS, Francesco de, *Libertad y método: El liberalismo desde la perspectiva* personal *de Ortega y Marías*, Madrid, Ed. Fundación Universitaria Española, 2005.

• NOÉ, Julio, “Ortega y la Argentina”, Buenos Aires, *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* n.° 2, 1957.

• OLARIAGA, L., “Impresión de la Argentina en un economista”, Madrid, *Revista de Occidente,* 20 de febrero 1925.

• OLÍAS GALBARRO, Encarnación, “Un Ortega muy “actual”. A propósito de la recepción del pensamiento orteguiano”, Comunicación presentada al Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• ORGAMBIDE, Pedro, *Yo, argentino*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1968.

• ORGAZ, Raúl A., “El pensamiento argentino en la sociología”, Buenos Aires, nota bibliográfica en la *Revista de Filosofía,* enero 1915.

• ORRINGER, Nelson R., *Ortega y sus fuentes germánicas*, Madrid, Ed. Gredos, 1979.

• ORRINGER, Nelson R., *Nuevas fuentes germánicas de ¿Qué es filosofía?* Madrid, Ed. CSIC–Instituto Luis Vives, 1984.

• ORRINGER, Nelson R., *La filosofía de la corporalidad en Ortega y Gasset*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1999.

• ORTEGA SPOTTORNO, José, *Los Ortega*, Madrid, Ed. Taurus, 2002.

• ORTEGA SPOTTORNO, Miguel, *Ortega y Gasset, mi padre*, Barcelona, Ed. Planeta, 1983.

• ORTEGA SPOTTORNO, Soledad, *José Ortega y Gasset: imágenes de una vida 1883-1955*, Madrid, Ed. Ministerio de Educación y Ciencia / Fundación José Ortega y Gasset, 1983.

• ORTEGA, Soledad, “Ortega y América”, Madrid, *Quinto Centenario*, n.° 6 (“Ortega y América”), Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, 1983.

• ORTEGA Y GASSET, José y UNAMUNO, Miguel de, *Diez maestros. Conferencias*, 1935.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1939.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Tríptico*, Buenos Aires, Ed. Espasa Calpe Argentina, 1947.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Notas de José Ortega y Gasset*, Madrid, ed. Espasa Calpe, 1949.

• ORTEGA Y GASSET. José, *El libro de las misiones*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1950.

• ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1951.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Estética de la razón vital*, Buenos Aires, Ed. La Reja, 1956.

• ORTEGA Y GASSET, José, *El hombre y la gente*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1957.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Espíritu de la letra*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1958.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Kant, Hegel, Dilthey*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1958.

• ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1959.

• ORTEGA Y GASSET, José. *Velázquez*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1959.

• ORTEGA Y GASSET, José, *El espectador* (Tomos III y IV), Madrid, *Revista de Occidente*, 1960.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Meditación de Europa*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1960.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Misión de la Universidad y otros ensayos afines*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1960.

• ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de nuestro tiempo*, Madrid, Ed. Espasa Calpe Argentina, 1961.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Misión del bibliotecario y otros ensayos afines*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1962.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Obras Completas* (Tomos I al IX), Madrid, *Revista de Occidente*, Primera edición 1962.

• ORTEGA Y GASSET, José, *La deshumanización del arte*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1965.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Qué es filosofía?*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1965.

• ORTEGA Y GASSET, José, *Unas lecciones de metafísica*, Buenos Aires, Ed. Alianza, 1966.

• ORTEGA Y GASSET, José, *El espectador*, Buenos Aires, Ed. Salvat, 1970.

• OSTROVSKY, Ana Elisa y MOYA, Luis Alberto, “La mirada del extranjero. Reflexiones de José Ortega y Gasset sobre la psicología de los varones y las mujeres argentinas”, Córdoba, *Universitas psicológica*, (Ejemplar dedicado a: Historia de la Psicología), ISSN 1657–9267, diciembre 2014, vol. 13, n.° 5, pp. 1993–2002.

• OUIMETTE, Víctor, “Liberalismo e democrazia in Ortega y Gasset”, Roma, Ed. *Mondoperaio*, noviembre, 1911.

• OUIMETTE, Víctor, “La política de Ortega y la trahison de cleres”, en: *Ortega hoy. Estudio, ensayo y bibliografía sobre la vida de José Ortega y Gasset*, Manuel Durán (Ed.), Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985.

• PALACIOS, Ernesto, *La teoría del Estado*, Buenos Aires, Ed. Política, 1950.

• PALCOS, Alberto, ”José Ortega y Gasset. El sentido de la Filosofía”, Buenos aires, *Nosotros,* agosto de 1916, pp. 202–205.

• PARENTE, Lucía, “Lo sguardo vitale di Ortega e i suoi racconti”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo*

*después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• PARENTE, Lucía, *Ortega y Gasset e la "vital curiosidad" filosófica*, Milán, Ed. Mimesis, 2013.

• PARETO, W., *Trattato di sociología generale*, Florencia, ed. Barbera, 1916.

• PERALTA, Alejandro N., "El pueblo quiere principios", Buenos Aires, *Revista Argentina de Ciencias Políticas,* año III, tomo VI, n.° 32.

• PÉREZ-BORBUJO, Fernando, *Tres miradas sobre el Quijote. Unamuno, Ortega, Zambrano*, Barcelona, Ed. Herder, 2010.

• PERKINS, J. W., "Qué ha hecho crisis en Argentina. El personalismo como cosa autóctona y castiza", Buenos Aires, *Nosotros,* n.° 262, marzo 1931, pp. 225–239.

• PERPERE VIÑUALES, Mora, "A Ortega y Gasset, a cien años de su llegada a la Argentina", *Cultura Económica,* ISSN–E 0326–3398, 2015, n.° 89, pp. 64–72.

• PERRIAUX, Jaime, *Las generaciones argentinas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970.

• PICARZO JIMÉNEZ, Diego Alonso, "Ortega y la moral del héroe cotidiano", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• PINEDO, Federico, *En tiempo de la República*, Buenos Aires, Ed. Mundo Forense, 1946.

• PINEDO, Federico, "La crisis de 1930", Buenos Aires, *Revista de Historia,* 1958.

• PINILLAS CAÑADAS, Scheherezade, "El arte desde el punto de vista sociológico. Una lectura política de *La deshumanización del arte*", Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• PINO CAMPOS, Luis Miguel, "Los orígenes del teatro y la filosofía de José Ortega y Gasset››. Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• PINTO, Alba Milagro, *Las creencias en el proyecto metafísico de Ortega y Gasset*, Tesis doctoral dirigida por José LASAGA MEDINA, Madrid, UNED, 2016.

• PITTALUGA, Gustavo, "Impresiones. Dos meses en Buenos Aires", Córdoba, *La Voz,* 1926.

• PONCE, Aníbal, “Los autores y los libros. Anatomía, fisiología y quiromancia de la Pampa”, Buenos Aires, *La Nación*, 1929.

• PONS DOMINGUIS, Jesús, “Ortega y el idealismo: *Don Quijote* y Fitche. (Una crítica del esfuerzo puro)”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• PORRINI, Guillermo Luis, “Las profecías de Ortega”, Buenos Aires, *La Nación*, sección 4ª, domingo 21 de octubre de 1990, p. 2.

• POTASH, Robert, *El Ejército y la política en la Argentina (1928–1945). De Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1971.

• PRADO, Gustavo, “Rafael Calzada y los embajadores intelectuales en la Argentina del Centenario”, en *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV.AA., Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• PRESTÍA, Martín, “Carlos Astrada frente a la tercera visita de Ortega a la Argentina”, *Daimon: Revista internacional de filosofía.* (Ejemplar dedicado a: El legado de Ortega y Gasset en el exilio republicano del 39, continuidades y rupturas.), Murcia, Universidad de Murcia, 2020, n.° extra 8, pp. 183–196.

• PUCCIARELLI, E., “Ortega y Gasset y el porvenir de la filosofía”, Buenos Aires, *Foro Político*, 1991, III, pp. 13–20.

• PUIGBÓ, Raúl, “Teorías sobre el hombre argentino”, Buenos Aires, *Revista Criterio,* diciembre 1966.

• PUIGGRÓS, Rodolfo, *Historia critica de los partidos políticos argentinos. Pueblo y oligarquía*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1965.

• RADL, E. M., *Historia de las teorías biológicas*, Madrid, Ed. Alianza, 1989.

• RAGA ROSALENY, Vicente, “El espectador y sus circunstancias: Ortega y la mirada minuciosa del 98 (Baroja, Azorín y Unamuno)”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• RAMOS DE LA TORRE, Luis, “La salvación en Ortega como poética de la meditación: Hacia Claudio Rodríguez”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• RAMOS MEJÍA, María Elena, “Tercer recuerdo de Ortega”, Buenos Aires, *La Nación*, 18 de octubre de 1959.

• RAMOS MEJÍA, María Elena, “La última estancia de Ortega en la Argentina”, Buenos Aires, *La Nación*, 6 de agosto de 1989.

• RAVIGNANI, Emilio, “Los estudios históricos en la República Argentina”, Buenos Aires, *Síntesis,* junio 1927, n.° I, pp. 51–68.

• REAL, Juan José, *30 años de historia argentina*, Buenos Aires, Ed. Actualidad, 1962.

• REDONDO, Gonzalo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Rialp, 1970.

• REGALADO GARCÍA, Antonio, *El laberinto de la razón. Ortega y Heidegger*, Madrid, Ed. Alianza, 1990.

• *REVISTA DE OCCIDENTE*, *La realidad inventada: mitos y delirios de la cultura de masas*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, n.° 208, Septiembre de 1998.

• REYES, Alfonso, “Palabras sobre la nación argentina”, Buenos Aires, *Nosotros,* n.° 250, marzo 1930, pp. 305–313.

• RIVAROLA, Horacio y GARCÍA BELSUNCE, César A., “Presidencia de Roca 1880–1886”, en: *Historia de la Argentina* dirigida por Roberto LEVILLER, Barcelona, Ed. Plaza y Janés, 1962.

• RIVAROLA, Rodolfo, *Del régimen federativo al unitario. Estudio sobre la organización política de la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Peuser, 1908.

• RIVAROLA, Rodolfo, “La nacionalidad argentina”, artículo publicado en la *Revista Athenas,* año I, n.° 2 y citado por Horacio RIVAROLA en su tesis *Las transformaciones de la sociedad argentina y sus consecuencias institucionales*, Buenos Aires, Editorial Coni, 1911.

• RIVAROLA, Rodolfo, “La actualidad política y los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras”, Madrid, *Revista de Filosofía*, mayo 1917.

• RIVERO ASTENGO, Agustín, *Juárez Celman, 1844-1909. Estudio histórico y documental de una época argentina*, Buenos Aires, Ed. Kraft, 1944.

• RODRÍGUEZ, Jesús, “Argentina: una crisis combinada”, Madrid, *Revista de Occidente*, (Ejemplar dedicado a: Argentina: diagnóstico de una crisis), ISSN 0034–8635, 2002, n.° 251, pp. 77–89.

• RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio, *Con Ortega y otros escritos*, Madrid, Taurus Ediciones, 1964.

• RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio, “Perspectiva y verdad”, Madrid, *Revista de Occidente*, Madrid, 1966.

• RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio, *La innovación metafísica de Ortega*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1982.

• RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio. “Reflexiones sobre Ortega y la política”, Madrid, *Revista de Occidente*, n.° 72, mayo 1987.

• RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio. *Semblanza de Ortega*, Barcelona, Ed. de José Lasaga Medina, Anthropos, 1994.

• ROFFÉ, Reina, “Juan José Sebreli: contra héroes y farsantes (crítica de cuatro mitos argentinos)”, Madrid, *Revista de Occidente* (Ejemplar dedicado a: El poder internacional del español. Lengua, cultura, economía), ISSN 0034–8635, 2009, n.° 335, pp. 99–113.

• ROGGERS, Geraldine, “La isla del arte martinfierrista”, La Pampa, *Anclajes.* ISSN–e 1851–4669, 2010, vol. 14, n.° 14, pp. 165–174.

• ROJAS PAZ, Pablo. “El enigma de lo argentino”, Buenos Aires, *El Hogar*, 10 de enero de 1930.

• ROJAS PAZ, Pablo, “Imperialismo baldío”, Buenos Aires, Revista *Martín Fierro,* 10 de junio–10 de julio de 1927, p. 356.

• ROMANO, Vicente, *José Ortega y Gasset, publicista*, Madrid, Akal Editor, 1976.

• ROMERO, Francisco, “En los setenta años de Ortega”, Buenos Aires, *Imago Mundi*, diciembre de 1953, año I, n.° 2, pp. 69–72.

• ROMERO, Francisco, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, A–Z Editora, 1998.

• ROMERO, Francisco, “Meditaciones de Occidente”, Buenos Aires, *Realidad,* febrero 1948, vol. III, p. 1091.

• ROMERO, Francisco, “Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual”, Buenos Aires, *Cursos y Conferencias*, marzo de 1957, Año 26, n.° 276, pp. 1–19.

• ROMERO, José Luis, “Los elementos de la realidad espiritual argentina”, Buenos Aires, *Realidad,* julio–agosto 1947, Vol. II, p.567.

• ROMERO, José Luis, “Reseña sobre la obra de P. Henríquez Hureña y la cultura hispanoamericana”, Buenos Aires, *Realidad*, enero-febrero 1948, vol. III, pp. 1211–1215.

• ROMERO JIMÉNEZ, Enrique, “Un presbístero revolucionario entre España y Aregentina”, en *Patriotas entre naciones. Elites emigrantes españolas en Argentina (1870–1940)*, VV. AA., Marcela GARCÍA SEBASTIANI (dir.), Madrid, Editorial Complutense, 2010.

• ROTMAN, R. B., *Ortega y el petardismo*, Buenos Aires, Ed. Americana, 1959.

• ROMERO, Francisco., “Al margen de *La rebelión de las masas*”, Buenos Aires, *Sur,* 1931, pp. 192–205.

• ROMERO, Francisco, *Ortega y Gasset y el problema de la jefatura espiritual*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1963.

• ROMERO RAMIREZ, Israel Alejandro, “La crisis de nuestro tiempo. Análisis del concepto de Historia en José Ortega y Gasset”, Guadalajara, *Sincronía*, ISSN–e 1562–384X, 2020, n.° 77 (Enero–Junio 2020), pp. 45–68.

• ROUGES, Alberto, “El perspectivismo de Ortega y Gasset”, Buenos Aires, Revista *Nosotros,* junio 1925.

• ROVIRA REICH, Mercedes, “Argentina como espacio experimental de las instituciones orteguianas”, II. Ortega en la Cátedra universitaria, en: *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana,* VV. AA., Buenos Aires, Nuevohacer–Grupo Editor Latinoamericano, 2004, pp. 231–252.

• RUIZ JIMÉNEZ, Laura, *La Argentina con porvenir, Los debates sobre la democracia y el modelo de desarrollo en los partidos y en la prensa (1926–1946)*, ISBN: 84–9742–471-9, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva–Fundación Ortega y Gasset, 2006.

• RUIZ GUIÑAZU, Enrique (h.), “La Revolución de 1930”, en *Cuatro revoluciones argentinas (1890–1937–1930–1945)*, Ciclo de conferencias pronunciadas en el Círculo de las Armas de Buenos Aires, Buenos Aires, Club Nicolás Avellaneda, 1960.

• RUSSO, María Teresa, “La antropología de la técnica de Ortega en la reflexión italiana de finales de siglo”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, Madrid, 18 al 21 de octubre de 2005.

• SALMERÓN, Fernando, *Las mocedades de Ortega*, México, UNAM, 1983.

• SALMERÓN, Fernando, “El socialismo del joven Ortega”, en: ROSSI, Alejandro, SALMERÓN, Fernando, VILLORO, Luis, XIRAU, Ramón: *José Ortega y Gasset*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1984.

• SÁNCHEZ, Federico, “El método orteguiano de las generaciones y las leyes objetivas del desarrollo histórico”, Bruselas, *Nuestras ideas,* 1957.

• SÁNCHEZ, Florencio, “El caudillaje en Sud América”, Buenos Aires, *Archivos de psiquiatría y criminología*, junio 1903.

• SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio, Carta a Ortega del 30 de diciembre de 1941.

• SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio *La teoría de la minoría selecta en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Tecnos, 1986.

• SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio, “Las conferenciad de Buenos Aires: incitación a la filosofía”, Madrid, *Revista de Occidente*, ISSN 0034–8635, 1997, n.° 192, pp. 138–144.

• SÁNCHEZ CUERVO, Antolín, “La proyección de Ortega en los filósofos del exilio: José Gaos y María Zambrano”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• SÁNCHEZ VIGIL, Juan Miguel, “Ortega y Gasset. Director editorial de CALPE”, Madrid *Revista de estudios orteguianos*, ISSN 1577–0079, 2005, n.° 10–11, pp. 177–196.

• SÁNCHEZ REULET, Emilio, “Ficción y realidad de la Argentina”, Buenos Aires, *Realidad*, 1947, tomo I, pp. 483–489.

• SÁNCHEZ REULET, Emilio, “Historia de una pasión argentina. Pasión e idea de la Argentina”, Buenos Aires, *Nosotros,* noviembre 1937, pp. 307–309.

• SANJUÁN, Anselmo, *Ortega y Gasset, F. Cambó y la “cuestión catalana” (1905-1931)*, Zaragoza, Ed. Yalde, 2005.

• SAN MARTÍN, Javier. *Fenomenología y cultura en Ortega*, *Ensayos de interpretación*, Madrid, Ed. Tecnos, 1998.

• SAN MARTÍN, Javier, *Teoría de la Cultura*, Madrid, Ed. Síntesis, 1999.

• SAN MARTÍN, Javier, “La ética de Ortega: nuevas perspectivas”, Madrid, *Revista de Estudios Orteguianos*, 1 (2000).

• SAN MARTÍN, Javier, *La fenomenología de Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2012.

• SAN MARTÍN, Javier y MORATALLA, Domingo (eds.), *Las dimensiones de la vida humana. Ortega, Zubiri, Marías y Laín Entralgo*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2010.

• SAN MARTÍN, Javier y LASAGA MEDINA, José (eds.), *Ortega en circunstancia*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset, 2005.

• SAN MARTÍN, José J., “Ortega y Gasset, los intelectuales y la idea de la política”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• SANSINENA de ELIZALDE, Elena, “Mi amistad con Ortega” (Homenaje a Ortega y Gasset), Buenos Aires, *Sur*, n.° 241, julio y agosto de 1956.

• SAVATER, Fernando, “Argentina vislumbrada”, Madrid, *Revista de Occidente*, ISSN 0034–8635, 1996, n.° 186, pp. 5–13.

• SCALABRINI ORTIZ, Raúl, “Buenos Aires Metrópoli”, Buenos Aires, *Martín Fierro,* 10 junio–julio 1927, p. 357.

• SCALABRINI ORTIZ, Raúl, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Buenos Aires, Ed. Plus Ultra, 1964.

• SCHUSTER, F., “El concepto de ciencia”, en: BIAGINI, H. (ed.): *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985, pp. 321–332.

• SCHWART, Kessel, “José Ortega y Gasset and Argentina”, *Anales de la literatura española contemporánea*, ALEC, ISSN 0272–1635, 1983, vol. 8, n.° 1–2, pp. 59–82.

• SCOBIE, James, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino 1860-1910*, Buenos Aires, Ed. Solar–Hachette, 1968.

• SENABRE, Ricardo, *Lengua y estilo en Ortega y Gasset*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1984.

• SERRAFERO, Mario Daniel, “Argentina: rebelión en el granero del mundo”, Madrid, *Revista de Occidente*, (Ejemplar dedicado a: Argentina: diagnóstico de una crisis), ISSN 0034–8635, 2002, n.° 251, pp. 19–52.

• SILVER, Philip W., *Fenomenología y razón vital: Génesis de* Meditaciones del Quijote *de Ortega y Gasset*, Madrid, Ed. Alianza, 1978.

• SMITH, Peter, *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1968.

• SOLER, R., *El positivismo argentino*, México, Universidad Autónoma de México, 1979.

• SPANGERBERG, Tina, “Ortega y los argentinos”, *La Razón,* Buenos Aires, 29 de agosto de 1930

• STORM, Eric, *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890–1914)*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2001.

• TAU ANZOÁTEGUI, Víctor y MARTIRÉ, Eduardo, *Manual de historia de las instituciones argentinas*, Buenos Aires, Ed. La Ley, 1967.

• TEJADA, Ricardo, “Rafael Sánchez Ferlosio, crítico de Ortega y Gasset”, Comunicación presentada al *Congreso Internacional Ortega medio siglo después 1955–2005: La recepción de su obra*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset–Universidad Complutense, 18 al 21 de octubre de 2005.

• THEDY, Enrique, “Índole y propósito de la Liga del Sur”, Buenos Aires, *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, año I, n.° I, 12–X–10, pp.76–95.

• TREJO LERDO de TEJADA, C., “España y la nueva vida americana”, Buenos Aires, *Sagitario,* nov.-dic. 1925, p. 67.

• TUTTLE, Howard N., *The Dawn of Historical Reason. The Historicality of Human Existence in the Thought of Dilthey, Heidegger and Ortega y Gasset*, Nueva York, Ed. Peter Lang, 1994.

• UNAMUNO, Miguel de, *Contra esto y aquello*, Buenos Aires, Ed. Espasa–Calpe Argentina, 1941.

• UREÑA, Pedro Henríquez, “La cultura y los peligros de la especialidad”, *Nosotros,* 22 de septiembre 1922, p. 47.

• VALERO LUMBRERAS, Ángel, *José Ortega y Gasset, diputado*, Madrid, Congreso de los diputados, 2013.

• VARELA, Javier, *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Ed. Taurus, 1999.

• VARGAS LLOSA, Mario, "El filósofo en la sacristía", Buenos Aires, *La Nación*, martes 3 de enero de 1998, p. 19.

• VELA, Fernando, "Ortega y los existencialismos", Madrid, *Revista de Occidente*, 1961.

• VERZZETTI, H., *El nacimiento de la psicología en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur Editores, 1988.

• VIDELA DE RIVERO, Gloria, "Ortega y Gasset en las letras argentinas: Mallea, Marechal, Canal Feijóo", Madrid, *Anales de literatura hispanoamericana*, ISSN 0210–4547, ISSN–e 1988–2351, 1991, n.° 20, pp. 165–178.

• VIÑAS, David, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Ed. Jorge Álvarez, 1964.

• WINTER, Rosemarie, *Ich bin Ich und mein Umstand… Grundlegung der Philosophie von José Ortega y Gasset*, Marburgo, Ed. Tectum Verlag, 2013.

• ZALDUENDO, E., *El empresario industrial en la Argentina*, Buenos Aires, julio 1962, Original, en el Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Económicas, Buenos Aires.

• ZAMORA BONILLA, Javier, "El pensamiento político de José Ortega y Gasset", en: Pedro Carlos González Cuevas (coord.), *Historia del Pensamiento Político Español. Del Renacimiento a nuestros días*, VV.AA., Madrid, UNED, 2016, pp. 325–352.

• ZAMORA BONILLA, Javier (dir.), *Guía del Madrid de Ortega*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2011.

• ZAMORA BONILLA, Javier, "Los intelectuales y la crisis del Estado liberal en España. A propósito de la actuación pública de José Ortega y Gasset", en: Manuel Baiôa (ed.), *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha (1918–1931)*, Évora, Ediçoes Colibri / CIDEHUS / UE–Centro Interdisciplinar de História, Cultura e Sociedades da Universidades de Évora, 2004, pp. 353–380.

• ZEA, Leopoldo, "Ortega y la conciencia de la identidad latinoamericana", Buenos Aires, *Sur,* n.° 352, enero–junio 1983.

• ZEA, Leopoldo, "Presencia Cultural de Ortega en Hispanoamérica", *Quinto Centenario,* n.° 6, Madrid, Departamento de Historia de América, Universidad Complutense, 1983.

• ZIMMERMANN, E. A., "Algunas consideraciones sobre la influencia intelectual española en la Argentina de comienzos de siglo", en: AGUILAR, E. *et. al.: Ortega y la Argentina*, Madrid, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1997.

• ZUBIRI, Xavier, “Ortega, maestro de filosofía”, Madrid, *El Sol,* 8 de marzo de 1936, recogido en *Ensayos* de Manuel GARCÍA MORENTE, 1945, pp. 201–207.